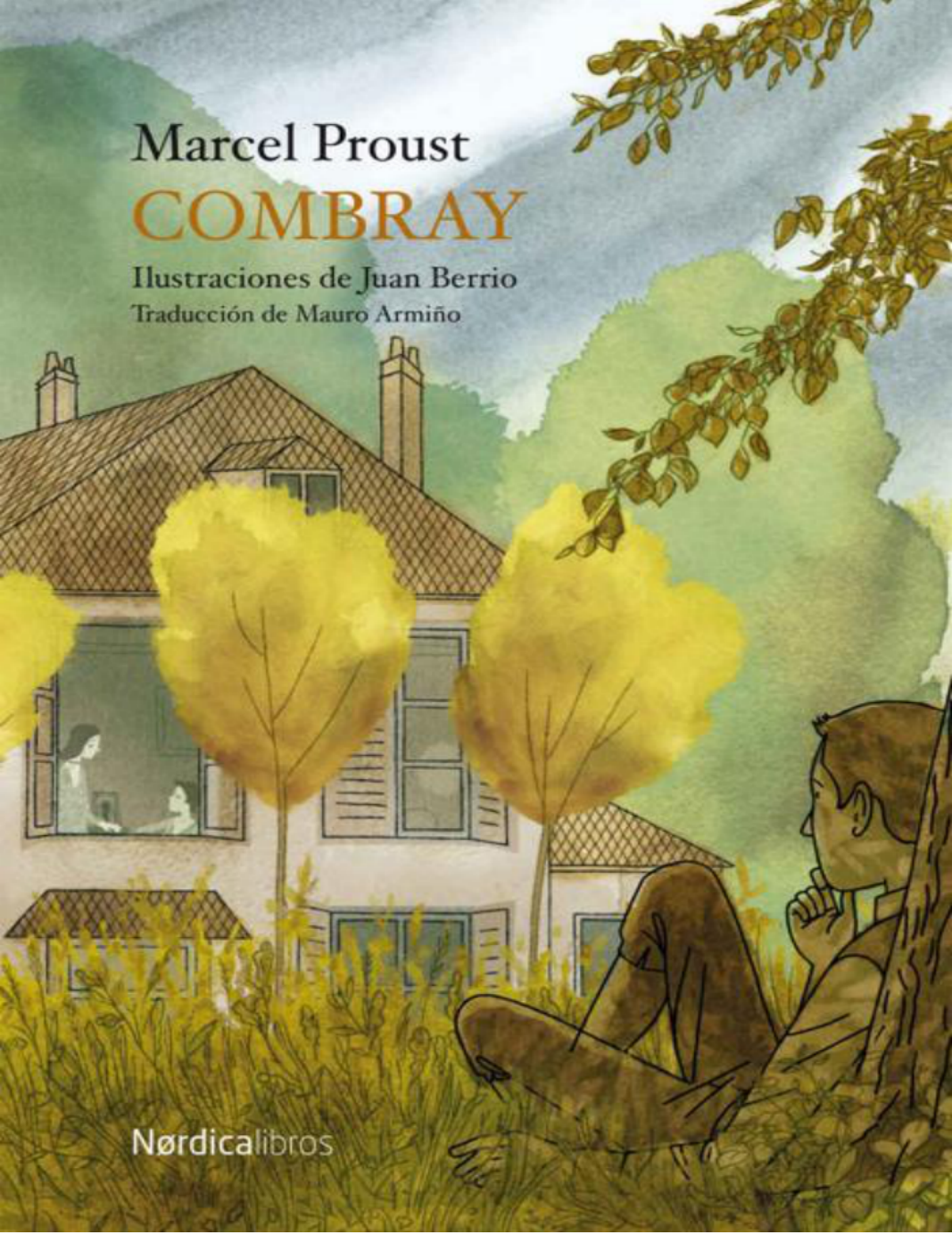
Marcel Proust

COMBRAY

Ilustraciones de Juan Berrio

Traducción de Mauro Armiño



Nordicalibros

Marcel Proust

COMBRAY

Ilustraciones de

Juan Berrio

Traducción y edición,
anotada y puesta al día de

Mauro Armiño

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

A LA BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

POR LA PARTE DE SWANN

A Monsieur Gaston Calmette[1]
Como testimonio de profunda
y afectuosa gratitud
MARCEL PROUST

[1] Gaston Calmette (1858-1914) dirigió *Le Figaro* desde 1900 hasta el 16 de marzo de 1914, fecha en que fue asesinado en su despacho de un disparo por la mujer del ministro de Finanzas Joseph Caillaux, ministro progresista contra el que *Le Figaro* había hecho campaña. Calmette abrió en 1900 las páginas del periódico a Proust, en cuyo suplemento publicó ocho de sus pastiches (1908-1909). En esta última fecha, Proust pensó en el periódico para editar fragmentos de su novela, pero solo en marzo, junio y septiembre de 1912 y marzo de 1913. se hicieron realidad sus intentos. *(Todas las notas son del traductor)*.

Primera parte

COMBRAY

I

Durante mucho tiempo me acosté temprano. A veces, apenas apagada la vela, mis ojos se cerraban tan deprisa que no tenía tiempo de decirme: «Me duermo». Y media hora después me despertaba la idea de que ya era hora de buscar el sueño: quería dejar el libro que aún creía tener en las manos y soplar mi luz; no había cesado de reflexionar sobre lo que acababa de leer mientras dormía, pero esas reflexiones habían tomado un giro algo particular: me parecía que era yo mismo aquello de lo que hablaba la obra: una iglesia, un cuarteto, la rivalidad entre Francisco I y Carlos Quinto. Esa creencia sobrevivía unos segundos a mi despertar: no chocaba a mi razón, pero pesaba como escamas sobre mis ojos y les impedía darse cuenta de que la vela ya no estaba encendida. Luego empezaba a volvérseme ininteligible, como después de la metempsícosis los pensamientos de una existencia anterior; el asunto del libro se desprendía de mí, y yo era libre de centrarme o no en él; enseguida recuperaba la vista y quedaba atónito al encontrar en torno mío una oscuridad suave y sosegada para mis ojos, aunque quizá más todavía para mi mente, a la que se presentaba como algo sin causa, incomprensible, como algo verdaderamente oscuro. Me preguntaba qué hora podía ser; oía el pitido de los trenes que, más o menos lejano, como el canto de un pájaro en un bosque, determinando las distancias, me describía la extensión del campo desierto donde el viajero se apresura hacia la estación cercana; y el sendero que sigue va a quedar grabado en su recuerdo por la

excitación que debe a unos lugares nuevos, a unos actos insólitos, a la reciente charla y a la despedida bajo la lámpara extraña que todavía lo siguen en el silencio de la noche, a la dulzura próxima del regreso.

Apoyaba delicadamente mis mejillas contra las hermosas mejillas de la almohada que, llenas y frescas, son como las mejillas de nuestra infancia. Rascaba una cerilla para mirar el reloj. Pronto medianoche. Ese es el instante en que el enfermo que se ha visto obligado a salir de viaje y ha debido acostarse en un hotel desconocido, despertado por una crisis, se alegra al percibir bajo la puerta una raya de luz. ¡Qué gozo, ya es de día! Dentro de un momento los criados estarán levantados, podrá llamar, vendrán a traerle ayuda. La esperanza de ser aliviado le da el valor para sufrir. Precisamente ha creído oír pasos; los pasos se acercan, luego se alejan. Y la raya de luz que había debajo de su puerta ha desaparecido. Es medianoche: acaban de apagar el gas; el último criado se ha ido y tendré que permanecer toda la noche sufriendo sin remedio.

Volvía a dormirme, y a veces solo me despertaba un breve instante, el tiempo de oír los crujidos orgánicos de los artesonados, de abrir los ojos para fijar el caleidoscopio de la oscuridad, de saborear gracias a un vislumbre momentáneo de conciencia el sueño en que estaban sumidos los muebles, el cuarto, el todo aquel del que yo solo era una pequeña parte y a cuya insensibilidad volvía a unirme de inmediato. O bien mientras dormía había alcanzado sin esfuerzo una época por siempre pasada de mi vida primitiva, había encontrado alguno de mis terrores infantiles, como el de que mi tío abuelo me tirase de los rizos y que se había disipado el día —inicio para mí de una era nueva— en que me los habían cortado. Durante el sueño había olvidado ese acontecimiento, cuyo recuerdo recobraba nada más despertarme para escapar de las manos de mi tío abuelo, pero, como medida de precaución, envolvía por completo mi cabeza con la almohada antes de regresar al mundo de los sueños.

A veces, igual que Eva nació de una costilla de Adán, una mujer nacía durante mi sueño de una falsa postura de mi muslo. Formada por el placer que estaba a punto de gozar, imaginaba que era ella quien me lo ofrecía. Mi cuerpo, que sentía en el suyo mi propio calor, quería unirse a él, y me despertaba. El resto de los humanos me parecía como muy lejano comparado con aquella mujer a la que había dejado hacía apenas unos instantes: todavía guardaba mi mejilla el calor de su beso, mi cuerpo seguía extenuado por el peso de su talle.

Si, como a veces ocurría, tenía los rasgos de una mujer que yo había conocido en la vida, iba a entregarme por completo a ese fin: encontrarla, como esos que parten de viaje para ver con sus propios ojos una ciudad deseada y se figuran que pueden disfrutar en una realidad el hechizo de lo soñado. Poco a poco iba desvaneciéndose su recuerdo, había olvidado a la muchacha de mi sueño.

Un hombre que duerme tiene en círculo a su alrededor el hilo de las horas, el orden de los años y de los mundos. Al despertarse los consulta por instinto y en un segundo lee en ellos el punto de la tierra que ocupa, el tiempo que ha transcurrido hasta su despertar; pero sus hileras pueden mezclarse, romperse. Si hacia el amanecer, tras algún insomnio, el sueño lo atrapa mientras lee, en una postura demasiado distinta de aquella en que habitualmente duerme, basta su brazo levantado para detener y hacer retroceder el sol, y en el primer minuto de su despertar no sabrá siquiera la hora, pensará que apenas acaba de acostarse. Y si se adormece en una postura todavía más desplazada y divergente, sentado, por ejemplo, después de la cena en un sillón, entonces será completa la conmoción en los mundos salidos de sus órbitas, el sillón mágico le hará viajar a toda velocidad en el tiempo y en el espacio, y en el instante de abrir los párpados creerá haberse acostado varios meses antes en otra región. Pero bastaba que, en mi cama misma, mi sueño fuese profundo y sosegase por completo mi espíritu; entonces este abandonaba el plano del lugar en que me había dormido, y cuando me despertaba en mitad de la noche, por ignorar dónde me encontraba, en un primer momento no sabía siquiera ni quién era; solo tenía, en su simplicidad primera, la sensación de la existencia como puede temblar en el fondo de un animal; me encontraba más desprovisto que el hombre de las cavernas; pero entonces el recuerdo —aún no del lugar en que me hallaba, sino de algunos de aquellos donde había vivido y donde habría podido estar— venía a mí como una ayuda desde lo alto para sacarme de la nada de la que nunca habría podido salir solo; en un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y la imagen confusamente vislumbrada de lámparas de petróleo, luego de camisas de cuello vuelto, iban recomponiendo poco a poco los rasgos originales de mi yo.

La inmovilidad de las cosas que nos rodean tal vez venga impuesta

por nuestra certeza de que son ellas y no otras, por la inmovilidad de nuestro pensamiento frente a ellas. Lo cierto es que, cuando despertaba así, con mi espíritu agitándose para intentar saber, sin conseguirlo, dónde estaba, todo daba vueltas a mi alrededor en la oscuridad, las cosas, los países y los años. Demasiado embotado para moverse, mi cuerpo trataba de determinar, por la forma de su fatiga, la posición de sus miembros para inducir por ella la dirección de la pared, la ubicación de los muebles, para reconstruir y dar nombre a la morada en que se encontraba. Su memoria, la memoria de sus costillas, de sus rodillas, de sus hombros, le presentaba una tras otra varias alcobas donde había dormido, mientras a su alrededor las invisibles paredes, cambiando de sitio según la forma de la habitación imaginada, remolineaban en las tinieblas. Y antes incluso de que mi pensamiento, que vacilaba en el umbral de los tiempos y de las formas, hubiera identificado la casa relacionando sus circunstancias, él —mi cuerpo— iba recordando para cada una el tipo de cama, el sitio de las puertas, la orientación de las ventanas, la existencia de un pasillo, junto con la idea que de ellos me hacía al dormirme y que encontraba de nuevo al despertar. Intentando adivinar su orientación, mi costado anquilosado se imaginaba, por ejemplo, tumbado de cara a la pared en un gran lecho con baldaquino, y al punto me decía: «Vaya, he terminado durmiéndome aunque no haya venido mamá a darme las buenas noches», estaba en el campo, en casa de mi abuelo, muerto hacía muchos años; y mi cuerpo, el costado sobre el que descansaba, fieles guardianes de un pasado que mi espíritu nunca habría debido olvidar, me recordaban la llama de la lamparilla de cristal de Bohemia en forma de urna, suspendida del techo por unas cadenetas, la chimenea de mármol de Siena en mi dormitorio de Combray, en casa de mis abuelos, en días lejanos que en aquel momento se me antojaban actuales sin representármelos exactamente y que volvería a ver mucho mejor dentro de poco, cuando despertara del todo.

Luego renacía el recuerdo de una nueva actitud; la pared pasaba volando en otra dirección: me encontraba en mi cuarto de la casa de Mme. de Saint-Loup, en el campo: ¡Dios mío, son por lo menos las diez, deben haber terminado de cenar! Habré prolongado demasiado la siesta que me echo todas las tardes cuando vuelvo de pasear con Mme. de Saint-Loup, antes de ponerme el frac. Porque han pasado

muchos años desde Combray, cuando, en nuestros regresos más tardíos a casa, eran los reflejos rojos del poniente lo que veía en la vidriera de mi ventana. Es distinta la clase de vida que se hace en Tansonville, en casa de Mme. de Saint-Loup, otra la clase de placer que siento al salir únicamente de noche, a seguir a la luz de la luna aquellos caminos donde en otro tiempo jugaba al sol; y el cuarto donde me habré adormilado en lugar de vestirme para la cena, lo vislumbro de lejos, cuando volvemos a casa, traspasado por las luces de la lámpara, único faro en la noche.

Estas evocaciones arremolinadas y confusas nunca duraban más allá de unos segundos; a menudo, esa breve incertidumbre del lugar en que me hallaba no distinguía unas de otras las diversas superposiciones de que estaba hecha, mejor de lo que, cuando vemos correr a un caballo, aislamos las sucesivas posturas que el cinescopio[2] nos muestra. Pero unas veces unos y otras otros, había vuelto a ver los cuartos donde me había alojado a lo largo de mi vida, y terminaba por recordármelos todos en los largos ensueños que seguían a mi despertar; cuartos de invierno donde, cuando estamos acostados, arrebujamos la cabeza en un nido que tejemos con las cosas más dispares: una punta de la almohada, el embozo de las mantas, el pico de un mantón, el borde de la cama y un número de los *Débats Roses[3]*, que acabamos por cimentar juntas siguiendo la técnica de los pájaros, que se apoyan un número infinito de veces en ellas; donde el placer que se disfruta cuando el tiempo es glacial es sentirse aislado del exterior (como la golondrina de mar, que tiene su nido en el fondo de un subterráneo en el calor de la tierra), y donde, mantenido el fuego en la chimenea toda la noche, nos dormimos dentro de un gran manto de aire cálido y humoso, atravesado por los resplandores de los tizones reavivados, especie de impalpable alcoba, de cálida caverna excavada en el seno del cuarto mismo, zona ardiente y móvil en sus contornos térmicos, aireada por soplos que nos refrescan la cara y que proceden de los rincones, de las partes contiguas a la ventana o distantes del hogar, y que se han enfriado; — cuartos de verano donde gusta estar unidos a la noche tibia, donde el claro de luna apoyado en los postigos entreabiertos tiende hasta el pie de la cama su escala encantada, donde dormimos casi al aire libre, como el paro mecido por la brisa en el lomo de un surco; — a veces el cuarto estilo Luis

XVI, tan alegre que, en él, ni siquiera la primera noche me sentía demasiado desgraciado y donde las columnillas que sostenían ligeramente el techo se apartaban con tanta gracia para mostrar y reservar el lugar de la cama; — otras veces, en cambio, aquel cuarto, pequeño y de techo tan alto, excavado en forma de pirámide hasta la altura de dos pisos y revestido en parte de caoba, donde desde el primer segundo había quedado moralmente intoxicado por la fragancia desconocida del vetiver, convencido de la hostilidad de las cortinas color violeta y de la insolente indiferencia del reloj de péndulo que parloteaba en voz alta como si no estuviese yo allí; — donde un extraño y despiadado espejo de pie cuadrangular, cerrando oblicuamente uno de los ángulos del cuarto, se hundía en vivo en la dulce plenitud de mi campo visual habituado a un emplazamiento que no estaba previsto; — donde mi pensamiento, esforzándose horas y horas por dislocarse, por estirarse hacia lo alto para adoptar exactamente la forma de la habitación y llegar a colmar hasta arriba su gigantesco embudo, había soportado muchas noches duras, mientras yo permanecía echado en la cama, con los ojos abiertos, ansioso el oído, reacia la nariz, palpitante el corazón; hasta que la costumbre hubo cambiado el color de las cortinas, acallado el péndulo, enseñado piedad al espejo oblicuo y cruel, disimulada, si no expulsada del todo, la fragancia del vetiver y menguado notablemente la altura aparente del techo. ¡La costumbre! Hábil aposentadora aunque lentísima y que empieza por dejar sufrir a nuestro espíritu durante semanas en una instalación provisional; pero que, pese a todo, se siente feliz de encontrar, porque sin la costumbre y reducida a sus solos medios, sería incapaz de hacernos habitable una morada.

Ahora, desde luego, estaba bien despierto, mi cuerpo se había dado la vuelta una última vez y el ángel bueno de la certidumbre había detenido todo a mi alrededor, me había acostado debajo de mis mantas, en mi cuarto, y en la oscuridad había colocado más o menos en su sitio mi cómoda, mi escritorio, mi chimenea, la ventana que daba a la calle y las dos puertas. Pero, por más que supiese que no estaba en las casas cuya ignorancia del despertar me había en un instante si no presentado la imagen nítida, al menos hecho creer en su posible presencia, mi memoria ya se había puesto en movimiento; por regla general no intentaba volver a dormirme enseguida: pasaba la

mayor parte de la noche recordando nuestra vida de antaño, en Combray, en casa de mi tía abuela, en Balbec, en París, en Doncières, en Venecia, en otras partes, recordando los lugares, las personas que allí había conocido, lo que de ellas había visto, lo que de ellas me habían contado.

En Combray, todos los días desde el final de la tarde, mucho antes del momento en que tendría que meterme en la cama y permanecer, sin dormir, lejos de mi madre y de mi abuela, mi dormitorio se convertía en el punto fijo y doliente de mis preocupaciones. Para distraerme las noches en que me veían un aire demasiado desdichado, se les había ocurrido darme una linterna mágica; por eso, mientras aguardábamos la hora de la cena, cubrían mi lámpara, que, al modo de los primeros arquitectos y maestros vidrieros de la edad gótica, sustituía la opacidad de las paredes por irisaciones impalpables, por sobrenaturales apariciones multicolores donde se pintaban leyendas como en una vidriera vacilante y momentánea. Pero mi tristeza no hacía sino aumentar, porque bastaba el cambio de iluminación para destruir la costumbre que yo tenía de mi cuarto, gracias a la cual, salvo el suplicio de acostarme, se me había vuelto soportable. Ahora no la reconocía y en ella me sentía inquieto, como en un cuarto de hotel o de «chalet», al que hubiese llegado por primera vez tras apearme del tren.

Al paso brusco de su caballo, Golo, imbuido de un atroz designio, salía del bosquecillo triangular que aterciopelaba de un verde sombrío la ladera de una colina, y avanzaba a trancos hacia el castillo de la pobre Genoveva de Brabante[4]. El perfil de ese castillo se recortaba siguiendo una línea curva que no era sino el límite de uno de los óvalos de vidrio dispuestos en el bastidor que se deslizaba entre las guías de la linterna. No era más que un lienzo de castillo y delante se extendía una landa donde Genoveva soñaba que llevaba un cinturón azul. El castillo y la landa eran amarillos y yo no había esperado a verlos para saber su color porque, antes que los cristales del bastidor, me lo había mostrado con evidencia la sonoridad *mordoré[5]* del nombre de Brabante. Golo se detenía un instante para escuchar entristecido la perorata que leía en voz alta mi tía abuela y que él parecía comprender perfectamente, ajustando su actitud con una docilidad no exenta de cierto empaque majestuoso, a las indicaciones

del texto; luego se alejaba con el mismo paso brusco. Y nada podía detener su lenta cabalgada. Si movía la linterna, distinguía el caballo de Golo que seguía avanzando sobre las cortinas de la ventana, abombándose en sus pliegues y hundiéndose en sus hendiduras. El cuerpo mismo de Golo, de una esencia tan sobrenatural como el de su montura, se adaptaba a cualquier obstáculo material, a cualquier objeto embarazoso que hallase tomándolo como osamenta y volviéndoselo interior, aunque fuese el pomo de la puerta al que se adaptaba enseguida y sobre el que flotaban invenciblemente su rojo vestido o su rostro pálido, siempre igual de noble e igual de melancólico, sin que dejara traslucir el menor trastorno por aquella transverberación.

Encontraba, desde luego, cierta fascinación en aquellas brillantes proyecciones que parecían emanar de un pasado merovingio y paseaban a mi alrededor reflejos de historia tan antiguos. Pero no puedo decir el malestar que sin embargo me causaba aquella intrusión del misterio y de la belleza en un cuarto que había terminado por llenar con mi yo hasta el punto de no prestar más atención a una que a otro. Una vez que cesaba la influencia anestésica de la costumbre, me ponía a pensar, a sentir, cosas muy tristes. Aquel pomo de la

puerta de mi cuarto, que para mí se diferenciaba de todos los demás pomos de puerta del mundo porque parecía abrir totalmente solo, sin que yo tuviese necesidad de girarlo, tan inconsciente había llegado a serme su manejo, resulta que ahora servía de cuerpo astral a Golo. Y cuando la campanilla llamaba para la cena, me apresuraba a correr al comedor donde la gruesa lámpara de suspensión, que nada sabía de Golo ni de Barba Azul, y que conocía a mis padres y el estofado de buey, daba su luz de todas las noches; y a caer en brazos de mamá a quien las desgracias de Genoveva de Brabante me volvían más querida, mientras los crímenes de Golo me impulsaban a examinar con mayores escrúpulos mi propia conciencia.

Después de la cena, por desgracia, estaba obligado a separarme de mamá, que se quedaba hablando con los otros, en el jardín si el tiempo era bueno, en el saloncito adonde todo el mundo se retiraba si hacía malo. Todo el mundo, menos mi abuela, para quien «en el campo, quedarse encerrado es una lástima», y que tenía continuas discusiones con mi padre, los días en que llovía demasiado, porque me mandaba a leer a mi cuarto en vez de permitir que me quedase fuera. «No es así como lo volverá usted robusto y enérgico, decía en tono triste, y menos a este niño que tanta necesidad tiene de ganar fuerzas y voluntad». Mi padre se encogía de hombros y examinaba el barómetro, porque le gustaba la meteorología, mientras mi madre, evitando hacer ruido para no molestarlo, lo miraba con un respeto enternecido, pero sin demasiada insistencia para no tratar de penetrar el misterio de sus superioridades. Mientras que a mi abuela, en todo tiempo, incluso cuando la lluvia hacía estragos y Françoise había metido corriendo los preciosos sillones de mimbre por miedo a que se mojaran, se la veía en el jardín vacío y azotado por el chaparrón, levantándose los mechones desordenados y grises para que la frente se empapase mejor con la salubridad del viento y de la lluvia. «¡Por fin se respira!», decía, y recorría las mojadas alamedas —alineadas con una simetría excesiva para su gusto por el nuevo jardinero, carente del sentimiento de la naturaleza y a quien mi padre había preguntado por la mañana si el tiempo se arreglaría— con su pasito entusiasta y brusco, regulado por los diversos impulsos que excitaban en su alma la ebriedad de la tormenta, la potencia de la higiene, la estupidez de mi educación y la simetría de los jardines, antes que por el deseo para

ella desconocido de evitar a su falda color ciruela las manchas de barro bajo las que desaparecía hasta una altura que para su doncella era siempre una desesperación y un problema.

Cuando esas vueltas al jardín de mi abuela ocurrían después de la cena, solo una cosa era capaz de hacerla entrar en casa: era —en uno de los momentos en que la revolución de su paseo la traía periódicamente, como a un insecto, frente a las luces del saloncito donde acababan de servirse los licores en la mesa de juego— cuando mi tía abuela le gritaba: «¡Bathilde! ¡Ven a impedir que tu marido beba coñac!». En efecto, para hacerla rabiar (había aportado a la familia de mi padre un espíritu tan distinto que todo el mundo le gastaba bromas y la atormentaba), como al abuelo le estaban prohibidos los licores, mi tía abuela lo inducía a beber algunas gotas. Mi pobre abuela entraba corriendo a suplicar ardientemente a su marido que no probara el coñac; él se enfadaba, bebía de todos modos un trago, y mi abuela volvía a irse, triste, desanimada y sin embargo risueña, porque era tan humilde de corazón y tan dulce que su ternura con los demás y el poco caso que hacía de su propia persona y de sus sufrimientos se conciliaban en su mirada en una sonrisa donde, contrariamente a lo que se ve en la cara de muchos seres humanos, solo había ironía hacia ella misma, y para todos nosotros una especie de beso de sus ojos que no podían ver a los que amaba sin acariciarlos apasionadamente con la mirada. Ese suplicio que le infligía mi tía abuela, el espectáculo de los vanos ruegos de mi abuela y de su debilidad, vencida de antemano, tratando inútilmente de quitar a mi abuelo el vaso de licor, era una de esas cosas a cuya vista uno se habitúa más tarde, hasta el punto de considerarlas riendo y de ponerse de parte del perseguidor con resolución y alegría suficientes para persuadirse a sí mismo de que no se trata de una persecución; entonces me inspiraban tal horror que habría deseado pegar a mi tía abuela. Pero en cuanto oía: «¡Bathilde! ¡Ven a impedir que tu marido beba coñac!», hombre ya por la cobardía, hacía lo que todos hacemos, una vez que somos mayores, cuando delante de nosotros hay sufrimientos e injusticias: no quería verlos; subía a sollozar a lo más alto de la casa, junto a la sala de estudio, bajo los tejados, en un cuartito que olía a lirios, y que también perfumaba un grosellero silvestre que crecía fuera, entre las piedras del muro, y que pasaba una

rama florida por la ventana entreabierta. Destinada a un uso más específico y más vulgar, ese cuarto, desde donde de día se veía hasta el torreón de Roussainville-le-Pin, me sirvió mucho tiempo de refugio, sin duda porque era el único que me estaba permitido cerrar con llave, para todas aquellas ocupaciones que me exigían una soledad inviolable: la lectura, la ensoñación, las lágrimas y la voluptuosidad. ¡Ay!, ignoraba que mi falta de voluntad, mi salud delicada, y la incertidumbre que proyectaban sobre mi futuro entristecían más a mi abuela que los leves descarríos del régimen de su marido, durante su incesante deambular de la tarde y de la noche, cuando se veía pasar una y otra vez, oblicuamente alzado hacia el cielo, su hermoso rostro de mejillas morenas y surcadas de arrugas, vueltas con el paso de los años casi malvas como los campos arados en otoño, cruzadas, si salía, por un velillo recogido a medias, y en las que siempre estaba a punto de secarse una involuntaria lágrima puesta allí por el frío o algún pensamiento triste.

Mi único consuelo, cuando subía a acostarme, era que mamá vendría a darme un beso cuando estuviese metido en la cama. Pero esa despedida duraba tan poco, volvía a bajar ella tan deprisa, que el momento en que la oía subir, en que luego avanzaba por el corredor de doble puerta, el ligero rumor de su vestido de jardín de muselina azul, del que colgaban unos cordoncillos de paja trenzada, era para mí un momento doloroso. Anunciaba el que había de seguirle, cuando me habría abandonado, cuando habría vuelto a bajar. De modo que llegaba a desear que aquellas buenas noches que tanto amaba viniesen lo más tarde posible, que se prolongara el tiempo de tregua en que mamá aún no había venido. A veces, cuando después de haberme dado un beso abría la puerta para irse, deseaba llamarla, decirle «dame otro beso», pero yo sabía que al instante pondría cara de enfado, porque la concesión que hacía a mi tristeza y a mi agitación subiendo a besarme, trayéndome aquel beso de paz, irritaba a mi padre que consideraba absurdos aquellos ritos, y a ella le hubiera gustado tratar de hacerme perder su necesidad, su hábito, en vez de dejarme adquirir el de pedirle, cuando ya estaba en el umbral de la puerta, un beso más. Y verla enfadada destruía toda la calma que un momento antes me había aportado, cuando, inclinando hacia mi cama su rostro cariñoso, me lo había tendido como una hostia para una

comunión de paz de la que mis labios sacarían su presencia real y el poder para dormirme. Pero aquellas noches en que mamá, en suma, se quedaba tan poco tiempo en mi cuarto, eran dulces todavía en comparación con aquellas en las que había gente a cenar y en las que, por ese motivo, no subía a darme las buenas noches. La gente solía limitarse al señor Swann, quien, salvo algunos extraños de paso, era casi la única persona que vino a nuestra casa en Combray, unas veces para cenar como vecino (con mucha menor frecuencia desde que había hecho aquella mala boda, pues mis padres no querían recibir a su mujer), otras después de la cena, de improviso. Las noches en que, sentados delante de la casa bajo el gran castaño, alrededor de la mesa de hierro, oíamos al fondo del jardín no el cascabel abundante y chillón que rociaba, que aturdía al pasar con su ruido ferruginoso, inagotable y helado a toda persona de la casa que lo ponía en movimiento al entrar «sin llamar», sino el doble tintineo tímido, oval y dorado de la campanilla para extraños, todo el mundo se preguntaba inmediatamente: «Una visita, ¿quién puede ser?», pero sabíamos de sobra que solo podía ser el señor Swann; mi tía abuela, hablando en voz alta, para predicar con el ejemplo, en un tono que se esforzaba por volver natural, decía que no cuchicheásemos de aquel modo; que no hay nada más descortés para una persona que llega y a quien eso hace pensar que estaban diciéndose cosas que ella no debe oír; y enviaban en descubierta a mi abuela, siempre feliz de tener un pretexto para dar otra vuelta más al jardín, y que aprovechaba para arrancar a escondidas, al pasar, algunos rodrigones de rosal, a fin de devolver a las rosas un poco de naturaleza, como una madre que, para ahuecarlos, pasa la mano por los cabellos de su hijo que el peluquero ha aplastado demasiado.

Todos quedábamos pendientes de las noticias que mi abuela iba a traernos del enemigo, como si hubiéramos podido dudar entre un gran número posible de asaltantes, y enseguida mi abuelo decía: «Reconozco la voz de Swann». De hecho solo se lo reconocía por la voz, se distinguía mal su rostro de nariz aguileña, de ojos verdes, bajo una alta frente rodeada por unos cabellos rubios, casi rojizos, peinados a lo Bressant[6], porque manteníamos la mínima luz posible en el jardín para no atraer a los mosquitos y yo iba, como quien no quiere la cosa, a decir que trajesen los refrescos; mi abuela daba mucha

importancia, porque le parecía más cortés, al hecho de que no pareciesen algo excepcional, y solo para visitas. Aunque mucho más joven, el señor Swann mantenía estrechas relaciones con mi abuelo, que había sido uno de los mejores amigos de su padre, hombre excelente aunque raro; al parecer, cualquier nadería bastaba a veces para interrumpir los impulsos del corazón, desviar el curso de su pensamiento. Varias veces al año yo oía contar a mi abuelo en la mesa anécdotas, siempre las mismas, sobre el comportamiento que había tenido el señor Swann padre en la muerte de su esposa, a la que había velado día y noche. Mi abuelo, que había estado mucho tiempo sin verlo, había acudido a su lado, a la finca que los Swann poseían en los alrededores de Combray, y había conseguido, para que no asistiese a la introducción del cadáver en el ataúd, hacerlo abandonar por un momento, arrasado en lágrimas, la cámara mortuoria. Dieron unos pasos por el parque donde había un poco de sol. De pronto, el señor Swann había exclamado cogiendo a mi abuelo del brazo: «¡Ay, viejo amigo, qué gusto pasear juntos con este tiempo tan bueno! ¿No le parece una delicia todos estos árboles, esos espinos blancos y mi estanque, por el que nunca me ha felicitado? Parece usted un tanto mustio. ¿Siente esta ligera brisa? ¡Ah, digan lo que digan, la vida también tiene cosas buenas, mi querido Amédée!». Bruscamente lo asaltó el recuerdo de su mujer muerta, y pareciéndole sin duda demasiado complicado tratar de saber cómo había podido dejarse llevar, en un momento así, por un impulso de alegría, se limitó, con un gesto familiar en él siempre que una cuestión ardua se presentaba a su mente, a pasarse la mano por la frente, a secarse los ojos y los cristales de los quevedos. Sin embargo, no logró consolarse de la muerte de su mujer, y durante los dos años que la sobrevivió le decía a mi abuelo: «Es raro, pienso muy a menudo en mi pobre esposa, pero no puedo pensar mucho en ella cada vez». «A menudo, pero poco cada vez, como el pobre Swann padre», se había convertido en una de las frases favoritas de mi abuelo que la pronunciaba a propósito de las cosas más diversas. Y ese padre de Swann me habría parecido un monstruo si mi abuelo, a quien yo consideraba el mejor de los jueces y cuyo fallo, que para mí sentaba jurisprudencia, a menudo me ha servido luego para absolver faltas que me habría sentido inclinado a condenar, no hubiera protestado: «Pero ¿qué dices? ¡Si era un corazón

de oro!».

Aunque durante muchos años, sobre todo antes de su boda, el señor Swann hijo fue a verlos a menudo a Combray, mi tía abuela y mis abuelos nunca sospecharon que ya no vivía en el grupo social que su familia había frecuentado, ni que, bajo la especie de incógnito que en nuestra casa le aseguraba ese apellido de Swann, albergaban —con la absoluta inocencia de honrados posaderos que dan alojamiento, sin saberlo, a un célebre bandido— a uno de los miembros más elegantes del Jockey Club[7], amigo predilecto del conde de París y del príncipe de Gales[8], a uno de los hombres más mimados por la alta sociedad del *faubourg* Saint-Germain.

La ignorancia en que estábamos de esa brillante vida mundana que Swann llevaba se debía evidentemente en parte a la reserva y a la discreción de su carácter, pero también al hecho de que los burgueses de entonces se hacían de la sociedad una idea algo hindú y la consideraban compuesta por castas cerradas donde todos y cada uno se encontraban situados, desde su nacimiento, en el rango que ocupaban sus padres, y de donde nada, salvo los azares de una carrera excepcional o de un inesperado matrimonio, podía sacarlos para introducirlos en una casta superior. El señor Swann padre era agente de cambio; el hijo «Swann» tendría que formar parte para toda la vida de una casta en la que las fortunas, como en una categoría de contribuyentes, variaban entre tal y cual renta. Se sabía cuáles habían sido las relaciones de su padre, por lo tanto se sabía cuáles eran las suyas, a qué personas estaba «en situación» de frecuentar. Si conocía otras, eran relaciones de juventud sobre las que los viejos amigos de su familia, como lo eran mis padres, cerraban los ojos, con tanta mayor indulgencia cuanto que, desde que era huérfano, seguía acudiendo a vernos muy fielmente; pero podía apostarse que esas personas a las que frecuentaba y que nosotros desconocíamos eran de esas que no se habría atrevido a saludar si, estando con nosotros, se las hubiera encontrado. Si alguien hubiese querido aplicar a toda costa a Swann un coeficiente social que lo distinguiera entre los demás hijos de agentes de cambio de situación igual a la de sus padres, ese coeficiente hubiera sido algo inferior en su caso porque, muy sencillo de modales y desde siempre algo «chiflado» por los objetos antiguos y la pintura, ahora habitaba en un viejo palacete donde amontonaba sus

colecciones y que mi abuela soñaba con visitar; pero estaba en el Quai d'Orléans[9], y vivir en ese barrio era, según mi tía abuela, algo infamante. «Pero ¿entiende usted de esas cosas? Se lo pregunto por su propio interés, porque me da la impresión de que los marchantes deben de colocarle muchos mamarrachos», le decía mi tía abuela: en realidad, no le suponía ninguna competencia ni tenía una idea elevada ni siquiera desde el punto de vista intelectual de un hombre que en la conversación evitaba los temas serios y mostraba una precisión harto prosaica no solo cuando nos daba, entrando en los menores detalles, recetas de cocina, sino incluso cuando las hermanas de mi tía abuela hablaban de temas artísticos. Incitado por estas a dar su opinión, a expresar su admiración por un cuadro, guardaba un silencio casi desatento, desquitándose en cambio cuando podía proporcionar sobre el museo en que se encontraba, sobre la fecha en que había sido pintado, una indicación de carácter material. Pero de ordinario se limitaba a tratar de divertirnos contando cada vez una historia nueva que acababa de ocurrirle con personas elegidas entre nuestros conocidos, con el farmacéutico de Combray, con nuestra cocinera, con nuestro cochero. Esos relatos hacían reír desde luego a mi tía abuela, pero sin que acertase a descubrir si era por el ridículo papel que invariablemente Swann se adjudicaba en ellos o por el ingenio que ponía en contarlos: «De veras, señor Swann, es usted un auténtico carácter». Como ella era la única persona algo vulgar de nuestra familia, no dejaba de hacer observar a los extraños, cuando se hablaba de Swann, que, de haber querido, habría podido vivir en el bulevar Haussmann[10] o en la avenida de la Ópera, que era hijo del señor Swann padre que debía de haberle dejado cuatro o cinco millones, y que aquello era su «fantasía». Fantasía que, por otro lado, a ella le parecía tan divertida para los demás que en París, cuando el señor Swann acudía el 1 de enero a llevarle su bolsita de *marrons glacés,* no dejaba de decirle si había gente: «Y bien, señor Swann, ¿sigue viviendo usted junto al Depósito de vinos[11], para estar seguro de no perder el tren cuando tiene que ir a Lyon?». Y con el rabillo del ojo, por encima de sus lentes, miraba a los otros visitantes.

Pero si a mi tía abuela le hubieran dicho que aquel Swann, que en su calidad de hijo de Swann estaba perfectamente «cualificado» para ser recibido por toda la «buena burguesía», por los notarios o los

abogados más estimados de París (privilegio al que, en cierto modo, él parecía restar importancia), llevaba, como a escondidas, una vida completamente distinta; que, al salir de nuestra casa, en París, tras decirnos que regresaba a la suya para acostarse, volvía sobre sus pasos nada más doblar la calle y se dirigía a cierto salón que nunca contemplaron los ojos de ningún agente o socio de agente, a mi tía le hubiera parecido tan extraordinario como pudiera haberlo sido para una dama más culta la idea de mantener relaciones personales con Aristeo sabiendo que este, después de estar hablando con ella, iba a hundirse en la profundidad de los reinos de Tetis[12], en un imperio sustraído a los ojos de los mortales donde Virgilio nos lo describe recibido con los brazos abiertos; o —para atenernos a una imagen con más probabilidades de ocurrírsele, por haberla visto pintada en nuestros platitos para pastelillos de Combray— haber tenido a cenar a Alí Babá, quien, cuando se sepa solo, penetrará en la caverna, deslumbrante de tesoros insospechados.

Un día que había venido a vernos en París después de cenar excusándose por ir de frac, cuando se marchó, Françoise nos dijo que, según el cochero, había cenado «en casa de una princesa», — «¡Sí, en casa de una princesa del mundo galante!», había respondido con irónica calma mi tía, encogiéndose de hombros sin levantar los ojos de su labor.

Asimismo, mi tía abuela lo trataba de un modo impertinente. Convencida de que nuestras invitaciones debían halagarlo, le parecía completamente natural que no viniese a vernos en verano sin traer en la mano un cestito de melocotones o de frambuesas de su huerto, y que de cada uno de sus viajes a Italia me trajera fotografías de obras maestras.

No sentían el menor escrúpulo por mandar a buscarlo cuando necesitaban una receta de salsa *gribiche[13]* o de ensalada de piña para algunas cenas importantes a las que no se le invitaba, por no encontrar en él prestigio suficiente que aprovechar ante extraños que acudían por primera vez. Si la conversación recaía sobre los príncipes de la Casa de Francia: «gentes que ni usted ni yo conoceremos nunca, ni falta que nos hace, ¿verdad?», decía mi tía abuela a Swann, quien acaso tenía en su bolsillo una carta de Twickenham[14]; le hacían desplazar el piano y volver las hojas las noches en que la hermana de

mi tía abuela cantaba, empleando, para manejar a aquel ser tan apreciado en otras partes, la ingenua brusquedad de un niño que juega con una chuchería de colección sin más precauciones que con un objeto barato. A buen seguro el Swann que conocieron en la misma época tantos *clubmen* era muy distinto de aquel que creaba mi tía abuela cuando, por la noche, en el jardincillo de Combray, después de que sonaran los dos vacilantes tintineos de la campanilla, inyectaba y vivificaba con todo lo que sabía sobre la familia Swann al oscuro e incierto personaje que se destacaba, seguido por mi abuela, sobre un fondo de tinieblas, y al que reconocíamos por la voz. Pero ni siquiera desde el punto de vista de las cosas más insignificantes de la vida somos un todo materialmente constituido, idéntico para todo el mundo, y del que basta a cualquiera con ir a informarse como si se tratara de un pliego de condiciones o de un testamento; nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los demás. Hasta el acto tan simple que llamamos «ver a una persona que conocemos» es en parte un acto intelectual. Llenamos la apariencia física de la persona que vemos con todas las nociones que tenemos sobre ella, y en la imagen total que nos hacemos esas nociones ocupan desde luego la mayor parte. Terminan por hinchar de forma tan perfecta las mejillas, por seguir con una adherencia tan cabal la línea de la nariz, se mezclan tan bien para matizar la sonoridad de la voz como si esta solo fuera una envoltura transparente que, siempre que vemos ese rostro y oímos esa voz, son esas nociones las que encontramos, las que escuchamos. Sin duda, en el Swann que se habían construido, mis padres habían omitido por ignorancia incluir una multitud de particularidades de su vida mundana que eran causa de que otras personas, cuando se encontraban en su presencia, vieran a la elegancia reinar en su rostro y detenerse en su nariz aguileña como en su frontera natural; pero también habían logrado acumular en aquel rostro desposeído de su prestigio, vacante y espacioso, en el fondo de aquellos ojos depreciados, el vago y suave residuo —a medias recuerdo, a medias olvido— de las horas de ocio pasadas juntos después de nuestras cenas semanales, alrededor de la mesa de juego o en el jardín, durante nuestra vida de buena vecindad campestre. La envoltura corporal de nuestro amigo había sido rellenada tan bien, así como algunos recuerdos relativos a sus padres,

que aquel Swann se había vuelto un ser completo y vivo, y tengo la impresión de abandonar a una persona para ir hacia otra distinta cuando, en mi memoria, del Swann que conocí más tarde con exactitud paso a ese primer Swann —a ese primer Swann en el que vuelvo a encontrar los deliciosos errores de mi juventud, y que además se asemeja menos al otro que a las personas que conocí en esa misma época, como si en nuestra vida ocurriese lo que ocurre en un museo donde todos los retratos de una misma época tienen un aire de familia, una misma tonalidad—, a ese primer Swann lleno de ocio, perfumado por la fragancia del gran castaño, los cestillos de frambuesas y una brizna de estragón.

Sin embargo, un día en que mi abuela había ido a pedir un favor a una señora a la que había conocido en el Sacré-Cœur[15] (y a la que, por nuestra concepción de las castas, no había querido seguir tratando pese a una simpatía recíproca), la marquesa de Villeparisis, de la célebre familia de Bouillon[16], esta le había dicho: «Creo que conoce usted mucho al señor Swann, que es muy amigo de mis sobrinos Des Laumes». Mi abuela había vuelto de esa visita entusiasmada por la casa, que daba a unos jardines, y donde Mme. de Villeparisis le aconsejaba alquilar, y también por un chalequero y su hija, que tenían en el patio su tienda, y en la que había entrado a pedir que le diesen una puntada en la falda, que se le había desgarrado en la escalera. A mi abuela estas personas le habían parecido perfectas, afirmaba que la niña era una perla y el chalequero el hombre más distinguido y mejor que hubiera visto nunca. Pues para ella, la distinción era algo absolutamente independiente del rango social. Se extasiaba con una respuesta que el chalequero le había dado, y le decía a mamá: «¡Sévigné[17] no lo habría dicho mejor!», y en cambio, de un sobrino[18] de Mme. de Villeparisis al que había encontrado en su casa: «¡Ay, qué vulgar es, hija mía!».

Pero la consecuencia de la frase relativa a Swann no fue la de realzar a este en el espíritu de mi tía abuela, sino la de rebajar en él a Mme. de Villeparisis. Era como si la consideración que, fiados en mi abuela, otorgábamos a Mme. de Villeparisis, le impusiera un deber de no hacer nada que la volviese menos digna, y al que ella había faltado al conocer la existencia de Swann, al permitir a parientes suyos frecuentarlo. «¡Cómo! ¿Que conoce a Swann? Una persona que, según

tú, era pariente del mariscal de Mac-Mahon[19]…». Esta opinión de mis padres sobre las amistades de Swann les pareció luego confirmada por su matrimonio con una mujer de la peor sociedad, casi una *cocotte,* a la que, por otro lado, nunca intentó presentarnos: siguió viniendo solo a nuestra casa, aunque cada vez menos, pero por esa mujer se creyeron en condiciones de juzgar —suponiendo que era allí donde la había encontrado— el medio social, desconocido para ellos, que Swann frecuentaba habitualmente.

Pero una vez, mi abuelo leyó en un periódico que el señor Swann era uno de los más fieles *habitués* de los almuerzos dominicales en casa del duque de X…, cuyo padre y cuyo tío habían sido los estadistas más notables del reinado de Luis Felipe[20]. Y mi abuelo sentía curiosidad por todos los pequeños sucesos que podían ayudarle a penetrar mediante el pensamiento en la vida privada de hombres como Molé, como el duque Pasquier, como el duque de Broglie[21]. Quedó encantado de saber que Swann se trataba con personas que los habían conocido. Mi tía abuela, por el contrario, interpretó esa noticia en sentido desfavorable para Swann: alguien que elegía sus amistades al margen de la casta en que había nacido, al margen de su «clase» social, sufría a sus ojos un enojoso desclasamiento. En su opinión, se renunciaba de golpe al fruto de todas las buenas relaciones con personas bien situadas que las previsoras familias habían cultivado y atesorado honorablemente para sus hijos (mi tía abuela había dejado incluso de ver al hijo de un notario amigo nuestro por haberse casado con una alteza y haber descendido de este modo para ella del respetado rango de hijo de notario al de uno de esos aventureros, en el pasado ayudas de cámara o mozos de cuadra, a los que, según cuentan, las reinas concedieron a veces algunos favores). Criticó el proyecto que tenía mi abuelo de preguntar a Swann, la siguiente noche que viniese a cenar, sobre aquellos amigos que le descubríamos. Además, las dos hermanas de mi abuela, solteronas que tenían su nobleza de carácter, pero no su inteligencia, declararon no comprender qué placer podía sacar su cuñado hablando de semejantes tonterías. Eran personas de elevadas aspiraciones y precisamente por eso incapaces de interesarse por lo que se llama un chisme, aunque tuviese un interés histórico, ni, en general, por cualquier cosa que no estuviera directamente relacionada con un objeto estético o virtuoso.

Era tal el desinterés de su pensamiento por todo lo que de cerca o de lejos parecía referirse a la vida mundana, que su sentido auditivo —cuando terminaron por comprender su momentánea inutilidad cada vez que en la cena la conversación adquiría un tono frívolo o solamente prosaico sin que aquellas dos viejas señoritas hubieran logrado orientarla hacia sus temas preferidos— dejaba entonces en reposo sus órganos receptores y les permitía sufrir un verdadero comienzo de atrofia. Si en estos casos el abuelo necesitaba atraer la atención de las dos hermanas, debía recurrir a esos avisos físicos que utilizan los médicos alienistas con ciertos maníacos de la distracción: repetidos golpes sobre un vaso con la hoja de un cuchillo, acompañados de una brusca interpelación de la voz y la mirada, medios violentos que esos psiquiatras trasladan a menudo a las relaciones normales con personas sanas, sea por hábito profesional, sea porque crean a todo el mundo un poco loco.

Ambas manifestaron mayor interés cuando, la víspera del día en que Swann debía venir a cenar, y en que les había mandado personalmente una caja de vino de Asti, mi tía, mostrando un ejemplar del *Figaro[22]* en el que, al lado del título de un cuadro incluido en una exposición de Corot, había estas palabras: «de la colección del señor Charles Swann», nos dijo: «¿Habéis visto que Swann goza de "los honores" del *Figaro?* — Siempre os he dicho que tenía muy buen gusto, dijo mi abuela. — Por supuesto, tú, con tal de tener una opinión distinta de la *nuestra…»,* respondió mi tía abuela, quien, sabiendo que mi abuela nunca compartía su opinión, y no muy segura de que fuese a ella a la que diéramos siempre la razón, pretendía arrancarnos una condena en bloque de las opiniones de mi abuela contra las que trataba de solidarizarnos con las suyas a la fuerza. Pero nosotros permanecimos callados. Cuando las hermanas de mi abuela manifestaron su intención de hablarle a Swann de aquellas palabras del *Figaro,* mi tía abuela se lo desaconsejó. Siempre que veía en los demás un privilegio, por pequeño que fuese, que ella no tenía, se convencía de que no era un privilegio sino un perjuicio, y los compadecía para no tener que envidiarlos. «No creo que lo complaceríais; estoy segura de que a mí me resultaría muy desagradable ver mi nombre impreso de esa manera en el periódico, y no me halagaría nada que me hablasen de ello». Se empecinó además

en convencer a las hermanas de mi abuela; pues estas, por horror a la vulgaridad, llevaban tan lejos el arte de disimular bajo ingeniosas perífrasis una alusión personal que, muchas veces, la alusión misma pasaba inadvertida para la persona a quien iba dirigida. En cuanto a mi madre, solo pensaba en tratar de conseguir de mi padre que consintiese en hablar a Swann no de su mujer, sino de su hija, a la que este adoraba, y causa según decían de que hubiera terminado por contraer aquel matrimonio. «Bastará con que le digas unas palabras, con que le preguntes cómo está la niña. Para él, debe de ser tan cruel». Pero mi padre se enfadaba: «¡Pues no!, qué ideas tan absurdas tienes. Sería ridículo».

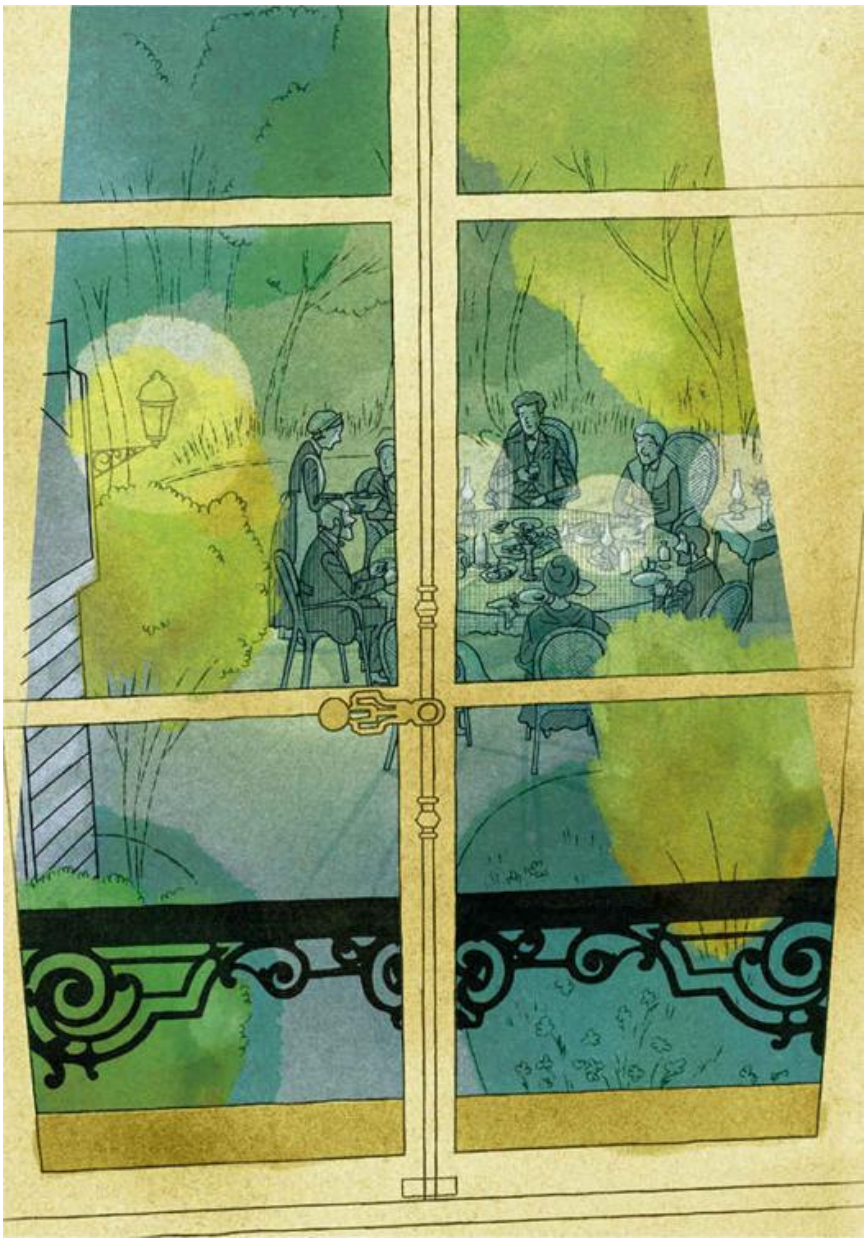
Pero el único de nosotros para quien la llegada de Swann se convertía en objeto de preocupación dolorosa, era yo. Y es que las noches en que había extraños, o solamente el señor Swann, mamá no subía a mi cuarto. Yo cenaba antes que todo el mundo e iba luego a sentarme a la mesa hasta las ocho, cuando según lo convenido debía subir a acostarme; aquel beso precioso y frágil que mamá solía confiarme en mi cama en el momento de dormirme tenía que transportarlo del comedor a mi dormitorio y conservarlo todo el tiempo en que me desnudaba, sin que su dulzura se quebrase, sin que se derramase ni evaporase su virtud volátil, y, precisamente esas noches en que hubiera tenido necesidad de recibirlo con mayor precaución, me veía obligado a cogerlo, a robarlo brusca, públicamente, sin tener siquiera el tiempo ni la libertad de espíritu necesarios para poner en lo que hacía esa atención de los maníacos que se esfuerzan por no pensar en otra cosa mientras cierran una puerta, para poder oponer victoriosamente, cuando la incertidumbre enfermiza les vuelve, el recuerdo del momento en que la cerraron. Estábamos todos en el jardín cuando sonaron los dos vacilantes tintineos de la campanilla. Sabíamos que era Swann; sin embargo todo el mundo se miró con aire inquisitivo y enviamos a mi abuela de reconocimiento. «Piensen en darle las gracias por el vino de un modo inteligible, sabéis que es delicioso y la caja es enorme», recomendó mi abuelo a sus dos cuñadas. «No empecéis a cuchichear, dijo mi tía abuela. ¡Pues sí que es divertido llegar a una casa donde todo el mundo habla bajo! — ¡Ah, ahí está el señor Swann. Vamos a preguntarle si cree que mañana hará buen tiempo», dijo mi padre. Mi

madre pensaba que una palabra suya borraría toda la pena que nuestra familia había podido causar al señor Swann desde su matrimonio. Halló el modo de llevárselo un poco aparte. Pero yo la seguí: no podía decidirme a abandonarla un solo paso pensando que dentro de un momento debería dejarla en el comedor y subir a mi cuarto sin tener como las demás noches el consuelo de que fuera a besarme. «A propósito, señor Swann, le dijo, hábleme un poco de su hija; estoy segura de que tiene el gusto por las cosas bellas como su papá. — ¿Por qué no vienen a sentarse con todos nosotros bajo el mirador?», dijo mi abuelo acercándose. Mi madre se vio obligada a interrumpirse, pero incluso de esa imposición supo sacar un pensamiento delicado más, como los buenos poetas forzados por la tiranía de la rima a encontrar sus mayores bellezas. «Volveremos a hablar de ella cuando estemos a solas, le dijo a media voz a Swann. Solo una madre es digna de comprenderle. Estoy segura de que la suya opinaría como yo». Todos nos sentamos alrededor de la mesa de hierro. Me habría gustado no pensar en las horas de angustia que iba a pasar esa noche solo en mi cuarto sin poder dormirme; trataba de convencerme de que carecían de importancia, porque a la mañana siguiente las habría olvidado, de aferrarme a ideas de futuro que habrían debido conducirme como por un puente al otro lado del abismo inminente que me aterraba. Pero mi espíritu, tenso por mi preocupación, vuelto convexo como la mirada que lanzaba sobre mi madre, no se dejaba penetrar por ninguna impresión extraña. Las ideas entraban perfectamente en él, pero a condición de dejar fuera cualquier elemento de belleza o simplemente de humor que hubiera podido emocionarme o distraerme. Como un enfermo que, gracias a un anestésico, asiste con plena lucidez, pero sin sentir nada, a la operación que sobre él practican, podía recitarme versos que amaba u observar los esfuerzos de mi abuelo por hablar a Swann del duque d'Audiffret-Pasquier, sin que los primeros me hicieran sentir ninguna emoción ni los segundos alegría alguna. Aquellos esfuerzos resultaron infructuosos. Nada más plantear mi abuelo a Swann una pregunta relativa a ese orador, una de las hermanas de mi abuela en cuyos oídos la pregunta vibró como un silencio profundo aunque intempestivo y cortés, interpeló a la otra: «Figúrate, Céline, que he conocido a una joven institutriz sueca por la que he sabido detalles de

lo más interesantes sobre las cooperativas en los países escandinavos[23]. Habrá que invitarla a cenar una noche. — Me parece bien, respondió su hermana Flora[24], pero tampoco yo he perdido el tiempo. En casa del señor Vinteuil me han presentado a un viejo sabio que conoce mucho a Maubant[25], y a quien Maubant ha explicado con el mayor detalle cómo se las arregla para componer un papel. Es de lo más interesante. Es un vecino del señor Vinteuil, yo no lo sabía; y es muy amable. — El señor Vinteuil no es el único que tiene vecinos amables», exclamó mi tía Céline con una voz que la timidez volvía fuerte y la premeditación artificiosa, mientras lanzaba sobre Swann lo que ella denominaba una mirada significativa. Entretanto, mi tía Flora, dándose cuenta de que con esa frase Céline estaba agradeciendo el vino de Asti, miraba también a Swann con un aire en el que se mezclaban el agradecimiento y la ironía, bien para subrayar simplemente la salida ingeniosa de su hermana, bien porque envidiase a Swann el habérselo inspirado, bien porque, creyéndolo el centro de la atención general, no pudiera dejar de burlarse de él. «Creo que podremos conseguir que ese señor venga a cenar, prosiguió Flora; cuando se lleva la conversación a Maubant o a Mme. Materna[26], habla horas enteras sin parar. — Debe ser delicioso», suspiró mi abuelo, en cuya cabeza, por desgracia, la naturaleza había omitido de manera tan completa incluir la posibilidad de interesarse apasionadamente por las cooperativas suecas o la composición de los papeles de Maubant, como había olvidado dotar a la de las hermanas de mi abuela de ese granito de sal que ha de añadir uno mismo si quiere encontrar algún sabor a un relato sobre la vida íntima de Molé o del conde de París. «Mire, le dijo Swann a mi abuelo, lo que voy a decirle tiene más relación de lo que parece con lo que usted me preguntaba, porque en ciertos aspectos las cosas no han cambiado demasiado. Releía yo esta mañana en Saint-Simon algo que le habría divertido. Está en el volumen sobre su embajada a España[27]: no es de los mejores, apenas es algo más que un diario, pero al menos un diario maravillosamente escrito, lo cual ya supone una primera diferencia con los fastidiosos diarios que nos creemos obligados a leer mañana y tarde. — No comparto su opinión, hay días en que la lectura de los diarios me parece muy agradable…», le interrumpió la tía Flora, para demostrar que había leído en *Le Figaro* la frase sobre el Corot de

Swann: «¡Cuando hablan de cosas o de personas que nos interesan!», recalcó mi tía Céline. «No digo que no, respondió Swann atónito. Lo que reprocho a los diarios es obligarnos a prestar atención todos los días a cosas insignificantes mientras que, a lo largo de toda nuestra vida, solo leemos tres o cuatro veces libros donde hay cosas esenciales. Desde el momento en que todas las mañanas desgarramos febrilmente la faja del diario, se deberían cambiar las cosas y poner en el diario, no sé, ¡los… *Pensamientos* de Pascal! (soltó estas palabras en un tono de énfasis irónico para no parecer pedante). Y sería en uno de esos volúmenes de cantos dorados que solo abrimos una vez cada diez años», añadió poniendo de manifiesto hacia las cosas mundanas ese desdén simulado de ciertos hombres de mundo, «donde podríamos leer que la reina de Grecia[28] ha ido a Cannes o que la princesa de Léon[29] ha dado un baile de disfraces. Así quedaría restablecida la justa proporción». Pero, lamentando haberse dejado llevar, aunque en tono ligero, a hablar de cosas serias, añadió irónicamente: «¡Bonita conversación la nuestra! No sé por qué abordamos esas "cimas"», y, volviéndose hacia mi abuelo: «Pues cuenta Saint-Simon que Maulévrier[30] había tenido la audacia de tender la mano a sus hijos. Ya sabe de quién hablo, de ese Maulévrier del que dice: "En esa espesa botella nunca vi otra cosa que malhumor, grosería y necedades". —Espesas o no, conozco botellas que contienen algo muy distinto», dijo vivamente Flora, que también quería dar las gracias a Swann, porque el regalo de vino de Asti iba dirigido a las dos. Céline se echó a reír. Swann, desconcertado, prosiguió: «"No sé si fue ignorancia o añagaza", escribe Saint-Simon, "pero quiso dar la mano a mis hijos. Me di cuenta demasiado tarde para impedírselo"». Mi abuelo empezaba a extasiarse con lo de «ignorancia o añagaza», pero Mlle. Céline, a quien el nombre de Saint-Simon —un literato— había impedido la anestesia completa de su facultades auditivas, se mostró indignada: «¡Cómo! ¿Admira usted eso? ¡Pues sí que está bonito! Pero ¿qué es lo que puede querer decir? ¿No vale tanto un hombre como otro? ¿Qué puede importar que sea duque o cochero si posee inteligencia y corazón? ¡Bonitas maneras tenía su Saint-Simon de educar a sus hijos, si no les enseñaba a dar la mano a todas las personas honradas! Es sencillamente abominable. ¿Y se atreve a citar eso?». Y mi abuelo, desolado, sintiendo la imposibilidad, ante

semejante obstrucción, de lograr que Swann contase las historias que le hubieran divertido, le decía en voz baja a mamá: «Recuérdame el verso que me enseñaste y que tanto me consuela en momentos como estos. ¡Ah, sí!: "¡Señor, cuántas virtudes nos hacéis odiar![31]" ¡Ah, qué bien está!».



Yo no apartaba los ojos de mi madre, sabía que cuando nos sentáramos a la mesa no se me permitiría quedarme durante toda la cena y que, para no contrariar a mi padre, mamá no me dejaría

besarla varias veces delante de la gente, como si hubiéramos estado en mi cuarto. Por eso me prometía, una vez en el comedor, cuando se empezase a cenar y yo sintiese acercarse la hora, hacer por anticipado de aquel beso que sería tan breve y tan furtivo todo lo que yo podía hacer con él solo, elegir con la mirada el lugar de la mejilla que besaría, preparar mi pensamiento para poder consagrar, gracias a ese inicio mental de beso, el minuto entero que mamá me concediese a sentir su mejilla contra mis labios, como un pintor que solo puede obtener breves sesiones de posado, prepara su paleta y de antemano hace de memoria, basándose en sus notas, todo aquello para lo que, en rigor, podía prescindir de la presencia del modelo. Pero ocurrió que, poco antes de que llamaran para la cena, mi abuelo tuvo la ferocidad inconsciente de decir: «El niño parece cansado, debería subir a acostarse. Además, esta noche cenamos tarde». Y mi padre, que no respetaba con tanto escrúpulo como mi abuela y mi madre los pactos, dijo: «Sí, vamos, vete a la cama». Quise dar un beso a mamá, en ese instante se oyó la campanilla para la cena. «No, no, venga, deja en paz a tu madre, ya os habéis despedido de sobra, esas manifestaciones son ridículas. ¡Anda, sube a la cama!». Y hube de irme sin viático; tuve que subir peldaño a peldaño la escalera, como dice la expresión popular, «a contracorazón», subiendo contra mi corazón que quería volver junto a mi madre, porque ella no le había dado permiso, con su beso, para seguirme. Aquella detestada escalera por la que siempre me internaba con tanta tristeza, despedía un olor a barniz que en cierto modo había absorbido, fijado, aquella especie particular de pena que cada noche yo sentía, volviéndola quizá todavía más cruel para mi sensibilidad porque, bajo esa forma olfativa, mi inteligencia ya no podía tomar parte en ella. Cuando estamos durmiendo y solo percibimos un dolor de muelas como una muchacha a la que nos esforzamos por sacar del agua doscientas veces seguidas, o como un verso de Molière que continuamente nos repetimos, qué gran alivio despertarnos y que nuestra inteligencia pueda liberar la idea del dolor de muelas de cualquier disfraz heroico o cadencioso. Era lo contrario de ese alivio lo que sentía cuando mi pena de subir a mi cuarto penetraba en mí de una forma infinitamente más rápida, casi instantánea, a un tiempo insidiosa y brusca, por la inhalación —mucho más tóxica que la penetración moral— del peculiar olor a

barniz de aquella escalera. Una vez en mi cuarto, hubo que taponar todas las salidas, cerrar los postigos, cavar mi propia tumba al retirar mis mantas, ponerme el sudario del camisón. Pero antes de sepultarme en la pequeña cama de hierro que habían añadido al cuarto porque en verano tenía mucho calor bajo las cortinas de reps de la cama grande, sentí un impulso de rebeldía, quise probar una artimaña de condenado. Escribí a mi madre suplicándole que subiera para una cosa grave que no podía decirle en mi carta. Mi terror era que Françoise, la cocinera de mi tía encargada de ocuparse de mí cuando yo estaba en Combray, se negara a llevar mi nota. Yo sospechaba que, para ella, dar un recado a mi madre cuando había invitados le parecería tan imposible como al portero de un teatro entregar una carta a un actor mientras está en escena. Poseía sobre las cosas que pueden o no pueden hacerse un código imperioso, abundante, sutil e intransigente sobre las distinciones imperceptibles u ociosas (lo que le daba la apariencia de esas leyes antiguas que, junto a feroces prescripciones como degollar a los niños de pecho, prohíben con una delicadeza exagerada cocer el cabrito en la leche de su madre, o comer de un animal el tendón del muslo[32]). A juzgar por la repentina terquedad con que se negaba a cumplir ciertos recados que le dábamos, ese código parecía haber previsto complejidades sociales y refinamientos mundanos que nada en el entorno de Françoise ni en su vida de criada de pueblo podía habérselos sugerido; y nos veíamos obligados a decir que había en ella un pasado francés antiquísimo, noble y mal comprendido, como en esas ciudades manufactureras donde viejos palacetes atestiguan que en el pasado hubo allí una vida de corte, y donde los obreros de una fábrica de productos químicos trabajan en medio de delicadas esculturas que representan el milagro de san Teófilo o a los cuatro hijos Aymon[33]. En aquel caso particular, el artículo del código por el que era poco probable que, salvo caso de incendio, Françoise fuese a molestar a mamá delante del señor Swann por un personaje tan insignificante como yo, expresaba simplemente el respeto que profesaba no solo por los parientes —como por los muertos, los sacerdotes y los reyes— sino también por el forastero a quien se da hospitalidad, respeto que quizá me habría emocionado en un libro pero que en su boca siempre me irritaba debido al tono grave y tierno que adoptaba para hablarme de él, y más esa noche en que el

carácter sagrado que ella otorgaba a la cena tenía como efecto que se negara a perturbar su ceremonia. Pero para poner una posibilidad de mi parte, no vacilé en mentir y decirle que no era yo del todo quien había querido escribir a mamá, sino que era mamá la que, al dejarme, me había recomendado no olvidarme de enviarle una respuesta relativa a un objeto que me había pedido buscar; y se enfadaría mucho desde luego si no se le entregaba aquella nota. Pienso que Françoise no me creyó porque, como los hombres primitivos cuyos sentidos eran más potentes que los nuestros, discernía de inmediato, por signos imperceptibles para nosotros, cualquier verdad que quisiéramos ocultarle; miró durante cinco minutos el sobre como si el examen del papel y el aspecto de la escritura fueran a informarla sobre la naturaleza del contenido o a indicarle a qué artículo de su código debía remitirse. Luego salió con un aire resignado que parecía significar: «¡Qué desgracia para unos padres tener un hijo así!». Volvió al cabo de un momento a decirme que todavía estaban en el helado, y que al mayordomo le era imposible entregar la carta en ese momento delante de todo el mundo, pero que, cuando estuvieran en los enjuagadientes[34], ya se encontraría el modo de pasársela a mamá. Mi ansiedad decayó en el acto: ahora ya no era la misma que hacía un momento, cuando me había despedido de mi madre hasta el día siguiente, porque mi notita iba, enojándola desde luego (y por doble motivo, pues aquella maniobra me dejaría en ridículo a ojos de Swann), a permitirme al menos entrar invisible y encantado en la misma pieza en que ella estaba, iba a hablarle de mí al oído; puesto que aquel comedor vedado, hostil, donde no hacía siquiera un instante, el mismo helado —el «granizado»— y los enjuagadientes encubrían, a mi parecer, placeres maléficos y mortalmente melancólicos porque mamá los disfrutaba lejos de mí, se abría a mí y, como un fruto vuelto dulce que rompe su envoltura, haría brotar y lanzaría hasta mi corazón embriagado la atención de mamá mientras estuviese leyendo mis líneas. Ahora ya no estaba separado de ella; habían caído las barreras, un hilo delicioso volvía a reunirnos. Además, eso no era todo: ¡mamá iba sin ninguna duda a venir!

De la angustia que acababa de sentir pensaba yo que Swann se habría reído mucho si hubiera leído mi carta y adivinado su intención; pero, al contrario, como más tarde supe, una angustia semejante

atormentó largos años su vida y su persona, hasta el punto de que quizás habría podido comprenderme; a él, esa angustia que se tiene sintiendo al ser amado en un sitio de placer donde nosotros no estamos, donde no podemos reunirnos con él, fue el amor el que se la hizo conocer, el amor, al que en cierto modo está predestinada, por el que será acaparada, especializada; pero cuando, como en mi caso, ha entrado en nosotros antes de que haya hecho su aparición en nuestra vida el amor, flota esperándolo, vaga y libre, sin destino determinado, al servicio un día de un sentimiento, al día siguiente de otro, ya sea la ternura filial o la amistad hacia un compañero. Y la alegría con que hice mi primer aprendizaje cuando Françoise volvió a decirme que mi carta se entregaría, también Swann había conocido bien esa alegría falaz que nos da algún amigo, algún pariente de la mujer que amamos, cuando al llegar al palacete o al teatro donde ella está, para algún baile, una fiesta o un estreno adonde él va a buscarla, ese amigo nos ve vagando fuera, en desesperada espera de una ocasión cualquiera para comunicarnos con la amada. Nos reconoce, nos aborda familiarmente, nos pregunta qué hacemos allí. Y cuando inventamos que tenemos algo urgente que decirle a su pariente o amiga, nos asegura que no hay nada más fácil, nos hace pasar al vestíbulo y nos promete enviárnosla en menos de cinco minutos. ¡Cuánto queremos —como en ese momento quería yo a Françoise— al intermediario bien intencionado que con una palabra acaba de hacernos soportable, humana y casi propicia la fiesta inconcebible, infernal, en cuyo seno creíamos que torbellinos hostiles, perversos y deliciosos arrastraban lejos de nosotros, haciéndola reírse de nosotros, a la que amamos! A juzgar por él, por ese pariente que nos ha abordado y que también es un iniciado en los crueles misterios, los demás invitados de la fiesta no deben de tener nada de muy demoníaco. Resulta que también nosotros penetramos por una brecha inesperada en esas horas inaccesibles y torturadoras en que ella iba a saborear placeres desconocidos; resulta que uno de los momentos cuya sucesión las habría compuesto, un momento no menos real que el resto, acaso más importante incluso para nosotros, dado que nuestra amada participa más en él, nos lo imaginamos, lo poseemos, intervenimos en él, casi lo hemos creado: el momento en que van a decirle que nosotros estamos allí, abajo. Y sin duda los demás momentos de la fiesta no debían de ser de una esencia

muy distinta de aquel, no debían de contener nada más delicioso y que hubiese de hacernos sufrir tanto porque el amigo benévolo nos ha dicho: «¡Pero si estará encantada de bajar! ¡Le dará mucho más placer hablar con usted que aburrirse allá arriba». ¡Ay!, Swann lo sabía por experiencia, las buenas intenciones de un tercero no tienen poder alguno sobre una mujer que se irrita al sentirse perseguida hasta en una fiesta por alguien al que no ama. A menudo, el amigo vuelve a bajar solo.

Mi madre no vino, y sin miramientos para mi amor propio (empeñado en que no fuera desmentida la fábula de la búsqueda cuyo resultado supuestamente me había pedido comunicarle) me hizo decir por Françoise estas palabras: «No hay respuesta», que después he oído con tanta frecuencia a porteros de «palacios» o a lacayos de garitas de juego dirigir a alguna pobre muchacha sorprendida: «¿Cómo? ¿No ha dicho nada? ¡Pero es imposible! ¿Seguro que le ha entregado mi carta? Bueno, esperaré un rato». E —igual que esa muchacha asegura invariablemente no necesitar la luz de un mechero de gas suplementario que el portero quiere encender para ella, y permanece allí, sin oír otra cosa que las escasas frases sobre el tiempo que el portero cambia con un botones al que de pronto, dándose cuenta de la hora, manda a poner a enfriar en hielo la bebida de un cliente—, tras declinar el ofrecimiento de Françoise de hacerme una tisana o de quedarse a mi lado, la dejé volver a la antecocina, me acosté y cerré los ojos tratando de no oír la voz de mis padres que tomaban el café en el jardín. Pero al cabo de unos segundos, me di cuenta de que, escribiendo aquella nota a mamá, acercándome tanto a ella, aun a riesgo de enojarla, que había creído tocar el momento de verla otra vez, me había cerrado la posibilidad de dormirme sin haber vuelto a verla, y los latidos de mi corazón se volvían de minuto en minuto más dolorosos porque yo mismo aumentaba mi propia agitación predicándome una calma que era la aceptación de mi infortunio. De pronto mi ansiedad decayó, me invadió una felicidad como cuando un medicamento potente empieza a obrar y nos quita un dolor: acababa de tomar la decisión de no intentar dormirme sin haber visto de nuevo a mamá, de besarla al precio que fuera, aunque fuese con la certeza de estar luego enfadado mucho tiempo con ella, cuando subiera a acostarse. La calma resultante del fin de mis ansiedades me producía

una alegría extraordinaria, no menor que la espera, la sed y el miedo al peligro. Abrí la ventana sin ruido y me senté al pie de la cama: casi no hacía ningún movimiento para que no me oyesen desde abajo. Fuera, también las cosas parecían yertas en una muda atención para no perturbar el claro de luna, que duplicando y alejando cada cosa por extender delante de ella su propio reflejo, más denso y más concreto que ella misma, había adelgazado y agrandado a la vez el paisaje como un plano replegado hasta entonces que se despliega. Lo que necesitaba moverse, algún follaje de castaño, se movía. Pero su estremecimiento minucioso, total, ejecutado hasta en sus menores matices y sus delicadezas últimas, no desteñía sobre el resto, no se fundía con él, permanecía circunscrito. Expuestos sobre aquel silencio que no absorbía nada de ellos, los ruidos más lejanos, los que debían venir de jardines situados en la otra punta de la ciudad, se percibían en detalle con tal «acabado» que parecían deber únicamente aquel efecto de lejanía a su *pianissimo,* como esos motivos en sordina tan bien ejecutados por la orquesta del Conservatorio[35] que, aunque no perdamos una sola nota, creemos oírlas resonar sin embargo lejos de la sala del concierto, y todos los antiguos abonados —también las hermanas de mi abuela cuando Swann les había cedido sus entradas— tendían el oído como si hubieran escuchado los avances lejanos de un ejército en marcha que aún no hubiese doblado la calle de Trévise.

Sabía que la situación en que me ponía era, de todas, la que podía tener para mí, de parte de mis padres, las consecuencias más graves, mucho más graves en verdad de lo que un extraño habría podido suponer, de esas que habría creído que solo podían provocar faltas realmente vergonzosas. Pero en la educación que me daban, la jerarquía de las faltas no era la misma que en la educación del resto de los niños y me habían acostumbrado a poner por delante de todas las demás (porque sin duda no había otras contra las que tuviera necesidad de ser preservado con mayor atención) aquellas cuyo carácter común era, según comprendo ahora, caer en ellas cediendo a un impulso nervioso. Pero entonces no se pronunciaba esa palabra, no se declaraba ese origen que habría podido hacerme creer que era necesario sucumbir a ellas o incluso tal vez que yo era incapaz de resistirlas. Pero las reconocía perfectamente tanto por la angustia que las precedía como por el rigor del castigo que las seguía; y sabía que

la que acababa de cometer, aunque infinitamente más grave, pertenecía a la misma familia que otras por las que había sido castigado con severidad. Cuando fuese al encuentro de mi madre en el momento en que subiera a acostarse, y ella viera que me había quedado levantado para darle una vez más las buenas noches en el pasillo, no me dejarían seguir en la casa, me meterían en un colegio al día siguiente, seguro. Pues bien, aunque tuviera que tirarme por la ventana cinco minutos después, seguía prefiriendo eso con mucho. Lo que ahora yo quería era a mamá, era darle las buenas noches: había ido demasiado lejos en el camino que llevaba a la realización de ese deseo para poder dar marcha atrás.

Oí los pasos de mis padres que acompañaban a Swann; y cuando el cascabel de la puerta me advirtió que acababa de irse, corrí a la ventana. Mamá preguntaba a mi padre si la langosta le había parecido buena y si el señor Swann había repetido del helado de café y pistacho. «A mí me ha parecido bastante poca cosa, dijo mi madre; la próxima vez habrá que probar otro sabor. — No puedo decir lo cambiado que he encontrado a Swann, dijo mi tía abuela, ¡está tan viejo!». Mi tía abuela tenía tal costumbre de ver siempre en Swann al mismo adolescente que se sorprendía al descubrirlo de pronto menos joven de la edad que seguía prestándole. Y por otro lado a mis padres aquel envejecimiento empezaba a parecerles la vejez anormal, excesiva, vergonzosa y merecida de los solteros, de todos esos para quienes parece que el gran día sin mañana es más largo que para los demás, porque el suyo está vacío y porque los momentos van sumándose desde por la mañana sin dividirse luego entre cierto número de hijos. «Creo que le da muchos disgustos la granuja de su mujer que vive como todo Combray sabe con un tal señor de Charlus. Es la comidilla de la ciudad». Mi madre hizo observar que, desde hacía algún tiempo sin embargo, estaba mucho menos triste. «Ya no hace tanto como antes ese gesto de su padre de secarse los ojos y de pasarse la mano por la frente. Yo creo que en el fondo ya no quiere a esa mujer. — Claro que ya no la quiere, respondió mi abuelo. Hace ya tiempo recibí una carta suya sobre este asunto, con la que me apresuré a no estar conforme, y que no deja ninguna duda sobre sus sentimientos, al menos amorosos, hacia su mujer. Ah, y ya veis, no le habéis dado las gracias por el asti», añadió mi abuelo volviéndose

hacia sus dos cuñadas. «¿Que no le hemos dado las gracias? Entre nosotros te diré que, en mi opinión, se las he dado incluso con bastante delicadeza, replicó la tía Flora — Sí, lo has hecho muy bien, hasta te he admirado por ello, dijo mi tía Céline. — También tú has estado muy bien. — Sí, me he sentido bastante orgullosa de mi frase sobre los vecinos amables. — ¿Y a eso lo llamáis vosotras dar las gracias?, exclamó mi abuelo. Por supuesto que he oído eso, pero que el diablo me lleve si podía figurarme que se refería a Swann. Podéis estar seguras de que no se ha enterado. — Pues claro que sí, Swann no es tonto, estoy segura de que ha sabido apreciarlo. ¡No iba a decirle el número de botellas y el precio del vino!». Mi padre y mi madre se quedaron solos, y se sentaron un momento; luego mi padre dijo: «Bueno, si quieres, subimos a acostarnos. — Como quieras, cariño, aunque no tengo ni pizca de sueño; no es ese helado de café tan anodino el que sin embargo ha podido tenerme tan despierta; veo luz en la antecocina y, dado que Françoise me ha esperado, voy a pedirle que me desabroche el corsé mientras tú vas quitándote la ropa». Y mi madre abrió la puerta enrejada del vestíbulo que daba a la escalera. Enseguida la oí que subía a cerrar su ventana. Salí sin ruido al pasillo: el corazón me latía con tal fuerza que me costaba avanzar, pero por lo menos ya no latía de ansiedad, sino de espanto y de alegría. En el hueco de la escalera vi la luz proyectada por la vela de mamá. Luego la vi a ella; eché a correr. En el primer segundo, me miró asombrada, sin comprender lo que había pasado. Luego su rostro adquirió una expresión de cólera, ni siquiera me decía una palabra, y de hecho por mucho menos no me dirigían la palabra durante varios días. Si mamá me hubiera dicho una palabra, habría sido admitir que podía volver a hablarme, y además esa circunstancia acaso me hubiera parecido más terrible todavía, como una señal de que, ante la gravedad del castigo que iba a prepararse, el silencio y el enfado hubieran sido pueriles. Una palabra habría sido la calma con que se responde a un criado cuando acaba de decidirse su despido; el beso que se da a un hijo al que se envía a alistarse cuando se le habría negado en caso de que uno debiera contentarse con estar enfadado con él dos días. Pero ella oyó a mi padre que subía del cuarto de aseo adonde había ido a desvestirse y, para evitar la escena que él me haría, me dijo con voz entrecortada por la cólera: «¡Escapa, escapa, que por lo menos tu padre no te vea

así, esperando como un loco!». Pero yo le repetía: «Ven a darme las buenas noches», aterrorizado al ver que el reflejo de la vela de mi padre ya se elevaba sobre la pared, pero utilizando también su proximidad como un medio de chantaje y esperando que mamá, para evitar que mi padre me encontrase todavía allí si ella seguía negándose, me dijera: «Vuelve a tu cuarto, enseguida voy». Era demasiado tarde, mi padre estaba delante de nosotros. Sin querer, murmuré estas palabras que nadie oyó: «¡Estoy perdido!».

No fue así. Mi padre me negaba constantemente permisos que se me habían consentido en los pactos más generosos otorgados por mi madre y por mi abuela porque él no se preocupaba de los «principios» y con él no existía el «Derecho de gentes». Por un motivo totalmente circunstancial, o, incluso sin motivo, en el último momento me anulaba determinado paseo tan habitual, tan consagrado, que era imposible privarme de él sin perjurio, o bien, como había hecho aquella misma noche, mucho antes de la hora ritual, me decía: «¡Vamos, sube a acostarte, sin explicaciones!». Pero, como no tenía principios (en el sentido de mi abuela), hablando en propiedad tampoco era intransigente. Me miró un instante con aire atónito y enojado, y luego, cuando mamá le hubo explicado con unas cuantas palabras confusas lo que había ocurrido, le dijo: «Pues vete entonces con él, ya que según decías hace un momento no tienes ganas de dormir, quédate un rato en su cuarto, yo no necesito nada. — Pero, querido, respondió tímidamente mi madre, tenga o no tenga ganas de dormir, eso no cambia nada, no se puede acostumbrar a este niño… — No se trata de acostumbrar, dijo mi padre encogiéndose de hombros, ya ves que el pequeño está afligido, parece desolado el pobre niño; ¡en resumen, no somos verdugos! Pues sí que adelantarás algo cuando hayas conseguido que enferme. Ya que hay dos camas en su cuarto, dile a Françoise que te prepare la grande y por esta noche acuéstate a su lado. Venga, buenas noches, yo que no soy tan nervioso como vosotros, voy a acostarme».

A mi padre no se le podía dar las gracias; le hubiera enojado lo que él llamaba sensiblerías. Permanecí sin atreverme a hacer ningún movimiento; él seguía delante de nosotros, muy alto, con su camisón blanco bajo el pañuelo de cachemira de la India violeta y rosa que se anudaba alrededor de la cabeza desde que padecía neuralgias, con el

gesto de Abraham en el grabado copia de Benozzo Gozzoli[36] que me había dado el señor Swann, diciéndole a Sara que ha de separarse de Isaac. Hace muchos años de esto. La pared de la escalera por donde vi subir el reflejo de su vela hace mucho tiempo que no existe[37]. También dentro de mí se han destruido tantas cosas que yo creía que debían durar siempre y se han edificado otras nuevas dando nacimiento a penas y alegrías nuevas que entonces no habría podido prever, lo mismo que las antiguas se me han vuelto difíciles de comprender. También hace mucho que mi padre ha dejado de poder decir a mamá: «Vete con el niño». Nunca renacerá para mí la posibilidad de esas horas. Pero desde hace poco empiezo a percibir con toda claridad, si escucho atentamente, los sollozos que tuve el valor de contener delante de mi padre y que únicamente estallaron cuando volví a encontrarme a solas con mamá. En realidad nunca han cesado; y solo porque ahora la vida se calla más a mi alrededor vuelvo a oírlos, como esas campanas conventuales que los ruidos de la ciudad cubren tan bien durante el día que las creeríamos detenidas pero que se ponen a sonar de nuevo en el silencio del atardecer.

Mamá pasó aquella noche en mi cuarto; en el momento en que acababa de cometer una falta por la que esperaba verme obligado a dejar la casa, mis padres me concedían más de lo que nunca hubiera conseguido como recompensa de una buena acción. Incluso en esa hora en que se manifestaba por medio de aquel perdón, el comportamiento de mi padre conmigo conservaba ese algo de arbitrario e inmerecido que lo caracterizaba y que por regla general era debido a conveniencias fortuitas más que a un plan premeditado.

Tal vez hasta lo que yo llamaba su severidad, cuando me mandaba a la cama, mereciera menos ese nombre que la de mi madre o de mi abuela, porque su naturaleza, en ciertos aspectos más distinta de la mía que la de ellas, probablemente no había adivinado hasta entonces cuán desgraciado me sentía todas las noches, cosa que mi madre y mi abuela sabían de sobra; pero estas me amaban lo bastante para no consentir en ahorrarme aquel sufrimiento, querían enseñarme a dominarlo a fin de atenuar mi sensibilidad nerviosa y fortalecer mi voluntad. En cuanto a mi padre, cuyo cariño por mí era de otra clase, no sé si hubiera tenido ese valor: para una vez que acababa de comprender que yo sufría, le había dicho a mi madre: «Vete a consolarlo». Mamá se quedó aquella noche en mi cuarto y, para no estropear con el menor remordimiento aquellas horas tan distintas de lo que yo tenía derecho a esperar, cuando Françoise, comprendiendo que pasaba algo extraordinario al ver a mamá sentada a mi lado, cogiéndome la mano y dejándome llorar sin reñirme, le preguntó: «¿Qué le pasa al señor para llorar así, señora?», mamá le respondió: «Ni él mismo lo sabe, Françoise, está nervioso; prepáreme enseguida la cama grande y suba a acostarse». Y así, por primera vez, mi tristeza no era considerada como una falta punible sino como un mal involuntario que acababa de reconocerse oficialmente, como un estado nervioso del que yo no era responsable; saboreaba el consuelo de no verme obligado a mezclar escrúpulos a la amargura de mis lágrimas, podía llorar sin pecado. También estaba más que medianamente orgulloso delante de Françoise de aquel retorno de las cosas humanas, una hora después de que mamá se había negado a subir a mi cuarto y que me había mandado responder desdeñosamente que debía dormirme, me elevaba a la dignidad de persona adulta y me había hecho alcanzar de golpe una especie de pubertad de la pena, de emancipación de las lágrimas. Yo habría debido ser feliz: no lo era. Me parecía que mi madre acababa de hacerme una primera concesión que debía resultarle dolorosa, que se trataba de una primera abdicación de su parte ante el ideal que había imaginado para mí, y que por primera vez ella, tan valerosa, se declaraba vencida. Me parecía que si yo acababa de obtener una victoria, era contra ella, que había conseguido, como hubieran podido hacerlo la enfermedad, las penas o la edad, ablandar su voluntad, doblegar su razón y que aquella noche

inauguraba una era, quedaría como una fecha triste. Si entonces me hubiera atrevido, le habría dicho a mamá: «No, no quiero, no te acuestes aquí». Pero conocía la sabiduría práctica, realista como se diría hoy, que mitigaba en ella la naturaleza ardientemente idealista de mi abuela, y sabía que, una vez hecho el mal, preferiría dejarme saborear al menos aquel placer calmante y no molestar a mi padre. Verdad es que el hermoso rostro de mi madre aún brillaba de juventud aquella noche en que me tenía cogidas las manos con tanta dulzura e intentaba frenar mis lágrimas; pero precisamente por eso me parecía algo que no debería haber ocurrido, su enojo me hubiera entristecido menos que aquella dulzura nueva que mi infancia no había conocido; me parecía que con mano impía y secreta acababa de trazar en su alma una primera arruga y hecho aparecer una primera cana. Esta idea aumentó mis sollozos y entonces vi a mamá, que conmigo nunca se dejaba llevar por ningún impulso de ternura, ganada de pronto por el mío y tratar de contener sus ganas de llorar. Como notó que me había dado cuenta, riendo me dijo: «Vaya con el tontuelo, con mi pequeño canario que va a conseguir que su mamá sea tan boba como él, a poco que esto continúe. Mira, como tú no tienes sueño ni tu mamá tampoco, no sigamos ablandándonos, hagamos algo, podemos coger uno de tus libros». Pero yo no tenía allí ninguno. «¿Te gustaría menos si saco ya los libros que te regalará tu abuela por tu cumpleaños? Piénsalo bien: si pasado mañana no tienes nada, ¿no te sentirás decepcionado?». Al contrario, me sentía encantado, y mamá fue a buscar un paquete de libros de los que, a través del papel que los envolvía, solo pude adivinar su formato corto y ancho, pero que, bajo ese primer aspecto, aunque sumario y velado, ya eclipsaban la caja de pinturas del día de Año Nuevo y los gusanos de seda del año anterior. Eran *La Mare au Diable, François le Champi, La Petite Fadette* y *Les Maîtres sonneurs.* Más tarde supe que mi abuela había elegido primero las poesías de Musset, un volumen de Rousseau e *Indiana[38]*; porque, aunque consideraba las lecturas fútiles tan nocivas como los caramelos y los dulces, no pensaba que los grandes hálitos del genio ejerciesen siquiera sobre la mente de un niño una influencia más peligrosa y menos vivificante que el aire libre y el viento del mar sobre su cuerpo. Pero como mi padre la había tratado casi de loca al saber los libros que pretendía regalarme, volvió ella misma a la librería de Jouy-le-

Vicomte para que no me arriesgase a quedarme sin regalo (hacía un día muy caluroso y había regresado tan indispuesta que el médico advirtió a mi madre que no la dejara cansarse de aquel modo), y se había conformado con las cuatro novelas campestres de George Sand. «Hija mía, le decía a mamá, nunca podría decidirme a regalar a este niño algo mal escrito».

En realidad, jamás se resignaba a comprar algo de lo que no pudiera sacarse un provecho intelectual, en particular ese que nos procuran las cosas bellas al enseñarnos a buscar nuestro placer lejos de las satisfacciones del bienestar y de la vanidad. Hasta cuando tenía que hacer a alguien un regalo de los llamados útiles, cuando tenía que regalar un sillón, unos cubiertos, un bastón, los buscaba «antiguos», como si borrado su carácter utilitario por el prolongado desuso pareciesen más idóneos para contarnos la vida de los hombres de antaño que para satisfacer las necesidades de la nuestra. Le hubiera gustado que yo tuviera en mi cuarto fotografías de los monumentos o los paisajes más hermosos. Pero en el instante de comprarlas, y aunque lo representado tuviese un valor estético, encontraba que la vulgaridad y la utilidad ocupaban demasiado deprisa su sitio en el modo mecánico de representación, la fotografía. Trataba de actuar con astucia y, si no de eliminar por entero la vulgaridad comercial, al menos de mitigarla, de sustituirla por la mayor parte posible de arte, de introducir en ella algo así como varias «capas» de arte: en vez de fotografías de la catedral de Chartres, de los Juegos de agua de Saint-Cloud, del Vesubio, se informaba a través de Swann de si algún gran pintor los había representado, y prefería darme fotografías de la catedral de Chartres pintada por Corot, de los Juegos de agua de Saint-Cloud por Hubert Robert, y del Vesubio por Turner, alcanzando así un grado más de arte[39]. Pero, si el fotógrafo había sido excluido de la representación de la obra de arte o de la naturaleza y sustituido por un gran artista, recuperaba sus derechos para reproducir su representación misma. Frente al inminente vencimiento de la vulgaridad, mi abuela todavía intentaba retroceder. Preguntaba a Swann si de la obra no se había hecho algún grabado, prefiriendo, cuando era posible, grabados antiguos y que tuvieran un interés más allá de sí mismos, por ejemplo los que representan una obra maestra en un estado en que hoy ya no podemos verla (como el grabado de la

Cena de Leonardo hecho por Morghen[40] antes de su degradación). Debo decir que los resultados de esa manera de comprender el arte de hacer un regalo no siempre fueron muy brillantes. La idea que me hice de Venecia por un dibujo del Tiziano[41], que supuestamente tenía de fondo la laguna, era desde luego mucho menos exacta que la que me hubieran proporcionado simples fotografías. En casa, ya no podíamos llevar la cuenta, cuando mi tía abuela quería lanzar una requisitoria contra mi abuela, de los sillones regalados por ella a jóvenes desposadas o a viejos matrimonios que, a la primera tentativa hecha para utilizarlos, se habían desfondado inmediatamente bajo el peso de uno de los destinatarios. Pero a mi abuela le hubiera parecido mezquino ocuparse demasiado por la solidez de un artesonado en el que aún podían distinguirse una florecilla, una sonrisa, a veces alguna hermosa imaginación del pasado. Hasta aquello que en esos muebles respondía a una necesidad, por ejemplo, una forma a la que ya no estamos acostumbrados, le encantaba lo mismo que los viejos modos de decir dónde vemos una metáfora, borrada, en nuestro lenguaje moderno, por el desgaste de la costumbre. Y precisamente las novelas campestres de George Sand que me regalaba por mi cumpleaños estaban llenas lo mismo que un mobiliario antiguo de expresiones caídas en desuso y convertidas en imágenes, como ya solo se encuentran en el campo. Y mi abuela las había comprado prefiriéndolas a otras, del mismo modo que hubiera alquilado más a gusto una propiedad con un palomar gótico o alguna de esas cosas viejas que ejercen sobre el espíritu una influencia benéfica dándole la nostalgia de imposibles viajes en el tiempo.

Mamá se sentó junto a mi cama; había cogido *François le Champi[42]*, al que su cubierta rojiza y su incomprensible título prestaban una personalidad nítida y un atractivo misterioso. Nunca hasta entonces había leído yo verdaderas novelas. Había oído decir que George Sand era el arquetipo del novelista. Eso me predisponía a imaginar en *François le Champi* algo indefinible y delicioso. Los procedimientos narrativos destinados a excitar la curiosidad o el enternecimiento, ciertas formas expresivas que despiertan la inquietud y la melancolía, y que un lector algo instruido reconoce comunes a muchas novelas, simplemente me parecían —a mí, que consideraba un libro nuevo no como una cosa que tuviera otras muchas semejantes,

sino como una persona única que solo tiene en sí misma la razón de existir— una turbadora emanación de la esencia particular de *François le Champi.* Debajo de aquellos sucesos tan cotidianos, de aquellas cosas tan comunes, de aquellas expresiones tan corrientes, sentía yo algo así como una entonación, una acentuación extraña. La acción empezó: me pareció más oscura porque en esa época, cuando leía, pensaba a menudo en algo totalmente distinto durante páginas enteras. Y a las lagunas que semejante distracción dejaba en el relato, se añadía el hecho de que, cuando era mamá quien me leía en voz alta, se saltaba todas las escenas de amor. Por eso, todos los extravagantes cambios producidos en la respectiva actitud de la molinera y del niño, y que solo encuentran explicación en los progresos de un amor naciente, me parecían teñidos de un profundo misterio cuya fuente había de estar, a mi entender, en aquel nombre desconocido y tan dulce de «Champi» que dejaba en el niño que lo llevaba, sin que yo supiese por qué, su color vivo, purpúreo y fascinante. Si mi madre era una lectora infiel, en las obras en que encontraba el acento de un sentimiento auténtico, también era una lectora admirable por el respeto y la sencillez de su interpretación, por la belleza y la dulzura del sonido. Incluso en la vida, cuando eran seres y no obras de arte las que excitaban de ese modo su ternura o su admiración, resultaba conmovedor ver con qué deferencia apartaba de su voz, de su gesto y de sus palabras determinado estallido de alegría que hubiera podido herir a aquella madre que en el pasado había perdido un hijo, determinado recuerdo de una fiesta de cumpleaños que habría podido hacer pensar a aquel anciano en sus muchos años, determinadas conversaciones domésticas que hubieran parecido enojosas a este joven sabio. Asimismo, cuando leía la prosa de George Sand, que siempre respira esa bondad, esa distinción moral que mamá había aprendido de mi abuela a considerar superiores a todo en la vida, y que yo debía enseñarle aunque mucho más tarde a no considerarlas igualmente superiores a todo en los libros, atenta a desterrar de su voz cualquier miseria, cualquier afectación que hubiera podido impedirle recibir la poderosa oleada, confería toda la ternura natural, toda la amplia dulzura que exigían esas frases que parecían escritas para su voz y que, por así decir, entraban de lleno en el registro de su sensibilidad. Para atacarlas en el tono preciso, encontraba el acento cordial que preexiste a ellas y que

las dictó, pero que las palabras no indican; gracias a ese acento amortiguaba al pasar cualquier crudeza de los tiempos verbales, daba al imperfecto y al pretérito indefinido la dulzura que hay en la bondad, la melancolía que hay en la ternura, dirigía la frase que acababa hacia la que iba a empezar, acelerando unas veces, retardando otras la marcha de las sílabas para hacerlas entrar, aunque sus cantidades fueran diferentes, en un ritmo uniforme, insuflaba a aquella prosa tan corriente una especie de vida sentimental y continua.

Mis remordimientos se habían calmado, me dejaba llevar por la dulzura de aquella noche en que tenía a mi madre a mi lado. Sabía que una noche como aquella no podría repetirse; que el mayor deseo que yo tuviera en el mundo, conservar a mi madre en mi cuarto durante las tristes horas nocturnas, se oponía demasiado a las necesidades de la vida y al deseo de todos para que la realización que esa noche se le había concedido pudiera ser algo más que artificial y extraordinaria. Al día siguiente mis angustias volverían y mamá no seguiría allí. Pero cuando mis angustias se calmaban, yo dejaba de comprenderlas; además, la noche del día siguiente estaba lejos todavía; me decía a mí mismo que ya tendría tiempo de pensar algo, aunque ese tiempo no pudiera aportarme ningún poder nuevo, por tratarse de cosas que no dependían de mi voluntad y que solo el intervalo que todavía las separaba de mí hacía que me pareciesen más evitables.

Y así, durante mucho tiempo, cuando, despierto por la noche, me acordaba de Combray, nunca volví a ver otra cosa que esa especie de lienzo luminoso, recortado en medio de tinieblas indistintas, semejante a las que el resplandor de una bengala o alguna proyección eléctrica iluminan y aíslan en un edificio cuyas demás partes siguen sumidas en la oscuridad: bastante ancho en la base, el saloncito, el comedor, el arranque de la oscura alameda por donde llegaría el señor Swann, el autor inconsciente de mis tristezas, el vestíbulo por donde me encaminaba hacia el primer peldaño de la escalera, tan cruel de subir, que constituía por sí sola el tronco estrechísimo de aquella pirámide irregular; y, en la cumbre, mi dormitorio con el pasillito de

puerta vidriera para la entrada de mamá; en una palabra, visto siempre a la misma hora, aislado de cuanto podía haber alrededor, destacándose solo en la oscuridad, el escenario estrictamente necesario (como el que se ve indicado al frente de las viejas comedias para las representaciones en provincias) para el drama de desvestirme; como si Combray solo hubiera consistido en dos pisos unidos por una delgada escalera, y como si nunca hubieran existido más que las siete de la noche. A decir verdad, habría podido responder a quien me hubiese preguntado que Combray comprendía también otras cosas y existía a otras horas. Pero como lo que me habría recordado me hubiera venido dado únicamente por la memoria voluntaria, por la memoria de la inteligencia, y como los datos que esta proporciona sobre el pasado no conservan nada real de él, nunca habría tenido ganas de pensar en ese resto de Combray. En realidad todo aquello estaba muerto para mí.

¿Muerto para siempre? Era posible.

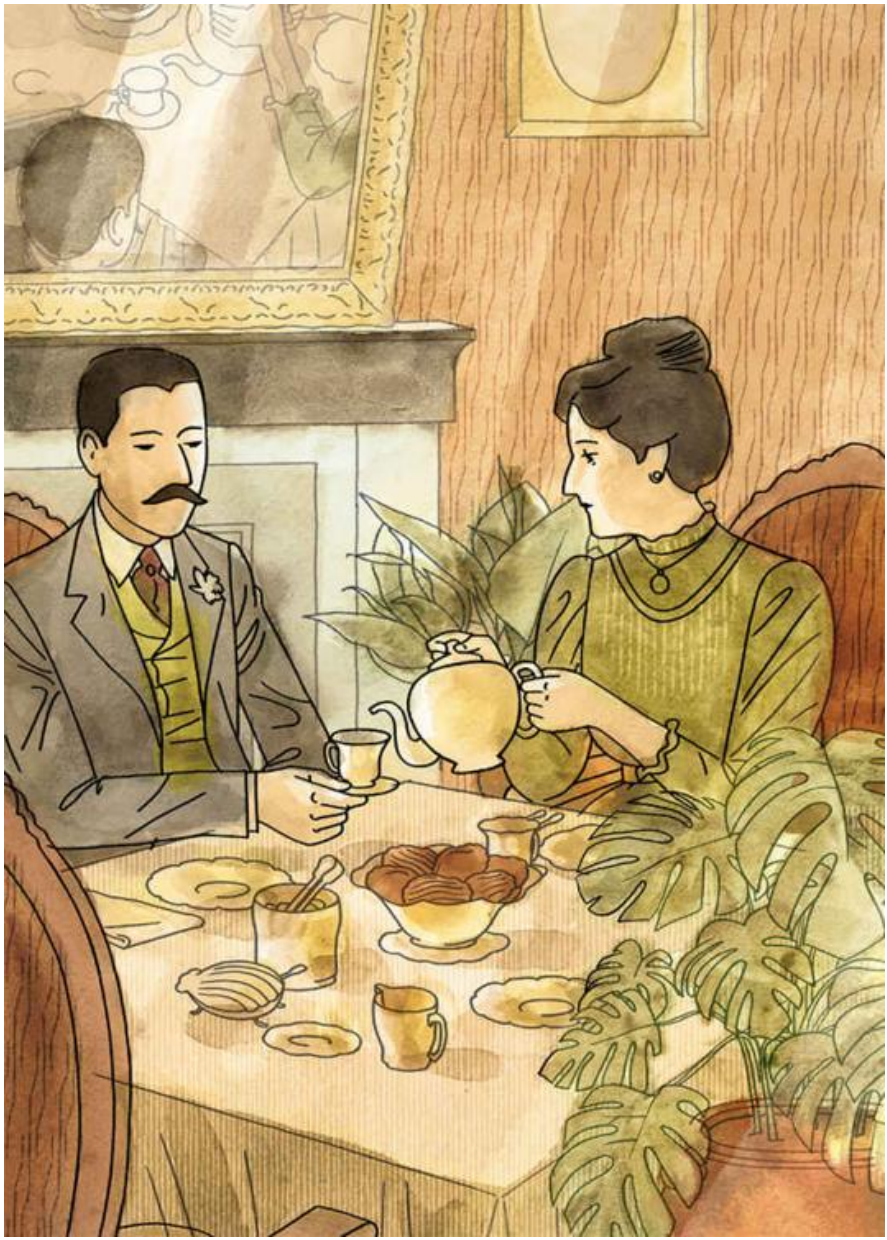
Entra por mucho el azar en todo esto, y un segundo azar, el de nuestra muerte, nos impide a menudo esperar mucho tiempo los favores del primero.

Me parece muy razonable la creencia celta de que las almas de los que hemos perdido están cautivas en algún ser inferior, en un animal, un vegetal, una cosa inanimada, perdidas de hecho para nosotros hasta el día, que para muchos nunca llega, en que resulta que pasamos junto al árbol, entramos en posesión del objeto que constituye su cárcel. Entonces se estremecen, nos llaman, y tan pronto como las hemos reconocido, el encantamiento se rompe. Liberadas por nosotros, han vencido a la muerte y vuelven a vivir en nuestra compañía.

Así ocurre con nuestro pasado. Es trabajo perdido que tratemos de evocarlo, inútiles todos los esfuerzos de nuestra inteligencia. Está oculto fuera de su dominio y de su alcance, en algún objeto material (en la sensación que nos daría ese objeto material), que ni siquiera sospechamos. Y ese objeto, depende del azar que lo encontremos antes de morir, o que no lo encontremos.

Hacía ya muchos años que, de Combray, cuanto no fuera el teatro y el drama de acostarme había dejado de existir para mí, cuando un día de invierno, al volver a casa, mi madre, viendo que tenía frío, me propuso tomar, contra mi costumbre, un poco de té. Me negué al

principio pero, no sé por qué, cambié de idea. Mandó a buscar uno de esos bollos cortos y rollizos llamados pequeñas magdalenas que parecen haber sido moldeados dentro de la valva acanalada de una vieira[43]. Y acto seguido, maquinalmente, abrumado por la sombría jornada y la perspectiva de un triste día siguiente, me llevé a los labios una cucharada de té donde había dejado empaparse un trozo de magdalena. Pero en el instante mismo en que el trago mezclado con migas del bollo tocó mi paladar, me estremecí, atento a algo extraordinario que pasaba en mi interior. Un placer delicioso me había invadido, aislado, sin la noción de su causa. De improviso se me habían vuelto indiferentes las vicisitudes de la vida, inofensivos sus desastres, ilusoria su brevedad, de la misma forma que opera el amor, colmándome de una esencia preciosa; o mejor dicho, aquella esencia no estaba en mí, era yo mismo. Había dejado de sentirme mediocre, contingente, mortal. ¿De dónde había podido venirme aquel potente gozo? Lo sentía unido al sabor del té y del bollo, pero lo superaba infinitamente, no debía de ser de igual naturaleza. ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Dónde cogerlo? Bebo un segundo sorbo donde no encuentro más que en el primero, un tercero que me aporta un poco menos que el segundo. Es tiempo de parar, la virtud del brebaje parece disminuir. Es evidente que la verdad que busco no está en él, sino en mí. La ha despertado, pero no la conoce, y solo puede repetir indefinidamente, cada vez con menos fuerza, ese mismo testimonio que no sé interpretar y que quiero al menos poder pedirle otra vez y volver a encontrar intacto, a mi disposición, dentro de poco, para un esclarecimiento decisivo. Dejo la taza y me vuelvo hacia mi espíritu. Es él quien debe hallar la verdad. Pero ¿cómo? Grave incertidumbre cada vez que el espíritu se siente sobrepasado por sí mismo; cuando él, el que busca, es al mismo tiempo el país oscuro donde debe buscar y donde todo su bagaje no ha de servirle de nada. ¿Buscar? No solo: crear. Está frente a algo que todavía no existe y a lo que solo él puede dar realidad, y luego hacerlo entrar en su luz.



Y vuelvo a preguntarme cuál podía ser ese estado desconocido, que no aportaba ninguna prueba lógica, sino la evidencia de su felicidad, de su realidad, ante la que las demás se desvanecen. Quiero intentar hacerlo reaparecer. Retrocedo con el pensamiento al instante en que tomé la primera cucharada de té. Encuentro el mismo estado, sin una claridad nueva. Pido a mi espíritu un esfuerzo más, que haga volver de nuevo la sensación que huye. Y, para que nada rompa el impulso con que otra vez ha de intentar aspirarla, aparto todo obstáculo, toda

idea extraña, resguardo mis oídos y mi atención de los ruidos de la habitación contigua. Pero cuando siento mi espíritu extenuarse sin éxito, lo fuerzo en cambio a distraerse, cosa que le negaba, a pensar en otra cosa, a rehacerse antes de una tentativa suprema. Luego, por segunda vez hago el vacío delante de él, lo pongo frente al sabor todavía reciente de ese primer sorbo y siento estremecerse en mí algo que se desplaza, que querría elevarse, algo que se habría desanclado, a gran profundidad; no sé qué es, pero va subiendo despacio; noto la resistencia y percibo el rumor de las distancias que atraviesa.

Verdad es que lo que así palpita en el fondo de mí debe de ser la imagen, el recuerdo visual que, unido a ese sabor, trata de seguirla hasta mí. Pero lucha demasiado lejos, con demasiada confusión; apenas si logro percibir el reflejo neutro donde se confunde el imperceptible torbellino de unos colores agitados; pero no alcanzo a distinguir la forma, a pedirle, como único intérprete posible, que me traduzca el testimonio de su contemporáneo, de su inseparable compañero, el sabor, a suplicarle que me enseñe de qué circunstancia particular, de qué época del pasado se trata.

¿Llegará hasta la superficie de mi clara conciencia aquel recuerdo, el instante antiguo que la atracción de un instante idéntico ha venido de tan lejos a solicitar, a conmover, a levantar en el fondo más profundo de mí mismo? No sé. Ahora ya no siento nada, se ha detenido, tal vez ha vuelto a bajar; quién sabe si volverá a ascender alguna vez de su noche… Diez veces tengo que volver a empezar, inclinarme hacia él. Y cada vez la cobardía que nos aparta de cualquier tarea difícil, de cualquier obra importante, me indujo a dejarlo, a beber mi té pensando simplemente en mis sinsabores de hoy, en mis anhelos de mañana que se dejan rumiar sin esfuerzo.

Y de repente se me apareció el recuerdo. Aquel sabor era el del trocito de magdalena que me ofrecía los domingos por la mañana en Combray (porque esos días yo no salía antes de la hora de misa), cuando iba a darle los buenos días a su cuarto, mi tía Léonie después de haberlo mojado en su infusión de té o de tila. La vista de la pequeña magdalena no me había recordado nada antes de haberla probado; acaso porque, habiéndolas visto luego a menudo, sin comerlas, en los anaqueles de las pastelerías, su imagen había abandonado aquellos días de Combray para unirse a otros más

recientes; quizá porque de aquellos recuerdos abandonados tanto tiempo fuera de la memoria, no sobrevivía nada, todo se había disgregado; las formas —incluida la de la pequeña vieira de pastelería, tan generosamente sensual, bajo su plisado severo y devoto— habían sido abolidas, o, adormecidas, habían perdido la fuerza expansiva que les hubiera permitido alcanzar la conciencia. Pero cuando nada subsiste de un pasado antiguo, tras la muerte de las criaturas, tras la destrucción de las cosas, solo el olor y el sabor, más frágiles pero más vívidos que nunca, más inmateriales, más persistentes, más fieles, perduran todavía mucho tiempo, como almas, recordando, aguardando, esperando, sobre las ruinas de todo lo demás, soportando sin doblegarse, sobre su gotita casi impalpable, el edificio inmenso del recuerdo.

Y en cuanto reconocí el sabor del trozo de magdalena mojado en la tila que me daba mi tía (aunque todavía no supiese y hubiera de dejar para mucho más tarde el descubrimiento de por qué me volvía tan feliz aquel recuerdo), al punto la vieja casa gris que daba a la calle, donde estaba su cuarto, vino como un decorado de teatro a aplicarse al pequeño pabellón, que daba al jardín, que había sido construido por mis padres en la parte de atrás (aquel lienzo de pared truncado, lo único que yo había vuelto a ver hasta entonces); y, junto con la casa, la ciudad, desde la mañana hasta la noche y en todo tiempo, la Plaza adonde me mandaban antes del almuerzo, las calles por donde iba para hacer algunos recados, los caminos que seguíamos si el tiempo era bueno. Y así como en ese juego con que los japoneses se divierten empapando en un bol de porcelana lleno de agua trocitos de papel hasta entonces indistintos y que, apenas sumergidos, se estiran, asumen contornos, se colorean, se diferencian, se vuelven flores, casas, figuras consistentes y reconocibles, así ahora todas las flores de nuestro jardín y las del parque del señor Swann, y las ninfeas del Vivonne, y la buena gente del pueblo y sus pequeñas casitas y la iglesia y todo Combray y sus alrededores, todo eso que toma forma y solidez, ha salido, ciudad y jardines, de mi taza de té.

[2] Aparato construido por Edison en 1894, que permitía la visión de fotografías en movimiento; perfeccionado, dio origen al cinematógrafo, del que fue uno de los precursores inmediatos.

[3] El *Journal des Débats,* uno de los órganos de los republicanos conservadores, empezó a publicar en marzo de 1893 una edición de tarde en papel rosa y blanco.

[4] Leyenda medieval popularizada durante la Edad Media: Genoveva, hija del duque de Brabante y esposa de Sigfrido, conde palatino de Tréveris, fue acusada de adulterio por su propio intendente, el senescal Golo, que había intentado seducirla. A su regreso de la guerra de Carlos Martel contra los árabes en el siglo VIII, Sigfrido la condenó a muerte; pero apiadados los servidores encargados de cumplir la sentencia, la abandonaron en un bosque, donde su hijo fue amamantado por una cierva. Muchos años después, durante una cacería, Sigfrido persigue a la cierva, que lo conduce hasta la caverna donde vive su esposa. Tras el triunfo de la inocencia de la mujer, Golo fue descuartizado.

[5] De color morado claro que tira a rojo, con reflejos dorados.

[6] Corte de pelo a cepillo por delante y bastante largo por detrás, puesto de moda por el actor Prosper Bressant (1815-1886), que ganó celebridad sobre los escenarios interpretando los galanes jóvenes. El principal modelo de Swann, Charles Haas, llevaba este corte de pelo.

[7] Fundado en 1833, el Jockey Club parisino pasó de su primera ubicación en la calle du Helder a la confluencia del bulevar des Capucines y de la calle Scribe, donde estuvo entre 1863 y 1924. Fue el más cerrado y exclusivo de los clubs de la época.

[8] Louis-Philippe-Albert d'Orléans (1838-1894), conde de París, nieto del rey Luis Felipe, pretendió el trono francés con el nombre de Felipe VI; vivió en el exilio en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, pero regresó a Francia en 1871; quince años más tarde, tras suceder al frente del partido monárquico al conde de Chambord (1820-1883), nieto de Carlos X y único heredero de la rama borbónica, fue desterrado a Inglaterra.

En cuanto al príncipe de Gales, se trata del futuro Eduardo VII (1841-1910), que heredó la corona de su madre, la reina Victoria, en 1901; durante su estancia parisina, fue compañero frecuente de Charles Haas. Ambos personajes principescos eran miembros del Jockey Club.

[9] Situado en la Île de Saint-Louis, frente al ábside de Notre-Dame, no

era en la época el barrio elegante que es en la actualidad; considerado «indigno» de Swann antes de casarse, tanto por Odette como por la tía abuela del Narrador, lo frecuentaban escritores, artistas, bohemios, dandis y esnobs.

[10] Tras la muerte de su madre, entre 1906 y 1919 Proust vivió en el número 102 del bulevar Haussmann, eje de los nuevos barrios del oeste parisinos, cerca del Bois de Boulogne, muy solicitados por la burguesía urbana del último tercio del siglo.

[11] Como el Halle de vinos, citado más adelante, antiguos depósitos de Bercy, en la confluencia de la calle des Fossés-Saint-Bernard y del quai Saint-Bernard.

[12] Según Virgilio *(Geórgicas,* vv. 315-527), Aristeo, hijo de la ninfa Cirene y de Apolo, desesperado por la epidemia enviada por los dioses para acabar con todas sus abejas, pidió ayuda a su madre Tetis, sumergida en las aguas del río Peneo, para conocer el origen de la ira de los Olímpicos; tras consultar con Proteo, Aristeo sabe que la muerte de Eurídice, picada por una serpiente venenosa cuando huía de él, es la razón de esa venganza; cuatro novillos sacrificados a las Ninfas aplacarán esa ira y le permitirán reponer sus enjambres.

En cuanto a Tetis, la alusión parece apuntar a una titánide, hija de Urano y de Gea, que tuvo de su hermano Océano más de tres mil hijos, es decir, todos los ríos del mundo. Simboliza la fecundidad marina. Otra Tetis tiene menos probabilidades de ser aludida en este párrafo: nereida hija de Nereo y de Dóride, aparece en numerosas fabulaciones del mito griego; de su unión con Perseo, tuvo varios hijos, entre ellos Aquiles, héroe de la *Ilíada*.

[13] Salsa *gribiche:* vinagreta, a base de picadillo de huevo duro, pepinillos, alcaparras y finas hierbas, entre ellas el estragón, citado algo más adelante; la mostaza y la pimienta de Cayena la convierten en picante. El término *gribiche*, que entra en la lengua francesa hacia 1900, procede del medio neerlandés *kribbich,* «gruñón».

[14] Hasta 1871, Twickenham, cerca de Londres, fue residencia de la familia d'Orléans durante su primer exilio londinense; aunque el conde de París no residió en ella en su exilio de 1886, Twickenham siguió siendo el centro de la oposición monárquica francesa.

[15] Pensionado religioso, destinado a la educación de las jóvenes de la burguesía; regido por las Dames du Sacré-Cœur, fue fundado en 1800 por el abate Tournely, el padre Varin y santa Madeleine-Sophie Barat (1779-1865), que calcaron sus reglas por las de la Compañía de Jesús.

[16] Jacques-Léopold de La Tour d'Auvergne (1746-1802), último duque de Bouillon, murió sin descendencia; durante el siglo XIX, distintas familias pretendieron ese apellido de La Tour d'Auvergne, y a ello alude Proust en su novela, donde la madre de Basin de Guermantes, la de Oriane de Guermantes y Mme. de Villeparisis —hermanas las tres— llevan el apellido Bouillon.

[17] Marie de Rabutin-Chantal, marquesa de Sévigné (1626-1696), la principal epistológrafa de la lengua francesa, es la autora favorita de la madre de Proust, y de la abuela del Narrador, que hace su elogio a lo largo de *A la busca del tiempo perdido* y cita frases sacadas de las *Lettres* a su hija.

[18] El príncipe des Laumes, más tarde duque de Guermantes.

[19] Edme-Patrice-Maurice de Mac-Mahon (1808-1893) tomó parte en las guerras de Crimea y de Italia, gobernó Argelia (1864-1870) y fue hecho prisionero en Sedán, de donde fue liberado para formar el ejército de Versalles que se encargó de aplastar a la Comuna. Presidente de la República Francesa a la caída de Thiers (1873) gracias a la coalición monárquica de la Asamblea Nacional, fue obligado a dimitir en enero de 1873 tras un fallido intento de restauración monárquica.

[20] Alusión al duque Edme-Armand-Gaston d'Audiffret-Pasquier (1823-1905), diputado orleanista y consejero del conde de París; era hijo del marqués d'Audiffret, par de Francia y senador; y sobrino nieto de Étienne-Denis Pasquier, canciller de Francia y duque, que lo adoptó y le transmitió su título; presidente de la Cámara y del Senado, y consejero del conde de París, trató de restaurar la monarquía, pero en 1896 se alejó del partido orleanista.

[21] Louis-Mathieu, conde Molé (1781-1855), primer ministro de Luis Felipe (1836-1839) y escritor. Étienne-Denis Pasquier, citado en la nota anterior, además de político y académico fue autor de unas *Mémoires* y de un volumen de *Discours et Opinions.* Achille-Léonce

Victor de Broglie (1785-1870), liberal durante la Restauración, se unió a Luis Felipe, de quien fue ministro de Asuntos Extranjeros y presidente del Consejo. Estos tres personajes también aparecen en *Contre Sainte-Beuve* como ejemplo de políticos más citados y elogiados por ese crítico que Baudelaire, Stendhal y Balzac.

[22] Semanario satírico fundado en 1854, que veintidós años más tarde, en 1866, se convirtió en diario de información política y literaria.

[23] Esta alusión a las cooperativas suecas sitúa el texto en el decenio de 1880.

[24] Por descuido, Proust adjudica a Flora dos réplicas sucesivas.

[25] Henri-Polydore Maubant (1821-1902), actor de la Comédie-Française, especializado en papeles de barbas, reyes y tiranos de tragedia, hasta 1888, año en que abandonó los escenarios.

[26] Amalie Materna (1844-1918), cantante austríaca que interpretó las grandes figuras femeninas de Wagner, sobre todo en Bayreuth hasta 1891; en 1876 encarnó el papel de la Brunilda de *La Walkiria.*

[27] Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon (1675-1755), es una figura recurrente a lo largo de toda la obra de Proust, que apreciaba sobre todo su estilo y su lenguaje; en *El tiempo recobrado,* las *Memorias* de Saint-Simon se convertirán en obra de referencia; en su amplísima labor memorialística, Saint-Simon deja abundantes páginas sobre el viaje a España (1721), adonde fue enviado por el casi adolescente Luis XV como embajador extraordinario para favorecer su matrimonio con la infanta española.

[28] Olga Constantinova (1851-1926), nieta del zar Nicolás I; casada con Jorge I de Grecia, reinó de 1867 a 1913.

[29] Herminie de la Brousse de Verteillac (1853-1926), princesa de Léon antes de convertirse en duquesa de Rohan-Chabot a la muerte de su padre, en 1893.

[30] Jean-Baptiste-Louis Andrault, marqués de Maulévrier-Langeron y mariscal de Francia (1677-1754), era embajador ordinario de Francia en España cuando Saint-Simon llegó para pedir oficialmente la mano de la infanta española; acogió de mala gana al memorialista, que dice textualmente de él: «Encontré un hombre

muy respetuoso, muy silencioso, muy reservado, y pronto me di cuenta de que en aquella espesa botella no había más que malhumor, grosería y necedades. No sé de dónde había sacado el abate Dubois un animal tan mal peinado». *(Mémoires,* Pléiade, t. VIII, pág. 251). La segunda cita, en la misma página de ese tomo, es exacta.

[31] «¡Oh cielo, cuántas virtudes me hacéis odiar», replica Cornelia, viuda de Pompeyo, ante la generosidad de su enemigo Julio César, que ha ordenado honrarla como a esposa de un héroe (Corneille, *La mort de Pompée,* III, IV, v. 1072).

[32] En varios libros (Éxodo, 23, 19; 34, 26, Deuteronomio, 14, 21), la Biblia prohíbe cocer el cabritillo en la leche de su propia madre, así como el nervio del muslo (Génesis, 32, 33, escena del combate frente al ángel de Jacob, que resulta herido en ese tendón, o «nervio del sobresalto»; es el nervio ciático, situado sobre el hueso del muslo, que todavía hoy los carniceros judíos eliminan con objeto de hacer apta para el consumo la carne del animal, y que el *Zohar* asimila al instinto sexual). En cuanto a la degollación de niños, la alusión es clara a la matanza de los inocentes (Mateo, 2, 16).

[33] El milagro de Teófilo, que se difundió por toda la literatura medieval europea desde el siglo XI en el acervo de los milagros marianos, fue el más representado en esculturas o vitrales de las catedrales francesas: el clérigo de ese nombre pacta con el diablo por ambición de poder y solo se salva gracias a la intervención de la Virgen, que arranca el pergamino firmado por el clérigo de manos del demonio.

En cuanto a los cuatro hijos (Renaud, Alard, Guichard y Richart) del duque Aymon (Aymes de Dordoña), según una canción de gesta del siglo XIII, *Geste de Renaud de Montauban,* o *Les Quatre Fils Aymon,* ofendieron gravemente a Carlomagno: Renaud asesinó a Barthelais, sobrino del emperador, que desterró a los cuatro; después de reconciliarse con Carlomagno, Renaud habría peregrinado a Tierra Santa y habría trabajado como albañil en la construcción de la catedral de san Pedro de Colonia.

[34] Pequeños recipientes con agua que se ofrecían al término de las comidas para enjuagarse la boca. Flaubert los citará irónicamente

como signo de elegancia provinciana: Emma Bovary «hablaba de comprar enjuagadientes para el postre. Todo ello acrecentaba mucho el prestigio de Bovary *(Madame Bovary,* Iª, VII, trad. M. Armiño, Ediciones Siruela, 2013, pág. 329).

[35] Aunque fundada en 1784, la Société des Concerts du Conservatoire, la orquesta más antigua de París, no debutó hasta 1795. Hacia 1900, entre noviembre y abril, daba conciertos los domingos a las dos de la tarde. La calle de Trévise es paralela a la del Conservatoire.

[36] Benozzo Gozzoli (1420/22-1497), pintor florentino, realizó para el Camposanto Monumentale de Pisa unos frescos, gravemente dañados por bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, donde, entre las veintitrés escenas del Viejo Testamento que representó, figuraba la historia de Abraham; estas pinturas aparecen citadas frecuentemente en Ruskin, que llegó a dibujar un fragmento de uno de los paneles reproduciéndolo en *Moderns Painters* (IV y V). Por lo demás, el gesto de Abraham aquí citado no aparece en la escena de Gozzoli representando el sacrificio de Isaac.

[37] Como sabremos por *El tiempo recobrado,* Combray será destruida durante la Primera Guerra Mundial.

[38] Novela de juventud de George Sand (1804-1876), nombre que, junto al de Augustin Thierry, figura en la respuesta de Proust a su primer cuestionario, calificando a ambos como sus autores de prosa favoritos; favoritos de la adolescencia, como en una carta se apresura Proust a precisar: «No crea que me gusta George Sand». *Indiana,* publicada en 1852, a diferencia de las cuatro «campestres» y de madurez citadas en las líneas anteriores, es una historia de adulterios, prejuicios y suicidios; esta apología de la pasión, que considera el amor como principio básico de la vida privada, de la moral y de la política, directamente inspirada en *La Nueva Eloísa* de J.-J. Rousseau, ataca la servidumbre en que vive la mujer en el siglo XIX.

[39] *La catedral de Chartres,* de Jean-Baptiste-Camille Corot (1796-1875), se encuentra en el Louvre.

Hubert Robert (1733-1808), uno de los pintores paisajistas precursores del romanticismo, dejó numerosos cuadros con fuentes y

surtidores; por ejemplo, *Lavanderas en un parque*, *El parque de Saint-Cloud* y *El surtidor;* en 1899 Proust dedica al surtidor de Saint-Cloud una descripción *(Contre Sainte Beuve*) que lo relaciona con la masturbación; el texto de ese artículo será aprovechado y ampliado para describir el surtidor del jardín del palacio de Guermantes en *Sodoma y Gomorra.*

En las *Works* de Ruskin figuran dos acuarelas del pintor inglés Joseph Mallord William Turner (1775-1851), precursor del impresionismo, representando el volcán del Vesubio, en reposo y en erupción, esta también con cierto significado sexual.

[40] Raffaello Morghen (1758-1833), grabador que trabajó en Florencia, especializado en la reproducción de obras maestras; en 1800, por encargo del duque de Toscana Fernando III, grabó *La cena* de Leonardo da Vinci a partir de un dibujo de Teodoro Matteini. *La última cena,* pintado al óleo en la última década del siglo XV sobre el muro del refectorio del convento de Santa María de las Gracias de Milán, fue repintado casi por completo durante las restauraciones de 1726 y 1770.

[41] Tiziano (1488-1576) dejó varias vistas de su ciudad natal; Ruskin reproduce en sus *Works* una vista de la laguna desde la casa del pintor, con los Alpes tiroleses al fondo.

[42] *François le Champi,* novela de George Sand publicada en 1848 en el folletón del *Journal des Débats,* tiene por protagonista a un niño expósito: en el *patois* del Berry, *champi* significa «niño encontrado en los campos». François vive con una anciana que lo adopta para cobrar la pensión que le vale la custodia del niño; lo protegerá Madeleine, una joven molinera, especie de madre adoptiva para François, a la que tiraniza su viejo marido; y será la amante de este, la malvada Sévère, la que trata de seducir al adolescente; acusado de entenderse con la molinera y expulsado, volverá en busca de Madeleine a la muerte del marido.

[43] *Coquille Saint-Jacques;* en francés, la concha que llevaban sobre la capa o en el sombrero los peregrinos a Santiago de Compostela durante la Edad Media; la relación que Proust establece con la magdalena («sensual… devota») adjudica a esta una especie de función religiosa: en última instancia, la magdalena sirve de arranque a esa especie de itinerario existencial de purificación que

es *A la busca del tiempo perdido.*

II

De lejos, en diez leguas a la redonda, vista desde el tren cuando llegábamos la última semana antes de Pascua, Combray[44] no era más que una iglesia que resumía la ciudad, que la representaba, que hablaba de ella y por ella a la lejanía, y que, cuando nos acercábamos, mantenía apretados alrededor de su alto manto sombrío, en pleno campo, contra el viento, como una pastora sus ovejas, los lomos lanosos y grises de las casas apiñadas que un resto de murallas medievales cercaba aquí y allá con un trazo tan perfectamente circular como el de una pequeña ciudad en un cuadro de primitivo. Para vivir, Combray era algo triste, como sus calles, cuyas casas construidas con piedras negruzcas de la región, precedidas de escalones exteriores, rematadas por aguilones que proyectaban su sombra delante de ellas, eran lo bastante oscuras para que, cuando la luz empezaba a menguar, hubiera que subir las cortinas en las «salas»; calles de graves nombres de santos (muchos de ellos estaban unidos a la historia de los primeros señores de Combray): calle Saint-Hilaire, calle Saint-Jacques donde estaba la casa de mi tía, calle Sainte-Hildegarde, a la que daba la verja, y calle du Saint-Esprit a la que se abría la puertecita lateral de su jardín[45]; y esas calles de Combray perviven en una parte tan recóndita de mi memoria, pintada con colores tan distintos de los que ahora revisten para mí el mundo que, en verdad, todas me parecen, y la iglesia que las dominaba desde la Plaza, más irreales todavía que las proyecciones de la linterna mágica; y, en ciertos instantes, se me

figura que poder atravesar todavía la calle Saint-Hilaire, poder alquilar un cuarto en la calle de L'Oiseau —en la vieja hospedería del Oiseau Flesché, de cuyos tragaluces subía un olor a cocina que, por momentos, todavía me llega con la misma intermitencia y el mismo calor—, sería entrar en contacto con el Más Allá de un modo más maravillosamente sobrenatural todavía que trabar conocimiento con Golo y hablar con Genoveva de Brabante.

La prima de mi abuelo —mi tía abuela—, en cuya casa habitábamos, era la madre de aquella tía Léonie que, desde la muerte de su marido, el tío Octave, no había querido salir, primero de Combray, luego, en Combray, de su casa, más tarde de su cuarto, y por último de su cama, de la que ya no «descendía», siempre acostada en un vago estado de pena, de abatimiento físico, de enfermedad, de idea fija y de devoción. Su aposento particular daba a la calle Saint-Jacques, que acababa mucho más lejos en el Prado Grande (por oposición al Prado Chico, que verdeaba en medio de la ciudad, entre tres calles), y que, uniforme, grisácea, con los tres altos escalones de gres delante de casi todas las puertas, parecía una especie de desfiladero tallado por un cantero de imágenes góticas en la misma piedra en que hubiera esculpido un belén o un calvario. En realidad mi tía solo ocupaba dos habitaciones contiguas: por la tarde se quedaba en una mientras ventilaban la otra. Eran de esas habitaciones de provincias que —así como en ciertos países hay partes enteras del aire o del mar iluminadas o perfumadas por miríadas de protozoarios que no podemos ver— nos encantan con los mil olores depositados en ellas por las virtudes, la prudencia, los hábitos, por toda una vida secreta, invisible, superabundante y moral que la atmósfera mantiene en suspensión; olores naturales todavía, desde luego, y color del tiempo como los de la campiña vecina, pero ahora hogareños, humanos y encerrados, jalea exquisita, industriosa y límpida de todos los frutos del año que ha dejado el huerto por la despensa; estacionales, pero móviles y domésticos, capaces de corregir el picor de la escarcha blanca con la dulzura del pan caliente, perezosos y puntuales como un reloj de aldea, callejeadores y comedidos, despreocupados y previsores, lenceros, matinales, devotos, felices con una paz que no aporta otra cosa que un momento de ansiedad y un prosaísmo que sirve de gran reservorio de poesía a quien los atraviesa

sin haber vivido en ellos. Allí el aire estaba saturado con la quintaesencia de un silencio tan nutricio, tan suculento que no me adentraba en él sino con una especie de gula, sobre todo en aquellas mañanas todavía frías de la semana de Pascua en que lo saboreaba mejor por estar recién llegado a Combray: antes de entrar a desear los buenos días a mi tía, me hacían esperar un momento en la primera estancia donde el sol, todavía invernal, había venido a calentarse a la lumbre, ya encendida entre los dos ladrillos y que encalaba todo el cuarto con un olor a hollín, haciendo de él como uno de esos grandes «antehornos» de campo, o una de esas campanas de chimenea de castillos, bajo los cuales se desea que fuera arrecien la lluvia, la nieve, incluso alguna catástrofe diluviana, para añadir al bienestar de la reclusión la poesía de la invernada; daba unos pasos desde el reclinatorio a los sillones de terciopelo estampado, siempre revestidos con sus reposacabezas de ganchillo; y el fuego, cociendo como una pasta los apetitosos olores que volvían muy grumoso el aire del cuarto y a los que ya había hecho trabajar y «levantarse» el frescor húmedo y soleado de la mañana, los hojaldraba, los doraba, los arrugaba, los hinchaba, transformándolos en un invisible y palpable pastel provinciano, una inmensa «empanadilla» a la que, nada más saborear los aromas más curruscantes, más finos, más reputados, pero también más secos de la alacena, de la cómoda, del papel rameado, yo siempre volvía con una inconfesada codicia para enviscarme en el aroma mediocre, pringoso, soso, indigesto y afrutado de la colcha de flores.

En la habitación contigua, oía a mi tía hablar completamente sola a media voz. Nunca hablaba sino bastante bajo por estar convencida de tener en la cabeza algo roto y flotante que hubiera desplazado si hablaba demasiado fuerte, pero nunca se quedaba mucho rato, incluso estando sola, sin decir algo, porque creía que era saludable para su garganta y que eso, impidiendo a la sangre detenerse en ella, volvería menos frecuentes los ahogos y las angustias que sufría; además, en la inercia absoluta en que vivía, prestaba a sus menores sensaciones una importancia extraordinaria; les confería una motilidad que hacía difícil guardárselas para ella, y a falta de confidente a quien comunicarlas, se las anunciaba a sí misma, en un perpetuo monólogo que era su única forma de actividad. Por desgracia, tras haber contraído el hábito de pensar en voz alta, no siempre prestaba

atención a que no hubiera alguien en la habitación contigua, y a menudo la oía yo decirse a sí misma: «Tengo que acordarme de que no he dormido» (pues no dormir nunca era su mayor pretensión cuyo respeto y rastro conservaba el lenguaje de todos nosotros: por la mañana Françoise no iba a «despertarla», sino que «entraba» en su cuarto; cuando mi tía quería echar una cabezadita durante el día, se decía que quería «reflexionar» o «reposar»; y si, hablando, alguna vez se le olvidaba hasta el punto de decir: «lo que me ha despertado» o «he soñado que», se ruborizaba y se corregía lo más rápidamente posible).

Al cabo de un momento, yo entraba a darle un beso; Françoise mandaba hacerle una infusión de té; o, si mi tía se sentía agitada, pedía en su lugar una tisana y era entonces yo quien se encargaba de hacer caer de la bolsita de farmacia a un platillo la cantidad de tila que luego había que poner en el agua hirviendo. Al secarse, los tallos se habían curvado en un caprichoso enrejado de cuyas volutas salían las pálidas flores, como si un pintor las hubiera dispuesto, las hubiera hecho posar del modo más ornamental. Después de haber perdido o cambiado su aspecto, las hojas parecían las cosas más diversas, un ala transparente de mosca, el reverso blanco de una etiqueta, un pétalo de rosa, pero que hubieran sido apiladas, machacadas o trenzadas como en la confección de un nido. Mil pequeños detalles inútiles —fascinante prodigalidad del farmacéutico— que en un preparado ficticio se hubieran suprimido, me daban, como un libro donde nos maravilla encontrar el nombre de una persona conocida, el placer de comprender que realmente se trataba de tallos de verdaderos tilos, como los que veía en la avenida de la Gare, modificados, precisamente porque no eran falsos, sino ellos mismos y que habían envejecido. Y, como cada nuevo rasgo no era otra cosa que la metamorfosis de un rasgo antiguo, en bolitas grises reconocía yo las yemas verdes que no han llegado a madurar; pero, sobre todo la luminosidad rosada, lunar y suave que hacía resaltar las flores en la frágil selva de tallos donde estaban suspendidas como pequeñas rosas de oro —señal, como el resplandor que todavía revela en una pared el sitio de un fresco borrado, de la diferencia entre las partes del árbol que habían sido «en color» y las que no lo habían sido—, me indicaba que aquellos pétalos eran los mismos que antes de adornar de flores la bolsita de la

farmacia habían aromado las noches de primavera. Aquella llama rosa de cirio seguía siendo su coloración, pero semiapagada y adormecida en aquella vida menguada que ahora era la suya y que es como el crepúsculo de las flores. No tardaba mucho mi tía en mojar en la infusión hirviente, cuyo gusto a hoja muerta o a flor marchita saboreaba, una pequeña magdalena, y cuyo trozo, cuando me lo ofrecía, estaba suficientemente ablandado.

A un lado de su cama había una gran cómoda amarilla de madera de limonero y una mesa que servía al mismo tiempo de botiquín y de altar mayor, donde, debajo de una estatuilla de la Virgen y de una botella de Vichy-Célestins, había libros de misa y recetas de medicamentos, todo lo necesario para seguir desde la cama los oficios y su régimen, para que no se le pasase la hora de la pepsina ni de las Vísperas. En el otro lado, la cama corría a lo largo de la ventana; tenía la calle ante la vista y allí leía de la mañana a la noche, para distraerse, al modo de los príncipes persas, la crónica cotidiana aunque inmemorial de Combray, que luego comentaba con Françoise.

No estaba con mi tía desde hacía cinco minutos cuando ella me despedía por miedo a que la cansase. Tendía a mis labios su triste frente pálida e insulsa sobre la que, a esa hora matinal, aún no se había arreglado los postizos, donde las vértebras[46] se transparentaban como las puntas de una corona de espinas o las cuentas de un rosario, y me decía: «Anda, hijito, vete, vete a prepararte para la misa; y si encuentras abajo a Françoise, dile que no se entretenga mucho tiempo con vosotros, que suba enseguida a ver si necesito algo».

De hecho, Françoise, que estaba hacía años a su servicio y entonces no sospechaba que un día pasaría por entero al nuestro, descuidaba un poco a mi tía los meses que nosotros estábamos allí. Antes de que fuéramos a Combray, cuando mi tía Léonie aún pasaba el invierno en París en casa de su madre, hubo un tiempo en mi infancia en que conocía tan poco a Françoise que el primero de enero, antes de entrar en casa de mi tía abuela, mi madre me ponía en la mano una moneda de cinco francos y me decía: «Sobre todo no te equivoques de persona. Espera para darla a que me oigas decir: “Buenos días, Françoise”; y al mismo tiempo te daré un golpecito en el brazo». Nada más llegar a la oscura antecámara de mi tía vislumbrábamos en la sombra, bajo los

cañones de una cofia reluciente, rígida y frágil como si hubiera sido de azúcar hilado, los remolinos concéntricos de una sonrisa de gratitud anticipada. Era Françoise, inmóvil y de pie en el marco de la puertecita del pasillo como una estatua de santa en su hornacina. A medida que íbamos acostumbrándonos a aquellas tinieblas de capilla, percibíamos en su rostro el amor desinteresado por el género humano, el respeto enternecido por las clases altas que la esperanza del aguinaldo exaltaba a las mejores regiones de su corazón. Mamá me pellizcaba el brazo con violencia y decía con voz fuerte: «Buenos días, Françoise». A esta señal mis dedos se abrían y soltaba la moneda que encontraba, para recibirla, una mano confusa, aunque tendida. Pero desde que íbamos a Combray, a nadie conocía yo mejor que a Françoise, éramos sus preferidos, sentía por nosotros, al menos durante los primeros años, junto a la misma consideración que por mi tía, un gusto más vivo, porque al prestigio de formar parte de la familia (sentía tanto respeto como un trágico griego por los lazos invisibles que anuda entre los distintos miembros de una familia la circulación de una misma sangre), nosotros añadíamos el encanto de no ser sus amos habituales. Por eso, con qué alegría nos recibía, compadeciéndonos por no tener todavía mejor tiempo el día de nuestra llegada, la víspera de Pascua, cuando a menudo hacía un viento glacial, mientras mamá le preguntaba por su hija y por sus sobrinos, si su nieto era gracioso, qué pensaban hacer con él, si se parecería a su abuela.

Y cuando todos se habían ido, mamá, sabiendo que Françoise todavía lloraba a sus padres muertos desde hacía años, le hablaba de ellos con dulzura, le preguntaba mil detalles sobre lo que había sido su vida.

Había adivinado que Françoise no quería a su yerno y que era él quien le arruinaba el placer que tenía de estar con su hija, con la que no hablaba con igual libertad si él estaba delante. Por eso, cuando Françoise iba a verlos, a unas cuantas leguas de Combray, mamá le decía sonriendo: «¿Verdad, Françoise, que si Julien se viera obligado a ausentarse y usted tuviese a Marguerite para usted sola por todo el día, lo sentiría mucho pero se consolaría?». Y Françoise le decía riendo: «La señora lo sabe todo; la señora es peor que los rayos X[47] (decía *x* con una dificultad fingida y con una sonrisa para burlarse de

sí misma, por usar, ignorante como era, ese término culto), que trajeron para Mme. Octave y que ven lo que una tiene en el corazón», y desaparecía, confusa por que se ocuparan de ella, acaso para que no la viéramos llorar; mamá era la primera persona que le daba esa dulce emoción de sentir que su vida, sus dichas y sus penas de aldeana podían presentar interés, ser un motivo de alegría o de tristeza para alguien que no fuera ella misma. Mi tía se resignaba a privarse un poco de Françoise durante nuestra estancia, sabiendo cuánto apreciaba mi madre el servicio de aquella criada tan inteligente y activa, no menos bella desde las cinco de la mañana en su cocina, bajo su cofia cuyo encañonado resplandeciente y fijo parecía de bizcocho, que para ir a misa mayor; que todo lo hacía bien y trabajaba como una burra, se encontrase bien o no, pero sin ruido, como si no hiciese nada, la única de las criadas de mi tía que, cuando mamá pedía agua caliente o café negro, los traía realmente hirviendo; era uno de esos sirvientes que, en una casa, son al mismo tiempo los que a primera vista más desagradan a un extraño, tal vez porque no se toman la molestia de conquistarlo ni le prestan particular atención, sabiendo sobradamente que no le necesitan, que antes dejarían de recibir en la casa al invitado que prescindir de sus servicios; y que son en cambio los que más aprecian los amos, que han probado sus capacidades reales, y no se preocupan de ese encanto superficial, de esa palabrería servil que impresiona favorablemente a una visita, pero que muchas veces esconde una nulidad imposible de educar.

Cuando Françoise, después de haberse cuidado de que mis padres tuvieran cuanto necesitaban, subía una primera vez al cuarto de la tía para darle su pepsina y preguntarle qué tomaría para desayunar, era muy raro que no tuviese que dar su opinión o proporcionar explicaciones sobre algún acontecimiento importante.

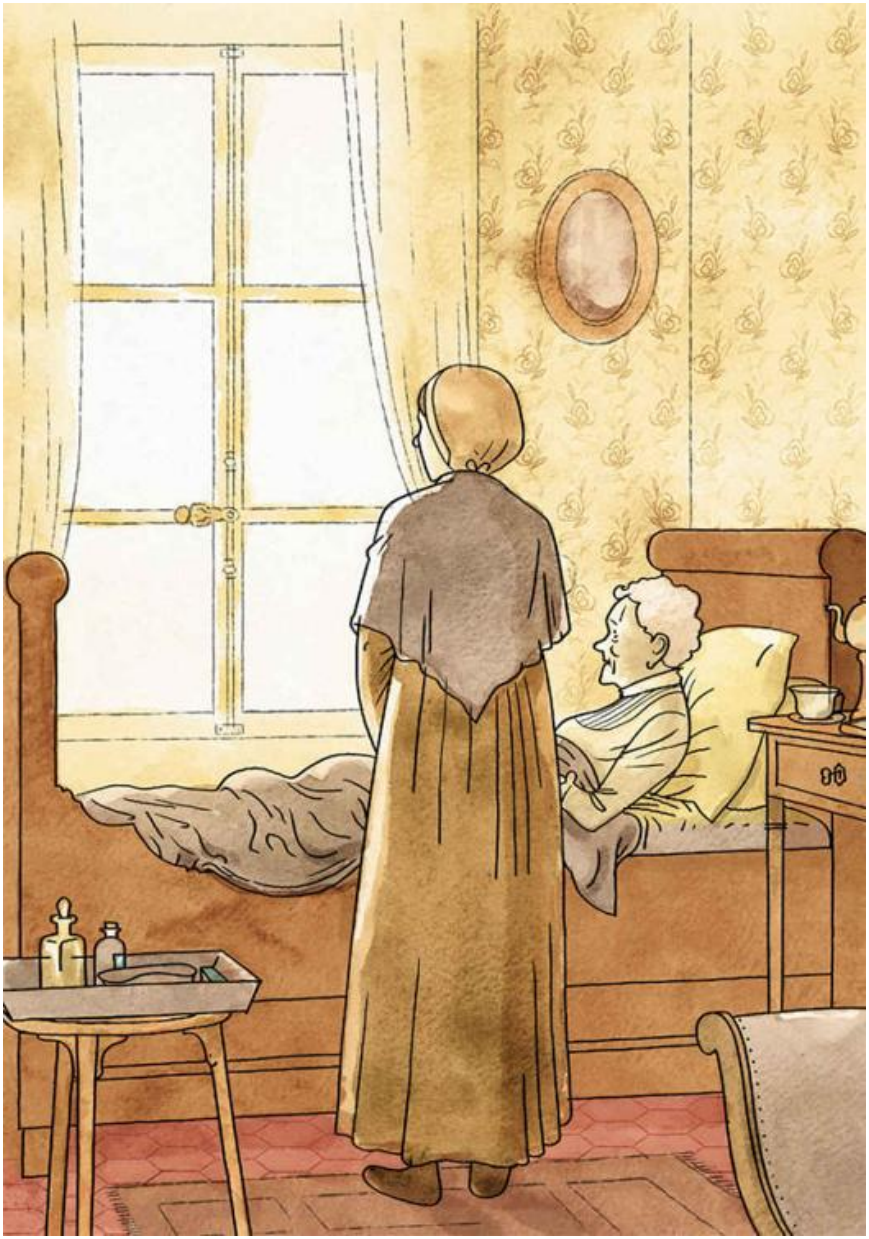
«Figúrese, Françoise, Mme. Goupil ha pasado a buscar a su hermana con más de un cuarto de hora de retraso; a poco que se entretenga en el camino no me extrañaría que llegase después de la elevación.

—Bah, no tendría nada de particular, respondía Françoise.

—Françoise, si llega a venir cinco minutos antes, habría visto pasar a Mme. Imbert con unos espárragos dos veces más gordos que los de la tía Callot; intente sonsacarle a su criada dónde los ha conseguido. Ya

que este año nos pone usted espárragos en todas las salsas, podría comprarlos iguales para nuestros viajeros.

—No tendría nada de particular que vengan del huerto del señor cura, decía Françoise.



—Pero qué me está contando, mi pobre Françoise, respondía mi tía encogiéndose de hombros, ¡del huerto del señor cura! Sabe usted de sobra que solo le crecen unos miserables esparraguillos de nada. Le digo que estos eran gordos como el brazo. No como el de usted, desde

luego, sino como mi pobre brazo que tanto ha vuelto a adelgazar este año.

«Françoise, ¿no ha oído ese maldito carillón que me ha dado un horrible dolor de cabeza?

—No, Mme. Octave.

—¡Ay, hija mía, qué sólida debe de tener usted la cabeza, ya puede dar gracias a Dios! Era la Maguelone, que había venido a buscar al doctor Piperaud. Él ha salido enseguida con ella y han torcido por la calle de L'Oiseau. Tiene que haber algún niño enfermo.

—¡Vaya por Dios!, suspiraba Françoise, incapaz de oír hablar de una desgracia ocurrida a un desconocido, incluso en una parte remota del mundo, sin ponerse a gemir.

—Françoise, ¿por quién ha sonado la campana de los muertos? ¡Dios mío! ¡Será por Mme. Rousseau! ¡Ay, se me había olvidado que murió la otra noche! ¡Ah, ya es hora de que Dios me llame, ya no sé dónde tengo la cabeza desde la muerte de mi pobre Octave. Bueno, hija mía, le estoy haciendo perder el tiempo.

—No, Mme. Octave, mi tiempo no es tan caro; el que lo hizo no nos lo vendió. Solo voy a ver si no se me apaga la lumbre».

Así apreciaban juntas Françoise y mi tía, en el curso de esa sesión matinal, los primeros acontecimientos del día. Pero a veces, esos acontecimientos revestían un carácter tan misterioso y tan grave que mi tía se sentía incapaz de esperar a que Françoise subiera, y entonces resonaban por toda la casa cuatro formidables campanillazos.

«Pero si todavía no es la hora de la pepsina, señora Octave, decía Françoise. ¿Ha sentido algún mareo?

—No, Françoise, decía mi tía; bueno, sí, ya sabe que ahora son muy raros los momentos en que no me mareo; un día me moriré como Mme. Rousseau sin tiempo siquiera de darme cuenta; pero no llamo por eso. ¿Querrá creer que acabo de ver como la estoy viendo a usted a Mme. Goupil con una niñita que no conozco? Vaya pues a la tienda de Camus a comprar dos *sous* de sal. Raro será que Théodore no sepa decirle quién es.

—Pues será la hija del señor Pupin», decía Françoise, que prefería atenerse a una explicación inmediata, después de haber ido ya dos veces aquella mañana a la tienda de Camus.

«¡La hija del señor Pupin! ¡Ah, qué cosas dice, querida Françoise!

¡Como si no fuera yo a reconocerla!

—Es que no me refiero a la mayor, señora Octave, me refiero a la pequeña, la que está interna en Jouy. Me parece haberla visto esta mañana.

—¡Ah!, en ese caso…, decía mi tía. Habrá venido para las fiestas. ¡Sí, eso ha de ser! No hay necesidad de preguntar, habrá venido para las fiestas. Pues entonces no tardaremos mucho en ver a Mme. Sazerat llamar en casa de su hermana para el almuerzo. ¡Seguro! He visto al pequeño de los Galopin pasar con una tarta! Ya verá como la tarta iba a casa de Mme. Goupil.

—Pues si Mme. Goupil tiene visita, señora Octave, no tardará usted en ver a todos sus invitados volver para el almuerzo, porque empieza a no ser temprano», decía Françoise a quien, impaciente por bajar a ocuparse de la comida, no le importaba dejar a mi tía con la perspectiva de esa distracción.

«Sí, pero no antes de las doce», respondía mi tía en tono resignado, mientras lanzaba sobre el péndulo una ojeada inquieta, aunque furtiva para no dar a entender que, pese a haber renunciado a todo, sentía sin embargo un placer vivísimo en saber a quién tenía Mme. Goupil a almorzar, aunque por desgracia todavía se hicieran esperar algo más de media hora. «¡Y encima puede que lleguen mientras estoy comiendo!», añadió en voz baja para sí misma. Su almuerzo la entretenía lo suficiente para no desear otra distracción al mismo tiempo. «Por lo menos, no se le olvide traerme mis huevos a la crema en un plato llano». Eran los únicos que estaban decorados con figuras, y en cada almuerzo mi tía se entretenía con la leyenda del plato que le servían ese día. Se calaba sus lentes, descifraba: Alí Babá y los cuarenta ladrones, Aladino o la lámpara maravillosa, y decía sonriendo: «Muy bien, muy bien».

«Podría ir a casa de Camus…», decía Françoise viendo que mi tía ya no la enviaría.

«No, no merece la pena, seguro que es la señorita Pupin. Ay, mi pobre Françoise, siento haberla hecho subir por una tontería».

Pero mi tía sabía perfectamente que no había llamado a Françoise para nada, pues, en Combray, una persona «que no se conocía» era un ser tan poco creíble como un dios mitológico, y de hecho nadie recordaba que, cuando en la calle du Saint-Esprit o en la plaza, se

había producido una de esas apariciones estupefacientes, indagaciones bien llevadas a cabo no hubieran terminado reduciendo el personaje fabuloso a las proporciones de una «persona conocida», bien personalmente, bien en abstracto, por su estado civil, por tener tal o cual grado de parentesco con gente de Combray. Era el hijo de Mme. Sauton que volvía del servicio militar, la sobrina del abad Perdreau que salía del convento, el hermano del párroco, recaudador de impuestos en Châteaudun, que acababa de jubilarse o que había venido a pasar las fiestas. Al verlos, habían sentido la emoción de creer que en Combray había personas a las que no conocían simplemente porque no las habían reconocido o identificado de inmediato. Y sin embargo, mucho tiempo atrás Mme. Sauton y el párroco habían avisado que esperaban a sus «viajeros». Cuando por la noche, de vuelta en casa, subía yo a contar nuestro paseo a mi tía, si cometía la imprudencia de decirle que, cerca del Puente Viejo, habíamos encontrado a un hombre que mi abuelo no conocía, exclamaba: «¡Un hombre que el abuelo no conoce! ¡Esta si que es buena!». No obstante, algo emocionada por la noticia, quería calmar su corazón y mandaba llamar a mi abuelo. «¿Con quién se ha encontrado cerca del Puente Viejo, tío? ¿Un hombre al que usted no conocía? — ¡Qué va!, respondía mi abuelo, era Prosper, el hermano del jardinero de Mme. Bouillebœuf. — ¡Ah, bien!», decía mi tía, tranquilizada y un poco colorada; encogiéndose de hombros con una sonrisa irónica, añadía: «¡Es que él me ha dicho que se había encontrado usted con un hombre al que no conocía!». Y me recomendaban ser más cauto otra vez y no inquietar a la tía con palabras irreflexivas. En Combray se conocía tan bien todo el mundo, animales y personas, que si por casualidad mi tía había visto pasar un perro que «no conocía», no dejaba de pensar en ello y consagrar a este hecho incomprensible toda su capacidad de inducción y sus horas de libertad.

«Será el perro de Mme. Sazerat», decía Françoise sin mucha convicción, pero tratando de calmar a mi tía para que no se «rompiese la cabeza».

«¡Como si no conociese yo al perro de Mme. Sazerat!», replicaba la tía, cuyo espíritu crítico no admitía tan fácilmente un hecho.

«¡Ah!, entonces será el perro nuevo que el señor Galopin se ha

traído de Lisieux.

—¡Ah!, será eso…

—Parece que es un animal muy afable», añadía Françoise, que había recibido la información de Théodore, «listo como una persona, siempre de buen humor, siempre amable y siempre algo simpático. Es raro que un animal tan pequeño sea tan gracioso. Señora Octave, voy a tener que dejarla, no puedo seguir entreteniéndome, ya son casi las diez, ni siquiera tengo encendido el horno, y todavía tengo que pelar los espárragos.

—¡Cómo! ¡Françoise, otra vez espárragos! ¡Es una verdadera enfermedad lo que tiene usted este año con los espárragos! Acabará por aburrir a nuestros parisinos.

—No, señora Octave, les gustan mucho. Volverán de la iglesia con buen apetito y ya verá que no se hacen de rogar.

—Pues ya deben de estar en la iglesia; hará bien en no perder tiempo. Vaya a vigilar su comida.

Mientras mi tía parloteaba así con Françoise, yo acompañaba a mis padres a misa. ¡Cuánto amaba yo nuestra iglesia, y qué bien la recuerdo! Su viejo pórtico por el que entrábamos, negro, agujereado como una espumadera, tenía los ángulos desviados y profundamente hundidos (lo mismo que la pila de agua bendita hacia donde nos llevaba) como si el suave roce de las mantillas de las aldeanas al entrar en la iglesia y de sus tímidos dedos cogiendo el agua bendita pudiera adquirir, repetido durante siglos, una fuerza destructiva, doblegar la piedra y tallarle surcos como los que traza la rueda de las carretas en el guardacantón contra el que choca todos los días. Tampoco sus lápidas sepulcrales, bajo las que el noble polvo de los abades de Combray, allí enterrados, hacía de pavimento espiritual al coro, eran ya materia inerte y dura, porque el tiempo las había suavizado y hecho fluir como miel fuera de los límites de su propio marco cuadrado, que aquí habían rebasado con un flujo rubio, arrastrando a la deriva una mayúscula gótica de flores o anegado las blancas violetas del mármol; y antes de llegar a estas, además, se habían reabsorbido, contrayendo todavía la elíptica inscripción latina, introduciendo un capricho más en la disposición de aquellos caracteres abreviados, acercando dos letras de una palabra mientras las otras habían sido desmesuradamente distanciadas. Sus vitrales

nunca se tornasolaban tanto como los días en que el sol apenas se dejaba ver, de modo que, aunque hiciese gris, se podía estar seguro de que en la iglesia haría bueno; uno de ellos estaba ocupado en toda su dimensión por un solo personaje semejante a un Rey de baraja, que vivía arriba, bajo un dosel arquitectónico, entre cielo y tierra (y en cuyo reflejo oblicuo y azul algunas veces, durante la semana, a mediodía, cuando no hay oficio —en uno de esos raros momentos en que la iglesia ventilada, vacía, más humana, lujosa, con el sol sobre su rico mobiliario, parecía casi habitable como el vestíbulo, de piedra tallada y vidrio pintado, de un palacio de estilo medieval—, se veía arrodillarse un momento a Mme. Sazerat, posando en el reclinatorio contiguo un paquete muy bien envuelto de pastelillos que acababa de comprar en la pastelería de enfrente y que llevaría a casa para la comida); en otra, una montaña de nieve rosa, a cuyo pie se libraba un combate, parecía haber escarchado la vidriera misma hinchándola con su turbio granizo como un cristal en el que hubieran quedado copos, pero unos copos iluminados por alguna aurora (por la misma sin duda que empurpuraba el retablo del altar con tonos tan frescos que más parecían puestos allí momentáneamente por un resplandor externo listo para desvanecerse que por colores fijados para siempre en la piedra); y eran todos tan antiguos que aquí y allá se veía relumbrar su vejez plateada por el polvo de los siglos y mostrar brillante y gastada hasta la cuerda la trama de su delicado tapiz de vidrio. Había una que era un alto compartimento dividido en un centenar de pequeñas vidrieras rectangulares donde dominaba el azul, como una enorme baraja semejante a las que debían de entretener al rey Carlos VI[48]; pero sea que hubiera brillado un rayo, sea que mi mirada al moverse hubiera paseado a través de la vidriera apagada y encendida sucesivamente un incendio móvil y precioso, al cabo de un instante había asumido el esplendor tornasolado de una cola de pavo real, para luego temblar y ondear en una lluvia resplandeciente y fantástica que goteaba desde lo alto de la bóveda sombría y rocosa a lo largo de las paredes húmedas, como si fuera dentro de la nave de alguna gruta irisada por sinuosas estalactitas donde yo seguía a mis padres, que llevaban en sus manos el devocionario; un momento después, las pequeñas vidrieras romboidales habían adoptado la transparencia profunda, la infrangible dureza de zafiros que hubieran estado

yuxtapuestos sobre algún inmenso pectoral, pero tras los cuales se sentía, más amada que todas esas riquezas, una sonrisa momentánea del sol; era tan reconocible en la ola azul y suave con que bañaba las pedrerías como en los adoquines de la plaza o en la paja del mercado; e, incluso en nuestros primeros domingos cuando habíamos llegado antes de Pascua, ese sol me consolaba de la desnudez y negrura en que todavía estaba la tierra, haciendo abrirse, como en una primavera histórica y que datase de los sucesores de san Luis[49], aquel tapiz deslumbrante y dorado de miosotis de vidrio.

Dos tapices de alto lizo representaban la coronación de Ester[50] (la tradición quería que se hubiera dado a Asuero los rasgos de un rey de Francia, y a Ester los de una dama de Guermantes de la que estaba enamorado), cuyos colores, al fundirse, les habían añadido expresión, relieve, luminosidad; un poco de rosa flotaba en los labios de Ester más allá del dibujo de su contorno, el amarillo de su vestido se desplegaba tan untuosa y tan generosamente que adquiría una especie de consistencia y se elevaba con vivacidad sobre la atmósfera rechazada; y el verdor de los árboles seguía vivo en las partes bajas del lienzo de seda y lana, pero por arriba se había «pasado», poniendo de relieve en un tono más pálido, por encima de los troncos oscuros, las altas ramas amarillentas, doradas y como semiborradas por la brusca y oblicua iluminación de un sol invisible. Todo esto, y más todavía los preciosos objetos que la iglesia había recibido de personajes que para mí eran casi personajes de leyenda (la cruz de oro labrada, según decían, por san Eloy y donada por Dagoberto, la tumba de los hijos de Luis el Germánico[51], en pórfido y cobre esmaltado), me hacían avanzar por la iglesia, cuando nos dirigíamos a nuestras sillas, como por un valle visitado por las hadas, donde el aldeano se maravilla viendo en una roca, en un árbol, en una charca, la huella palpable de su paso sobrenatural; y todo esto la convertía a mis ojos en algo completamente distinto del resto de la ciudad: un edificio que ocupaba, si puede decirse, un espacio en cuatro dimensiones —la cuarta era la del Tiempo—, que desplegaba a través de los siglos su navío que parecía vencer y franquear, de bovedilla en bovedilla, de capilla en capilla, no solo unos metros, sino épocas sucesivas de las que terminaba saliendo victorioso; que escondía el rudo y feroz siglo xi en el espesor de sus muros, de donde solo asomaba con sus pesadas

cimbras taponadas y cegadas por groseros morrillos mediante el profundo corte excavado junto al pórtico por la escalera del campanario, e, incluso ahí, disimulado por las graciosas arcadas góticas que llenas de coquetería se apiñaban delante de él, como unas hermanas mayores se colocan sonriendo delante de un hermanito grosero, gruñón y mal vestido para ocultarlo a los extraños; elevando en el cielo, por encima de la Plaza, su torre que había contemplado a san Luis y que parecía verlo todavía; y hundiéndose con su cripta en una noche merovingia donde, guiándonos a tientas bajo la bóveda oscura y de nervaduras tan fuertes como la membrana de un inmenso murciélago de piedra, Théodore y su hermana nos alumbraban con una vela la tumba de la hijita de Sigeberto, sobre la que una profunda valva —como la huella de un fósil— había sido excavada, según decían, «por una lámpara de cristal que, la noche del asesinato de la princesa franca se había desprendido por sí sola de las cadenas de oro de las que estaba suspendida en el lugar mismo del actual ábside, y, sin que el cristal se rompiese, sin que la llama se apagase, se había hundido en la piedra y la había hecho ceder blandamente bajo su peso[52]».

¿Puede hablarse realmente del ábside de la iglesia de Combray? Era tan tosco, tan falto de belleza artística e incluso de impulso religioso. Por fuera, como el cruce de calles al que daba se encontraba en un nivel inferior, su tosco muro se alzaba sobre un basamento de morrillos sin labrar, erizados de piedras, donde no había nada de particularmente eclesiástico; las vidrieras parecían abiertas a una altura excesiva, y el conjunto se asemejaba más a un muro de cárcel que de iglesia. Y desde luego, más tarde, cuando recordaba todos los gloriosos ábsides que he visto, nunca se me habría ocurrido compararlos con el ábside de Combray. Tan solo un día, al doblar una pequeña calle de provincias, frente a un cruce de tres callejas, distinguí un muro tosco y sobrealzado, con vidrieras abiertas en lo alto que ofrecían el mismo aspecto asimétrico que el ábside de Combray. No me pregunté entonces como en Chartres o en Reims por la potencia con que allí se expresaba el pensamiento religioso, pero involuntariamente exclamé: «¡La Iglesia!».

¡La iglesia! Familiar; medianera, en la calle Saint-Hilaire donde se abría su puerta norte, de sus dos vecinas, la farmacia del señor Rapin

y la casa de Mme. Loiseau, con la que lindaba sin separación alguna: simple ciudadana de Combray que habría podido tener su número en la calle si las calles de Combray hubieran tenido números, y donde parece que el cartero habría debido detenerse por la mañana al hacer su reparto, antes de entrar en casa de Mme. Loiseau, e inmediatamente después de salir de casa del señor Rapin, entre ella y todo lo que no era ella existía sin embargo una demarcación que mi espíritu nunca pudo llegar a franquear. Aunque en la ventana de Mme. Loiseau hubiera unas fucsias, que tenían la mala costumbre de dejar correr ciegamente por todas partes sus ramas con la cabeza baja, y cuyas flores no tenían nada más urgente que hacer, cuando estaban bastante crecidas, que ir a refrescar sus mejillas violetas y congestionadas contra la sombría fachada de la iglesia, no por eso aquellas fucsias se volvían sagradas para mí; aunque mis ojos no registraban intervalo alguno entre las flores y la renegrida piedra en que se apoyaban, mi mente seguía percibiendo un abismo.

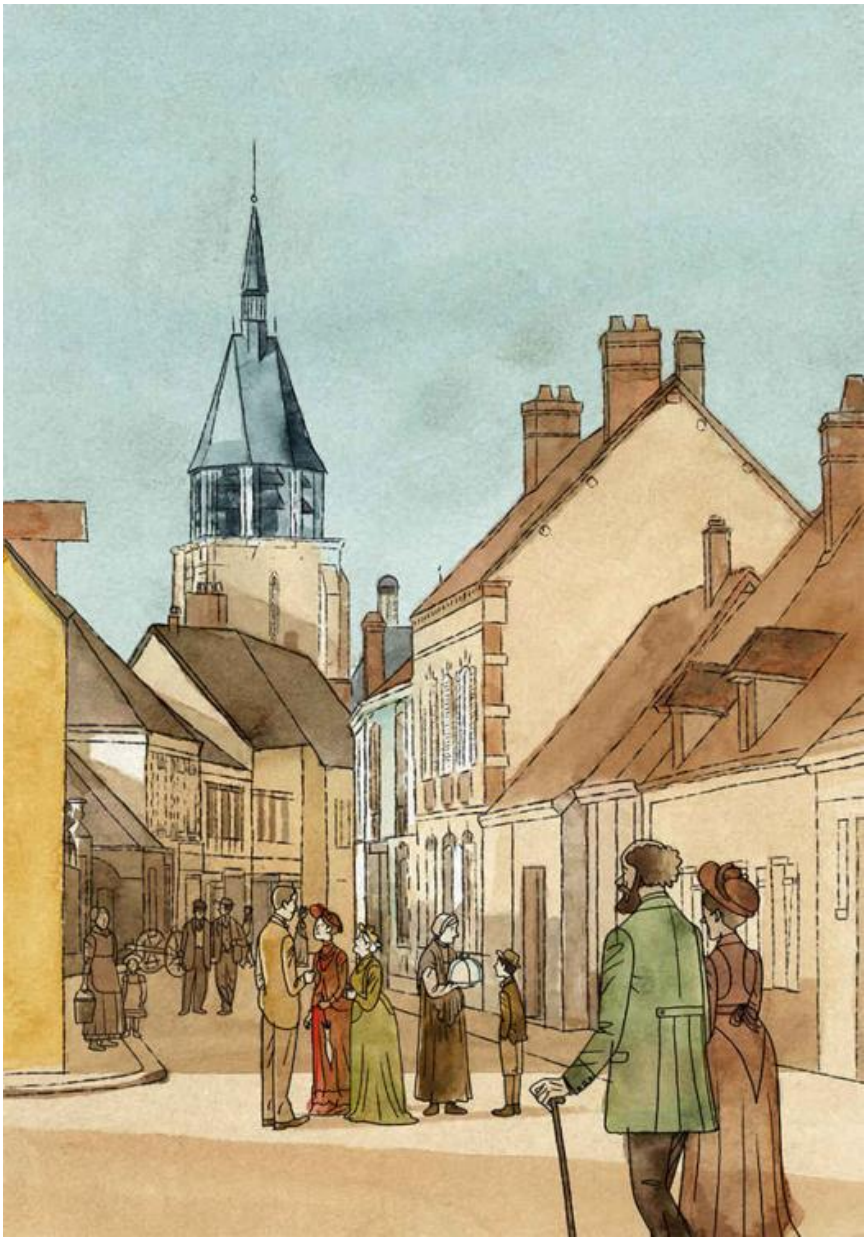
Se reconocía el campanario de Saint-Hilaire desde muy lejos, inscribiendo su figura inolvidable en el horizonte donde Combray aún no se distinguía; cuando, desde el tren que nos llevaba la semana de Pascua desde París, mi padre lo divisaba haciendo desfilar uno tras otro todos los surcos del cielo, haciendo correr en todas direcciones su pequeño gallo de hierro, nos decía: «Vamos, recoged las mantas, hemos llegado». Y en uno de los paseos más largos que dábamos desde Combray, había un punto en que el estrecho camino desembocaba de pronto en una inmensa llanura cerrada en el horizonte por unos bosques recortados que únicamente superaba la fina aguja del campanario de Saint-Hilaire, pero tan delgada, tan rosa, que apenas parecía trazada en el cielo por una uña que hubiera querido añadir a aquel paisaje, a aquel cuadro hecho nada más que de naturaleza, esta leve marca artística, esta única indicación humana. Cuando nos acercábamos y podía distinguirse el resto de la torre cuadrada y semiderruida que, menos alta, subsistía a su lado, nos sorprendía sobre todo el tono rojizo y sombrío de las piedras; y en una brumosa mañana de otoño, elevándose por encima del violeta tormentoso de los viñedos, se habría dicho una ruina púrpura casi del color de la parra virgen.

A menudo, cuando regresábamos, mi abuela me obligaba a pararme

en la plaza para contemplarlo. Desde las ventanas de su torre, situadas de dos en dos unas encima de otras, con esa exacta y original proporción en las distancias que solo da la belleza y la dignidad a los rostros humanos, soltaba, dejaba caer a intervalos regulares bandadas de cuervos que, durante un momento, revoloteaban chillando, como si las viejas piedras que los dejaban retozar fingiendo no verlos, vueltas de improviso inhabitables y exhalando un principio de agitación infinita, los hubieran golpeado y expulsado. Luego, después de haber rayado en todos los sentidos el terciopelo violeta del aire del atardecer, bruscamente calmados regresaban para ser absorbidos por la torre, que de nefasta se había vuelto propicia, con algunos posados aquí y allá, inmóviles en apariencia, pero atrapando tal vez algún insecto, en la punta de un pináculo, como una gaviota parada con la inmovilidad de un pescador en la cresta de una ola. Sin saber demasiado por qué, mi abuela encontraba en el campanario de Saint-Hilaire esa ausencia de vulgaridad, de pretensión, de mezquindad, que le hacía amar y creer ricas de influencia benéfica la naturaleza, siempre que la mano del hombre no la hubiera empequeñecido, como hacía el jardinero de mi tía abuela, y las obras geniales. E, indudablemente, toda parte visible de la iglesia la distinguía de cualquier otro edificio gracias a una especie de pensamiento que le era infuso, pero era en su campanario donde parecía tomar conciencia de sí, afirmar una existencia individual y responsable. Era él quien hablaba por ella. Creo sobre todo que, de forma confusa, mi abuela encontraba en el campanario de Combray lo que más apreciaba en el mundo, la naturalidad y la distinción. Ignorante en arquitectura decía: «Hijos míos, burlaos de mí si queréis, quizá no sea bello según las reglas, pero su figura antigua y extraña me gusta. Estoy segura de que si tocase el piano, no tocaría *duro*». Y mirándolo, siguiendo con la vista la delicada tensión, la inclinación ferviente de sus pendientes de piedras que se acercaban elevándose como manos juntas que rezan, se unía tan bien a la efusión de la aguja que su mirada parecía elevarse con ella; y al mismo tiempo sonreía amistosamente a las viejas piedras gastadas cuyo remate ya solo iluminaba el crepúsculo y que, desde el momento en que entraban en esa zona soleada, suavizadas por la luz, parecían de pronto haber subido mucho más, y más lejos, como un canto continuado «en falsete» una octava más alto.

Era el campanario de Saint-Hilaire el que daba a todas las ocupaciones, a todas las horas, a todas las perspectivas de la ciudad, su figura, su coronamiento, su consagración. Desde mi cuarto, solo podía divisar su base que habían recubierto de pizarras; pero cuando, los domingos, las veía, en una cálida mañana de estío, flamear como un sol negro, me decía: «¡Dios mío! ¡Las nueve! Debo arreglarme para misa mayor si quiero tener tiempo de ir a dar antes un beso a tía Léonie», y sabía exactamente el color que tenía el sol en la plaza, el calor y el polvo del mercado, la sombra que formaba el toldo de la tienda donde tal vez mamá entraría antes de misa con su fragancia de tela cruda para comprar algún pañuelo que haría enseñarle, mientras echaba el tronco hacia atrás, obsequioso, el dueño que, disponiéndose a cerrar, acababa de ir a la trastienda para ponerse su chaqueta de domingo y enjabonarse las manos que cada cinco minutos tenía la costumbre de restregar una contra otra, incluso en las circunstancias más melancólicas, con aire emprendedor, fino y galante.

Cuando, acabada la misa, entrábamos para decirle a Théodore que llevase un brioche mayor que de costumbre porque nuestros primos habían aprovechado el buen tiempo para venir desde Thiberzy a comer con nosotros, enfrente teníamos el campanario que, dorado y cocido como un brioche bendito y enorme, con escamas y gotitas gomosas de sol, clavaba su punta aguda en el azul del cielo. Y al atardecer, cuando volvía de paseo y pensaba en el momento en que me vería obligado a darle las buenas noches a mamá y a no verla más, era por el contrario tan dulce, en el día que acababa, que parecía puesto y hundido como un cojín de terciopelo oscuro sobre el cielo pálido que había cedido bajo su presión, ahuecándose ligeramente para hacerle sitio y refluyendo hacia sus bordes; y los chillidos de los pájaros que revoloteaban a su alrededor parecían aumentar su silencio, elevar todavía más su aguja y darle cierto aire de inefable.



Incluso cuando teníamos que hacer recados detrás de la iglesia, desde donde no se la veía, todo parecía ordenado en relación al campanario que surgía aquí o allá entre las casas, todavía más emocionante quizá, cuando aparecía así, sin la iglesia. Hay desde luego muchos otros tal vez más hermosos vistos de esta manera, y en mi recuerdo tengo viñetas de campanarios sobresaliendo por encima de los tejados, que poseen un carácter artístico diferente de las que componían las tristes calles de Combray. No olvidaré nunca, en una

curiosa ciudad de Normandía no lejos de Balbec, dos deliciosos palacetes del siglo xviii, que por muchos conceptos me son caros y venerables y entre los cuales, cuando se mira desde el hermoso jardín que desciende de las escalinatas hacia el río, la flecha gótica de una iglesia que oculta entre ellas se lanza hacia lo alto, con aire de terminar, de rematar sus fachadas, pero de una materia tan distinta, tan preciosa y anillada, tan rosada, tan pulida que claramente se ve que no forma parte de ellas, como no forma parte de los bellos guijarros pulidos, entre los que se encuentra prisionera en la playa la flecha purpurina y almenada de alguna concha torneada en forma de torrecilla y escarchada de esmalte. Hasta en París, en uno de los barrios más feos de la ciudad, sé de una ventana desde la que puede verse, tras un primer, un segundo e incluso un tercer plano formado por los tejados amontonados de varias calles, una campana violeta, a veces rojiza, también otras veces, cuando la atmósfera tira las más nobles «pruebas de artista», de un negro decantado de cenizas, que no es otra que la cúpula de Saint-Augustin y que otorga a esa vista de París el carácter de ciertas panorámicas romanas de Piranesi[53]. Pero como en ninguno de esos pequeños grabados, por más gusto que haya puesto mi memoria al ejecutarlos, pudo poner lo que yo había perdido hacía mucho, el sentimiento que nos permite no considerar una cosa como un espectáculo, sino creer en ella como en un ser incomparable, ninguno de ellos tiene bajo su dependencia una parte entera de mi vida, como hace el recuerdo con esas apariciones del campanario de Combray en las calles que están detrás de la iglesia. Si lo veíamos a las cinco, cuando íbamos a por las cartas al despacho de correos, unas cuantas casas más abajo, a la izquierda, elevando bruscamente con una cima aislada la línea de remates de los tejados; o si, por el contrario, queriendo entrar a preguntar por Mme. Sazerat, seguíamos con los ojos aquella línea vuelta más baja por el descenso de su otra vertiente sabiendo que habría que torcer en la segunda calle una vez pasado el campanario; o yendo más lejos, si íbamos a la estación, lo veíamos de soslayo, mostrando de perfil unas aristas y unas superficies nuevas como un sólido sorprendido en un momento desconocido de su rotación; o si, desde los márgenes del Vivonne, el ábside musculosamente recogido y realzado por la perspectiva daba la impresión de brotar del esfuerzo que el campanario hacía para lanzar

su aguja al corazón del cielo: lo cierto es que siempre había que volver a él, siempre era él el que dominaba todo, conminando a las casas con un pináculo inesperado, alzado ante mí como el dedo de Dios cuyo cuerpo hubiera estado escondido entre la muchedumbre de los humanos sin que por eso yo pudiera confundirlo con esa muchedumbre. Y todavía hoy, si en una gran ciudad de provincias o en un barrio de París que no conozco bien, un transeúnte que me «ha puesto en mi camino» me indica a lo lejos, como punto de referencia, tal campanil de hospital, tal campanario de convento levantando la punta de su bonete eclesiástico en la esquina de una calle que debo tomar, a poco que mi memoria pueda encontrarle borrosamente algún rasgo de semejanza con la querida y desaparecida figura, el transeúnte, si se vuelve para asegurarse de que no me pierdo, puede verme, con gran sorpresa de su parte, olvidado del paseo emprendido o del recorrido obligado, parado allí, delante del campanario, durante horas, inmóvil, tratando de recordar, sintiendo en el fondo de mí unas tierras reconquistadas al olvido que se desecan y se reconstruyen; y sin duda entonces, y con mayor ansiedad que hace un momento cuando le pedía que me informase, sigo buscando mi camino, doblo una calle… pero… es en mi corazón…

Al volver de misa, solíamos encontrar al señor Legrandin, que, retenido en París por su profesión de ingeniero, salvo en las vacaciones de verano solo podía ir a su propiedad de Combray del sábado por la noche al lunes por la mañana. Era uno de esos hombres que, además de una carrera científica en la que han conseguido brillantes triunfos, poseen una cultura totalmente distinta, literaria, artística, que su especialización profesional no utiliza pero de la que se beneficia su conversación. Más cultos que muchos literatos (en esa época ignorábamos que el señor Legrandin tuviese cierta reputación como escritor y quedamos muy sorprendidos al saber que un músico célebre había compuesto una melodía con versos suyos), dotados de más «facilidad» que muchos pintores, se figuran que la vida que llevan no es la que les habría convenido y aportan a sus ocupaciones positivas bien una indiferencia mezclada de fantasía, bien una aplicación continuada y altanera, desdeñosa, amarga y concienzuda. Alto, de porte apuesto, un rostro pensativo y fino de largos bigotes rubios, de mirada azul y desencantada, de cortesía refinada,

conversador como nunca habíamos oído a ninguno, encarnaba a ojos de mi familia que siempre lo citaba como ejemplo el tipo de hombre de élite que afronta la vida del modo más noble y más delicado. Mi abuela solo le reprochaba hablar un poco demasiado bien, un poco demasiado como un libro, que su lenguaje careciese de la naturalidad que tenía en sus corbatas *lavallière[54]* siempre flotantes, en su chaqueta recta casi de estudiante. También la asombraban las encendidas peroratas que a menudo emprendía contra la aristocracia, la vida mundana, el esnobismo, «desde luego el pecado en el que piensa san Pablo cuando habla del pecado para el que no hay remisión[55]».

La ambición mundana era un sentimiento que mi abuela era tan incapaz de sentir y casi de comprender que le parecía absolutamente inútil poner tanto ardor en reprobarla. Además no le parecía de buen gusto que el señor Legrandin, cuya hermana estaba casada cerca de Balbec con un gentilhombre de la Baja Normandía[56], atacase con tanta violencia a los nobles, llegando al punto de reprochar a la Revolución no haberlos guillotinado a todos.

«¡Salud, amigos!, nos decía viniendo a nuestro encuentro. ¡Qué suerte la suya por poder pasar tanto tiempo aquí; mañana yo tendré que volver a París, a mi nicho».

«¡Oh!, añadía con aquella sonrisa dulcemente irónica y decepcionada, algo distraída, que le era peculiar, desde luego en mi casa no falta ninguna de las cosas inútiles. Solo carece de lo necesario, un gran trozo de cielo como aquí. Procure conservar siempre un trozo de cielo encima de su vida, muchacho, añadía volviéndose hacia mí. Tiene usted un alma hermosa, de una calidad rara, un temperamento de artista, no deje que carezca de lo que necesita».

Cuando, a nuestra vuelta, mi tía nos mandaba preguntar si Mme. Goupil había llegado tarde a misa, éramos incapaces de informarla. Aumentábamos en cambio su preocupación diciéndole que en la iglesia trabajaba un pintor copiando la vidriera de Gilberto el Malo. Françoise, enviada inmediatamente a la tienda de ultramarinos, había vuelto con las manos vacías por culpa de la ausencia de Théodore, a quien su doble profesión de chantre encargado de una parte del mantenimiento de la iglesia, y de dependiente de la tienda, confería, gracias a sus relaciones en todos los ambientes, un saber universal.

«¡Ay!, suspiraba mi tía, ¡ojalá fuese ya la hora de Eulalie! Es la única que podrá decírmelo».

Eulalie era una chica coja, activa y sorda que se había «retirado» tras la muerte de Mme. de la Bretonnerie, en cuya casa había estado colocada desde su infancia y que había alquilado junto a la iglesia un cuarto del que bajaba a todas horas, bien a los oficios, bien, fuera de las horas de los oficios, a rezar una breve oración o a echar una mano a Théodore; el resto del tiempo iba a visitar a personas enfermas como mi tía Léonie, a quien contaba lo que había pasado en la misa o en vísperas. No despreciaba añadir algún dinero eventual a la escasa renta que le pasaba la familia de sus antiguos señores yendo a inspeccionar de vez en cuando la ropa blanca del cura o de alguna otra personalidad notable del mundo clerical de Combray. Sobre una mantilla de paño negro llevaba una pequeña toca blanca, casi de monja, y una enfermedad de la piel daba a una parte de sus mejillas y a su nariz corva los tonos rosa vivo de la balsamina. Sus visitas eran la mayor distracción de mi tía Léonie que apenas si recibía a otras personas, aparte del señor cura. Mi tía había ido alejando poco a poco a todos los demás visitantes porque a sus ojos habían cometido el error de entrar en una u otra de las dos categorías de gentes que detestaba. Unos, los peores, y de los que se había librado primero, eran los que le aconsejaban no «auscultarse» y profesaban, aunque fuera negativamente y poniéndolo de manifiesto solo con ciertos silencios de desaprobación o con ciertas sonrisas de duda, la subversiva doctrina de que un paseíto al sol y un buen bistec sangrante (¡a ella, que guardaba catorce horas en el estómago dos malos sorbos de agua de Vichy!) le sentarían mejor que su cama y sus medicinas. La otra categoría estaba formada por personas que parecían creer que se encontraba más gravemente enferma de lo que pensaba, que estaba tan gravemente enferma como decía. Por eso, a los que había permitido subir tras algunas vacilaciones y gracias a las oficiosas instancias de Françoise y que, durante su visita, habían demostrado cuán poco dignos eran del favor que se les hacía por aventurar tímidamente un «¿No le parece que si con el buen tiempo se moviera usted un poco?», o quienes, por el contrario, cuando les había declarado: «Estoy muy mal, muy mal, en las últimas, amigos míos», le habían respondido: «¡Ah! ¡Cuando falta la salud! Pero usted todavía

puede durar mucho así», estos, tanto unos como otros, podían estar seguros de no volver a ser recibidos nunca. Y si Françoise se divertía ante la cara de susto de mi tía cuando desde la cama había divisado en la calle du Saint-Esprit a una de aquellas personas que parecía dirigirse a su casa o cuando había oído un campanillazo, se reía mucho más todavía, y como de una buena jugarreta, de las argucias siempre triunfantes de mi tía para hacer que las despidiesen y de su gesto descompuesto al irse sin haberla visto, y, en el fondo, admiraba a su ama a quien consideraba superior a toda aquella gente por el hecho mismo de no querer recibirlas. Mi tía, en suma, exigía al mismo tiempo que aprobaran su régimen, que la compadecieran por sus sufrimientos y que la tranquilizasen sobre su porvenir.

Y en esto sí que destacaba Eulalie. Mi tía podía decirle veinte veces en un minuto: «Es el fin, mi pobre Eulalie», y veinte veces Eulalie replicaba: «Conociendo su enfermedad como la conoce, señora Octave, llegará a los cien años, como ayer mismo me decía Mme. Sazerin». (Una de las convicciones más firmes de Eulalie, y que no había logrado mermar el imponente número de mentís aportados por la experiencia, era que Mme. Sazerat se llamaba Mme. Sazerin.)

«No pido llegar a los cien años», respondía mi tía, que prefería no ver asignar a su vida un término preciso.

Y como además Eulalie sabía como nadie distraer a mi tía sin cansarla, sus visitas, que se producían regularmente todos los domingos, salvo impedimento inopinado, eran para mi tía un placer cuya perspectiva la mantenía esos días en un estado agradable al principio, aunque enseguida doloroso como un hambre excesiva, a poco que Eulalie se retrasase. Si esa voluptuosidad de esperar a Eulalie se prolongaba demasiado, terminaba convirtiéndose en suplicio, mi tía no cesaba de mirar la hora, bostezaba y sentía mareos. Si el campanillazo de Eulalie llegaba al final del día, cuando ya no la esperaba, casi la hacía ponerse enferma. En realidad, los domingos solo pensaba en esa visita, y tan pronto como acababa la comida, Françoise tenía prisa por que abandonásemos el comedor para poder subir a «ocuparse» de mi tía. Pero (sobre todo desde el momento en que el buen tiempo se instalaba en Combray) hacía mucho que la altiva hora del mediodía, descendida de la torre de Saint-Hilaire que blasonaba los doce momentáneos florones de su sonora corona, había

repercutido alrededor de nuestra mesa, junto al pan bendito que también venía familiarmente al salir de la iglesia, cuando todavía estábamos sentados delante de los platos de las *Mil y una noches,* abotargados por el calor y sobre todo por la comida. Porque, al fondo permanente de huevos, chuletas, patatas, mermeladas y bizcochos, que ya ni siquiera nos anunciaba, Françoise añadía —siguiendo los trabajos del campo y las huertas, los frutos de la marea, las vicisitudes del comercio, las cortesías de los vecinos y su propio genio, de modo y manera que nuestro menú, como esos cuadrifolios[57] que en el siglo xiii se esculpían en el pórtico de las catedrales, reflejaba hasta cierto punto el ritmo de las estaciones y los episodios de la vida—, una barbada porque la pescadera le había garantizado su frescura, una pava porque había visto una muy hermosa en el mercado de Roussainville-le-Pin, unos cardos con tuétano porque de aquella manera aún no nos los había preparado, una pierna de cordero asada porque el aire libre abre el apetito y porque había tiempo suficiente para que bajase de aquí a las siete, espinacas para variar, albaricoques porque todavía eran una primicia, grosellas porque dentro de quince días ya no habría, frambuesas que el señor Swann había traído en persona, cerezas, las primeras que venían del cerezo del jardín después de pasarse dos años sin darlas, requesón que tanto me gustaba a mí antes, un pastel de almendras porque lo había encargado la víspera, y un brioche porque nos tocaba a nosotros regalarlo. Cuando todo esto había acabado, nos era ofrecida, preparada expresamente para nosotros, pero dedicada sobre todo a mi padre aficionado a ella, una crema de chocolate, inspiración, atención personal de Françoise, fugaz y ligera como una obra de circunstancias en la que había puesto todo su talento. Quien se hubiera negado a probarla diciendo: «He terminado, no tengo más hambre», sería inmediatamente rebajado al rango de esos patanes que, incluso cuando un artista les regala una de sus obras, miran el peso y la materia cuando en ella solo valen la intención y la firma. Dejarse incluso una sola gota en el plato hubiera mostrado la misma descortesía que levantarse en las narices del compositor antes de acabada la obra.

Por fin mi madre me decía: «Vamos, no te quedes aquí indefinidamente, sube a tu cuarto si es que fuera tienes mucho calor, pero antes sal a tomar un poco el aire para no ponerte a leer nada más

levantarte de la mesa». Iba a sentarme junto a la bomba de agua y su pilón, a menudo adornado, como una pila bautismal gótica, con una salamandra, que esculpía sobre la tosca piedra el relieve móvil de su cuerpo alegórico y ahusado, en el banco sin respaldo sombreado por un lilo, en aquel rinconcito del jardín que por una puerta de servicio daba a la calle du Saint-Esprit y sobre cuyo terreno poco cuidado se elevaba sobre dos escalones, formando un saledizo con la casa, y como construcción independiente, la trascocina. Se distinguía su embaldosado rojo y reluciente como el pórfido. Más que el antro de Françoise parecía un pequeño templo de Venus. Estaba llena a rebosar con las ofrendas del lechero, del frutero, de la vendedora de hortalizas, que a veces venían de aldeas bastante lejanas para dedicarle las primicias de sus campos. Y su techumbre siempre estaba coronada por el arrullo de una paloma.

En otro tiempo, en vez de entretenerme en el bosque sagrado que lo rodeaba, antes de subir a leer entraba en el gabinetito de reposo que mi tío Adolphe, hermano del abuelo, antiguo militar retirado con el grado de comandante, ocupaba en la planta baja y que, incluso cuando las ventanas abiertas dejaban pasar el calor, si no los mismos rayos del sol que rara vez llegaban hasta allí, exhalaba, sin agotarlo nunca, ese aroma oscuro y fresco, al mismo tiempo forestal y *Ancien Régime,* que tanto hace soñar al olfato cuando entramos en ciertos pabellones de caza abandonados. Pero hacía muchos años que yo no entraba ya en el gabinete de mi tío Adolphe, y que él había dejado de venir a Combray por una desavenencia sobrevenida entre él y mi familia, por culpa mía, en las siguientes circunstancias:

En París me enviaban una o dos veces al mes a hacerle una visita, justo cuando él acababa de comer vestido con una simple guerrera, servido por un criado con una chaqueta de faena de dril a rayas violetas y blancas. Refunfuñando, se quejaba de que yo no había ido a verlo desde hacía mucho, de que lo tenían abandonado; me ofrecía un mazapán o una mandarina, atravesábamos un salón donde nunca nos deteníamos, donde nunca se encendía fuego, cuyas paredes estaban adornadas con molduras doradas, techos pintados de un azul que pretendía imitar el cielo y muebles acolchados de raso como en casa de mis abuelos, pero en amarillo; después pasábamos a lo que él llamaba su gabinete de «trabajo», en cuyas paredes colgaban algunos

de esos grabados que representan sobre fondo negro a una diosa metida en carnes y rosada guiando un carro, subida en un globo, o con una estrella en la frente, que tanto gustaron bajo el Segundo Imperio porque les encontraban cierto aire pompeyano, que luego fueron detestados y que ahora vuelven a gustar por una sola y misma razón, a pesar de las otras que se alegan y que es porque tienen el aire Segundo Imperio. Y me quedaba con mi tío hasta que su ayuda de cámara iba a preguntarle, de parte del cochero, a qué hora debía enganchar. Mi tío se sumía entonces en una meditación que su maravillado ayuda de cámara habría temido perturbar con un solo movimiento, y cuyo resultado, siempre idéntico, esperaba lleno de curiosidad. Por fin, tras una vacilación suprema mi tío pronunciaba infaliblemente estas palabras: «A las dos y cuarto», que el ayuda de cámara repetía atónito, pero sin discutir: «¿A las dos y cuarto? Bien… voy a decírselo…».

En esa época yo sentía el amor por el teatro, amor platónico, porque mis padres todavía no me habían permitido ir nunca, y me figuraba de un modo tan poco exacto los placeres que en él se disfrutaban que no estaba lejos de creer que cada espectador miraba como en un estereoscopio un decorado que solo era para él, aunque semejante a los otros mil que contemplaba, cada cual para sí, el resto de los espectadores.

Todas las mañanas corría hasta la columna Morris[58] para ver los espectáculos que anunciaba. Nada era más desinteresado ni más feliz que los sueños que cada obra anunciada ofrecía a mi imaginación, condicionados al mismo tiempo por las imágenes inseparables de las palabras que componían su título y el color mismo de los carteles todavía húmedos e hinchados de cola sobre los que destacaba. Dejando de lado una de aquellas obras extrañas como *Le Testament de César Girodot* y *Œdipe Roi,* que se anunciaban, no sobre el cartel color verde de la Opéra-Comique, sino sobre el cartel color heces de vino de la Comédie-Française, nada me parecía más distinto del airón relumbrante y blanco de *Les Diamants de la Couronne* que el raso liso y misterioso del *Domino Noir[59],* y, como mis padres me habían dicho que cuando fuese por primera vez al teatro tendría que elegir entre esas dos piezas, tratando de profundizar sucesivamente los títulos de una y de otra, puesto que eso era lo único que de ellas conocía, para intentar captar en cada uno el placer que me prometía y compararlo

con el que escondía el otro, llegué a imaginarme con tanta fuerza, de un lado una obra resplandeciente y altiva, del otro una obra suave y delicada, que me sentía completamente incapaz de decidir cuál preferiría, como si, de postre, me hubieran dado a escoger entre un arroz a la emperatriz[60] y crema de chocolate.

Todas las conversaciones con mis compañeros versaban sobre esos actores cuyo arte, aunque todavía me fuese desconocido, era la primera forma, entre todas las que reviste, bajo la que se dejaba presentir el Arte para mí. En la forma que uno u otro tenían de declamar, de matizar una tirada, las diferencias más mínimas me parecían de una importancia incalculable. Y, de acuerdo con lo que de ellos me habían dicho, los clasificaba por orden de talento en listas que recitaba para mis adentros todo el día, y que habían terminado por endurecerse dentro de mi cerebro y por entorpecerlo con su inamovilidad.

Más tarde, cuando fui al colegio, cada vez que durante las clases, en cuanto el profesor volvía la cabeza, intercambiaba notas con un amigo nuevo, mi primera pregunta siempre era para saber si ya había ido al teatro y si no le parecía que el mayor actor era desde luego Got, el segundo Delaunay, etc. Y si, en su opinión, Febvre no iba después de Thiron, o Delaunay después de Coquelin, la repentina motilidad con la que Coquelin[61], perdiendo su rigidez de piedra, se contraía en mi mente para pasar al segundo plano, y la agilidad milagrosa, la fértil animación de que se veía dotado Delaunay para retroceder hasta el cuarto, devolvían la sensación de florecimiento y de vida a mi cerebro ablandado y fecundado.

Pero si tanto me preocupaban los actores, si ver salir una tarde a Maubant[62] del Théâtre-Français me había provocado la emoción y los sufrimientos del amor, ¡hasta qué punto el nombre de una estrella fulgurante en la puerta del teatro, la visión del rostro de una mujer en el cristal de un cupé que pasaba por la calle con los caballos adornados de rosas en la frontalera, que yo imaginaba que podía ser una actriz, dejaban en mí una turbación más prolongada, un esfuerzo impotente y doloroso para figurarme su vida! Clasificaba por orden de talento a las más ilustres, Sarah Bernhardt, la Berma, Bartet, Madeleine Brohan, Jeanne Samary[63], pero me interesaban todas. Y mi tío conocía a muchas, y también a *cocottes* que yo no distinguía con

claridad de las actrices. Las recibía en su casa. Y solo si íbamos a verlo en determinados días era porque, los otros días, acudían mujeres con las que no habría podido encontrarse su familia, por lo menos al parecer de esta, porque para mi tío, por el contrario, su excesiva facilidad para hacer a guapas viudas que tal vez nunca habían estado casadas, a condesas de apellido altisonante, que sin duda no era más que un nombre de guerra, la cortesía de presentarlas a mi abuela o incluso darles joyas de la familia, ya le había ocasionado más de una pelea con mi abuelo. A menudo, cuando un nombre de actriz salía en la conversación, oía a mi padre decirle a mi madre con una sonrisa: «Una amiga de tu tío»; y yo, pensando en la espera que hombres importantes hacían en vano y tal vez durante años a la puerta de tal o cual mujer que no respondía a sus cartas y a los que hacía echar por el portero de su palacete, me decía que mi tío habría podido ahorrársela a un muchacho como yo presentándolo en su casa a la actriz que, inasequible para tantos otros, era para él una íntima amiga.

Por eso —so pretexto de que una clase que había sido aplazada caía ahora en momento tan inoportuno que varias veces me había impedido y seguiría impidiéndome ver a mi tío—, un día, distinto al reservado para las visitas que le hacíamos, aprovechando que mis padres habían comido temprano, salí de casa y en vez de ir a mirar la columna de carteles, a lo que me dejaban ir solo, corrí hasta la suya. Delante de su puerta vi un coche tirado por dos caballos que tenían en las anteojeras un clavel rojo semejante al que llevaba el cochero en el ojal. Desde la escalera oí una risa y una voz de mujer, y después de que hube llamado, un silencio, luego un ruido de puertas que alguien cerraba. El ayuda de cámara acudió a abrir, y al verme pareció azorado, me dijo que mi tío estaba muy ocupado, que desde luego no podría recibirme, y mientras que pese a todo iba a avisarle, la misma voz que ya había oído decía: «¡Oh!, sí, déjalo entrar; solo un minuto, eso me gustaría mucho. En la fotografía que hay en tu escritorio se parece tanto a su mamá, tu sobrina, cuya fotografía está al lado de la suya, ¿verdad? Querría ver a ese chiquillo aunque solo sea un momento».

Oí refunfuñar a mi tío, enfadarse, finalmente, el ayuda de cámara me hizo pasar.

Sobre la mesa estaba la misma fuente de mazapanes que de

costumbre; mi tío llevaba la guerrera de todos los días, pero frente a él, con un vestido de seda rosa y un gran collar de perlas al cuello, estaba sentada una joven que acababa de comer una mandarina. La incertidumbre en que me encontraba de no saber si había que llamarla señora o señorita me hizo ruborizarme y, sin atreverme demasiado a volver los ojos hacia ella por miedo a tener que hablarle, fui a dar un beso a mi tío. Ella me miraba sonriendo, mi tío le dijo: «Mi sobrino», sin decirle mi nombre, ni decirme el suyo, sin duda porque, desde las dificultades que había tenido con mi abuelo, trataba de evitar dentro de lo posible cualquier contacto entre su familia y aquel género de amistades.

«¡Cómo se parece a su madre!, dijo ella.

—Pero si usted nunca ha visto a mi sobrina más que en fotografía, dijo enérgicamente mi tío en tono desabrido.

—Le pido perdón, amigo mío, pero me crucé con ella en la escalera el año pasado cuando estuvo usted tan enfermo. Cierto que solo la vi el tiempo de un relámpago y que su escalera es muy oscura, pero eso me bastó para admirarla. Este jovencito tiene sus bellos ojos, y también *esto»,* dijo ella trazando con el dedo una línea en la parte inferior de su frente. «¿Lleva su señora sobrina el mismo apellido que usted, amigo mío?, le preguntó a mi tío.

—Se parece sobre todo a su padre», gruñó mi tío, tan poco preocupado por hacer presentaciones a distancia diciendo el apellido de mamá como por hacerlas de cerca. «Es clavado a su padre y también a mi pobre madre.

—No conozco a su padre, dijo la dama de rosa con una leve inclinación de cabeza, y nunca conocí a su pobre madre, amigo mío. Como recordará, nos conocimos poco después de su gran pena.

Sentí una leve decepción, porque aquella joven señora apenas se diferenciaba de las demás guapas mujeres que alguna vez había visto en mi familia, en particular de la hija de un primo nuestro a cuya casa iba yo todos los primeros de año. Aunque mejor vestida, la amiga de mi tío tenía su misma mirada viva y bondadosa, la misma expresión sincera y cariñosa. No encontraba en ella nada del aspecto teatral que admiraba en las fotografías de las actrices, ni de la expresión diabólica que hubiera correspondido a la clase de vida que debía de llevar. Me costaba creer que fuera una *cocotte,* y sobre todo no habría creído que

fuese una *cocotte* elegante si no hubiera visto el coche de dos caballos, el vestido rosa, el collar de perlas, si no hubiera sabido que mi tío conocía únicamente a las de vuelos más altos. Pero me preguntaba cómo el millonario que le daba su coche, su palacete y sus joyas podía encontrar placer en devorar su fortuna por una persona de aspecto tan sencillo y respetable. Y sin embargo, pensando en lo que debía ser su vida, la inmoralidad quizá me turbaba más que si delante de mí se hubiera concretado en alguna apariencia especial, —por ser invisible como el secreto de alguna novela, de algún escándalo que la hubiera hecho salir de casa de sus padres burgueses y la hubiera destinado a todo el mundo, que hubiera hecho florecer su belleza y elevado hasta el mundo galante y la notoriedad a una mujer cuyos juegos de fisonomía y cuyas entonaciones de voz, semejantes a tantos otros que yo ya conocía, me hacían considerar a pesar mío como una joven de buena familia que ya no pertenecía a ninguna familia.

Habíamos pasado al «gabinete de trabajo», y mi tío, con un gesto algo incómodo por mi presencia, le ofreció cigarrillos.

«No, querido, dijo ella, ya sabe que estoy acostumbrada a los que me envía el Gran Duque. Le he dicho que estaba usted celoso». Y sacó de una pitillera unos cigarrillos cubiertos de inscripciones extranjeras y doradas. «Pues claro, prosiguió de repente, debo de haber conocido en casa de usted al padre de este joven. ¿No es su sobrino? ¿Cómo he podido olvidarlo? Fue tan bueno y tan exquisito conmigo», dijo con un

aire modesto y sensible. Pero pensando en lo que había podido ser la ruda acogida, que ella decía haber encontrado exquisita, de mi padre, yo que conocía su reserva y su frialdad me sentía incómodo, como ante una falta de delicadeza que él habría cometido, por esa disparidad entre el reconocimiento excesivo que se le concedía y su insuficiente amabilidad. Más tarde me ha parecido que uno de los aspectos conmovedores del papel de estas mujeres ociosas y estudiosas consiste en consagrar su generosidad, su talento, un sueño disponible de belleza sentimental —porque, como los artistas, no lo realizan, no lo insertan en los marcos de la existencia común—, y un oro que les cuesta poco, a enriquecer con un engaste precioso y fino la vida zafia y mal desbastada de los hombres. Así como esta que, en el salón de fumar en el que mi tío la recibía en blusa, derramaba la dulzura de su cuerpo, su vestido de seda rosa, sus perlas, la elegancia que emana de la amistad de un gran duque, así había captado ella alguna frase insignificante de mi padre, la había elaborado con delicadeza, le había dado un giro, una denominación preciosa, y, engastando en ella una de sus miradas, de un agua hermosísima, matizada de humildad y de gratitud, la devolvía transformada en una alhaja artística, en algo «absolutamente exquisito».

«Bueno, venga, ya es hora de que te marches», me dijo mi tío.

Me levanté, tenía un deseo irresistible de besar la mano de la dama de rosa, pero me parecía que hubiera sido tan audaz como un rapto. Mi corazón palpitaba mientras me decía: «¿Lo hago, no lo hago?», luego dejé de preguntarme lo que había que hacer para poder hacer algo. Y con un gesto ciego e insensato, despojado de todas las razones que en su favor había encontrado un momento antes, llevé a mis labios la mano que me tendía.

«¡Qué amable es! ¡Y qué galante para su edad! Tiene buen ojo con las mujeres; sale a su tío. Será un perfecto *gentleman*», añadió ella apretando los dientes para dar a la frase un acento levemente británico. «¿No podría venir alguna vez a casa a tomar *a cup of tea,* como dicen nuestros vecinos los ingleses? Bastaría con mandarme un *bleu* por la mañana».

Yo no sabía qué era un *bleu[64]*. Ni comprendía la mitad de las palabras que la dama decía, pero el temor a que ocultasen alguna pregunta a la que habría sido descortés no contestar me impedía dejar

de escucharlas con atención, y eso me provocaba una gran fatiga.

«No, es imposible, dijo mi tío encogiéndose de hombros, está muy ocupado, trabaja mucho. Gana todos los premios de su clase», añadió, en voz baja para que yo no oyese esa mentira y no lo contradijera. «¿Quién sabe? Tal vez sea un pequeño Victor Hugo, una especie de Vaulabelle[65], ¿sabe usted?

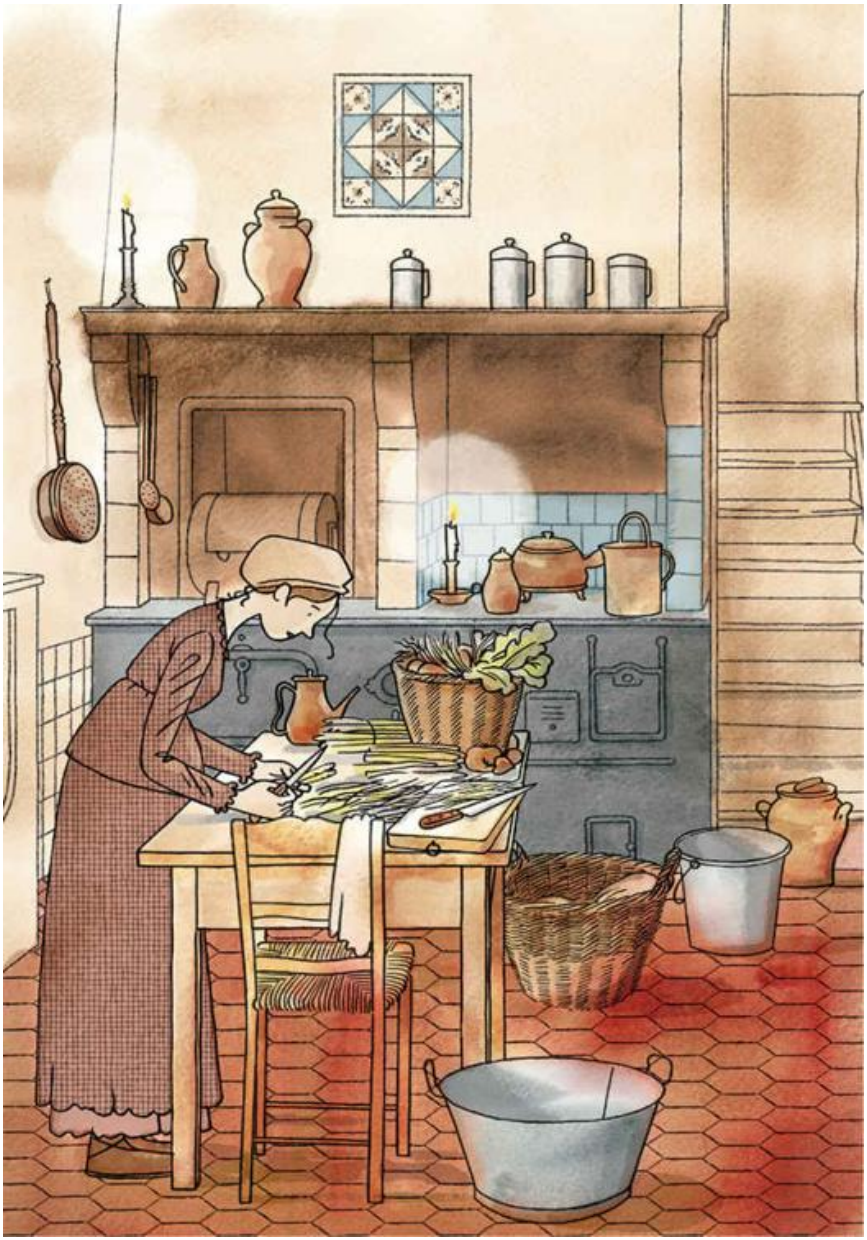
—Adoro a los artistas, respondió la dama de rosa[66], son los únicos que comprenden a las mujeres… Ellos y las personas de élite como usted. Perdone mi ignorancia, querido amigo, ¿quién es Vaulabelle? ¿Quizá los volúmenes dorados que hay en la pequeña librería acristalada de su gabinete? Recuerde que ha prometido prestármelos, se los cuidaré mucho.

Mi tío, que detestaba prestar sus libros, no respondió y me acompañó hasta la antecámara. Loco de amor por la dama de rosa, cubrí de besos frenéticos las mejillas llenas de tabaco de mi viejo tío, y mientras con bastante apuro me daba a entender, sin atreverse a decírmelo abiertamente, que le gustaría mucho que no hablase de aquella visita a mis padres, yo le decía con lágrimas en los ojos que el recuerdo de su bondad era tan fuerte en mí que un día encontraría el medio de probarle mi gratitud. Y era tan fuerte, en efecto, que dos horas más tarde, tras varias frases misteriosas y que en mi opinión dieron a mis padres una idea suficientemente precisa de la nueva importancia que había adquirido, me pareció más explícito contarles en sus menores detalles la visita que acababa de hacer. No creía causar con ello dificultades a mi tío. ¿Cómo creerlo, si no lo deseaba? Ni podía suponer que mis padres vieran algo malo en una visita en la que yo no lo veía. ¿No ocurre todos los días que un amigo nos pida que no dejemos de disculparlo ante una mujer a quien le ha sido imposible escribir, y que descuidemos hacerlo pensando que esa persona no puede dar importancia a un silencio que no tiene ninguna para nosotros? Como todo el mundo, me imaginaba que el cerebro de los demás era un receptáculo inerte y dócil, incapaz de reacción específica sobre lo que en él se introducía; y no dudaba de que, depositando en el de mis padres la noticia del conocimiento que gracias a mi tío había tenido, les transmitía al mismo tiempo, como deseaba, el benévolo juicio que yo daba a esa presentación. Mis padres, por desgracia, se atuvieron a principios enteramente distintos

de aquellos que yo les sugería que adoptasen, cuando quisieron apreciar el comportamiento de mi tío. Mi padre y mi abuelo tuvieron con él violentas explicaciones, de las que fui informado de forma indirecta. Días después, al cruzarme en la calle con mi tío que pasaba en coche descubierto, sentí el dolor, la gratitud, el remordimiento que habría querido expresarle. Frente a su inmensidad, un saludo con el sombrero habría sido en mi opinión mezquino y podría hacer suponer a mi tío que solo me sentía obligado con él a una vulgar cortesía. Decidí abstenerme de ese gesto insuficiente y volví la cabeza. Mi tío pensó que seguía órdenes de mis padres, no se lo perdonó, y murió muchos años más tarde sin que ninguno de nosotros volviera a verlo nunca.

Por eso yo no entraba ya en el gabinete de reposo, ahora cerrado, de mi tío Adolphe, y después de andar de acá para allá por los alrededores de la despensa, cuando Françoise, apareciendo en el umbral, me decía: «Encargaré a la chica de cocina que sirva el café y suba el agua caliente, tengo que ir a escape a ver a Mme. Octave», yo me decidía a entrar en casa y subía directamente a leer a mi cuarto. La chica de cocina era una entidad moral, una institución permanente a la que ciertas atribuciones invariables aseguraban una especie de continuidad y de identidad, a través de la sucesión de las formas pasajeras en las que se encarnaba: porque nunca tuvimos la misma dos años seguidos. El año en que comimos tantos espárragos, la chica de cocina habitualmente encargada de «pelarlos» era una pobre criatura enfermiza, en un estado de gravidez ya bastante avanzado cuando llegamos por Pascua, y nos extrañaba incluso que Françoise la dejase hacer tantos recados y tareas, dado que empezaba a llevar con dificultad delante de sí el misterioso cesto, más lleno cada día, cuya magnífica forma se adivinaba bajo sus amplios blusones. Estos recordaban las hopalandas que llevan ciertas figuras simbólicas del Giotto, cuyas fotografías me había regalado el señor Swann. Fue él quien nos lo había hecho notar, y cuando nos pedía nuevas de la chica de cocina nos decía: «¿Cómo va la Caridad del Giotto?». Además, la pobre mujer, engordada por su embarazo hasta en la cara, hasta en las mejillas que caían rectas y cuadradas, de hecho se parecía bastante a esas vírgenes, fuertes y hombrunas, más bien matronas, en las que, en la Arena, están personificadas las virtudes[67]. Y ahora me doy cuenta

de que esas Virtudes y esos Vicios de Padua también se le parecían de otra manera. Así como la imagen de aquella mujer se veía aumentada por el símbolo añadido que llevaba en su vientre, sin dar la impresión de que comprendiese su sentido, sin que nada en su rostro tradujese su belleza ni su espíritu, como un simple y pesado fardo, así, sin dar la impresión de sospecharlo siquiera, la robusta matrona que está representada en la Arena debajo del nombre «Caritas» y cuya reproducción colgaba de la pared de mi sala de estudio en Combray, encarna esa virtud, sin que que su rostro enérgico y ordinario haya podido expresar nunca el menor pensamiento de caridad. Gracias a una hermosa invención del pintor, holla con sus pies los tesoros de la tierra, pero exactamente igual que si pisase uvas para extraer el zumo o, mejor aún, como si se hubiera subido sobre unos sacos para estar más alta; y tiende a Dios su corazón inflamado, o por mejor decir, se lo «pasa», igual que una cocinera pasa un sacacorchos por el tragaluz de su semisótano a alguien que se lo pide por la ventana de la planta baja. La Envidia, en cambio, habría logrado mejor cierta expresión de envidia. Pero, también en ese fresco, ocupa tanto espacio el símbolo y está representado de forma tan real, es tan gorda la serpiente que silba en los labios de la Envidia, le llena de modo tan completo la cavidad de la boca totalmente abierta, que los músculos de su cara están distendidos para poder contenerla, como los de un niño que hincha un globo soplando, y la atención de la Envidia —y la nuestra al mismo tiempo— apenas tiene tiempo, concentrada por entero como está en la acción de sus labios, de entregarse a pensamientos envidiosos.



A pesar de toda la admiración que el señor Swann profesaba por esas figuras de Giotto, durante mucho tiempo no saqué ningún placer contemplando en nuestra sala de estudio, donde se habían colgado las copias que me había traído, aquella Caridad sin caridad, aquella Envidia que parecía una lámina de un libro de medicina ilustrando la compresión de la glotis o de la campanilla por un tumor de la lengua o por la introducción del instrumento del operador, una Justicia cuya cara grisácea y mezquinamente regular era la misma que

caracterizaba, en Combray, a ciertas guapas burguesas beatas y secas que yo veía en misa, y que en su mayoría ya se habían alistado en las milicias de reserva de la Injusticia. Pero más tarde comprendí que la seductora extrañeza, la singular belleza de aquellos frescos dependía del gran espacio que en ellos ocupaba el símbolo, y que el hecho de que fuera representado no como símbolo, pues no quedaba expresado el pensamiento simbolizado, sino como real, como efectivamente sufrido o materialmente manejado, prestaba a la significación de la obra algo más literal y más preciso, y a su enseñanza algo más concreto y más sorprendente. En el caso de la pobre chica de cocina, ¿no resultaba atraída constantemente la atención hacia su vientre por el peso que lo estiraba? De igual modo también, el pensamiento de los agonizantes se vuelve muy a menudo hacia el lado afectivo, doloroso, oscuro y visceral, hacia ese reverso de la muerte que es precisamente el lado que ella les presenta, que les hace sentir con dureza y que se parece mucho más a un fardo que los aplasta, a una dificultad de respirar, a una necesidad de beber, que a lo que denominamos la idea de la muerte.

Era menester que aquellas Virtudes y aquellos Vicios de Padua encerrasen en sí mismos mucha realidad para que me parecieran tan vivos como la criada encinta, y que esta no me pareciese mucho menos alegórica. Y acaso esa no participación (al menos aparente) del alma de un ser humano en la virtud que actúa a través suyo, tiene aparte de su valor estético una realidad si no psicológica, al menos, como suele decirse, fisiognómica. Cuando, más tarde, he tenido ocasión de encontrar, en el curso de mi vida, en conventos por ejemplo, encarnaciones verdaderamente santas de la caridad activa, tenían por lo general un aspecto alegre, positivo, indiferente y brusco de cirujano atareado, ese rostro en el que no se lee conmiseración alguna, ningún enternecimiento ante el sufrimiento humano, ningún temor a herirlo, y que es el rostro sin dulzura, el rostro antipático y sublime de la verdadera bondad.

Mientras la chica de cocina —haciendo brillar involuntariamente la superioridad de Françoise, igual que el Error vuelve más clamoroso, por contraste, el triunfo de la Verdad— servía el café que, según mamá, no era más que agua caliente, y subía luego a nuestros cuartos el agua caliente que apenas estaba tibia, yo me había echado sobre mi

cama con un libro en la mano, en mi habitación que, temblando, protegía su frescor transparente y frágil del sol de la tarde tras sus persianas casi cerradas donde, sin embargo, un reflejo del día había encontrado el modo de filtrar sus alas amarillas y permanecía inmóvil entre la madera y el cristal, en un rincón, como una mariposa que se hubiera posado. Apenas había suficiente claridad para leer, y la sensación del esplendor de la luz solo me llegaba por los golpes que en la calle de la Cure daba Camus (avisado por Françoise de que mi tía no «descansaba» y se podía hacer ruido) contra unas cajas polvorientas, pero que, resonando en la atmósfera sonora, especial de los días calurosos, parecían hacer volar a lo lejos unos astros escarlatas; y también por las moscas que delante de mí ejecutaban, en su pequeño concierto, algo así como la música de cámara del estío; no los evocaba a la manera de una melodía de música humana que, oída por azar durante el buen tiempo, os la recuerda luego, sino como algo unido al verano por un vínculo más necesario: nacida del buen tiempo, destinada a renacer solo con él y a contener un poco de su esencia, no solo despierta su imagen en nuestra memoria, sino que certifica su retorno, su presencia efectiva, difusa, inmediatamente accesible.

Aquel oscuro frescor de mi cuarto era al pleno sol de la calle lo que la sombra al rayo, es decir tan luminosa como él, y ofrecía a mi imaginación el espectáculo total del verano, del que mis sentidos, si hubiera salido a pasear, solo habrían podido disfrutar por trozos; y así se acomodaba bien a mi reposo que (gracias a las aventuras narradas por mis libros, y que venían a conmoverlo) soportaba, como el reposo de una mano inmóvil en medio de una corriente de agua, el choque y la animación de un torrente de actividad.

Pero mi abuela, incluso si el tiempo demasiado caluroso se había estropeado, si había sobrevenido una tormenta o solamente un chaparrón, venía a suplicarme que saliera. Y no queriendo renunciar a mi lectura, iba por lo menos a continuarla en el jardín, bajo el castaño, en una pequeña garita de esparto y tela en cuyo fondo me sentaba y me creía oculto a ojos de las personas que pudieran venir a visitar a mis padres.

¿Y no era también mi pensamiento una especie de nido en cuyo fondo me sentía sumido, incluso para mirar lo que estaba ocurriendo

fuera? Cuando veía un objeto exterior, la conciencia de verlo permanecía entre yo y él, lo ribeteaba con una fina orla espiritual que me impedía tocar nunca directamente su materia; se volatilizaba en cierto modo antes de que yo tomase contacto con ella, como un cuerpo incandescente, si se le acerca un objeto mojado, no toca su humedad porque se hace preceder siempre de una zona de evaporación. En aquella especie de pantalla iridiscente de distintos estados que, mientras leía, desplegaba simultáneamente mi conciencia, y que iban de las aspiraciones más profundamente escondidas dentro de mí hasta la visión totalmente exterior del horizonte que tenía desde el fondo del jardín, ante mis ojos, lo más inmediato, lo más íntimo que había en mí, la palanca siempre en movimiento que gobernaba todo lo demás, era mi creencia en la riqueza filosófica, en la belleza del libro que leía, y mi deseo de apropiármelas, fuera cual fuese el libro. Porque, incluso si lo había comprado en Combray después de verlo delante de la tienda de Borange, tienda demasiado alejada de casa para que Françoise pudiera ir a comprarlo como a la de Camus, aunque mejor surtida como papelería y librería, sujeto con hilos en el mosaico de folletos y entregas que revestían los dos batientes de su puerta más misteriosa, más sembrada de pensamientos que una puerta de catedral, es que lo había reconocido por haberme sido citado como una obra notable por el profesor o el compañero que en esa época me parecía depositario del secreto de la verdad y de la belleza, a medias intuidas, a medias incomprensibles, cuyo conocimiento representaba el objetivo vago aunque permanente de mi pensamiento.

Después de esta creencia central que, durante mi lectura, ejecutaba incesantes movimientos de dentro a fuera hacia el descubrimiento de la verdad, venían las emociones que me daba la acción en la que participaba, porque aquellas tardes contenían más acontecimientos dramáticos de los que suelen ocurrir en toda una vida. Eran los acontecimientos que ocurrían en el libro que estaba leyendo; verdad es que los personajes implicados en ellos no eran «reales», como decía Françoise. Pero todos los sentimientos que nos hacen experimentar la alegría o el infortunio de un personaje real solo se producen en nosotros por mediación de una imagen de esa alegría o de ese infortunio; el golpe de genio del primer novelista consistió en

comprender que, por ser la imagen el único elemento esencial en el mecanismo de nuestras emociones, la simplificación que consistiría en la pura y simple supresión de los personajes reales sería un perfeccionamiento decisivo. Por profunda que sea nuestra simpatía hacia él, a un individuo real lo percibimos en gran parte por nuestros sentidos, es decir, sigue siendo opaco para nosotros, ofrece un peso muerto que nuestra sensibilidad es incapaz de levantar. Si una desgracia lo golpea, solo podremos sentirlo en una pequeña parte de la noción total que de él tenemos; es más, él mismo solo podrá sentirlo en una parte de la noción total que tiene de sí mismo. El hallazgo del novelista consiste en tener la idea de sustituir esas partes impenetrables para el alma por una cantidad igual de partes inmateriales, es decir de partes que nuestra alma puede asimilar. Qué importa entonces que las acciones, las emociones de esos individuos de un género nuevo nos parezcan como verdaderas, desde el momento en que las hemos hecho nuestras, desde el momento en que es en nosotros donde se producen y nos mantienen bajo su dependencia, mientras pasamos febrilmente las páginas del libro, la rapidez de nuestra respiración y la intensidad de nuestra mirada. Y una vez que el novelista nos ha puesto en ese estado, en el que, como en todos los estados puramente interiores, toda emoción se decuplica, en el que su libro ha de turbarnos como lo haría un sueño, pero un sueño más nítido que los que tenemos durmiendo y destinado a durar más en el recuerdo, resulta entonces que desencadena en nosotros durante una hora todas las dichas y todas las desgracias posibles, que en la vida tardaríamos algunos años en conocer, las más intensas de las cuales nunca nos serían reveladas porque la lentitud con que se producen nos priva de su percepción; (así cambia nuestro corazón en la vida, y ese es el peor dolor; pero solo lo conocemos en la lectura, en imaginación: en la realidad cambia, igual que se producen ciertos fenómenos de la naturaleza, con lentitud bastante para que, aunque podamos advertir sucesivamente cada uno de sus diferentes estados, se nos ahorre a modo de compensación la sensación misma del cambio).

Luego venía, ya menos interior a mi cuerpo que esa vida de los personajes, proyectado a medias delante de mí, el paisaje en que se desarrollaba la acción y que ejercía sobre mi pensamiento una influencia mucho más grande que el otro, que el que tenía delante de

los ojos cuando los levantaba del libro. Así, durante dos veranos, en el calor del jardín de Combray, tuve, a causa del libro que leía entonces, la nostalgia de un país montañoso y fluviátil[68], donde vería muchas serrerías y donde, en el fondo del agua clara, se pudrían trozos de troncos bajo matas de berros; no lejos de allí, racimos de flores violetas y rojizas trepaban a lo largo de muros bajos. Y como en mi pensamiento siempre estaba presente el sueño de una mujer que me habría amado, ese sueño se impregnaba aquellos veranos del frescor de las aguas corrientes; y cualquiera que fuese la mujer que evocaba, a su alrededor surgían de pronto racimos de flores violetas y rojizas como colores complementarios.

No era solo porque una imagen con la que soñamos siempre queda marcada, se embellece y beneficia del reflejo de los extraños colores que por azar la rodean en nuestro ensueño; pues esos paisajes de los libros que leía no se limitaban para mí a ser paisajes representados con mayor viveza en mi imaginación que los que Combray ponía ante mis ojos, aunque hubieran sido análogos. Gracias a la elección hecha por el autor, por la fe con que mi pensamiento se anticipaba a su palabra como a una revelación, me parecían —impresión que apenas me proporcionaba la comarca en que me hallaba, y sobre todo nuestro jardín, producto sin prestigio de la correcta fantasía del jardinero que mi abuela despreciaba— una parte verdadera de la Naturaleza misma, digna de ser estudiada y profundizada.

Si, cuando leía un libro, mis padres me hubieran permitido ir a visitar la región que describía, habría creído dar un paso inestimable en la conquista de la verdad. Porque, aunque tengamos la sensación de estar siempre rodeados de nuestra propia alma, eso no es como si se tratase de una cárcel inmóvil; más bien nos sentimos como arrastrados con ella en un perpetuo impulso por sobrepasarla, por alcanzar el exterior, con una especie de desaliento, oyendo siempre alrededor esa sonoridad idéntica que no es eco de fuera sino resonancia de una vibración interna. Intentamos encontrar en las cosas, que por eso se nos vuelven preciosas, el reflejo que nuestra alma ha proyectado en ellas, y quedamos decepcionados al constatar que en la naturaleza aparecen desprovistas del encanto que, en nuestro pensamiento, debían a la vecindad de ciertas ideas; a veces convertimos todas las fuerzas de esa alma en habilidad, en esplendor

para obrar sobre unos seres de los que con toda claridad sentimos que están situados fuera de nosotros y que nunca alcanzaremos. Por eso, aunque siempre imaginaba en torno a la mujer amada los lugares que yo más deseaba entonces, aunque hubiera querido que fuese ella quien me los hiciera visitar, quien me abriera el acceso a un mundo desconocido, no era por el azar de una simple asociación de ideas; no, es que mis sueños de viaje y de amor solo eran momentos —que hoy separo artificialmente como si practicase cortes a distintas alturas de un chorro de agua irisado y en apariencia inmóvil— de una única e incontenible efusión de todas las fuerzas de mi vida.

Por último, continuando con el seguimiento de dentro a fuera de los estados simultáneamente yuxtapuestos en mi conciencia, y antes de llegar hasta el horizonte real que los envolvía, encuentro placeres de otro género: el de estar cómodamente sentado, el de sentir el buen olor del aire, el de no ser molestado por una visita; y, cuando sonaba una hora en el campanario de Saint-Hilaire, el de ver caer trozo a trozo aquello que desde la tarde ya estaba consumido, hasta oír la última campanada que me permitía hacer la suma y luego el largo silencio que la seguía parecía señalar en el cielo azul el comienzo de toda la parte que aún me era concedida para leer hasta la buena cena que Françoise preparaba y que me reconfortaría de las fatigas sufridas, durante la lectura del libro, siguiendo a su héroe. Y a cada hora me parecía que la anterior había sonado hacía solo unos instantes; la más reciente venía a inscribirse muy cerca de la otra en el cielo y yo no podía creer que aquel arquito azul comprendido entre sus dos marcas doradas pudiera contener sesenta minutos. A veces incluso, esa hora prematura daba dos campanadas más que la última; había pues una que no había oído, algo que había ocurrido no había ocurrido para mí; el interés de la lectura, mágico como un sueño profundo, había engañado a mis oídos alucinados y borrado la campana de oro en la superficie azulada del silencio. Hermosas tardes de domingo bajo el castaño del jardín de Combray, cuidadosamente vaciadas por mí de los mediocres incidentes de mi existencia personal que había reemplazado por una vida de aventuras y aspiraciones extrañas en un país regado por aguas vivas. Todavía me evocáis esa vida cuando pienso en vosotras, y en realidad vosotras la contenéis por haberla contorneado y cercado poco a poco —mientras yo avanzaba en mi

lectura y menguaba el calor del día— en el cristal sucesivo, lentamente cambiante y atravesado de follajes, de vuestras horas silenciosas, sonoras, fragantes y límpidas.

Algunas veces me sacaba de mi lectura, mediada la tarde, la hija del jardinero, que corría como una loca derribando a su paso la maceta de un naranjo, cortándose un dedo, rompiéndose un diente y gritando: «¡Ahí están, ahí están!» para que Françoise y yo corriésemos y no nos perdiésemos nada del espectáculo. Eran los días en que, por maniobras de guarnición, la tropa atravesaba Combray, tomando por regla general la calle Sainte-Hildegarde. Mientras nuestros sirvientes, sentados en hilera en unas sillas fuera de la verja, contemplaban a los paseantes domingueros de Combray y se dejaban ver por ellos, la hija del jardinero, por la rendija que entre sí dejaban dos casas lejanas de la avenida de la Gare, había percibido el brillo de los cascos. Los sirvientes habían retirado precipitadamente las sillas, porque cuando los coraceros desfilaban por la calle Sainte-Hildegarde ocupaban toda su anchura, y el galope de los caballos rozaba las casas y cubría las aceras sumergidas como riberas que ofrecen un lecho demasiado exiguo a un torrente desenfrenado.

«Pobres niños», decía Françoise nada más llegar a la verja y ya llorando; «pobre juventud que será segada como un prado; solo de pensarlo me siento trastornada», añadía llevándose la mano al corazón, allí donde había sentido aquel *trastorno.*

«¡Qué hermoso, ¿verdad?, señora Françoise, ver unos jóvenes que no tienen apego a la vida!», decía el jardinero para sacarla de sus casillas.

Y sus palabras no caían en el vacío:

«¿Que no tienen apego a la vida? Pero entonces, ¿a qué hay que tener apego sino a la vida, el único regalo que el buen Dios nunca da dos veces? ¡Ay, Dios mío! ¡Y sin embargo es verdad que no se lo tienen! Los vi en el 70; en esas miserables guerras ya no tienen miedo a la muerte; se vuelven locos, ni más ni menos; y no valen siquiera lo que la cuerda para colgarlos, no son hombres, son leones». (Para Françoise, comparar un hombre con un león, que ella pronunciaba le-on, no tenía nada de halagüeño).

La calle Sainte-Hildegarde torcía demasiado cerca para que se los pudiera ver venir de lejos, y era por aquella rendija entre las dos casas

de la avenida de la Gare por donde se vislumbraban cascos y más cascos corriendo y brillando al sol. Al jardinero le habría gustado saber si todavía faltaban muchos por pasar, y tenía sed, porque el sol pegaba fuerte. Entonces, de repente, su hija, lanzándose como desde una plaza asediada hacia una salida, alcanzaba la esquina de la calle, y después de haber desafiado cien veces a la muerte, venía a traernos, junto con una garrafa de agua de regaliz, la noticia de que eran por lo menos un millar los que venían sin parar por la parte de Thiberzy y de Méséglise. Françoise y el jardinero, reconciliados, discutían sobre la conducta a seguir en caso de guerra:

«Ya lo ve, Françoise, decía el jardinero, mejor sería la revolución, porque cuando se declara, solo van los que quieren ir.

—¡Ah!, eso por lo menos sí lo entiendo, es más sincero».

El jardinero creía que, declarada la guerra, todos los trenes se paraban.

«Claro, para que nadie pueda escaparse», decía Françoise.

Y el jardinero: «¡Ah, qué granujas!», porque no admitía que la guerra fuera otra cosa que una especie de mala pasada que el Estado trataba de jugarle al pueblo y que, de haber tenido medio de hacerlo, no hay una sola persona que no hubiese escapado.

Pero Françoise se apresuraba a reunirse con mi tía, yo volvía a mi libro, los sirvientes se instalaban de nuevo delante de la puerta a mirar caer el polvo y la emoción provocada por los soldados. Mucho después de hacerse otra vez la calma, una inusitada oleada de gente paseando ennegrecía todavía las calles de Combray. Y delante de cada casa, incluso en aquellas donde no era costumbre, los criados o los mismos amos, sentados y mirando, festoneaban el umbral con una orla caprichosa y oscura como la de las algas y las conchas cuyo crespón y bordado deja una fuerte marea en la ribera una vez que se retira.

Salvo esos días, yo podía leer tranquilamente por lo general. Pero la interrupción y el comentario que una vez aportó una visita de Swann a la lectura que yo estaba haciendo del libro de un autor completamente nuevo para mí, Bergotte, tuvo como secuela que, durante mucho tiempo, ya no fue sobre un muro adornado de flores violeta que caían en forma de rueca, sino sobre un fondo totalmente distinto, delante del pórtico de una catedral gótica, donde se recortó la imagen de una de las mujeres de mis sueños.

Había oído hablar de Bergotte[69] por primera vez a un compañero mío, mayor que yo en años y por quien sentía una gran admiración, Bloch. Al oírme confesarle mi admiración por *La Nuit d'octobre* había soltado una carcajada ruidosa como una trompeta y me había dicho: «Desconfía de tu dilección bastante ruin por el señor de Musset. Es un tipo de los más nefastos y un animal bastante siniestro. Debo confesar, además, que él e incluso el tal Racine hicieron en su vida algún verso bastante bien ritmado, y que en su favor tiene lo que para mí es el mérito supremo, no significar absolutamente nada. Son: *"La blanche Oloossone et la blanche Camyre"* y *"La fille de Minos et de Pasiphaé"[70]*. Me han sido señalados, en descargo de esos dos tunantes, por un artículo de mi amadísimo maestro, el viejo Leconte[71], caro a los Dioses Inmortales. A propósito, aquí tienes un libro que en este momento no tengo tiempo de leer, y que recomienda al parecer ese hombre inmensamente bueno. Me han dicho que tiene a su autor, al señor Bergotte, por un tipo de los más sutiles; y aunque en ocasiones dé pruebas de mansedumbres un tanto inexplicables, su palabra es para mí oráculo délfico. Lee pues esas prosas líricas, y si el gigantesco coleccionista de ritmos que ha escrito *Bhagavat* y *Le Levrier de Magnus* ha dicho la verdad, ¡por Apolo que saborearás, caro maestro, los nectáreos goces del Olimpo!». En un tono sarcástico me había pedido llamarle «caro maestro», y a su vez también él me llamaba así. Pero en realidad encontrábamos cierto placer en este juego, cerca como estábamos todavía de la edad en que uno cree que se crea lo que se nombra.

Desgraciadamente, no me fue posible aplacar hablando con Bloch y pidiéndole explicaciones la turbación en que me había arrojado al decirme que los bellos versos (a mí, que esperaba de ellos nada menos que la revelación de la verdad) eran tanto más bellos cuanto que no significaban nada[72]. De hecho, Bloch no volvió a ser invitado a casa. Al principio tuvo una acogida muy buena. Cierto que, según mi abuelo, cada vez que yo hacía más amistad con uno de mis compañeros que con los otros y lo llevaba a casa, siempre era un judío, cosa que en principio no le hubiera desagradado —hasta su amigo Swann era de origen judío— de no haber pensado que por lo general no estaba entre los mejores el que yo escogía. Por eso, cuando llevaba a un amigo nuevo era muy raro que no tararease: *«Ô Dieu de*

nos Pères» de *La Juive*[73], o bien *«Israël, romps ta chaîne*[74]*»,* limitándose a cantar naturalmente la melodía (Ti la lam ta lam, talim), pero yo temía que mi compañero la conociese y recordase la letra.

Antes de haberlos visto, con solo oír su nombre, que muchas veces no tenía nada de particularmente israelita, no solo adivinaba el origen judío de aquellos amigos míos que en realidad lo eran, sino incluso lo que en ocasiones pudiera haber de turbio en su familia.

«¿Y cómo se llama ese amigo tuyo que viene esta tarde?

—Dumont, abuelo.

—Dumont! ¡Oh!, desconfío».

Y cantaba:

Archers, faites bonne garde!
Veillez sans trêve et sans bruit;*

Y después de habernos hecho con habilidad algunas preguntas más precisas, exclamaba: «¡En guardia! ¡En guardia!», o, si era el propio paciente ya llegado a casa y, al que sin que se diese cuenta, había obligado, mediante un disimulado interrogatorio, a confesar sus orígenes, entonces, para demostrarnos que ya no tenía ninguna duda, se limitaba a mirarnos tarareando de forma inaudible:

De ce timide Israélite
*Quoi, vous guidez ici les pas***!*

o

Champs paternels, Hébron, douce vallé[75]****

o también

*Oui je suis de la race élue*****.

Estas pequeñas manías de mi abuelo no implicaban ningún sentimiento malévolo contra mis compañeros. Pero Bloch había desagradado a mis padres por otros motivos. Había empezado por irritar a mi padre, quien, viéndolo mojado, le había preguntado lleno de interés:

«¿Pero qué tiempo hace, señor Bloch? ¿Ha llovido acaso? No entiendo nada, el barómetro era estupendo».

Y solo había sacado de él esta respuesta:

«Señor, me resulta absolutamente imposible decirle si ha llovido. Vivo de forma tan resuelta al margen de las contingencias físicas que mis sentidos no se toman la molestia de comunicármelas».

«¡Ay, pobre hijo mío, tu amigo es idiota!, me había dicho mi padre cuando Bloch se hubo marchado. ¡Cómo! ¡Ni siquiera es capaz de decirme el tiempo que hace! ¡Pues no hay nada más interesante! Es un imbécil».

Luego Bloch había desagradado a mi abuela porque, acabado el almuerzo, cuando estaba diciendo que se encontraba algo indispuesta, él había ahogado un sollozo y se había enjugado unas lágrimas.

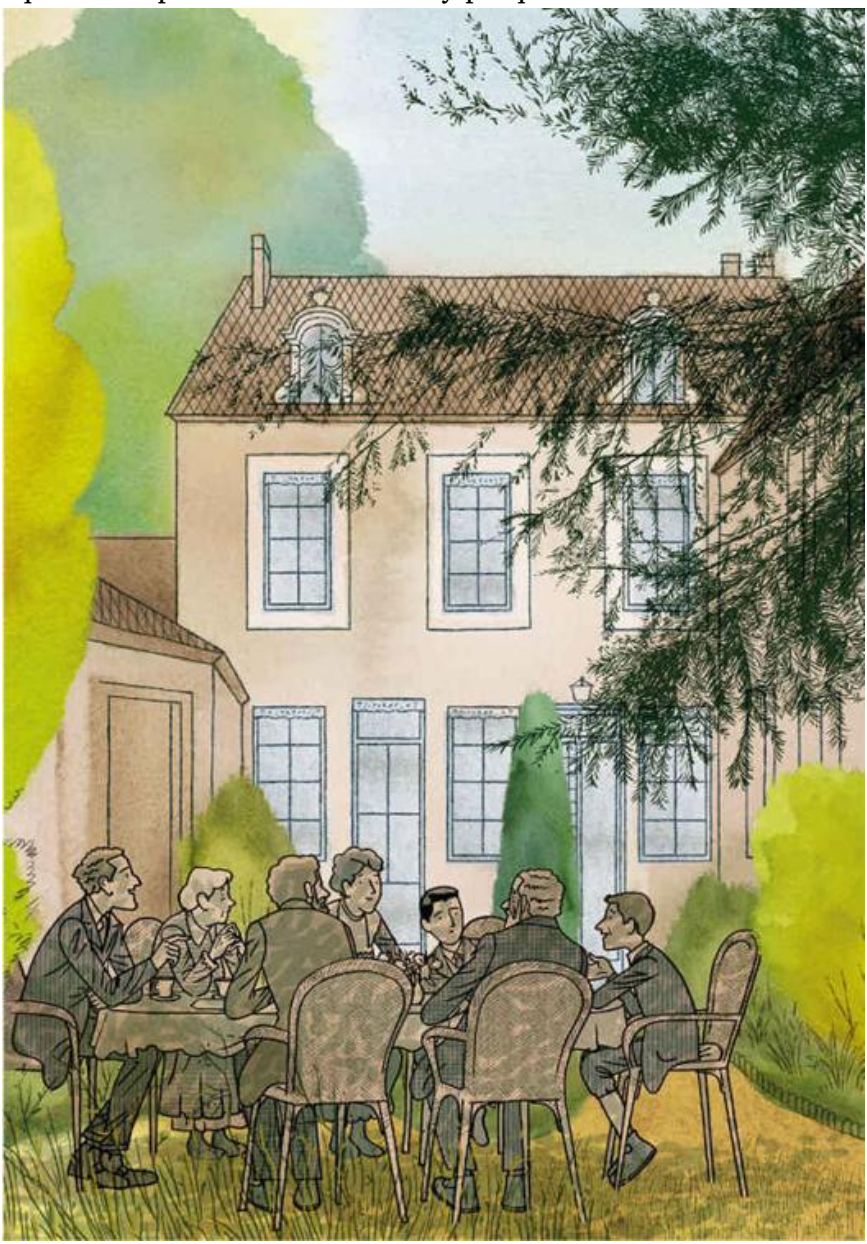
«Cómo quieres que sea sincero si no me conoce, me dijo ella; a menos que esté loco».

Y, por último, había disgustado a todo el mundo porque, después de llegar a comer con hora y media de retraso y cubierto de barro, en vez de excusarse había dicho:

«Nunca me dejo influir por las perturbaciones atmosféricas ni por las divisiones convencionales del tiempo. Si por mí fuera, rehabilitaría el uso de la pipa de opio y del *kriss* malayo, pero ignoro el de esos instrumentos infinitamente más perniciosos y por otra parte tan vulgarmente burgueses que son el reloj y el paraguas».

Pese a todo habría vuelto a Combray. No era en cualquier caso el amigo que mis padres hubieran deseado para mí; habían terminado por pensar que las lágrimas que le había hecho derramar la indisposición de mi abuela no eran fingidas; pero por instinto o por experiencia sabían que los impulsos de nuestra sensibilidad tienen poco ascendiente sobre la continuidad de nuestros actos y la conducta de nuestra vida, y que el respeto de las obligaciones morales, la fidelidad a los amigos, la ejecución de una obra, la observancia de un régimen tienen fundamento más seguro en unos hábitos ciegos que en esos arrebatos momentáneos, ardientes y estériles. En lugar de Bloch, habrían preferido para mí unos compañeros que no me diesen más de lo que está convenido conceder a los amigos, según las normas de la moral burguesa; que no me enviasen inopinadamente un cestillo de frutas porque ese día habrían pensado en mí con cariño, pero que,

incapaces de inclinar en mi favor la justa balanza de los deberes y de las exigencias de la amistad con un simple movimiento de su imaginación y de su sensibilidad, tampoco la falsearían en mi perjuicio. Difícilmente nos hacen desistir nuestros errores de lo que nos deben esos temperamentos cuyo modelo era mi abuela, ella que, peleada hacía años con una sobrina a la que nunca dirigía la palabra, no por eso modificó el testamento en el que le dejaba toda su fortuna, porque era su pariente más cercana y porque «así debía ser».



Pero a mí Bloch me agradaba, mis padres querían tenerme contento, los insolubles problemas que yo me planteaba sobre la belleza carente de significado de la hija de Minos y de Pasífae me cansaban y volvían más doliente de lo que habrían hecho nuevas conversaciones con él, aunque mi madre las juzgase perniciosas. Y lo habrían seguido recibiendo en Combray si, después de aquella cena, tras hacerme saber —noticia que tanta influencia había de ejercer más tarde sobre mi vida, haciéndola primero más feliz, luego más desdichada— que todas las mujeres pensaban exclusivamente en el amor y que no había una siquiera cuya resistencia no se pudiese vencer, no me hubiera asegurado haber oído decir con absoluta certeza que mi tía abuela había tenido una juventud tormentosa y había sido públicamente mantenida. No pude dejar de repetir estas palabras a mis padres, lo pusieron de patitas en la calle en cuanto volvió, y cuando después lo abordé en la calle, me trató con extremada frialdad.

Pero sobre Bergotte había dicho la verdad.

Los primeros días, como una melodía que termina por enloquecernos pero que aún no distinguimos bien, no me pareció evidente lo que luego habría de amar tanto en su estilo. No podía abandonar la novela suya que estaba leyendo, pero me creía únicamente interesado por la trama, como en esos primeros momentos del amor en que vamos todos los días a buscar a una mujer a alguna reunión, a algún entretenimiento creyéndonos atraídos por sus placeres. Luego me fijé en las expresiones raras, casi arcaicas que le gustaba emplear en ciertos momentos en los que una oculta oleada de armonía, un preludio interior, venía a elevar su estilo; y era también en esos momentos en que empezaba a hablar del «vano sueño de la vida», del «inagotable torrente de las bellas apariencias», del «tormento estéril y delicioso de comprender y amar», de las «emotivas efigies que ennoblecen por siempre la fachada venerable y fascinante de las catedrales»[76], cuando expresaba toda una filosofía, nueva para mí, mediante maravillosas imágenes de las que se habría dicho que eran las mismas que habían despertado aquel canto de arpas que entonces se elevaba y a cuyo acompañamiento infundían algo sublime. Uno de aquellos pasajes de Bergotte, el tercero o el cuarto que había aislado del resto, me dio una alegría incomparable con la que había

encontrado en el primero, una alegría que experimenté en una región más profunda de mí mismo, más uniforme, más vasta, de donde parecían haber sido eliminados los obstáculos y las separaciones. Y es que, reconociendo entonces ese mismo gusto por las expresiones raras, aquella misma efusión musical, aquella misma filosofía idealista que ya habían sido las otras veces, sin darme cuenta, la causa de mi placer, tuve la impresión de hallarme en presencia, no de un trozo particular de cierto libro de Bergotte que trazara en la superficie de mi pensamiento una figura puramente lineal, sino más bien del «trozo ideal» de Bergotte, común a todos sus libros y al que todos los pasajes análogos con los que venían a confundirse habrían prestado una especie de espesor, de volumen, con el que mi inteligencia parecía ampliarse.

No era yo desde luego el único admirador de Bergotte; también era el escritor preferido de una amiga muy culta de mi madre; en fin, para leer su último libro recién publicado, el doctor Du Boulbon hacía esperar a sus enfermos; y fue precisamente de su consulta, y de un parque cercano a Combray, de donde volaron algunas de las primeras semillas de esta predilección por Bergotte, especie tan rara entonces, hoy universalmente difundida, cuya flor ideal y común encontramos por todas partes en Europa, en América, hasta en la más pequeña aldea. Lo que la amiga de mi madre y, al parecer, el doctor Du Boulbon apreciaban sobre todo en los libros de Bergotte era, como yo, aquel mismo flujo melódico, aquellas expresiones antiguas, algunas otras muy simples y conocidas, pero que por el lugar en que las iluminaba parecía revelar un gusto especial de su parte; y por último, en los pasajes tristes, cierta brusquedad, un acento casi ronco. Y sin duda, él mismo debía darse cuenta de que esos eran sus mayores encantos. Porque en los libros que luego vinieron, si había encontrado alguna gran verdad, o el nombre de una catedral célebre, interrumpía su relato y en una invocación, en un apóstrofe, en una larga plegaria, daba libre curso a esos efluvios que en sus primeras obras seguían siendo interiores a su prosa, revelados entonces únicamente por las ondulaciones de la superficie, acaso más dulces todavía, más armoniosas cuando estaban así veladas y no se habría podido indicar de manera precisa dónde nacía, dónde expiraba su murmullo. Esos trozos en los que él se deleitaba eran nuestros trozos preferidos. En

cuanto a mí, los sabía de memoria. Y quedaba decepcionado cuando él reanudaba el hilo de su relato. Siempre que hablaba de algo cuya belleza había permanecido hasta entonces oculta para mí, de los bosques de pinos, del granizo, de Notre-Dame de París, de *Athalie* o de *Phèdre,* conseguía con una imagen que esa belleza estallara hasta mí. Por eso, intuyendo cuántas partes del universo había que mi enfermiza percepción no distinguiría si él no las ponía a mi alcance, habría deseado tener una opinión suya, una metáfora suya sobre todas las cosas, particularmente sobre aquellas que tendría ocasión de ver yo mismo, y entre estas, de modo especial sobre antiguos monumentos franceses y ciertos paisajes marítimos, pues la insistencia con que los citaba en sus libros probaba que para él estaban llenos de significación y de belleza. Por desgracia yo ignoraba su opinión sobre casi todo. No dudaba que fuese totalmente diferente de las mías, puesto que descendía de un mundo desconocido hacia el que yo intentaba elevarme; persuadido de que mis pensamientos hubieran parecido pura inepcia a aquel espíritu perfecto, había hecho tabla rasa de todos, hasta el punto de que cuando por casualidad me ocurrió encontrar, en alguno de sus libros, uno que yo mismo ya había tenido, mi corazón se henchía como si en su bondad un Dios me lo hubiera devuelto, lo hubiera declarado legítimo y bello. A veces ocurría que una página suya decía lo mismo que yo solía escribir por la noche a mi abuela y a mi madre cuando no conseguía dormirme, de tal modo que aquella página de Bergotte parecía una colección de epígrafes para colocar al frente de mis cartas. Incluso más tarde, cuando empecé a escribir un libro, en ciertas frases cuya calidad no fue suficiente para decidirme a continuarlo, encontré su equivalente en Bergotte. Pero solo entonces, cuando las leía en su obra, podía disfrutarlas; cuando era yo el que las escribía, preocupado por que reflejasen exactamente lo que percibía en mi pensamiento, temiendo no trasladar «el parecido», ¡no tenía tiempo de preguntarme si lo que escribía era agradable! Pero en realidad solo ese tipo de frases, ese tipo de ideas me gustaba de verdad. Mis esfuerzos inquietos y descontentadizos eran en sí mismos una señal de amor, de amor sin placer, aunque profundo. Por eso, cuando de improviso encontraba frases semejantes en una obra ajena, es decir, sin tener ya escrúpulos ni severidad, sin tener que atormentarme, me dejaba llevar por fin deliciosamente por el gusto

que me inspiraban, como un cocinero que para una vez que no tiene que cocinar encuentra al fin tiempo para ser goloso. Un día en el que encontré en un libro de Bergotte, a propósito de una vieja criada, una burla que el lenguaje magnífico y solemne del escritor volvía aún más irónica, pero que era la misma que a menudo había hecho yo con mi abuela hablando de Françoise, otra vez que vi que no le parecía indigno incluir en uno de aquellos espejos de la verdad que eran sus obras una observación análoga a la que yo había tenido ocasión de hacer sobre nuestro amigo el señor Legrandin (observaciones sobre Françoise y sobre el señor Legrandin que desde luego eran las que yo hubiera sacrificado más deliberadamente a Bergotte, persuadido de que le parecerían carentes de interés), me pareció de pronto que mi humilde vida y los reinos de la verdad no estaban tan separados como había creído, que coincidían incluso en ciertos puntos, y de confianza y alegría lloré sobre las páginas del escritor como entre los brazos de un padre recobrado.

Por sus libros me imaginaba a Bergotte como un viejo débil y desilusionado que había perdido unos hijos y nunca se había consolado. Por eso leía, cantaba interiormente su prosa, más *dolce,* más *lento* tal vez de como estaba escrita, y la frase más simple se dirigía a mí con cierta entonación de ternura. Más que nada amaba su filosofía, me había entregado a ella para siempre. Y ella me volvía impaciente por alcanzar la edad en que entraría en el colegio, en la clase llamada Filosofía. Pero deseaba que en ella no se hiciera otra cosa que vivir exclusivamente por el pensamiento de Bergotte, y si me hubieran dicho que los metafísicos que entonces habían de atraerme no se le parecerían nada, habría sentido la desesperación de un enamorado al que, deseando amar para toda la vida, le hablan de otras amantes que tendrá más tarde.

Un domingo, durante mi lectura en el jardín, me interrumpió Swann que venía a visitar a mis padres.

«¿Qué está leyendo, se puede ver? Vaya, a Bergotte. ¿Quién le ha hablado de sus libros?». Le dije que había sido Bloch.

«¡Ah!, sí, ese muchacho que vi aquí una vez, y que tanto se parece al retrato de Mahomet II de Bellini[77]. ¡Oh, es maravilloso! Tiene las mismas cejas circunflejas, la misma nariz corva, los mismos pómulos salientes. En cuanto tenga perilla, será la misma persona. En cualquier

caso tiene buen gusto, porque Bergotte es un ingenio fascinante». Y al ver cuánto parecía yo admirar a Bergotte, Swann, que nunca hablaba de personas a las que conocía, hizo, por bondad, una excepción y me dijo:

«Lo conozco mucho, y si usted desea que le escriba una dedicatoria al frente de su ejemplar, podría pedírselo». No me atreví a aceptar, pero hice a Swann varias preguntas sobre Bergotte. «¿Podría decirme cuál es su actor preferido?».

«El actor, no lo sé. Pero sí sé que ningún artista masculino vale para él tanto como la Berma, a la que pone por encima de todo. ¿La ha oído?

—No, señor, mis padres no me permiten ir al teatro.

—Es una pena. Debería usted pedírselo. En *Phèdre* y en *Le Cid*, la Berma no es más que una actriz si usted quiere, pero, como sabe, no creo demasiado en la *"jerarquía"* de las artes»; (y observé lo mucho que a menudo me había sorprendido en sus conversaciones con las hermanas de mi abuela que, cuando hablaba de cosas serias, cuando empleaba una expresión que parecía implicar una opinión sobre un tema importante, cuidaba de aislarla con una entonación especial, mecánica e irónica, como si la hubiera puesto entre comillas, como si no quisiera asumirla por su cuenta y diese a entender: «La *jerarquía,* ya sabe, como dicen las gentes ridículas». Pero entonces, si era ridícula, ¿por qué decía él la jerarquía?). Un instante después añadió: «Esto le dará una visión tan noble como cualquier obra maestra, no sé… —y se echó a reír—, ¡las Reinas de Chartres[78]!». Hasta ese momento el horror a expresar seriamente su opinión me había parecido algo que debía de ser elegante y parisino, y que se oponía al dogmatismo provinciano de las hermanas de mi abuela; y también sospechaba que era una de las formas del ingenio en el ambiente en que vivía Swann y donde por reacción al lirismo de las generaciones anteriores se rehabilitaban hasta el exceso los pequeños hechos precisos, considerados vulgares en el pasado, y se proscribían las «frases». Pero ahora me parecía ver algo inquietante en aquella actitud de Swann ante las cosas. Era como si no se atreviera a tener una opinión, y solo se sintiese tranquilo cuando podía dar meticulosamente informes precisos. Pero no se daba cuenta de que postular que la exactitud en los detalles tenía importancia suponía profesar una opinión. Volví a

pensar entonces en aquella cena en la que me sentía tan triste porque mamá no debía subir a mi cuarto y en la que él dijo que los bailes en casa de la princesa de Léon carecían de importancia. Pero sin embargo, era a ese género de placeres a lo que él dedicaba su vida. A mí todo aquello me parecía contradictorio. ¿Para qué otra vida reservaba el decir por fin en serio lo que pensaba de las cosas, formular juicios que pudiera no poner entre comillas, y no entregarse con más puntillosa cortesía a ocupaciones que al mismo tiempo declaraba que son ridículas? En la manera en que Swann me habló de Bergotte también observé algo que, en cambio, no era peculiar suyo, sino, por el contrario, común en aquel entonces a todos los admiradores del escritor, a la amiga de mi madre, al doctor Du Boulbon. Como Swann, decían de Bergotte: «Es un ingenio fascinante, tan peculiar, tiene una forma propia de decir las cosas algo rebuscada, pero muy agradable. No se necesita ver la firma, inmediatamente se reconoce que es de su pluma». Pero nadie se habría atrevido a decir: «Es un gran escritor, tiene un gran talento». Ni siquiera decían que tenía talento. No lo decían incluso porque no lo sabían. Nos cuesta mucho reconocer en la fisonomía particular de un nuevo escritor el modelo que en nuestro museo de ideas generales lleva la etiqueta de «gran talento». Precisamente porque esa fisonomía es nueva, no le encontramos su total semejanza con lo que llamamos talento. Decimos más bien originalidad, encanto, delicadeza, fuerza; y luego un día nos damos cuenta de que precisamente todo eso es el talento.

«¿Hay alguna obra de Bergotte donde haya hablado de la Berma?, le pregunté al señor Swann.

—Creo que en su breve opúsculo sobre Racine[79], pero debe de estar agotado. Aunque tal vez haya habido alguna reimpresión. Me informaré. Además, puedo pedirle a Bergotte todo lo que usted quiera, no hay semana del año que no venga a cenar a casa. Es el mejor amigo de mi hija. Juntos van a visitar las viejas ciudades, las catedrales, los castillos».

Como yo carecía de cualquier noción sobre la jerarquía social, la imposibilidad que desde hacía mucho mi padre veía en que nos tratáramos con Mme. y Mlle. Swann había tenido más bien por efecto prestigiarlas a mis ojos, haciéndome imaginar entre ellas y nosotros grandes distancias. Lamentaba que mi madre no se tiñese el pelo ni se

pusiese carmín en los labios como había oído decir a nuestra vecina Mme. Sazerat que hacía Mme. Swann para complacer, no a su marido, sino al señor de Charlus, y pensaba que nosotros debíamos de ser para ella objeto de desprecio, cosa que me afligía sobre todo por Mlle. Swann, de quien me habían hablado como de una niñita muy guapa y en la que pensaba a menudo prestándole siempre la misma cara arbitraria y encantadora. Pero cuando ese día supe que Mlle. Swann era un ser de condición tan rara, inmersa como en su elemento natural en medio de tantos privilegios que, cuando preguntaba a sus padres si había alguien a cenar, le respondían con esas sílabas llenas de luz, con el nombre de aquel invitado de oro que para ella no era más que un viejo amigo de la familia: Bergotte; que, para ella, la charla íntima en la mesa, equivalente a lo que para mí era la conversación de mi tía abuela, estaba hecha de las palabras de Bergotte sobre todos aquellos temas que no había podido abordar en sus libros, y sobre los que yo habría querido escucharle mientras emitía su oráculo; y que, por último, cuando iba a visitar una ciudad, él caminaba a su lado, desconocido y glorioso, como los Dioses cuando descendían en medio de los mortales; entonces, al mismo tiempo que el valor de una criatura como Mlle. Swann, comprendí lo tosco e ignorante que yo le parecería, y sentí con tal viveza la dulzura y la imposibilidad que para mí habría de ser amigo suyo que me vi colmado al mismo tiempo de deseo y de desesperación. Cuando entonces pensaba en ella, la mayoría de las veces la veía delante del pórtico de una catedral explicándome el significado de las estatuas, y, con una sonrisa de benévola intercesión, presentándome como amigo suyo a Bergotte. Y la fascinación de todas las ideas que despertaban en mí las catedrales, la fascinación de los collados de l'Île-de-France y de las llanuras de Normandía, siempre hacía refluir sus reflejos sobre la imagen que me creaba de Mlle. Swann; eso era estar dispuesto a amarla. De todo lo que el amor exige para nacer, lo que más le importa, y lo que lo lleva a menospreciar todo lo demás es nuestra convicción de que un ser participa de una vida desconocida en la que su amor nos permitiría penetrar. Hasta las mujeres que pretenden juzgar a un hombre solo por su físico ven en ese físico la emanación de una vida especial. Por eso se enamoran de los militares, de los bomberos; el uniforme las vuelve menos exigentes con la cara; bajo la coraza creen besar un

corazón diferente, aventurado y dulce; y un joven soberano, un príncipe heredero no necesita, para hacer las conquistas más halagüeñas en los países extranjeros que visita, el perfil regular que quizá le sería indispensable a un corredor de Bolsa.

Mientras yo leía en el jardín, cosa que mi tía abuela no habría comprendido que hiciese fuera del domingo, día en que está prohibido ocuparse de nada serio y en el que ella no cosía (un día de diario me habría dicho: «¿cómo te *diviertes* leyendo, si no es domingo?», dando a la palabra diversión el sentido de chiquillada y de pérdida de tiempo), mi tía Léonie charlaba con Françoise esperando la hora de Eulalie. Le anunciaba que acababa de ver pasar a Mme. Goupil «sin paraguas, con el vestido de seda que se había encargado en Châteaudun. Si tiene que ir lejos antes de vísperas, bien podría empaparlo».

«Quizá, quizá» (lo cual significaba quizá no), decía Françoise para no descartar definitivamente la posibilidad de una alternativa más favorable.

«Vaya, decía mi tía dándose una palmada en la frente, esto me hace recordar que no he sabido si esta mañana llegó a la iglesia después de la elevación. Tengo que pensar en preguntárselo a Eulalie… Françoise, mire qué nube negra detrás del campanario y qué sol tan malo da en las tejas, seguro que no acabará el día sin que llueva. No era posible que siguiesen así las cosas, hacía demasiado calor. Y cuanto antes será mejor, porque mientras la tormenta no estalle, mi agua de Vichy no se decidirá a bajar», añadía mi tía, en cuya mente el deseo de acelerar el descenso del agua de Vichy le importaba infinitamente más que el temor de ver a Mme. Goupil con el vestido echado a perder.

«Quizá, quizá.

—Y es que, cuando llueve en la plaza, no hay donde meterse. ¿Cómo, las tres ya?, exclamaba de pronto mi tía poniéndose pálida, pero entonces las vísperas ya han empezado, ¡se me ha olvidado la pepsina! Ahora comprendo por qué se me quedaba en el estómago el agua de Vichy».

Y precipitándose sobre el libro de misa encuadernado en terciopelo violeta engastado en oro, y del que, en su prisa, se le caían estampas de esas bordadas con una orla de encaje de papel amarillento que

señalan las páginas de las festividades, mi tía, al mismo tiempo que tragaba sus gotas, empezaba a leer a toda prisa los textos sagrados cuya comprensión le quedaba ligeramente oscurecida por la incertidumbre de saber si, tomada tanto tiempo después del agua de Vichy, la pepsina aún sería capaz de alcanzarla y hacerla descender. «¡Las tres, es increíble cómo pasa el tiempo!».

Un golpecito en el cristal, como si algo hubiera chocado contra él, seguido por una amplia caída ligera como de granos de arena que hubieran lanzado desde una ventana superior, después esa caída que aumenta, que se normaliza, que adopta un ritmo, que se vuelve fluida, sonora, musical, innumerable, universal: era la lluvia.

«¿Qué, Françoise, no se lo decía? ¡Qué manera de caer! Pero creo haber oído la campanilla de la puerta del jardín, vaya a ver quién puede estar ahí fuera con este tiempo».

Françoise volvía:

«Es Mme. Amédée (mi abuela) que ha dicho que iba a dar una vuelta. Y sí que llueve fuerte.

—No me sorprende, decía mi tía alzando los ojos al cielo. Siempre he dicho que su cabeza no estaba hecha como la de los demás. Mejor que sea ella y no yo quien esté fuera en este momento.

—Mme. Amédée siempre anda al revés de los demás», añadía Françoise con ternura, reservándose decir, para el momento en que estuviera a solas con los demás criados, que según ella mi abuela estaba algo «tocada».

«¡Pues la bendición ha terminado! Eulalie no vendrá, suspiraba mi tía; el tiempo la habrá asustado.

—Pero si todavía no son las cinco, señora Octave, solo son las cuatro y media.

—¿Solo las cuatro y media? Y ya he tenido que descorrer los visillos para tener un miserable hilo de luz. ¡Las cuatro y media! ¡Ocho días antes de las Rogativas[80]! ¡Ay, mi pobre Françoise, qué enfadado debe de estar Dios con nosotros! ¡Es que la gente de hoy hace cada cosa! Como decía mi pobre Octave, nos olvidamos demasiado del Buen Dios y se venga».

Un vivo carmín animaba las mejillas de mi tía: era Eulalie. Por desgracia, en cuanto la habían hecho pasar, Françoise volvía y con una sonrisa que tenía por finalidad ponerse ella misma al unísono de

la alegría que, no le cabía duda, iban a causar sus palabras a mi tía, articulando las sílabas para demostrar que, pese al empleo del estilo indirecto, repetía, como buena criada, las palabras mismas que se había dignado utilizar el visitante:

«El señor cura estaría encantado, feliz, si Mme. Octave no estuviera descansando y pudiera recibirle. El señor cura no quiere molestar. El señor cura está abajo, le he dicho que pase a la sala».

En realidad, las visitas del cura no causaban en mi tía un placer tan grande como Françoise suponía, y la expresión de júbilo con que se creía obligada a engalanar su cara cada vez que tenía que anunciarlo no respondía exactamente al sentimiento de la enferma. El cura (hombre excelente con quien lamento no haber hablado más porque si no entendía nada de arte sabía mucho de etimologías), acostumbrado a dar a los visitantes de importancia noticias sobre la iglesia (hasta tenía la intención de escribir un libro sobre la parroquia de Combray), la fatigaba con explicaciones infinitas que además siempre eran las mismas. Pero cuando, como aquella vez, coincidía con la de Eulalie, a mi tía su visita le resultaba francamente desagradable. Hubiera preferido aprovechar bien a Eulalie y no tener a todo el mundo a la vez. Pero no se atrevía a no recibir al cura y se limitaba a hacer a Eulalie una seña para que no se fuese al mismo tiempo que él, que solo la entretendría un rato en cuanto él se hubiera marchado.

«Me han dicho, señor cura, que hay un artista que ha plantado su caballete en su iglesia para copiar un vitral. Puedo asegurarle que en toda mi vida nunca había oído hablar de nada parecido. Pero ¿qué es lo que busca la gente de hoy día? ¡Y lo más feo que hay en la iglesia!

—No me atrevería yo a decir que eso es lo más feo que hay, porque si en Saint-Hilaire hay partes que merecen ser visitadas, hay otras muy viejas en mi pobre basílica, la única de toda la diócesis que no ha sido restaurada siquiera. ¡Dios mío, qué sucio y antiguo está el pórtico! Pero, en fin, tiene un carácter majestuoso; lo mismo ocurre con los tapices de Ester por los que personalmente yo no daría un céntimo, pero que los entendidos sitúan inmediatamente después de los de Sens. Reconozco además que, junto a ciertos detalles demasiado

realistas, presentan otros que revelan un auténtico espíritu de observación. Pero que no vengan a hablarme de los vitrales. ¿Qué sentido común hay en dejar unas ventanas que no dan luz y confunden incluso la vista con esos reflejos de un color para mí indefinible, en una iglesia donde no hay dos losas que estén al mismo nivel y que se niegan a sustituirme so pretexto de que son las tumbas de los abades de Combray y de los señores de Guermantes, los antiguos condes de Brabante? Los antepasados directos del actual duque de Guermantes y también de la duquesa, puesto que es una Guermantes que se casó con su primo». (Mi abuela que, a fuerza de desinteresarse de las personas terminaba por confundir todos los nombres, cada vez que se pronunciaba el de la duquesa de Guermantes pretendía que debía de ser una pariente de Mme. de Villeparisis. Todo el mundo se reía a carcajadas; ella intentaba defenderse alegando cierta carta de invitación de boda: «Me parecía recordar que en ella se hablaba de Guermantes». Y por una vez también yo me ponía de parte de los otros y contra ella, por no poder admitir que hubiese vínculo alguno entre su amiga de pensionado y la descendiente de Genoveva de Brabante.) «Fíjense en Roussainville, hoy no es más que una parroquia de campesinos, cuando antiguamente esa población tuvo un gran desarrollo en el comercio de sombreros de fieltro y de relojes de péndulo. (No estoy seguro de la etimología de Roussainville. De buena gana creería que el nombre primitivo era Rouville (*Radulfi villa*), como Châteauroux (*Castrum Radulfi*[81]), pero de eso ya le hablaré en otra ocasión.) Bien, la iglesia posee unos vitrales magníficos, modernos en su mayoría, y esa imponente *Entrada de Luis Felipe en Combray* que estaría mucho mejor en Combray mismo y que, según dicen, vale tanto como la famosa vidriera de Chartres. Precisamente ayer hablaba con el hermano del doctor Percepied, que es entendido y que la considera un trabajo bellísimo. Pero, como le decía yo a ese artista que por lo demás parece muy educado, y pasa por ser un verdadero virtuoso del pincel, ¿qué encuentra usted de extraordinario en ese vitral, que encima es algo más oscuro que los otros?

—Estoy segura de que si se lo pidiese a Monseñor», decía en tono suave mi tía, que empezaba a pensar que acabaría agotada, no le negaría un vitral nuevo.

—Desde luego, señora Octave, respondía el cura. Pero fue precisamente Monseñor quien puso el cascabel al gato de ese desdichado vitral demostrando que representa a Gilberto el Malo[82], señor de Guermantes, descendiente directo de Genoveva de Brabante que a su vez era una Guermantes en el momento de recibir la absolución de san Hilario.

—Pues yo no veo dónde está san Hilario.

—Claro que sí, ¿no se ha fijado nunca, en una esquina de la vidriera, en una dama con un vestido amarillo? Pues es san Hilario, al que como, usted sabe, en ciertas provincias llaman san Illiers, san Hélier, e incluso, en el Jura, san Ylie[83]. Estas diversas corrupciones de *sanctus Hilarius* no son por otra parte las más curiosas que se han producido en los nombres de los bienaventurados. Por ejemplo, su patrona, mi buena Eulalia, *sancta Eulalia,* ¿sabe en qué se ha convertido en Borgoña? En *san Eloy,* simplemente: se ha convertido en un santo[84]. ¿Le parece lógico, Eulalie, que después de su muerte la transformen a usted en hombre?

—El señor cura siempre está de broma.

—El hermano de Gilberto, Carlos el Tartamudo[85], príncipe piadoso pero que, por haber perdido a hora temprana a su padre, Pipino el Insensato, fallecido a consecuencia de su enfermedad mental, ejercía el poder supremo con toda la presunción de una juventud que ha carecido de disciplina, cuando no le caía bien la cara de un individuo en un pueblo ordenaba matar hasta el último de sus habitantes. Para vengarse de Carlos, Gilberto mandó quemar la iglesia de Combray, la primitiva iglesia de entonces, la que Teodeberto[86], abandonando con su corte la casa de campo que tenía cerca de aquí, en Thiberzy (*Theodeberciacus*), para ir a luchar contra los burgundios, había prometido construir encima de la tumba de san Hilario, si el Bienaventurado le procuraba la victoria. De todo ello solo queda la cripta adonde Théodore le habrá hecho bajar, porque Gilberto quemó el resto. Después derrotó al desdichado Carlos con la ayuda de Guillermo el Conquistador[87] (el cura pronunciaba Guilermo), por eso muchos ingleses vienen a visitarla. Pero no parece haber sabido granjearse la simpatía de los habitantes de Combray, porque estos se abalanzaron sobre él cuando salía de misa y le cortaron la cabeza. De cualquier modo, Théodore presta un librito que lo explica todo.

«Pero, indudablemente, lo más curioso de nuestra iglesia es la vista que hay desde el campanario y que es grandiosa. Cierto que a usted, que no es muy fuerte, no le aconsejaría subir nuestros noventa y siete escalones, justo la mitad del célebre duomo de Milán[88]. Suficiente para agotar a una persona de buena salud, sobre todo porque hay que subir doblado en dos si no quiere uno romperse la cabeza, además de recoger con la ropa todas las telarañas de la escalera. En cualquier caso, tendría que abrigarse bien, añadía (sin advertir la indignación que provocaba en mi tía la idea de que fuese capaz de subir al campanario), pues una vez arriba hace una corriente de aire terrible. Hay quien dice haber sentido allí el frío de la muerte. No obstante, los domingos siempre hay grupos que vienen incluso de muy lejos para admirar la belleza del panorama y que se vuelven encantados. Mire, si el tiempo no se estropea, seguro que el próximo domingo encontrará gente, porque son las Rogativas. Hay que confesar además que desde allá arriba se goza de una vista fantástica, con unas especies de panorámicas sobre la llanura que tienen un sello muy singular. Con tiempo claro, se puede divisar hasta Verneuil. Sobre todo se abarcan a la vez cosas que habitualmente solo pueden verse por separado, como el curso del Vivonne y los fosos de Saint-Assise-lès-Combray, que una cortina de grandes árboles separa del río, o también como los diferentes canales de Jouy-le-Comte (*Gaudiacus vice comitis[89]*, como usted sabe). Siempre que he ido a Jouy-le-Vicomte, he visto perfectamente un extremo del canal, y luego, al volver una calle, veía otro, pero entonces ya no veía el anterior. Por más que los juntara con el pensamiento, no era muy grande la impresión que me hacían. Desde el campanario de Saint-Hilaire es otra cosa, es toda una red que envuelve la localidad. Solo que no se distingue el agua, se diría grandes grietas que cortan tan bien la ciudad en cuartos que parece un brioche cuyos trozos siguen juntos aunque ya están cortados. Para hacer bien las cosas habría que estar al mismo tiempo en el campanario de Saint-Hilaire y en Jouy-le-Vicomte».

Fatigaba tanto el cura a mi tía que, nada más irse, se veía obligada a despedir a Eulalie.

«Tome, mi pobre Eulalie», decía con un hilo de voz, sacando una moneda de una bolsita que tenía al alcance de la mano, «aquí tiene, para que no me olvide en sus oraciones.

—Pero, señora Octave, no sé si debo, ¡sabe de sobra que no vengo por esto!», decía Eulalie, siempre con la misma vacilación y el mismo apuro que si fuera la primera vez, y con un mohín de enfado que divertía a mi tía pero no la disgustaba, pues si algún día Eulalie mostraba un aire menos contrariado del habitual al coger la moneda, mi tía decía:

«No sé qué le pasaba hoy a Eulalie; le he dado lo de siempre, pero no parecía contenta.

—Pues no creo que pueda tener motivo de queja», suspiraba Françoise, que tendía a considerar como calderilla todo lo que la tía le daba para ella o para sus hijos, y tesoros locamente derrochados en una ingrata las moneditas depositadas cada domingo en la mano de Eulalie, pero con tal discreción que Françoise nunca llegaba a verlas. Y no es que Françoise quisiese para sí el dinero que la tía daba a Eulalie. Disfrutaba sobradamente de lo que poseía mi tía, sabiendo que las riquezas del ama también elevan y embellecen a ojos de todos a la criada; y que ella misma, Françoise, era insigne y celebrada en Combray, Jouy-le-Vicomte y otros lugares, por las numerosas fincas de mi tía, las frecuentes y prolongadas visitas del cura y el singular número de botellas de agua de Vichy consumidas. Si era avara, lo era por la tía; de haber administrado ella su fortuna, cosa que hubiera sido su sueño, la habría preservado de tentativas ajenas con una ferocidad de madre. Pero no le habría parecido gran perjuicio que mi tía, cuya generosidad sabía incurable, se dejase llevar por su largueza, si por lo menos hubiera sido con ricos. Quizá pensaba que estos, por no necesitar los regalos de mi tía, no podían ser sospechosos de apreciarla por ellos. Además, ofrecidos a personas de gran posición económica, a Mme. Sazerat, al señor Swann, al señor Legrandin, a Mme. Goupil, a personas «de igual rango» que mi tía y que «estaban bien juntos», formaban parte en su opinión de los usos de aquella vida extraña y brillante de los ricos que van de caza, se ofrecen bailes, se visitan, y que ella admiraba con una sonrisa. Pero no pensaba lo mismo si los beneficiarios de la generosidad de mi tía eran aquellos que Françoise llamaba «gente como yo, gente que no es más que yo», y que era a los que más despreciaba a menos que la llamasen «Madame Françoise» y se considerasen «menos que ella». Y cuando, a pesar de sus consejos, vio que mi tía obraba a su antojo y tiraba el

dinero —por lo menos eso creía Françoise— con criaturas indignas, empezaron a parecerle pequeñísimos los regalos que mi tía le hacía en comparación con las imaginarias cantidades prodigadas a Eulalie. No había en los alrededores de Combray finca lo bastante grande de la que Françoise no supusiese que Eulalie hubiera podido comprarla fácilmente con todo lo que le producían sus visitas. Cierto es que Eulalie hacía la misma estimación de las riquezas inmensas y ocultas de Françoise. Habitualmente, nada más irse Eulalie, Françoise hacía profecías nada benévolas sobre ella. La odiaba, pero la temía y se creía obligada, cuando la otra estaba allí, a ponerle «buena cara». Se desquitaba nada más irse Eulalie, cierto que sin nombrarla nunca, pero profiriendo oráculos sibilinos, o sentencias de un carácter general como las del Eclesiastés[90], pero cuya aplicación no podía escapársele a mi tía. Después de haber mirado por un rincón del visillo si Eulalie había cerrado la puerta: «Los aduladores siempre saben llegar en el momento oportuno y recoger las perras; pero, paciencia, un buen día el Buen Dios los castigará por todo», decía con la mirada de soslayo y la insinuación de Joás, que piensa solo en Atalía cuando dice:

Le bonheur des méchants comme un torrent s'écoule[91].*

Pero cuando también había venido el cura y su interminable visita había agotado las fuerzas de la tía, Françoise salía del cuarto detrás de Eulalie diciendo:

«Mme. Octave, voy a dejarla descansar, parece usted muy cansada».

Y mi tía no contestaba siquiera, exhalando un suspiro que parecía que había de ser el último, con los ojos cerrados, como muerta. Pero en cuanto Françoise llegaba abajo, cuatro golpes dados con la mayor violencia resonaban en la casa y la tía, incorporada en su cama, gritaba:

«¿Se ha ido ya Eulalie? ¿Puede creer que se me ha olvidado preguntarle si Mme. Goupil ha llegado a misa antes de la elevación? Deprisa, corra tras ella».

Pero Françoise volvía sin haber podido alcanzarla.

«¡Qué contrariedad!, decía mi tía moviendo la cabeza. ¡Era lo único importante que tenía que preguntarle!».

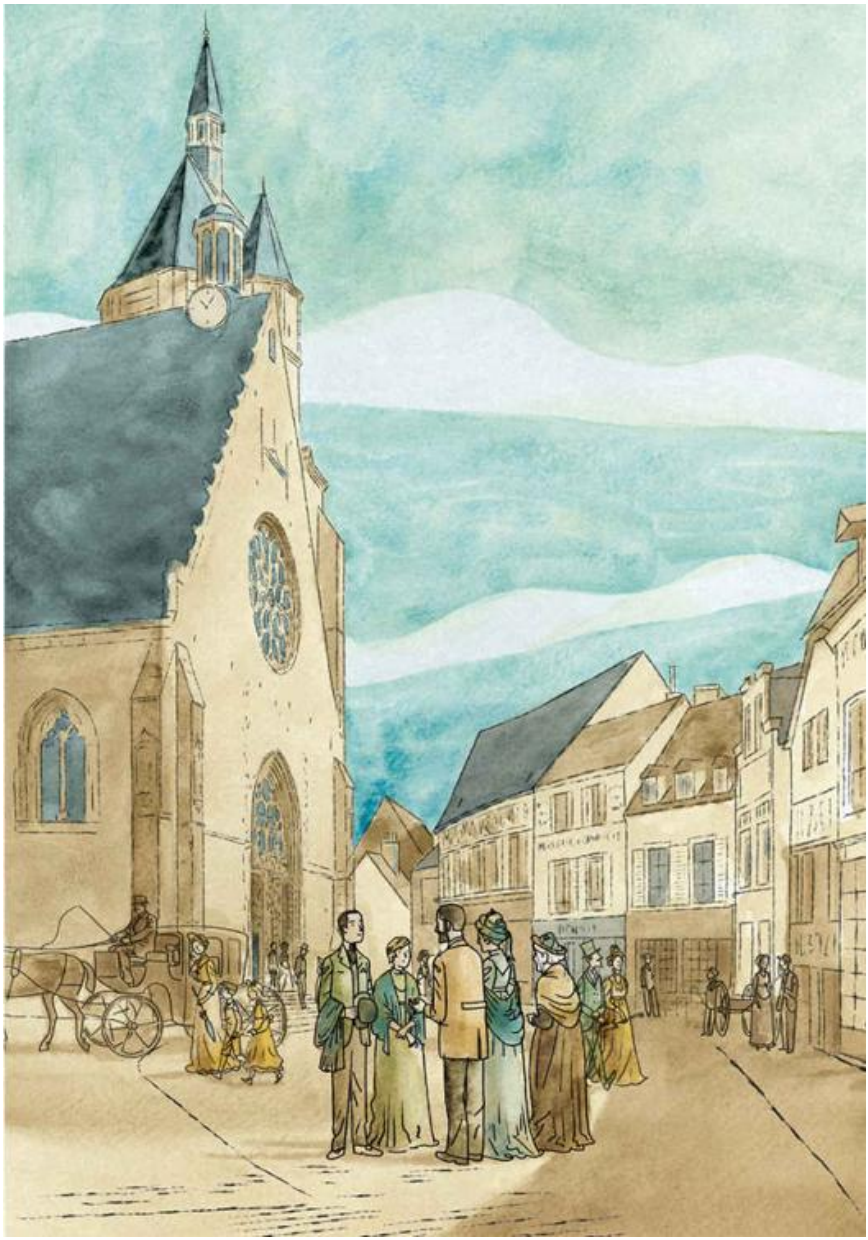
Así iba pasando la vida para tía Léonie, siempre idéntica, en la dulce uniformidad de lo que ella, con un desdén fingido y una

profunda ternura, llamaba su «pequeño trantrán». Respetado por todo el mundo, no solo en la casa, donde cada uno, una vez comprobada la inutilidad de aconsejarle una higiene mejor, se había resignado poco a poco a no discutir con ella, sino incluso en el pueblo donde, a tres calles de nosotros, el embalador, antes de clavar sus cajas, hacía preguntar a Françoise si mi tía «estaba descansando» —ese año, sin embargo, aquel trantrán se vio turbado una vez. Como un fruto escondido que, sin que nadie se dé cuenta, habría llegado a sazón y se desprendería por sí solo, una noche ocurrió el alumbramiento de la chica de cocina. Pero sus dolores eran insoportables, y como en Combray no había comadrona, Françoise hubo de salir antes del amanecer a buscar una a Thiberzy. Mi tía no pudo dormir por los chillidos de la chica de cocina, y echó mucho de menos a Françoise, que, a pesar de la corta distancia, no volvió sino muy tarde. Por eso mi madre me dijo por la mañana: «Sube a ver si tu tía necesita algo». Entré en la primera estancia y, por la puerta abierta, vi a mi tía que, echada de costado, dormía; la oí roncar levemente. Iba a marcharme muy despacio, pero sin duda el ruido que yo había hecho se había introducido en su sueño y había «cambiado su velocidad», como se dice de los automóviles, porque la música del ronquido se interrumpió un segundo y prosiguió en un tono más bajo, luego se despertó y volvió a medias la cara que entonces pude ver; expresaba una especie de terror; evidentemente, había tenido un sueño espantoso; en la posición en que se encontraba no podía verme, y permanecí allí sin saber si debía avanzar o retirarme; pero ya parecía recobrar el sentido de la realidad y había reconocido la falacia de las visiones que la habían asustado; una sonrisa de alegría, de piadoso agradecimiento a Dios que permite a la vida ser menos cruel que los sueños, iluminó débilmente su rostro, y con la costumbre que había tomado de hablarse a sí misma a media voz cuando se creía sola, murmuró: «¡Alabado sea Dios! Nuestra única preocupación es la chica de cocina dando a luz. ¡Y yo que soñaba que mi pobre Octave había resucitado y quería obligarme a dar un paseo todos los días!». Tendió la mano hacia su rosario que había sobre la mesilla, pero el sueño que regresaba no le dejó fuerza suficiente para alcanzarlo: tranquilizada, volvió a dormirse, y yo salí de puntillas del cuarto sin que ni ella ni nadie haya sabido nunca lo que había oído.

Cuando digo que salvo acontecimientos muy raros como este parto el trantrán de mi tía nunca sufría variación alguna, no hablo de aquellas que, por repetirse siempre idénticas a intervalos regulares, no hacían sino introducir en el seno de la uniformidad una especie de uniformidad secundaria. Así, todos los sábados, como Françoise iba por la tarde al mercado de Roussainville-le-Pin, la comida se adelantaba una hora para todo el mundo. Y mi tía había asimilado tan bien el hábito de esa derogación semanal de sus hábitos, que se atenía a este hábito igual que a los demás. Tanto se había «arrutinado», como decía Françoise, que si un sábado hubiese tenido que esperar la hora habitual para comer, la habría «molestado» tanto como si otro día hubiera debido adelantar su comida a la hora del sábado. Además, ese adelanto de la comida confería al sábado, para todos nosotros, una fisonomía particular, indulgente y bastante simpática. En el momento en que, habitualmente, aún se tiene una hora por vivir antes de la distensión de la comida, se sabía que, dentro de unos segundos, íbamos a ver llegar unas endivias tempranas, una tortilla de favor y un bistec inmerecido. El retorno de aquel sábado asimétrico era uno de esos pequeños acontecimientos internos, locales, casi cívicos que crean, en las vidas tranquilas y las sociedades cerradas, una suerte de vínculo nacional y se vuelven el tema favorito de las conversaciones, de las bromas, de los relatos exagerados a placer; habría sido el núcleo totalmente dispuesto para un ciclo legendario si alguno de nosotros hubiéramos tenido la cabeza épica. Desde por la mañana, antes de que nos vistieran, sin motivo, por el placer de comprobar la fuerza de la solidaridad, nos decíamos unos a otros con buen humor, con cordialidad, con patriotismo: «¡No hay tiempo que perder, no olvidemos que es sábado!», mientras mi tía, conferenciando con Françoise y pensando que la jornada sería más larga que de costumbre, decía: «Como es sábado, podía prepararles usted un buen trozo de ternera». Si a las diez y media alguien sacaba su reloj diciendo: «Ánimo, todavía falta hora y media para la comida», todos estaban encantados de tener que decirle: «Pero ¿en qué está usted pensando? Se le olvida que es sábado», y un cuarto de hora después todavía seguíamos riéndonos y nos prometíamos subir a contarle a mi tía ese olvido para divertirla. Hasta la misma cara del cielo parecía otra. Después de la comida, el sol, consciente de que era sábado,

ganduleaba una hora más en lo alto del cielo, y cuando alguien, pensando que se nos hacía tarde para el paseo, decía: «Pero ¿solo son las dos?» al ver pasar las dos campanadas de Saint-Hilaire (que no suelen encontrar a nadie en los caminos todavía desiertos debido a la comida del mediodía o de la siesta, a lo largo del río vivo y blanco que hasta el pescador ha abandonado, y pasan solitarias por el cielo vacío donde solo quedan algunas nubes perezosas), todo el mundo le respondía a coro: «¡No se deje engañar, es que hemos comido una hora antes, ya sabe usted que es sábado!». La sorpresa de un bárbaro (así llamábamos a todos los que ignoraban lo que el sábado tenía de particular) que, cuando llegaba a las once para hablar con papá, nos encontraba sentados a la mesa, era una de las cosas que más habían hecho reír a Françoise en toda su vida. Pero si encontraba divertido que el desconcertado visitante no supiese que los sábados comíamos antes, aún le parecía más cómico (aunque en el fondo de su corazón simpatizase con ese chovinismo estricto) que a mi padre no se le ocurriese la idea de que aquel bárbaro podía ignorarlo y hubiera respondido sin otra explicación a su asombro por vernos ya en el comedor: «¡Pero si es sábado!». Llegada a este punto de su relato, Françoise se enjugaba unas lágrimas de hilaridad y para aumentar el placer que sentía prolongaba el diálogo, inventando la respuesta del visitante a quien aquello de «sábado» no explicaba nada. Y lejos de quejarnos de sus añadidos, todavía nos resultaban insuficientes y le decíamos: «A mí me parece que también dijo algo más. La primera vez que usted lo contó era más largo». Hasta mi tía abuela misma dejaba su labor, levantaba la cabeza y miraba por encima de sus lentes.

Tenía además el sábado otra cosa de particular, ese día, durante el mes de mayo, salíamos después de la cena para ir al «mes de María».



Como allí encontrábamos a veces al señor Vinteuil, más severo con ese «género deplorable de jóvenes desaliñados que siguen las ideas de la época actual», mi madre se cuidaba de que no fallase nada en mi atuendo, luego partíamos para la iglesia. Recuerdo que fue en el mes de María cuando empecé a amar los espinos blancos. No solo los había en la iglesia, tan santa, pero donde teníamos derecho a entrar, colocados sobre el altar mismo, inseparables de los misterios en cuya celebración participaban: también hacían correr entre los candelabros

y los vasos sagrados sus ramas unidas horizontalmente unas a otras en un aderezo de fiesta, y que embellecían además los festones de su follaje sobre el que se habían derramado con profusión, como en una cola de traje de novia, ramitos de capullos de una blancura resplandeciente. Pero, sin atreverme a mirarlos más que a hurtadillas, tenía la sensación de que aquellos pomposos aderezos estaban vivos y que era la naturaleza misma la que, haciendo aquellos cortes en las hojas, añadiendo el ornato supremo de aquellos blancos capullos, había vuelto aquella decoración digna de lo que era al mismo tiempo un regocijo popular y una solemnidad mística. Más arriba, aquí y allá, se abrían con una gracia despreocupada sus corolas, reteniendo de forma tan negligente, como un último y vaporoso adorno, el ramito de estambres, finos como hilos de la Virgen[92], que los envolvían por entero, que al seguir y al tratar de repetir en el fondo de mí mismo el gesto de su florescencia lo imaginaba como si hubiera sido el movimiento de cabeza aturdido y rápido, con mirada coqueta y pupilas disminuidas, de una blanca joven distraída y viva. El señor Vinteuil había venido a sentarse a nuestro lado con su hija. De buena familia, había sido profesor de piano de las hermanas de mi tía abuela y cuando, tras la muerte de su mujer y una herencia que le había llegado, se había retirado cerca de Combray, con frecuencia lo recibíamos en casa. Pero, pudibundo en exceso, dejó de visitarnos para no encontrarse con Swann, que había hecho lo que él denominaba «una boda inconveniente, al gusto del día». Al saber mi madre que componía música, por amabilidad le había dicho que, cuando fuese a verlo, tendría que tocarle alguna cosa suya. Al señor Vinteuil le habría gustado mucho, pero su cortesía y su bondad eran tan escrupulosas que, poniéndose siempre en el lugar de los otros, temía aburrirlos y parecerles egoísta si seguía o simplemente dejaba adivinar su propio deseo. El día en que mis padres fueron a su casa de visita, yo los acompañé, pero me permitieron quedarme fuera, y como la casa del señor Vinteuil, Montjouvain, quedaba por debajo de un montículo cubierto de matorrales donde me había escondido, vine a encontrarme a la altura del salón del segundo piso, a cincuenta centímetros de la ventana. Cuando fueron a anunciarle la llegada de mis padres, vi al señor Vinteuil apresurarse a colocar sobre el piano, en sitio visible, una partitura. Pero cuando entraron mis padres, la

retiró y la puso en un rincón. Sin duda había tenido miedo a dejarles suponer que solo se alegraba de verlos para tocar sus composiciones. Y cada vez que mi madre había vuelto a la carga durante la visita, él había repetido varias veces: «Pues no sé quién la habrá puesto encima del piano, ese no es su sitio», y había desviado la conversación hacia otros temas, precisamente porque le interesaban menos. Su única pasión era su hija y esta, que tenía trazas de chico, parecía tan robusta que no se podía dejar de sonreír viendo las precauciones que su padre tomaba con ella, como tener siempre a mano chales suplementarios para echárselos por los hombros. Mi tía abuela nos hacía fijarnos en la expresión dulce, delicada, casi tímida que a menudo pasaba por las miradas de aquella muchacha tan ruda, de rostro sembrado de pecas. Nada más pronunciar una palabra, la oía con el espíritu de las personas a quienes se la había dicho, se alarmaba ante los posibles malentendidos y, en el rostro hombruno de aquel «diablillo», se veía iluminarse de pronto, perfilarse como por transparencia, los rasgos más finos de una muchacha atormentada.

Cuando, en el momento de salir de la iglesia, me arrodillé ante el altar, de pronto, al levantarme, sentí que de los espinos escapaba un olor dulciamargo de almendras, y sobre las flores observé entonces unas zonas pequeñas más rubias, bajo las que me figuré que debía de estar escondido aquel olor, como bajo las partes gratinadas el gusto de un pastel de almendras o bajo sus pecas el de las mejillas de Mlle. Vinteuil. Pese a la callada inmovilidad de los espinos, aquel olor intermitente era como el murmullo de su intensa vida con el que el altar vibraba como un seto agreste visitado por vivientes antenas, en las que se pensaba al ver ciertos estambres casi rojos que parecían conservar la virulencia primaveral, el poder irritante, de insectos ahora metamorfoseados en flores.

Al salir de la iglesia, delante del pórtico hablábamos un momento con el señor Vinteuil. Terciaba entre los chiquillos que se peleaban en la plaza, asumía la defensa de los pequeños, sermoneaba a los mayores. Si su hija nos decía con su vozarrón que se había alegrado mucho de vernos, enseguida parecía como si dentro de ella una hermana más sensible se ruborizase por esas palabras de muchacho aturdido que hubieran podido hacernos pensar que solicitaba ser invitada a nuestra casa. Su padre le echaba una mantilla sobre los

hombros, subían en un pequeño *buggy*[93] que ella misma guiaba y ambos regresaban a Montjouvain. En cuanto a nosotros, como al día siguiente era domingo y no teníamos que levantarnos hasta la hora de la misa mayor, si había claro de luna y el aire era cálido, en lugar de hacernos volver directamente a casa, mi padre, por amor a la gloria, nos hacía dar por el calvario un largo paseo, que la escasa aptitud de mi madre para orientarse y reconocer el camino consideraba la proeza de un genio estratégico. A veces íbamos hasta el viaducto, cuyas zancadas de piedra empezaban en la estación y significaban para mí el exilio y la angustia fuera del mundo civilizado porque todos los años, al venir de París, nos recomendaban que tuviésemos cuidado, una vez en Combray, de no dejarnos pasar la estación, de prepararnos con tiempo porque el tren solo paraba dos minutos para aventurarse luego por el viaducto más allá de los países cristianos cuyo límite extremo marcaba Combray para mí. Volvíamos por el bulevar de la estación, donde estaban las villas más agradables de la comuna. En todos los jardines el claro de luna sembraba, como Hubert Robert[94], sus escalones resquebrajados de blanco mármol, sus surtidores de agua, sus verjas entreabiertas. Su luz había destruido la oficina del Telégrafo. Solo subsistía una columna medio rota, que conservaba sin embargo la belleza de una ruina inmortal. Yo arrastraba las piernas, me caía de sueño, el aroma de los tilos que embalsamaba el aire me parecía como una recompensa que solo podía alcanzarse a costa de las mayores fatigas y que no merecía la pena. En cancelas muy lejanas unas de otras, unos perros despertados por nuestros pasos solitarios alternaban ladridos como los que a veces todavía oigo por la noche, y entre los que debió de ir (cuando en el jardín público de Combray se creó su emplazamiento) a refugiarse el bulevar de la estación, porque, donde me encuentre, cuando empiezan a sonar y a responderse, vuelvo a verlo, con sus tilos y su acera iluminada por la luna.

De repente mi padre nos detenía y preguntaba a mi madre: «¿Dónde estamos?». Agotada por la caminata, pero orgullosa de él, le confesaba llena de ternura que no tenía la más remota idea. Él se encogía de hombros y reía. Luego, como si la hubiese sacado del bolsillo de su chaqueta junto con la llave, nos mostraba delante de nosotros la puertecita trasera de nuestro jardín que había venido con la esquina de la calle du Saint-Esprit a esperarnos al final de aquellos

desconocidos caminos. Mi madre le decía con admiración: «¡Eres extraordinario!». Y a partir de ese instante, yo no tenía ya que dar un solo paso, el suelo caminaba por mí en aquel jardín donde desde hacía tanto tiempo mis actos habían dejado de acompañarse de atención voluntaria: el Hábito acudía a tomarme en sus brazos y me llevaba hasta la cama como a un niño pequeño.

Si la jornada del sábado, que empezaba una hora antes, y en la que se veía privada de Françoise, pasaba más lenta que cualquier otra para mi tía, esperaba impaciente sin embargo su vuelta desde el inicio de la semana, como si contuviese toda la novedad y la distracción que su cuerpo debilitado y maníaco fuera todavía capaz de soportar. Y no es que a veces no aspirara a un cambio mucho mayor, ni que careciese de esas horas excepcionales en que se tiene sed de algo distinto a lo que es, y en que aquellos a quienes la falta de energía o de imaginación impide sacar de sí mismos un principio de renovación, piden al minuto que llega, al cartero que llama, traerles algo nuevo, aunque sea peor, una emoción, un dolor; en que la sensibilidad, que la dicha ha hecho callar como a un arpa ociosa, quiere resonar al contacto de una mano, aunque sea brutal, y aunque deba acabar rota; en que la voluntad, a la que tanto ha costado conquistar el derecho a ser entregada sin obstáculo a sus deseos, a sus penas, querría soltar las riendas en manos de acontecimientos imperiosos, aunque fueran crueles. Indudablemente, como las fuerzas de mi tía, que se agotaban a la menor fatiga, solo las recuperaba gota a gota gracias al descanso, el depósito tardaba mucho en llenarse, y pasaban meses antes de que tuviera ese ligero sobrante que otros acumulan en la actividad, y que ella era incapaz de conocer y decidirse a utilizar. No dudo que entonces —como el deseo de sustituirlo por patatas con bechamel terminaba naciendo, al cabo de algún tiempo, del placer mismo que le causaba el retorno cotidiano del puré, del que nunca se «cansaba»— de la acumulación de aquellos días monótonos que tanto le gustaban sacase la tía la esperanza de un cataclismo doméstico limitado a la duración de un instante, que la obligaría sin embargo a realizar de una vez por todas uno de esos cambios que habrían sido, lo admitía, saludables para ella y a los que no podía decidirse por sí sola.

Queriéndonos de verdad, habría sentido placer en llorarnos; y de llegar en un momento en que se encontraba bien y no tenía aquellos sudores suyos, la noticia de que la casa era presa de un incendio en el que ya habíamos muerto todos y que pronto no iba a dejar subsistir una sola piedra de los muros, pero del que ella habría tenido tiempo suficiente para escapar sin prisa, a condición de levantarse inmediatamente de la cama, debió de obsesionar con frecuencia sus esperanzas dado que unía a las ventajas secundarias de permitirle saborear en un largo lamento todo su cariño por nosotros, y de provocar la estupefacción del pueblo presidiendo nuestro duelo, animosa y abrumada, moribunda de pie, aquel bien más precioso de obligarla en el momento oportuno, sin tiempo que perder, sin posibilidad de irritantes vacilaciones, a ir a pasar el verano en su bonita finca de Mirougrain, donde había un salto de agua. Como nunca había ocurrido ningún suceso de este tipo, con cuyo éxito fantaseaba desde luego cuando estaba sola y absorta en sus innumerables solitarios (y que la hubiera sumido en la desesperación al primer atisbo de cumplimiento, al primero de esos menudos hechos imprevistos, de esa palabra que anuncia una mala noticia y cuyo acento ya nunca puede olvidarse, de todo lo que lleva la huella de la muerte real, tan diferente de su posibilidad lógica y abstracta), se conformaba, para hacer de vez en cuando más interesante su vida, con introducir en ella peripecias imaginarias que seguía apasionadamente. Se divertía suponiendo de pronto que Françoise le robaba y que ella recurría a la astucia para cerciorarse, que la pillaba in fraganti; acostumbrada, cuando jugaba sola sus partidas de cartas, a hacer a la vez su juego y el del adversario, se decía a sí misma las excusas azaradas de Françoise y las replicaba con tanto ardor e indignación que si en esos momentos entraba uno de nosotros, la encontraba bañada en sudor, con los ojos centelleantes y los postizos desplazados hasta dejar ver su frente calva. Quizá desde el cuarto vecino Françoise oía a veces mordaces sarcasmos dirigidos contra ella, y cuya invención no hubiera aportado suficiente alivio a mi tía de haber quedado en estado puramente inmaterial, y si murmurándolos a media voz no les hubiera dado más realidad. En ocasiones, ni siquiera aquel «espectáculo en una cama[95]» le parecía suficiente a mi tía, pretendía llevar a la escena su comedia. Y así, un domingo, con todas las puertas

misteriosamente cerradas, confiaba a Eulalie sus dudas sobre la probidad de Françoise, su intención de deshacerse de ella, y en otra ocasión a Françoise sus sospechas de la infidelidad de Eulalie a quien pronto le cerraría su puerta; pocos días más tarde estaba harta de su confidente de la víspera y se conchababa con la traidora; por lo demás, una y otra intercambiarían los papeles en la próxima representación. Pero las sospechas que a veces podía inspirarle Eulalie solo eran un fuego de paja y desaparecía al instante, por falta de alimento, dado que Eulalie no vivía en la casa. No sucedía lo mismo con las que concernían a Françoise, a quien la tía sentía perpetuamente bajo el mismo techo, sin que, por temor a coger frío si salía de la cama, se atreviese a bajar a la cocina para saber si eran fundadas. Poco a poco su mente no tuvo otra ocupación que tratar de adivinar lo que en cada momento podía estar haciendo y tratando de ocultarle Françoise. Observaba los gestos más furtivos de su fisonomía, una contradicción en sus palabras, un deseo que parecía disimular. Y le hacía ver que la había desenmascarado, con una sola palabra que ponía pálida a Françoise y que, al hundirse en el corazón de la desdichada, parecía proporcionar a mi tía una diversión cruel. Y el domingo siguiente, una revelación de Eulalie —como esos descubrimientos que de pronto abren un campo insospechado a una ciencia naciente que se arrastraba en el polvo— demostraba a mi tía que se había quedado muy por debajo de la verdad en sus suposiciones. «Pues Françoise debería saberlo ahora que usted le ha dado un coche. — ¡Que yo le he dado un coche!, exclamaba la tía. — ¡Ah!, no sé, yo creía que… hace un momento la he visto pasar en calesa, orgullosa como Artabán[96], camino del mercado de Roussainville. Había pensado que era Mme. Octave quien se lo había dado». Poco a poco Françoise y mi tía, como el animal y el cazador, ya no hacían otra cosa que tratar de prevenir las trampas mutuas. Mi madre tenía miedo de que en Françoise se desarrollase un verdadero odio hacia mi tía, que la ofendía con toda la dureza de que era capaz. En cualquier caso, Françoise prestaba una atención cada vez mayor a las menores palabras, a los menores gestos de mi tía. Cuando tenía que pedirle algo, dudaba mucho tiempo sobre la forma en que debía hacerlo. Y cuando había proferido su demanda, observaba a hurtadillas a mi tía, tratando de adivinar por la expresión de la cara lo

que esta había pensado y decidiría. Y así —mientras que cualquier artista que, leyendo las memorias del siglo XVII y deseando acercarse al gran rey, cree caminar por esa vía forjándose una genealogía que lo hace descender de una familia histórica o manteniendo correspondencia con uno de los soberanos actuales de Europa, vuelve la espalda precisamente a aquello que erróneamente busca bajo formas idénticas y por lo tanto muertas—, una vieja dama de provincias que no hacía sino obedecer sinceramente a manías irresistibles y a una maldad hija del ocio, veía, sin haber pensado nunca en Luis XIV, que las ocupaciones más insignificantes de la jornada regia, referidas a su despertar, a su desayuno, a su descanso, cobraban por su singularidad despótica un poco del interés de lo que Saint-Simon llamaba la «mecánica[97]» de la vida en Versalles, y también podía creer que sus silencios, un toque de buen humor o de altivez en su fisonomía eran de parte de Françoise objeto de un comentario tan apasionado, tan temeroso como el silencio, el buen humor y la altivez del rey cuando un cortesano, o incluso uno de los más grandes señores, le habían entregado un memorial, en el recodo de una alameda, en Versalles.

Un domingo en que mi tía había recibido la visita simultánea del cura y de Eulalie, y luego se había acostado, subimos a darle las buenas noches y mamá le presentaba sus condolencias por la desdichada circunstancia de que sus visitantes llegasen siempre a la misma hora.

«Sé que las cosas han vuelto a salir mal esta tarde, Léonie, le dijo con dulzura, todo el mundo ha venido a verla al mismo tiempo».

Frase que mi tía abuela interrumpió con un «Abundancia de bienes…», porque desde que su hija estaba enferma creía su deber animarla presentándole todo siempre por el lado bueno. Pero tomando la palabra, mi padre dijo:

«Quiero aprovechar que toda la familia está reunida para contaros una cosa sin tener que repetírsela a cada uno. Me temo que estamos enfadados con Legrandin: apenas si me ha saludado esta mañana».

No me quedé a oír el relato de mi padre, porque precisamente estaba yo con él después de misa cuando nos habíamos encontrado con el señor Legrandin, y bajé a la cocina a preguntar por el menú de la cena, que todos los días me entretenía como las noticias que leemos

en un periódico y me excitaba como el programa de una fiesta. Cuando el señor Legrandin había pasado junto a nosotros al salir de la iglesia, acompañando a una castellana de la vecindad que solo conocíamos de vista, mi padre le había dirigido un saludo amistoso y reservado a la vez, pero sin detenernos; el señor Legrandin apenas había respondido, con aire extrañado, como si no nos reconociese, y con esa perspectiva de la mirada peculiar de las personas que no quieren ser amables y que, desde el fondo súbitamente prolongado de sus ojos, parecen veros como al final de un camino interminable y a distancia tan grande que se contentan con haceros un minúsculo gesto de cabeza, proporcionado a vuestras dimensiones de marioneta.

Pero la dama a la que Legrandin acompañaba era una persona virtuosa y de buena reputación; no podía tratarse de una conquista ni de que él se sintiera molesto por verse sorprendido, y mi padre se preguntaba de qué modo había podido disgustar a Legrandin. «Lamentaría mucho haberlo ofendido, dijo mi padre, sobre todo porque, con su chaqueta recta y su corbata floja, en medio de todo ese gentío endomingado tiene algo tan poco afectado, tan auténticamente sencillo, y un aire casi ingenuo que resulta muy simpático». Pero el consejo de familia expresó la opinión unánime de que solo eran figuraciones de mi padre, o que, en ese momento, Legrandin estaba absorto en alguna idea. Además, los temores de mi padre se disiparon al día siguiente. Cuando regresábamos de una larga caminata, vimos junto al Puente Viejo a Legrandin, que debido a las fiestas se quedaba varios días en Combray. Vino a nuestro encuentro con la mano tendida: «¿Conoce usted, señor lector, me preguntó, este verso de Paul Desjardins:

Les bois sont déjà noirs, le ciel est encor bleu? [98]

Qué sutileza para expresar este momento, ¿verdad? Puede que usted no haya leído nunca a Paul Desjardins. Léalo, hijo mío; hoy, según me dicen, se ha convertido en una especie de fraile predicador, pero durante mucho tiempo fue un límpido acuarelista…

Les bois sont déjà noirs, le ciel est encor bleu…

¡Ojalá siga siendo siempre azul el cielo para usted, joven amigo! E incluso en esa hora, que a mí va llegándome, en que los bosques están ya negros, en que la noche cae rauda, habrá de consolarse usted como hago yo mirando hacia el cielo». Sacó del bolso un cigarrillo, permaneció largo rato con los ojos clavados en el horizonte. «Adiós, amigos», nos dijo de pronto, y nos dejó.

A esa hora en que yo bajaba para conocer el menú, la cena ya había empezado, y Françoise, que impartía órdenes a aquellas fuerzas de la naturaleza convertidas en sus ayudantes, como en esos cuentos de hadas en que los gigantes se hacen contratar como cocineros, atizaba el carbón, entregaba al vapor unas patatas para estofar y ponía en su punto mediante el fuego las maravillas culinarias previamente preparadas en recipientes de ceramistas que iban desde tinajas grandes, marmitas, calderos y besugueras hasta terrinas para la caza, moldes de repostería y tarritos de nata pasando por una colección completa de cacerolas de todos los tamaños. Me detenía para ver sobre la mesa, donde acababa de pelarlos la chica de cocina, los guisantes alineados y numerados como bolitas verdes de un juego; pero mi arrobo era ante los espárragos, empapados de ultramar y de rosa y cuya espiga, finamente punteada de malva y azul, va degradándose insensiblemente hasta el pie —todavía sucio sin embargo de la tierra de su planta— con irisaciones que no son de este mundo. Me parecía que aquellos matices celestes delataban a las deliciosas criaturas que se habían divertido metamorfoseándose en verduras y que, a través del disfraz de su carne comestible y firme, dejaban percibir en aquellos colores nacientes de aurora, en aquellos esbozos de arco iris, en aquella extinción de atardeceres azules, la esencia preciosa que yo aún reconocía cuando, durante toda la noche que seguía a una cena en que los había comido, jugaban en sus farsas poéticas y rústicas como una fantasmagoría de Shakespeare, a

transformar mi orinal en un jarrón de perfume[99].

La pobre Caridad de Giotto, como Swann la llamaba, encargada por Françoise de «desplumarlos», los tenía a su lado en un cestillo, y su expresión era doliente, como si padeciera todos los males de la tierra; y las ligeras coronas de azul que ceñían los espárragos por encima de sus túnicas de rosa se dibujaban sutilmente, estrella por estrella, como lo están en el fresco las flores que ciñen la frente o están prendidas en la canastilla de la Virtud de Padua. Y mientras, Françoise daba vueltas en el asador a uno de esos pollos, asados como solo ella sabía asarlos, que habían llevado lejos por Combray la fragancia de sus méritos, y que, mientras nos los servía en la mesa, hacían prevalecer la dulzura en mi especial concepción de su carácter, porque el aroma de aquella carne que ella sabía hacer tan untuosa y tierna no era para mí otra cosa que el perfume mismo de una de sus virtudes.

Pero el día en que, mientras mi padre consultaba al consejo de familia sobre el encuentro con Legrandin, bajé a la cocina, fue uno de esos en que la Caridad de Giotto, muy doliente por su reciente parto, no podía levantarse; sin su ayuda, Françoise iba retrasada. Cuando estuve abajo, la vi en la despensa que daba al corral matando un pollo que, por su resistencia desesperada y muy natural, pero acompañada por Françoise fuera de sí que, mientras intentaba cortarle el cuello por debajo de la oreja, chillaba «¡bicho asqueroso!, ¡bicho asqueroso!», ponía la santa dulzura y la unción de nuestra sirvienta bajo una luz algo menor de lo que lo hubiera hecho, en la cena del día siguiente, su piel recamada de oro como una casulla y su precioso jugo escurrido gota a gota de un ciborio. Cuando estuvo muerto, Françoise recogió la sangre que corría sin apagar su rencor, sufrió todavía un acceso de cólera y mirando el cadáver de su enemigo dijo una última vez: «¡Bicho asqueroso!». Volví a subir todo temblando; habría querido que pusieran a Françoise de patitas en la calle inmediatamente. Pero ¿quién me hubiese preparado entonces bolsas de agua tan calientes, un café tan aromado, e incluso… aquellos pollos? Y en realidad, este ruin cálculo todo el mundo tenía que habérselo hecho igual que yo. Porque mi tía Léonie sabía —cosa que yo aún ignoraba— que Françoise, quien habría dado su vida sin una queja por su hija, por sus sobrinos, era para el resto de los seres de una dureza singular. Pese a ello mi tía seguía conservándola, porque si conocía su crueldad,

apreciaba su servicio. Poco a poco fui dándome cuenta de que la dulzura, la compunción y las virtudes de Françoise ocultaban tragedias de trascocina, lo mismo que la historia va descubriendo que los reinados de los reyes y las reinas, representados en los vitrales de las iglesias con las manos juntas, estuvieron marcados por incidentes sangrientos. Me di cuenta de que, aparte de los de su parentela, los humanos excitaban tanto más su piedad por las desgracias cuanto más alejados de ella vivían. Los torrentes de lágrimas que derramaba al leer en el periódico las desdichas de desconocidos se secaban pronto si podía imaginarse a la víctima de una forma algo más concreta. Una de esas noches que siguieron al parto, la chica de cocina sufrió unos cólicos atroces; mamá la oyó lamentarse, se levantó y despertó a Françoise, que, insensible, declaró que todos aquellos chillidos eran pura comedia, que quería «dárselas de señora». El médico, temiendo aquellas crisis, había puesto una marca en un libro de medicina que teníamos, en la página donde están descritas y a la que nos había remitido para encontrar las indicaciones de los primeros cuidados. Mi madre envió a Françoise en busca del libro recomendándole que no dejara caer la marca. Al cabo de una hora, Françoise no había vuelto; indignada, mi madre pensó que se había acostado de nuevo y me dijo que fuera yo mismo a mirar en la biblioteca. Allí encontré a Françoise: había querido ver qué decía la página marcada, leía la descripción clínica de la crisis y sollozaba ahora que se trataba de una enfermedad-tipo que desconocía. A cada síntoma doloroso mencionado por el autor del tratado, exclamaba: «¡Ay! ¡Virgen Santa! ¿Es posible que el Buen Dios quiera hacer sufrir tanto a una desdichada criatura humana? ¡Ay, pobre!».

Pero en cuanto la llamé, y en cuanto volvió junto a la cama de la Caridad de Giotto, sus lágrimas cesaron de correr al punto; ya no pudo reconocer ni aquella agradable sensación de piedad y de ternura que tan bien conocía y que la lectura de los periódicos le había proporcionado tantas veces, ni ningún otro placer de la misma familia, molesta e irritada por haber sido levantada en mitad de la noche por la chica de cocina, y a la vista de los mismos sufrimientos cuya descripción la había hecho llorar, únicamente reaccionó con gruñidos de mal humor, incluso con horribles sarcasmos, diciendo, cuando creyó que nos habíamos ido y ya no podíamos oírla: «¡Si no hubiera

hecho lo que hay que hacer para eso! ¡Bien que le gustó! ¡Que no venga ahora con melindres! Pues sí que tiene que estar un muchacho dejado de la mano de Dios para irse con *esto*. Ay, bien se decía en el dialecto de mi pobre madre:

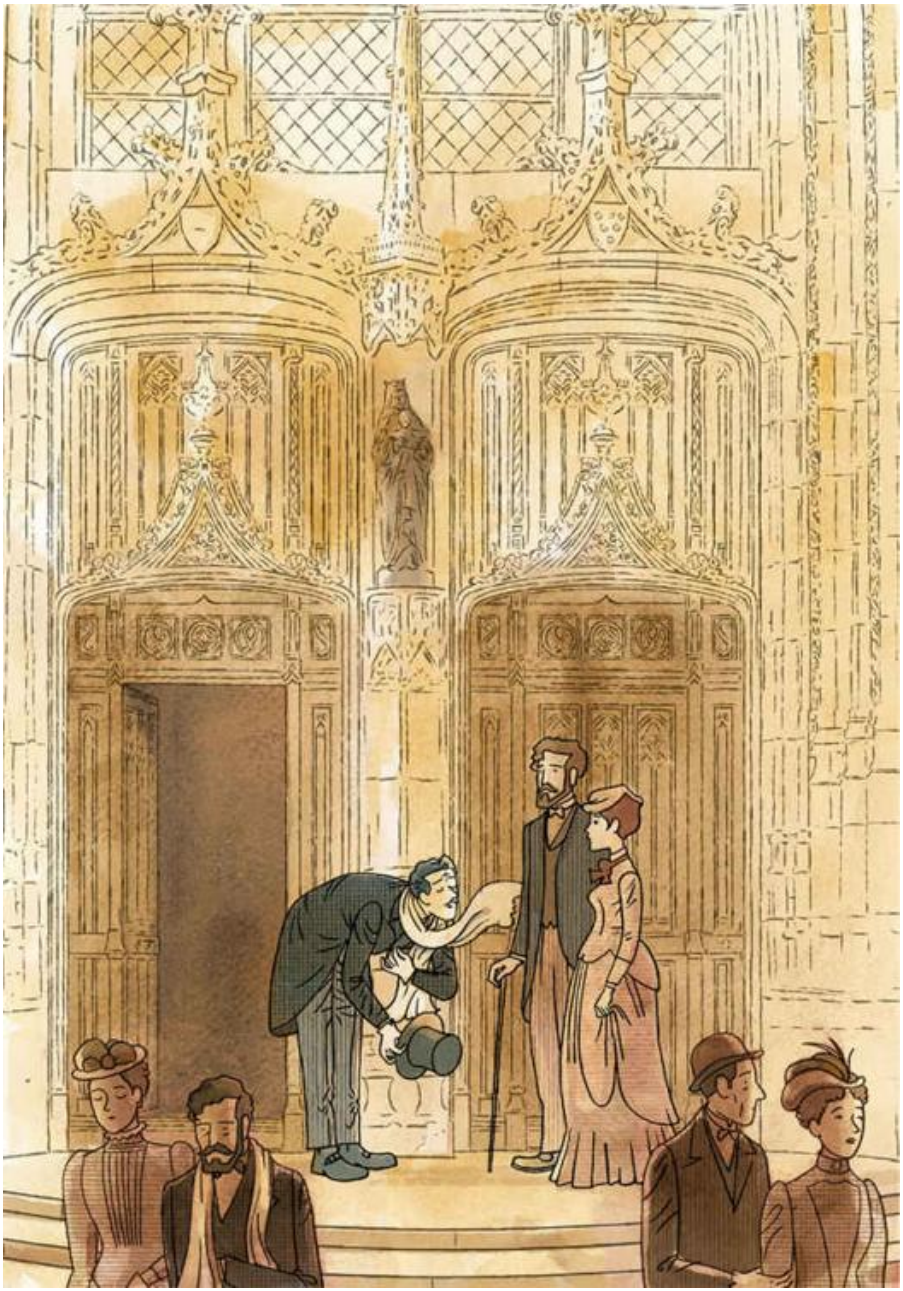
> *A quien del culo de un perro se enamora,*
> *le parece una rosa».*

Si, cuando su nieto tenía un ligero resfriado de cabeza, se ponía en camino de noche, incluso enferma, en lugar de acostarse, para ver si necesitaba algo, haciendo cuatro leguas a pie antes del amanecer para estar de vuelta a tiempo en su trabajo, en cambio ese mismo amor por los suyos y su deseo de asegurar la grandeza futura de su familia se traducía en su política con los otros criados en una máxima constante, que fue no permitir nunca que ni uno solo echase raíces en casa de mi tía; ponía además una especie de orgullo en no dejar que nadie se acercase a ella, prefiriendo, cuando ella misma se encontraba mal, levantarse para darle su agua de Vichy antes que consentir a la chica de cocina el acceso al cuarto del ama. Y como ese himenóptero estudiado por Fabre[100], la avispa excavadora, que para asegurar a sus crías, después de su propia muerte, carne fresca que comer, llama a la anatomía en ayuda de su crueldad y, tras haber capturado gorgojos y arañas, les atraviesa con una sabiduría y una habilidad maravillosas el centro nervioso del que depende el movimiento de las patas, pero no las demás funciones de la vida, de modo que el insecto paralizado, junto al que deposita sus huevos, proporcione a las larvas cuando eclosionen una caza dócil, inofensiva, incapaz de fuga o de resistencia, pero en modo alguno podrida, Françoise hallaba para servir a su permanente voluntad de volver insoportable la casa a cualquier criado, artimañas tan sutiles y tan despiadadas que, muchos años más tarde, descubrimos que si aquel verano habíamos comido casi todos los días espárragos, era porque su olor provocaba en la pobre chica de cocina encargada de limpiarlos unos ataques de asma tan violentos que finalmente se vio obligada a marcharse.

Pero ¡ay!, definitivamente debíamos cambiar de opinión respecto a Legrandin. Uno de los domingos siguientes al encuentro en el Pont-Vieux tras el que mi padre había tenido que confesar su propio error, cuando la misa estaba terminando y con el sol y el ruido de fuera

entraba en la iglesia una cosa tan poco sagrada que Mme. Goupil y Mme. Percepied (todas las personas que poco antes, cuando yo llegué algo retrasado, habían permanecido con los ojos absortos en su plegaria, hasta el punto incluso de que habría podido creer que no me habían visto entrar de no ser porque, al mismo tiempo, sus pies habían empujado levemente el banquito que me impedía alcanzar mi silla) empezaban a hablar con nosotros en voz alta de temas completamente temporales como si ya estuviésemos en la plaza, vimos en el umbral ardiente del pórtico, dominando el abigarrado tumulto del mercado, a Legrandin, a quien el marido de aquella dama con la que recientemente lo habíamos encontrado estaba presentando a la mujer de otro gran terrateniente de los alrededores. El rostro de Legrandin expresaba una animación, un celo extraordinarios; hizo un profundo saludo con un movimiento suplementario hacia atrás que bruscamente llevó su espalda más allá de la posición de partida y que había debido de enseñarle el marido de su hermana, Mme. de Cambremer. Aquel súbito enderezamiento hizo refluir en una especie de onda fogosa y musculada la grupa de Legrandin, que no suponía yo tan carnosa; y no sé por qué, aquella ondulación de pura materia, aquella oleada completamente carnal, privada de cualquier expresión de espiritualidad y que una solicitud llena de bajeza azotaba como tempestad, despertaron de súbito en mi mente la posibilidad de un Legrandin completamente distinto del que conocíamos. Aquella dama le rogó que dijese algo a su cochero, y, mientras él iba hasta el coche, la huella de alegría tímida y solícita que la presentación había marcado en su rostro aún persistía. Arrobado en una especie de sueño, sonreía; luego volvió hacia la dama con paso apresurado y, como andaba más deprisa que de costumbre, sus dos hombros oscilaban a derecha e izquierda de un modo ridículo, y se abandonaba por completo sin preocuparse del resto que parecía la marioneta inerte y mecánica de la felicidad. Mientras, nosotros salíamos del pórtico, íbamos a pasar a su lado, era demasiado bien educado para volver la cabeza, pero fijó su mirada repentinamente impregnada de una profunda ensoñación en un punto tan lejano del horizonte que no pudo vernos y así no tuvo que saludarnos. Su rostro seguía mostrándose ingenuo por encima de una chaqueta suelta y recta que parecía sentirse perdida a pesar suyo en medio de un lujo detestado. Y

una *lavallière* de lunares que el viento de la Plaza agitaba seguía flotando sobre Legrandin como el estandarte de su altivo aislamiento y de su noble independencia. En el momento en que llegábamos a casa, mamá se dio cuenta de que habíamos olvidado el *saint-honoré[101]* y pidió a mi padre que volviese conmigo sobre nuestros pasos a decir que se lo llevaran enseguida. Cerca de la iglesia nos cruzamos con Legrandin que venía en sentido inverso acompañando a la misma señora en su carroza. Pasó a nuestro lado sin dejar de hablar a su vecina, y con el rabillo de uno de sus ojos azules nos hizo un pequeño guiño en cierto modo interior a los párpados y que, por no afectar a los músculos de la cara, pudo pasar perfectamente inadvertido para su interlocutora; pero, tratando de compensar con la intensidad del sentimiento el campo un poco estrecho al que circunscribía la expresión, en aquel rincón azulado que nos estaba reservado hizo chispear toda la vivacidad de su gracejo, que sobrepasó la jovialidad y rozó la malicia; sutilizó las finezas de la amabilidad hasta los guiños de la connivencia, de las medias palabras, de los sobrentendidos, de los misterios de la complicidad; y exaltó por último las garantías de amistad hasta las protestas de ternura, hasta la declaración de amor, iluminando entonces para nosotros solos con una languidez secreta e invisible para la castellana, una pupila enamorada en un rostro de hielo.



La víspera precisamente había pedido a mis padres que me enviaran a cenar aquella noche con él: «Venga a hacer compañía a su viejo amigo, me había dicho. Como el ramillete que un viajero nos envía desde un país al que nunca volveremos, hágame respirar desde la lejanía de su adolescencia esas flores de las primaveras que hace muchos años también yo atravesé. Venga usted con la prímula, con la

valeriana, con el botón de oro, venga con el telefio de que está hecho el ramillete preferido de la flora balzaquiana[102], con la flor del día de Resurrección, la margarita y la bola de nieve de los jardines que empieza a perfumar las alamedas de su tía abuela cuando aún no se han derretido las últimas bolas de nieve de los chaparrones de Pascua. Y venga con la gloriosa vestidura de seda del lirio digno de Salomón[103], y con el esmalte polícromo de los pensamientos, pero venga sobre todo con la brisa fresca todavía de las últimas heladas que pronto habrá de entreabrir, para las dos mariposas que desde esta mañana esperan a la puerta, la primera rosa de Jerusalén[104]».

En casa se preguntaban si, pese a todo, debían enviarme a cenar con el señor Legrandin. Pero mi abuela se negó a creer que hubiera sido descortés. «Habrán de admitir que aquí viene vestido con mucha sencillez, y no como un hombre de mundo». Sostenía que en cualquier caso, y poniéndose en lo peor, si lo había sido, más valía aparentar no habernos dado cuenta. A decir verdad, mi propio padre, que sin embargo era el más irritado contra el comportamiento que Legrandin había tenido, tal vez alimentaba una última duda sobre el sentido que implicaba. Era como cualquier actitud o acción en la que se revela el carácter profundo y secreto de alguien: no mantiene lazo alguno con sus palabras anteriores, no podemos verla confirmada por el testimonio del culpable que no ha de confesar; debemos contentarnos con el de nuestros sentidos, a los que preguntamos, ante este recuerdo aislado e incoherente, si no han sido el juguete de una ilusión; de suerte que actitudes semejantes, las únicas que tienen importancia, nos dejan con frecuencia algunas dudas.

Cené con Legrandin en su terraza; había claro de luna: «Hay una preciosa calidad de silencio, ¿verdad?, me dijo; para los corazones heridos como lo es el mío, un novelista que usted leerá un día sostiene que solo convienen la sombra y el silencio[105]. Y ya ve, hijo mío, llega en la vida un momento del que usted todavía está muy lejos en que los ojos cansados no toleran más que una luz, la que una bella noche como esta prepara y destila con la oscuridad, en que los oídos ya no pueden escuchar otra música que la que toca el claro de luna sobre la flauta del silencio». Yo escuchaba las palabras del señor Legrandin que siempre me parecían tan agradables; pero turbado por el recuerdo de una mujer a la que recientemente había visto por

primera vez, y pensando, ahora que sabía que Legrandin se relacionaba con varias personalidades aristocráticas de los alrededores, que tal vez la conociese, reuniendo todo mi valor le dije: «¿Conoce usted, señor, a la… las castellanas de Guermantes?», feliz también al pronunciar ese nombre de adquirir sobre él una especie de poder por el solo hecho de sacarlo de mi sueño y darle una existencia objetiva y sonora.

Pero ante aquel nombre de Guermantes vi abrirse en medio de los ojos azules de nuestro amigo una pequeña muesca oscura como si una punta invisible acabara de atravesarlos, mientras el resto de la pupila reaccionaba secretando oleadas de azul. El cerco de sus párpados se oscureció, menguó. Y, al recuperarse con mayor rapidez su boca, marcada por una arruga amarga, sonrió mientras la mirada seguía dolorida, como la de un bello mártir cuyo cuerpo está erizado de flechas: «No, no las conozco», dijo, pero en lugar de dar a una información tan simple, a una respuesta tan poco sorprendente, el tono corriente y natural que convenía, la pronunció recalcando las palabras, inclinándose, saludando con la cabeza, a la vez con la insistencia que aportamos, para ser creídos, a una afirmación inverosímil —como si ese hecho de no conocer a las Guermantes solo pudiera ser efecto de una singular casualidad—, y también con el énfasis de alguien que, incapaz de seguir callando una situación que le resulta penosa, prefiere proclamarla para sugerir a los demás la idea de que la confesión que se hace no le causa ningún apuro, es algo fácil, agradable y espontáneo, que la situación misma —la ausencia de relaciones con las Guermantes— bien podría haber sido no sufrida, sino deseada por él, resultar de alguna tradición familiar, principio moral o voto místico que le prohibiera expresamente el trato con los Guermantes. «No, prosiguió, explicando con sus palabras su propia entonación, no, no las conozco, nunca he querido, siempre he tratado de salvaguardar mi total independencia; ya sabe usted que, en el fondo, soy una cabeza jacobina. Muchas personas me lo han reprochado, me decían que hacía mal por no ir a Guermantes, que me comportaba como un patán, como un viejo oso. Pero no es esa una reputación capaz de asustarme, ¡es tan cierta! En el fondo, en el mundo ya no amo más que algunas iglesias, dos o tres libros, apenas el mismo número de cuadros, y el claro de luna cuando la brisa de sus

jóvenes años trae hasta mí la fragancia de los parterres que mis viejas pupilas ya no pueden distinguir». No comprendía yo muy bien que, para no ir a casa de gentes que no se conocen, fuera necesario aferrarse a su independencia, y en qué sentido tal hecho podía prestar la apariencia de un salvaje o de un oso. Pero lo que sí comprendía es que Legrandin no era del todo sincero cuando decía que solo amaba las iglesias, el claro de luna y la juventud; amaba mucho a las gentes de los castillos y en su presencia se veía presa de un miedo tan grande a desagradarlos que no se atrevía a dejarles ver que tenía por amigos a burgueses, a hijos de notarios o de agentes de cambio, prefiriendo, si la verdad debía descubrirse, que ocurriera en su ausencia, lejos de él y «por defecto»; era un esnob. Indudablemente, nunca decía nada de todo esto en el lenguaje que a mis padres y a mí mismo tanto nos gustaba. Y si yo preguntaba: «¿Conoce a las Guermantes?», el Legrandin conversador respondía: «No, nunca he querido conocerlas». Por desgracia solo daba esa respuesta como segundo, porque otro Legrandin, el que ocultaba cuidadosamente en el fondo de sí mismo, el que nunca mostraba porque aquel Legrandin sabía sobre el nuestro, sobre su esnobismo, historias comprometedoras, otro Legrandin ya había respondido por la herida de la mirada, por el rictus de la boca, por la gravedad excesiva del tono de la respuesta, por las mil flechas con que nuestro Legrandin se había encontrado en un instante acribillado y languideciente, como un san Sebastián[106] del esnobismo: «¡Ay, qué daño me hace usted! No, no conozco a las Guermantes, no despierte el gran dolor de mi vida». Y como este Legrandin *enfant terrible,* este Legrandin chantajista, aunque carecía del hermoso lenguaje del otro, tenía la palabra infinitamente más pronta, hecha de eso que llamamos «reflejos», cuando el Legrandin conversador quería imponerle silencio, el otro ya había hablado, y por más que nuestro amigo se afligiese por la mala impresión que habían debido producir las revelaciones de su *alter ego,* no podía hacer otra cosa que tratar de paliarlas.

Y desde luego esto no quiere decir que el señor Legrandin no fuese sincero cuando tronaba contra los esnobs. No podía saber, al menos por sí mismo, que lo fuese, puesto que nosotros nunca conocemos otra cosa que las pasiones ajenas, y lo que llegamos a saber de las nuestras solo de los otros hemos podido aprenderlo. Sobre nosotros, solo

actúan de un modo secundario, por medio de la imaginación que sustituye los móviles originarios por móviles de recambio que son más decentes. El esnobismo de Legrandin nunca lo aconsejaba ir a visitar asiduamente a una duquesa. Encargaba a la imaginación de Legrandin que le presentara a esa duquesa adornada con todas las gracias. Legrandin se acercaba a la duquesa creyendo sucumbir a ese atractivo de la mente y de la virtud que los esnobs infames ignoran. Solo los demás sabían que también él lo era; porque gracias a la incapacidad en que se encontraban para comprender el papel mediador de su imaginación, veían una frente a otra la actividad mundana de Legrandin y su causa primera.

En casa, ahora ya no nos hacíamos ninguna ilusión sobre el señor Legrandin y nuestras relaciones con él se habían espaciado mucho. Mamá se divertía enormemente cada vez que cogía a Legrandin en flagrante delito del pecado que no confesaba y al que seguía llamando el pecado sin remisión, el esnobismo. A mi padre, en cambio, le costaba trabajo asumir los desdenes de Legrandin con tanto desapego y alegría; y cuando un año pensaron enviarme a pasar las vacaciones de verano a Balbec con mi abuela, dijo: «Es absolutamente necesario que anuncie a Legrandin que vais a ir a Balbec, para ver si se ofrece a poneros en contacto con su hermana. Probablemente no recuerde habernos dicho que vivía a dos kilómetros de allí». Mi abuela, convencida de que en los baños de mar hay que estar de la mañana a la noche en la playa aspirando la sal y que no deben entablarse relaciones con nadie, porque visitas y paseos son tiempo robado al aire marino, exigía en cambio que no se hablase de nuestros proyectos a Legrandin, y ya se veía a su hermana, Mme. de Cambremer, plantándose en el hotel justo en el momento en que salíamos de pesca y obligándonos a quedarnos encerrados para recibirla. Pero mamá se burlaba de sus temores, pensando para sus adentros que no era tan amenazador ese peligro, que Legrandin no se daría tanta prisa en ponernos en contacto con su hermana. Sin embargo, sin necesidad de que nadie le hablara de Balbec, fue el propio Legrandin quien, suponiendo que nunca tendríamos la intención de ir por allí, vino a meterse en la trampa una noche que lo encontramos a orillas del río Vivonne.

«Esta tarde hay en las nubes unos violetas y unos azules muy

hermosos, ¿verdad, compañero?, le dijo a mi padre; un azul sobre todo más floral que aéreo, un azul de cineraria, sorprendente para el cielo. Y aquella nubecilla rosa, ¿no tiene también un tinte de flor, de clavel o de hydrangea? Solo en la Mancha, entre Normandía y Bretaña, he podido hacer observaciones más ricas sobre esta especie de reino vegetal de la atmósfera. Allá, cerca de Balbec, cerca de esos lugares tan salvajes, hay una pequeña bahía de una dulzura encantadora donde el crepúsculo del país de Auge, el crepúsculo rojo y oro que por otro lado tan lejos estoy de despreciar, carece de carácter y es insignificante; pero en aquella atmósfera húmeda y apacible se abren por la noche en unos instantes esos ramilletes celestes, azules y rosas, que son incomparables y que a menudo tardan horas en marchitarse. Otros se deshojan enseguida y entonces es más hermoso todavía ver el cielo entero tapizado por la dispersión de innumerables pétalos color de azufre y de rosa. En esa bahía, que llaman de ópalo, las playas de oro parecen más dulces todavía por hallarse atadas como rubias Andrómedas[107] a esas terribles rocas de las costas vecinas, a esa fúnebre orilla, famosa por tantos naufragios, donde todos los inviernos sucumben tantos barcos al peligro del mar. ¡Balbec!, la osamenta geológica más antigua de nuestro suelo, auténtico Ar-mor[108], el Mar, el fin de la tierra, la región maldita que Anatole France —un encantador que debería leer nuestro amiguito— ha pintado tan bien, envuelta en sus brumas eternas, como el verdadero país de los cimerios en la *Odisea[109]*. Desde Balbec sobre todo, donde ya se construyen hoteles, superpuestos al suelo antiguo y fascinante que no alteran, ¡qué delicia hacer excursiones a dos pasos por esas regiones primitivas y tan bellas!

—¡Ah!, ¿entonces tiene conocidos en Balbec?, dijo mi padre. Precisamente este pequeño irá a pasar allí dos meses con su abuela y quizá con mi mujer».

Pillado de improviso por esa pregunta en un momento en que tenía los ojos clavados en mi padre, Legrandin no pudo apartarlos, sino que fijándolos con mayor intensidad segundo a segundo —mientras sonreía tristemente— en los ojos de su interlocutor, con una expresión de amistad y de franqueza, y de no tener miedo a mirarlo de frente, dio la impresión de haberle atravesado la cara como si esta se hubiera vuelto transparente, y de ver en ese momento muy lejos tras ella una

nube de vivos colores que le creaba una coartada mental y le permitiría asegurar que, en el momento en que le habían preguntado si conocía a alguien en Balbec, estaba pensando en otra cosa y no había oído la pregunta. Por lo general, miradas como esas obligan a decir al interlocutor: «¿En qué está pensando?». Pero mi padre, curioso, irritado y cruel, continuó:

«¿Tiene usted amigos por allí, si conoce tan bien Balbec?».

En un último esfuerzo desesperado, la mirada risueña de Legrandin alcanzó su máximo de ternura, de vaguedad, de sinceridad y de distracción, pero, pensando sin duda que no le quedaba otra salida que responder, nos dijo:

«Tengo amigos en todas partes donde haya grupos de árboles heridos, pero no vencidos, que se han unido para implorar juntos con una obstinación patética un cielo inclemente que no tiene piedad de ellos.

—No es eso lo que yo quería decir», le interrumpió mi padre, tan obstinado como los árboles y no menos despiadado que el cielo. «Preguntaba, para el caso en que le ocurriera algo a mi suegra y tuviese necesidad de no sentirse sola en una región perdida, si conocía usted a alguien allí.

—Allí como en todas partes, conozco a todo el mundo y no conozco a nadie, respondió Legrandin que no se rendía tan fácilmente: mucho las cosas y muy poco a las personas. Pero allí hasta las cosas mismas parecen personas, personas raras, de una esencia delicada y que la vida habría decepcionado. A veces es un castillo que uno encuentra sobre el acantilado, a orillas del camino donde se ha detenido para confrontar su pena con el atardecer todavía rosado en el que va subiendo la luna de oro, y cuya llama izan en sus mástiles y cuyos colores enarbolan las barcas que regresan estriando el agua iridiscente; a veces es una simple casa solitaria, más bien fea, de aspecto tímido pero novelesco, que oculta a todas las miradas algún secreto imperecedero de dicha y desencanto. Ese país falto de verdad, añadió con delicadeza maquiavélica, ese país de pura ficción ofrece una mala lectura para un niño, y no es desde luego la que yo elegiría y recomendaría a mi joven amigo, tan inclinado ya a la tristeza, para su corazón predispuesto. Los climas de confidencia amorosa y de inútil nostalgia tal vez convengan a un viejo desengañado como yo, pero

siempre son malsanos para un temperamento que aún no está formado. Créame, prosiguió con insistencia, las aguas de esa bahía, ya a medias bretona, pueden ejercer una acción sedante, por otro lado discutible, en un corazón que ya no está intacto como el mío, en un corazón cuya lesión ya no está compensada. Están contraindicadas para su edad, amiguito. Buenas noches, vecinos», añadió, dejándonos con aquella brusquedad evasiva habitual en él y, volviéndose hacia nosotros con un dedo levantado de médico, resumió la consulta: «Nada de Balbec antes de los cincuenta, y aun así depende del estado del corazón», nos gritó.

En nuestros encuentros posteriores mi padre volvió a hablarle, lo torturó a preguntas, fue trabajo inútil: como aquel estafador erudito que dedicaba a fabricar falsos palimpsestos una laboriosidad y una ciencia cuya centésima parte hubiera bastado para asegurarle una situación más lucrativa, pero honorable[110], si hubiéramos seguido insistiendo, el señor Legrandin habría terminado por edificar toda una ética de paisaje y una geografía celeste de la baja Normandía, antes que confesarnos que a dos kilómetros de Balbec vivía su propia hermana y verse obligado a ofrecernos una carta de presentación que para él no hubiera sido motivo de pavor de haber estado absolutamente seguro —como debería haberlo estado de hecho, dada su experiencia del carácter de mi abuela— de que no habíamos de utilizarla.

Siempre regresábamos temprano de nuestros paseos para hacer una visita a mi tía Léonie antes de la cena. Al principio de la estación, cuando el día acaba pronto, al llegar a la calle du Saint-Esprit, aún había un reflejo del poniente sobre los cristales de la casa y una banda de púrpura en el fondo de los bosques del Calvario, que se reflejaba más lejos en el estanque, un rojo que, acompañado a menudo por un frío bastante vivo, se asociaba, en mi mente, al rojo del fuego sobre el que se asaba el pollo que para mí haría suceder al placer poético que proporcionaba el paseo, el placer de la glotonería, del calor y el descanso. En cambio, cuando regresábamos en verano, el sol aún no se ponía; y durante la visita que hacíamos a mi tía Léonie, su luz que descendía y rozaba la ventana quedaba detenida entre los cortinones y los alzapaños, dividida, ramificada, filtrada, e, incrustando de partículas de oro la madera de limonero de la cómoda, iluminaba

oblicuamente la estancia con la delicadeza que asume en los sotobosques. Pero ciertos días, muy pocos, cuando regresábamos, hacía mucho que la cómoda había perdido sus momentáneas incrustaciones, ya no había cuando llegábamos a la calle du Saint-Esprit ningún reflejo de poniente tendido sobre los cristales y el estanque al pie del calvario había perdido su rojez, a veces era ya color de ópalo, y un largo rayo de luna que iba dilatándose y se estriaba con todas las arrugas del agua lo cruzaba por completo. Entonces, al llegar cerca de la casa, divisábamos una forma en el umbral de la puerta y mamá me decía:

«¡Dios mío! Ahí tienes a Françoise de centinela, tu tía está preocupada; realmente volvemos demasiado tarde».

Y sin tomarnos tiempo siquiera para quitarnos nuestras cosas, subíamos corriendo al cuarto de mi tía Léonie para tranquilizarla y demostrarle que, contrariamente a lo que ya se imaginaba, no nos había pasado nada, sino que habíamos ido «por la parte de Guermantes», y, caramba, cuando se daba un paseo así, mi tía tenía que saber que nunca se podía estar seguro de la hora a la que estaríamos de vuelta.

«¡Como ve, Françoise, decía mi tía, ya le decía yo que habrían ido por la parte de Guermantes! ¡Dios mío, qué hambre deben de tener! Y después de esperar tanto la pierna de cordero se habrá quedado reseca. ¡Vaya unas horas de volver a casa! ¡Claro que si han ido por la parte de Guermantes!

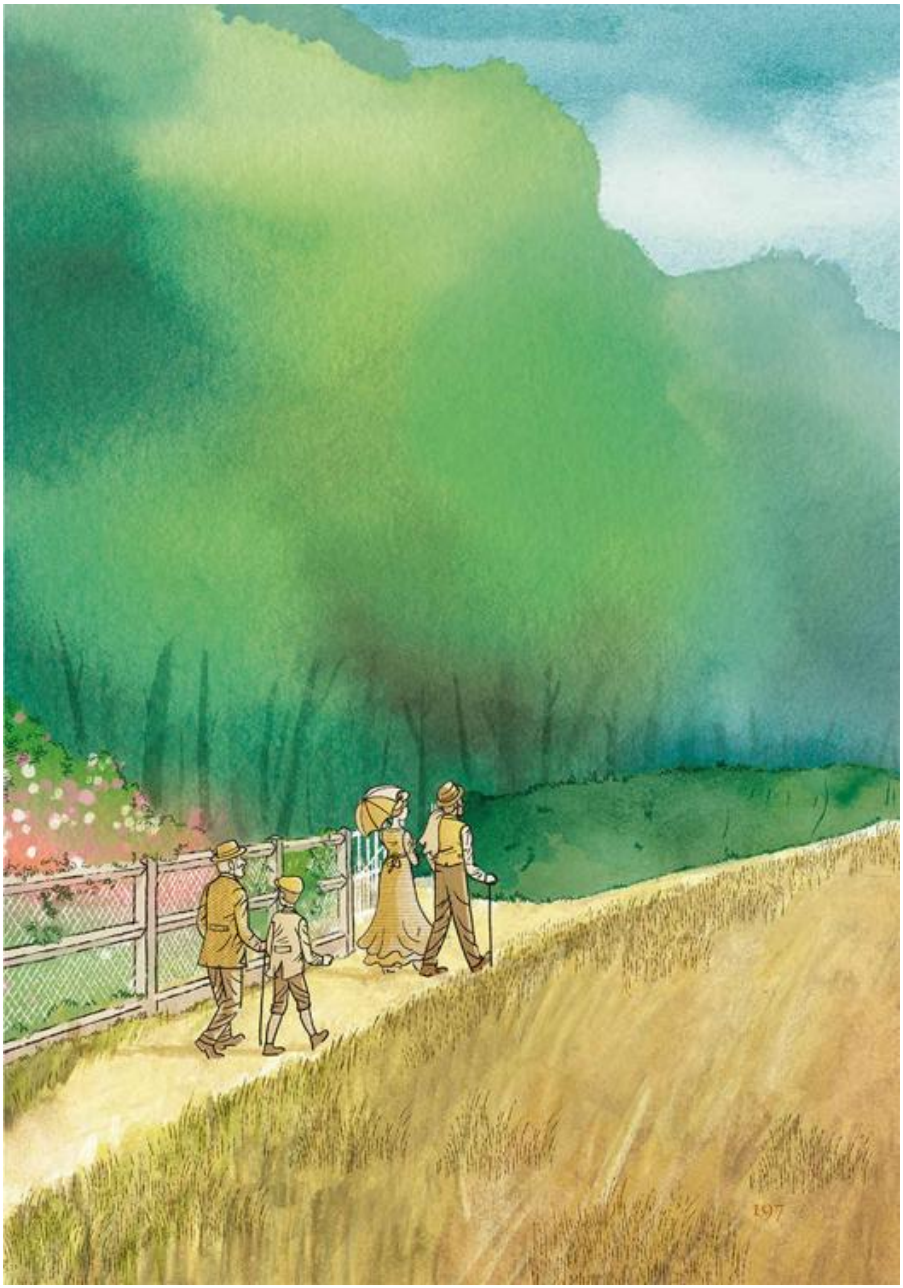
—Pero si pensaba que usted lo sabía, Léonie, decía mamá. Creía que Françoise nos había visto salir por la puertecita del huerto».

Porque en los alrededores de Combray había dos «partes» para los paseos, y tan opuestas que de hecho no salíamos de casa por la misma puerta cuando queríamos ir por una parte o por la otra: la de Méséglise-la-Vineuse, también llamada la parte de Swann porque se pasaba por delante de la propiedad del señor Swann para ir por allí, y la parte de Guermantes. A decir verdad, de Méséglise-la-Vineuse nunca conocí otra cosa que la «parte» y algunos forasteros que venían los domingos a pasear por Combray, gente a la que, en tales casos, ni la tía misma ni ninguno de nosotros «conocíamos», y que por esa señal se tenía por «gente que habrá venido de Méséglise». En cuanto a Guermantes, llegaría un día en que yo debía conocer más, pero solo

mucho más tarde; y durante toda mi adolescencia, si Méséglise era a mis ojos algo inaccesible como el horizonte, oculto a la vista, por más lejos que fuéramos, por los pliegues de un terreno que ya no se parecía al de Combray, Guermantes nunca me pareció otra cosa que el término más bien ideal que real de su propia «parte», una especie de expresión geográfica abstracta como la línea del ecuador, como el polo, como el oriente. Entonces, «tirar por Guermantes» para ir a Méséglise, o lo contrario, me hubiera parecido una expresión tan falta de sentido como tirar por el este para ir al oeste. Como mi padre siempre hablaba de la parte de Méséglise como de la vista más hermosa de llanura que conocía, y de la parte de Guermantes como del tipo de paisaje de río, yo les atribuí, al concebirlas así, como dos entidades, esa cohesión, esa unidad que solo pertenece a las creaciones de nuestra mente; la menor parcela de cada una de ellas me parecía preciosa y capaz de manifestar su particular excelencia, mientras que comparados con ellas, antes de llegar al suelo sagrado de una o de otra, los caminos puramente materiales en medio de los cuales estaban colocadas como el ideal de la vista de llanura y el ideal del paisaje de río, no merecía la pena contemplarlos más de lo que lo merecen, para el apasionado por el arte dramático, las callejas de los alrededores de un teatro. Pero, sobre todo, entre ambas partes yo interponía, mucho más que sus distancias kilométricas, la distancia que había entre las dos partes de mi cerebro cuando pensaba en ellas, una de esas distancias del espíritu que no hacen más que alejar, que separan y sitúan en un plano distinto. Y esa demarcación se volvía más absoluta todavía por el hecho de que esta costumbre de no ir nunca hacia las dos partes un mismo día, en un solo paseo, sino una vez por la parte de Méséglise, otra por la parte de Guermantes, las encasillaba por así decir lejos una de otra, irreconocibles la una para la otra, en los vasos cerrados y no comunicantes de tardes diferentes.

Cuando queríamos ir por la parte de Méséglise, salíamos (no demasiado temprano y aunque el cielo estuviera cubierto, porque el paseo no era muy largo ni llevaba demasiado lejos) como para ir a cualquier otro sitio, por la puerta grande de la casa de mi tía que daba a la calle du Saint-Esprit. Nos saludaba el armero, echábamos sus cartas en el buzón, decíamos al pasar a Théodore, de parte de Françoise, que se había quedado sin aceite o sin café, y salíamos del

pueblo por el camino que corría a lo largo de la valla blanca del parque del señor Swann. Antes de llegar, topábamos con el olor, que salía al encuentro de los extraños, de sus lilos. Entre los corazoncitos verdes y frescos de sus hojas, estos elevaban curiosos, por encima de la valla del parque, sus penachos de plumas malvas o blancas que lustraba, incluso en la sombra, el sol en que se habían bañado. Semiocultos por la casita de tejas llamada casa de los Arqueros, donde se alojaba el guarda, algunos sobrepasaban su aguilón gótico con su minarete rosa. Las Ninfas de la primavera hubieran parecido vulgares comparadas con aquellas jóvenes huríes que conservaban en aquel jardín francés los tonos vivos y puros de las miniaturas persas. Pese a mi deseo de abrazar su flexible cintura y atraer hacia mí los rizos estrellados de su fragante cabeza, pasábamos sin detenernos porque mis padres no iban a Tansonville desde la boda de Swann, y para que no pareciese que mirábamos dentro del parque, en vez de tomar el camino que bordea su cerca y sube directamente a los campos, tomábamos otro que también lleva a ellos, aunque oblicuamente, y nos hacía salir demasiado lejos. Un día mi abuelo le dijo a mi padre:



«¿No se acuerda de que Swann dijo ayer que, como su mujer y su hija se iban a Reims, lo aprovecharía para ir a pasar veinticuatro horas en París? Ya que no están esas damas, podríamos bordear el parque; acortaríamos un buen trecho».

Nos detuvimos un momento delante de la valla. El tiempo de los lilos tocaba a su fin; algunos aún expandían en altas arañas color malva las delicadas burbujas de sus flores, pero en muchas partes del

follaje donde, hacía solo una semana, estallaba su musgo aromado, se marchitaba, menguada y negruzca, una espuma hueca, seca y sin perfume. Mi abuelo indicaba a mi padre en qué seguía siendo el mismo el aspecto del lugar, y en qué había cambiado desde el paseo que había dado con el señor Swann el día de la muerte de su mujer, y aprovechó la ocasión para contar una vez más ese paseo.

Delante de nosotros, una alameda bordeada de capuchinas subía a pleno sol hacia el castillo. A la derecha, en cambio, el parque se extendía por terreno llano. Oscurecido por la sombra de los grandes árboles que lo rodeaban, había un estanque mandado excavar por los padres de Swann; pero hasta en sus creaciones más artificiosas, el hombre trabaja sobre la naturaleza; ciertos lugares siempre hacen reinar a su alrededor su peculiar imperio, enarbolan sus inmemoriales insignias en medio de un parque como lo habrían hecho lejos de toda intervención humana, en una soledad que vuelve a rodearlos por todas partes, surgida de las necesidades de su exposición y superpuesta a la obra del hombre. Y así, al pie de la alameda que dominaba el estanque artificial, se había formado en dos hileras trenzadas de flores de miosotis y pervincas la corona natural, delicada y azul que ciñe la frente claroscura de las aguas, y así el gladiolo, dejando doblarse sus espadas con regio abandono, extendía sobre el eupatorio y el ranúnculo de pie mojado las flores de lis destrozadas, violetas y amarillas, de su cetro lacustre.

La marcha de Mlle. Swann, que —privándome de la terrible oportunidad de verla aparecer en una alameda, de ser conocido y despreciado por la privilegiada chiquilla que tenía a Bergotte por amigo e iba con él a visitar las catedrales— me volvía indiferente la contemplación de Tansonville la primera vez que me estaba permitida, parecía por el contrario añadir a aquella propiedad, a ojos de mi abuelo y de mi padre, algunas ventajas, un atractivo pasajero, y volvía aquella jornada, como hace en una excursión de montaña la ausencia de nubes, excepcionalmente propicia para un paseo por aquella parte; yo habría querido que sus cálculos resultaran desbaratados, que un milagro hiciese aparecer a Mlle. Swann con su padre tan cerca de nosotros que no tuviéramos tiempo de evitarla y nos viésemos obligados a conocerla. Por eso, cuando de pronto divisé en la hierba, como un signo de su posible presencia, un capazo olvidado junto a

una caña de pescar cuyo corcho flotaba sobre el agua, me apresuré a desviar hacia otro lado las miradas de mi padre y de mi abuelo. Por otra parte, como Swann nos había dicho que no le resultaba fácil ausentarse por tener en ese momento familiares en casa, la caña podía pertenecer a algún invitado. No se oía ningún rumor de pasos en las alamedas. Dividiendo la altura de un árbol indeterminado, un invisible pájaro, ingeniándoselas para hacer que la jornada pareciera más breve, exploraba con una nota prolongada la soledad circundante, pero recibía de ella una réplica tan unánime, un rebote tan redoblado de silencio e inmovilidad que se hubiera dicho que venía a detener para siempre el instante que había tratado de hacer pasar más deprisa. Caía tan implacable la luz desde la inmovilidad del cielo que habríamos deseado sustraernos a su atención, y hasta el agua misma dormida, cuyo sueño irritaban perpetuamente los insectos y que sin duda soñaba con algún maëlstrom imaginario, aumentaba la turbación en que me había sumido la vista del flotador de corcho, dando la impresión de arrastrarlo a toda velocidad sobre las extensiones silenciosas del cielo reflejado; casi vertical, parecía a punto de hundirse, y estaba preguntándome si, dejando a un lado el deseo y el temor que tenía de conocerla, no sería mi deber mandar aviso a Mlle. Swann de que el pez picaba —cuando hube de reunirme a todo correr con mi padre y mi abuelo que me llamaban, extrañados de que no los hubiera seguido por el caminito que sube hacia los campos y por el que se habían adentrado. Lo encontré todo rumoroso del aroma de los espinos blancos. El seto formaba una especie de sucesión de capillas que desaparecían bajo la alfombra de sus flores, amontonadas en una especie de altar; debajo de ellas, el sol extendía en el suelo una cuadrícula de claridad, como si acabase de atravesar una vidriera; su aroma se extendía tan untuoso, tan circunscrito a su forma como si me hubiese encontrado ante el altar de la Virgen, y cada una de las flores, también engalanadas, sostenía con aire distraído su reluciente ramillete de estambres, finas y radiantes nervaduras de estilo flamígero como las que en la iglesia calaban la rampa de la galería que separa el coro del trascoro o los bastidores del vitral y abrían su blanca carne de flor de fresa. Qué ingenuos y aldeanos en comparación parecerían los gavanzos que, dentro de unas semanas, también subirían a pleno sol por el mismo camino rústico, con la seda

lisa de su encarnado corpiño que un soplo desbarata.

Pero por mucho que me quedase ante los espinos blancos a respirar su aroma invisible y fijo, a llevarlo ante mi pensamiento que no sabía qué hacer con él, a perderlo, a volverlo a encontrar, a unirme al ritmo que lanzaba aquí y allá sus flores, con una alegría juvenil y a intervalos inesperados como ciertos intervalos musicales, era siempre el mismo encanto lo que me ofrecían con una profusión inagotable, pero sin permitirme ahondar más, como esas melodías que uno toca cien veces seguidas sin profundizar en su secreto. Me apartaba de ellas un momento, para abordarlas luego con fuerzas más frescas. Hasta en el talud que, detrás del seto, subía en empinada cuesta hacia los campos, buscaba yo alguna amapola perdida, algunos acianos que, perezosos, se hubieran rezagado, que lo decoraban aquí y allá con sus flores como el ribete de un tapiz donde aparece diseminado el motivo agreste que triunfará en el centro; raros todavía, espaciados como las casas aisladas que ya anuncian la proximidad de un poblado, me anunciaban la inmensa extensión donde afluyen los trigos, donde se aborregan las nubes, y la vista de una sola amapola que izaba en el extremo de su jarcia y ofrecía al azote del viento su llama roja, por encima de su boya grasienta y negra, me hacía palpitar el corazón, como al viajero que divisa en una tierra baja una primera barca varada que repara un calafate y exclama, antes aun de haberlo visto: «¡El Mar!».

Luego volvía ante los espinos como se vuelve ante esas obras maestras que creemos poder ver mejor después de haber dejado un momento de mirarlas, pero de nada servía hacerme una pantalla con las manos para no tener nada más que ellas ante la vista: el sentimiento que despertaban en mí seguía siendo oscuro y vago, tratando en vano de liberarse, de ir a unirse a sus flores. No me ayudaban ellas a aclararlo, ni yo podía pedir a otras flores satisfacerlo. Dándome entonces esa alegría que sentimos cuando vemos de nuestro pintor preferido una obra que difiere de las que conocemos, o si nos llevan ante un cuadro del que hasta entonces solo habíamos visto un esbozo a lápiz, si un trozo oído únicamente al piano se nos aparece luego revestido con los colores de la orquesta, mi abuelo me llamó y, señalándome el seto de Tansonville, me dijo: «Tú que tanto amas los espinos blancos, contempla un poco este espino rosa: ¡qué bonito!». Y

en efecto, era un espino, pero rosa, más bello todavía que los blancos. También llevaba un adorno de fiesta —de esas únicas y verdaderas fiestas que son las fiestas religiosas, porque ningún capricho contingente las aplica, como las fiestas mundanas, a un día cualquiera que no les esté especialmente destinado, que no tenga nada de esencialmente feriado—, pero un adorno más rico todavía, porque las flores fijadas en la rama, unas encima de otras para no dejar espacio alguno que no estuviese adornado, como las guirnaldas de borlas de un cayado rococó, eran «de color», y por tanto de calidad superior según la estética de Combray, a juzgar por la escala de precios en la «tienda» de la Plaza, o en la de Camus, donde valían más los bizcochos que eran de color rosa. Yo mismo apreciaba más el requesón rosado, aquel en el que me habían permitido aplastar fresas. Y precisamente aquellas flores habían escogido uno de esos tintes de cosa comestible, o de tierno embellecimiento para un vestido de gran fiesta, que son, en la medida en que manifiestan la razón de su superioridad, los que con más evidencia parecen bellos a ojos de los niños, y por eso conservan siempre para ellos algo más vivo y natural que los otros tintes, incluso después de comprender que no prometían nada a su glotonería y no habían sido escogidos por la modista. Y desde luego, acto seguido había sentido, como ante los espinos blancos pero con mayor maravilla, que la intención de festividad no se manifestaba en las flores de un modo ficticio, por algún artificio de fabricación humana, sino que era la naturaleza misma la que, espontáneamente, la había expresado con la ingenuidad de una tendera de pueblo que trabaja para un monumento[111], recargando el arbusto con esas rositas de tono demasiado tierno y un *pompadour[112]* provinciano. En lo alto de las ramas, como otros tantos rosales pequeños en tiestos ocultos en papeles calados, cuyos tenues fuegos de artificio se hacían estallar sobre el altar, en las fiestas mayores, pululaban mil capullitos de un tono más pálido que, entreabriéndose, dejaban ver, como en el fondo de una copa de mármol rosa, sanguinas rojas y delataban, mejor aún que las flores, la esencia particular, irresistible, del espino, que, dondequiera que brotaba, dondequiera que iba a florecer, solo podía hacerlo de color rosa. Intercalado en el seto, pero tan distinto de él como una muchacha con traje de fiesta en medio de personas en bata que se quedarán en casa, totalmente preparado para el mes de María,

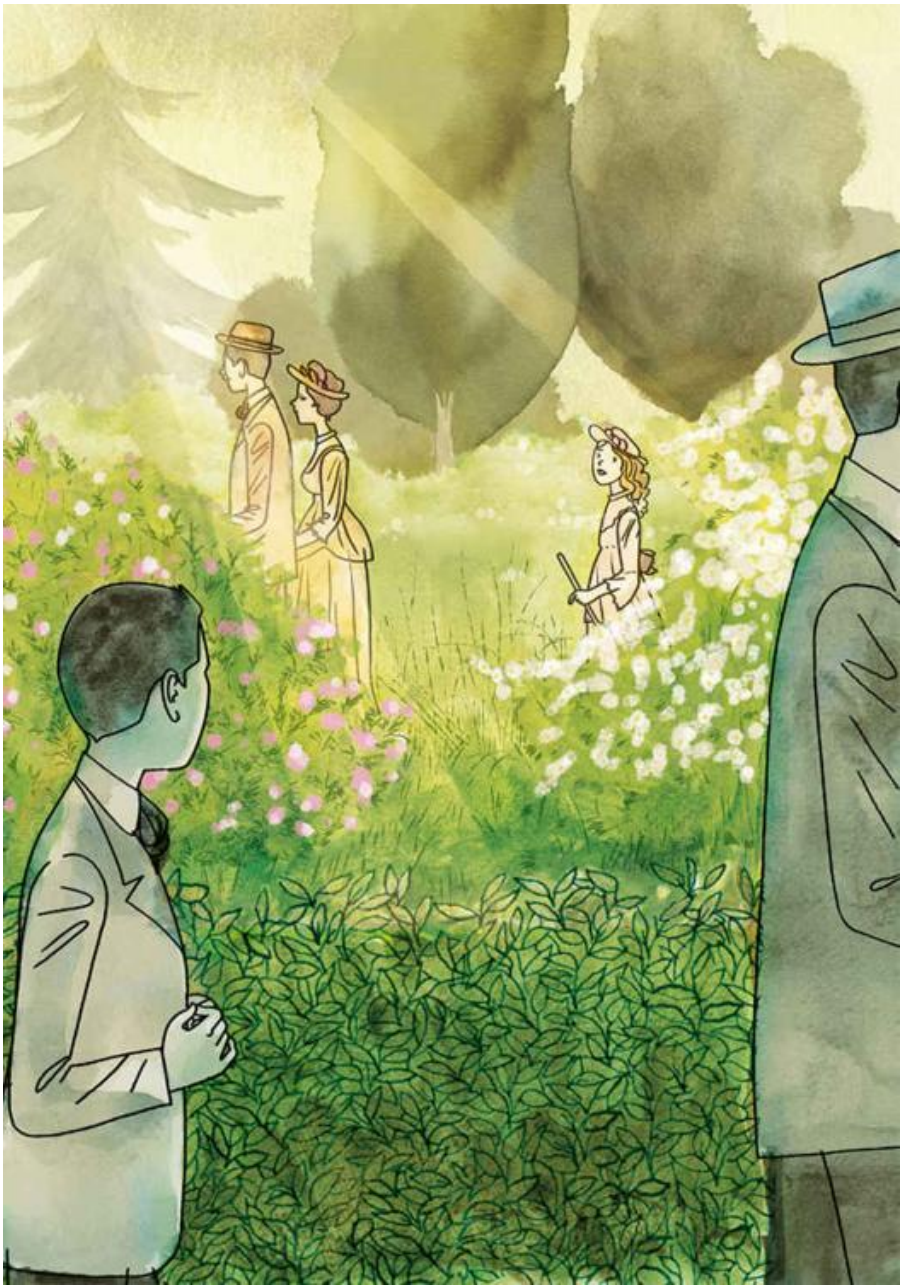
del que ya parecía formar parte, así brillaba sonriendo en su fresco vestido rosa el arbusto católico y delicioso.

El seto dejaba ver en el interior del parque una alameda bordeada de jazmines, de pensamientos y de verbenas entre los que abrían los alhelíes su fresca bolsa, de un rosa fragante y pasado como un viejo cuero cordobés, mientras sobre la grava una larga manguera de riego pintada de verde, desenrollando sus vueltas, lanzaba, en los puntos donde tenía agujeros, y por encima de las flores cuyos perfumes empapaba, el abanico vertical y prismático de sus gotitas multicolores. De pronto me detuve, no fui capaz de moverme, como ocurre cuando una visión no se dirige solo a nuestras miradas, sino que requiere percepciones más profundas y dispone de nuestro ser en toda su integridad. Una niñita de un rubio rojizo que parecía volver de paseo y llevaba en la mano una azada de jardinería, nos miraba, alzando su cara salpicada de pecas rosa. Sus ojos negros brillaban y como yo no sabía entonces, ni he aprendido luego, reducir a sus elementos objetivos una impresión fuerte, como no tenía, según se dice, suficiente «espíritu de observación» para aislar la noción de su color, durante mucho tiempo, cada vez que volví a pensar en ella, el recuerdo de su brillo se me presentaba al punto como el de un azul vívido, puesto que sus cabellos eran rubios: de suerte que, de no haber tenido unos ojos tan negros —que tanto impresionaban cuando se la veía por primera vez—, tal vez no me habría enamorado, de modo tan particular como me enamoré, de sus ojos azules.

Me quedé mirándola, al principio con esa mirada que no es otra cosa que el portavoz de los ojos, pero a cuya ventana se asoman todos los sentidos, ansiosos y petrificados, esa mirada que querría tocar, capturar, llevarse el cuerpo que mira y con él el alma; luego, tenía tanto miedo a que de un momento a otro mi abuelo y mi padre, al ver a la chica, me mandaran alejarme diciéndome que corriese un poco delante de ellos, con una segunda mirada, inconscientemente suplicante, que trataba de obligarla a fijar su atención en mí, ¡a conocerme! Dirigió hacia adelante y al lado sus pupilas para tomar nota de mi abuelo y de mi padre, y la idea que sacó fue, sin duda, la de que éramos ridículos, porque se volvió y con aire indiferente y desdeñoso se puso de perfil para impedir que su rostro siguiese en el campo visual de ambos; y mientras ellos, que seguían caminando y no

la habían visto, me adelantaban, dejó que sus miradas corrieran en toda su extensión hacia donde yo estaba, sin expresión particular alguna, como si no me viesen, pero con una fijeza y una sonrisa disimulada que yo solo podía interpretar, según las nociones que se me habían dado sobre la buena educación, como una prueba de ultrajante desprecio; y, al mismo tiempo, su mano esbozaba un gesto indecente, que, en el pequeño diccionario de urbanidad que dentro de mí llevaba, cuando se dirigía en público a una persona desconocida, tenía un solo sentido, el de una intención insolente.

«Vamos, Gilberte, ven aquí; ¿qué estás haciendo?», gritó con voz penetrante y autoritaria una dama de blanco a la que yo no había visto; y a cierta distancia suya, un señor vestido de dril y al que yo no conocía, clavaba en mí unos ojos que se le salían de las órbitas; y, dejando bruscamente de sonreír, la muchacha cogió su azada y se alejó sin volverse hacia mi lado, con una expresión dócil, impenetrable y taimada.



Así fue como pasó a mi lado ese nombre de Gilberte, ofrecido como un talismán que tal vez hubiera de permitirme encontrar un día a aquella a la que acababa de convertir en persona, y que, un momento antes, solo era una imagen incierta. Así pasó, proferido por encima de los jazmines y de los alhelíes, agrio y fresco como las gotas de la manguera verde; impregnando, irisando la zona de aire puro que había atravesado —y que aislaba— con el misterio de la vida de

aquella a la que designaba para los seres felices que vivían, que viajaban con ella; desplegando bajo el espino rosa, a la altura de mi hombro, la quintaesencia de su familiaridad, para mí tan dolorosa, con ella, con lo desconocido de su vida donde yo no entraría.

Por un instante (mientras nos alejábamos y mi abuelo murmuraba: «Ese pobre Swann, vaya papelón que le hacen jugar; le obligan a irse para que ella se quede a solas con su Charlus, porque es él desde luego, lo he reconocido. ¡Y esta pequeña, mezclada en toda esa infamia!»), la impresión que en mí había dejado el tono despótico con que la madre de Gilberte le había hablado sin que ella replicase, mostrándomela como obligada a obedecer a alguien, y por tanto de ningún modo superior a todo, calmó un poco mi sufrimiento, me devolvió alguna esperanza y disminuyó mi amor. Pero no tardó ese amor en volver a elevarse dentro de mí como una reacción con la que mi corazón humillado quería ponerse al nivel de Gilberte o rebajarla hasta él. La amaba, lamentaba no haber tenido tiempo ni inspiración de ofenderla, de hacerle daño, y de obligarla así a recordarme. La encontraba tan bella que habría querido poder volver sobre mis pasos, para gritarle encogiéndome de hombros: «¡Qué fea me parece, qué grotesca es usted, qué asco me da!». Sin embargo me alejaba, llevando conmigo para siempre, como arquetipo de una felicidad inaccesible a los niños de mi especie por unas leyes naturales imposibles de transgredir, la imagen de una chiquilla pelirroja, con la piel salpicada de pecas rosas, que sostenía una azada y reía dejando escapar hacia mí largas miradas socarronas e inexpresivas. Y el encanto con que su nombre había incensado aquel lugar bajo los espinos rosa donde al mismo tiempo lo habíamos oído ella y yo, iba ganando, recubriendo, embalsamando, todo lo que estaba cerca, sus abuelos, a quienes los míos habían tenido la inefable dicha de conocer, la sublime profesión de agente de cambio, el doloroso barrio de los Champs-Élysées donde ella vivía en París.

«Léonie, dijo mi abuelo al volver a casa, me habría gustado tenerte con nosotros hace un rato. No reconocerías Tansonville. Si me hubiera atrevido, te habría cortado una rama de esos espinos rosa que tanto te gustaban». Así le contaba mi abuelo nuestro paseo a mi tía Léonie, bien para distraerla, bien porque no hubiera perdido toda esperanza de convencerla para hacerla salir. En el pasado, a ella le gustaba

mucho aquella propiedad, sin contar con que las visitas de Swann habían sido las últimas que había recibido, cuando ya le cerraba su puerta a todo el mundo. Y así como, cuando él acudía ahora para saber cómo se encontraba (era la única persona de la casa a la que todavía pedía visitar), mandaba decirle que estaba fatigada, pero que lo dejaría entrar la próxima vez, así también aquella noche dijo: «Sí, un día que haga bueno, iré en coche hasta la puerta del parque». Y lo decía sinceramente. Le hubiera gustado volver a ver a Swann y Tansonville; pero ese deseo ya era suficiente para las fuerzas que le quedaban; su realización las hubiera excedido. A veces el buen tiempo le devolvía un poco de vigor, se levantaba, se vestía; el cansancio comenzaba antes de que hubiera pasado a la otra habitación, y reclamaba su cama. Lo que para ella había empezado —simplemente un poco antes de lo que suele llegar— era esa gran renuncia de la vejez que se prepara para la muerte, se envuelve en su propia crisálida, y que puede advertirse, al final de vidas que se prolongan mucho, incluso entre los antiguos amantes que más se han amado, entre los amigos unidos por los lazos más espirituales y que a partir de cierto año dejan de hacer el viaje o la salida necesaria para verse, cesan de escribirse y saben que no se comunicarán más en este mundo. Mi tía debía saber de sobra que no volvería a ver a Swann, que ya nunca saldría de la casa, pero esa reclusión definitiva debía volvérsela bastante fácil por la misma razón que, a nuestro parecer, hubiera debido volvérsela más dolorosa: y es que aquella reclusión le venía impuesta por la disminución que día a día podía constatar en sus fuerzas, y que, convirtiendo cada acto y cada movimiento en una fatiga, si no en un sufrimiento, daba para ella a la inacción, al aislamiento y al silencio, la dulzura reparadora y bendita del descanso.

Mi tía no fue a ver el seto de espinos rosa, pero en todo momento preguntaba yo a mis padres si ella no iría, si en el pasado iba a menudo a Tansonville, tratando de hacerles hablar de los padres y abuelos de la señorita Swann, que me parecían grandes como Dioses. Me consumía la necesidad de oírles pronunciar ese apellido, vuelto para mí casi mitológico, cuando hablaba con mis padres; yo mismo no me atrevía a pronunciarlo, pero los arrastraba hacia temas que rondaban a Gilberte y a su familia, que la concernían, y en los que no

me sentía exiliado demasiado lejos de ella; y de improviso obligaba a mi padre, fingiendo creer por ejemplo que el cargo de mi abuelo ya había figurado antes de él en nuestra familia, o que el seto de espinos rosa que mi tía Léonie quería ver se encontraba en terreno comunal, a rectificar mi afirmación, a decirme, como a pesar mío, como por iniciativa suya: «¡No, qué va! Era el padre de *Swann* el que tenía ese cargo, ese seto forma parte del parque de *Swann*». Entonces me veía obligado a recobrar el aliento, porque, posándose allí donde siempre estaba escrito en mi interior, sopesaba hasta ahogarme ese nombre que, en el momento en que lo oía, me parecía más pleno que cualquier otro, por estar cargado de todas las veces que, por adelantado, lo había proferido mentalmente. Me causaba un placer que me confundía por haberme atrevido a reclamarlo de mis padres, pues ese placer era tan grande que, para procurármelo, había debido exigirles mucho esfuerzo y ninguna compensación, para ellos ya no era un placer. Así que, por discreción, cambiaba de tema. Y también por escrúpulo. Todas las singulares seducciones que atribuía al nombre de Swann, volvía a encontrarlas en cuanto lo pronunciaban. Entonces me parecía de repente que mis padres no podían dejar de sentirlas, que se encontraban situados en mi punto de vista, que a su vez percibían, absolvían, hacían suyos mis sueños, y me sentía desdichado como si los hubiera derrotado y corrompido.

Aquel año, cuando, un poco antes que de costumbre, mis padres hubieron fijado el día del regreso a París, la mañana de la partida, como para retratarme me habían hecho rizar el pelo, ponerme con cuidado un sombrero que hasta entonces nunca me había puesto y endosarme un abrigo de terciopelo, después de haberme buscado por todas partes, mi madre me encontró llorando en el pequeño repecho contiguo a Tansonville, despidiéndome de los espinos blancos, rodeando con mis brazos sus ramas punzantes, y, como una princesa de tragedia a quien pesaran tan vanos adornos, ingrato con la importuna mano que formando todos aquellos nudos se había preocupado por recoger mis cabellos sobre la frente[113], pisoteando mis papillotes arrancados y mi sombrero nuevo. No conmovieron a mi madre mis lágrimas, pero no pudo contener un grito al ver el sombrero desbaratado y el abrigo echado a perder. No la oí: «¡Ay, mis pobres espinitos blancos, decía yo llorando, no sois vosotros los que

querríais entristecerme y obligarme a irme! ¡Vosotros nunca me habéis hecho sufrir! Por eso os querré siempre». Y, enjugando mis lágrimas, les prometía, cuando fuera mayor, no imitar la vida insensata del resto de los hombres, y al llegar los días de primavera, incluso en París, en lugar de ir a hacer visitas y escuchar tonterías, salir al campo para ver los primeros espinos.

Una vez en el campo, ya no nos apartábamos de ellos durante el resto del paseo que dábamos por la parte de Méséglise. Eran perpetuamente recorridos, como por un vagabundo invisible, por el viento, que para mí era el genio particular de Combray. Todos los años, el día de nuestra llegada, para sentir que estaba realmente en Combray, subía a encontrarlo corriendo entre los surcos y me hacía correr detrás de él. Siempre llevábamos el viento a nuestro lado por la parte de Méséglise, en aquella llanura abombada donde legua tras legua no encuentra ningún accidente de terreno. Yo sabía que Mlle. Swann iba a menudo a pasar unos días a Laon y, aunque estuviese a varias leguas, como la distancia quedaba compensada por la ausencia de cualquier obstáculo, cuando, en las tardes cálidas, veía a una misma brisa, salida del confín del horizonte, inclinar los trigales más lejanos, propagarse como una ola por toda la inmensa extensión y venir a echarse, murmuradora y tibia, entre las esparcetas y los tréboles, a mis pies, aquella llanura que nos era común a ambos parecía acercarnos, unirnos, pensaba que aquel soplo de viento había pasado a su lado, que era algún mensaje de ella lo que me susurraba sin que yo pudiera comprenderlo, y lo besaba al pasar. A la izquierda había un pueblo llamado Champieu (*Campus Pagani,* según el cura). A la derecha, más allá de los trigales se divisaban los dos campanarios cincelados y rústicos de Saint-André-des-Champs, en realidad afilados, escamosos, imbricados de alveolos, labrados, amarillentos y grumosos, como dos espigas.

A intervalos simétricos, en medio de la inimitable ornamentación de sus hojas que no pueden confundirse con la hoja de ningún otro árbol frutal, los manzanos abrían sus anchos pétalos de raso blanco o colgaban los tímidos ramilletes de sus capullos rojizos. Fue por la parte de Méséglise donde observé por vez primera la sombra redonda que los manzanos hacen sobre la tierra soleada, y también esas sedas de oro impalpable que el poniente teje oblicuamente debajo de las

hojas, y que yo veía a mi padre interrumpir con su bastón sin conseguir desviarlas nunca.

A veces en el cielo de la tarde pasaba la luna blanca como una nube, furtiva, sin brillo, semejante a una actriz que no tiene que actuar a esa hora y que, desde la sala, vestida de calle, mira un momento a sus compañeros, difuminándose, deseando que no se fijen en ella. Me gustaba encontrar su imagen en ciertos cuadros y en ciertos libros, pero esas obras de arte eran muy diferentes —al menos durante los primeros años, antes de que Bloch hubiera acostumbrado mis ojos y mi pensamiento a armonías más sutiles— de aquellas en las que la luna me parecería bella hoy y en las que entonces no la hubiese reconocido. Era, por ejemplo, alguna novela de Saintine[114], un paisaje de Gleyre[115] en el que perfila con toda nitidez sobre el cielo una hoz de plata, esas obras ingenuamente incompletas como lo eran mis propias impresiones y que indignaban a las hermanas de mi abuela al ver que las amaba. Pensaban que deben ponerse delante de los niños, y que es indicio de buen gusto amar desde el primer momento las obras que, llegados a la madurez, admiramos definitivamente. Y ello, sin duda, porque se figuraban los méritos estéticos como objetos materiales que unos ojos abiertos no pueden dejar de percibir, sin necesidad de ir madurando poco a poco otros equivalentes en su propio corazón.

Era por la parte de Méséglise, en Montjouvain, casa situada a orillas de una gran charca y adosada a un talud cubierto de matorrales donde vivía el señor Vinteuil. Por eso en el camino nos cruzábamos a menudo con su hija, que conducía un *buggy* a toda velocidad. A partir de cierto año no volvimos a encontrarla sola, sino en compañía de una amiga de más edad, que tenía mala reputación en la comarca y que un día se instaló definitivamente en Montjouvain. La gente decía: «El pobre señor Vinteuil debe de estar ciego de cariño para no percatarse de lo que se cuenta, y permitir a su hija, él, que se escandaliza por una palabra *fuera de lugar,* vivir bajo el mismo techo con semejante mujer. Él dice que es una mujer superior, un gran corazón y que habría tenido dotes extraordinarias para la música de haberlas cultivado. Puede estar seguro de que no es a la música a lo que se dedica con su hija». El señor Vinteuil lo decía; y es notable, en efecto, que una persona despierte siempre admiración por sus cualidades morales en

los padres de cualquier otra persona con la que mantiene relaciones carnales. El amor físico, tan injustamente denigrado, obliga tanto a toda criatura a manifestar hasta las menores parcelas que posee de bondad, de desprendimiento de sí, que terminan resplandeciendo a ojos del entorno inmediato. El doctor Percepied, a quien su gruesa voz y espesas cejas permitían interpretar a capricho el papel de hombre pérfido para el que carecía de físico, sin comprometer para nada su reputación inquebrantable e inmerecida de huraño bonachón, sabía hacer llorar de risa al cura y a todo el mundo diciendo en tono rudo: «¡Bueno! Al parecer, se dedica a la música con su amiga, Mlle. Vinteuil. Cualquiera diría que les sorprende. Yo no sé nada. Ha sido el bueno de Vinteuil el que me lo dijo ayer mismo. Después de todo, ¿por qué no ha de tener derecho esa muchacha a que le guste la música? No soy partidario de contrariar las vocaciones artísticas de los niños, y al parecer Vinteuil tampoco. Además también él hace música con la amiga de su hija. ¡Caramba, cuánta música se hace en esa casa! Pero ¿por qué se ríen? Sí, esa gente hace demasiada música. El otro día encontré al bueno de Vinteuil junto al cementerio. No podía tenerse de pie».

Para quienes como nosotros vieron en esa época al señor Vinteuil evitar a las personas que conocía, torcer hacia otro lado cuando las divisaba, envejecer en unos pocos meses, consumirse en su pena, volverse incapaz de cualquier esfuerzo que no tuviera directamente la felicidad de su hija por meta, pasar jornadas enteras ante la tumba de su mujer —hubiera sido difícil no comprender que estaba muriéndose de pena, y suponer que no se daba cuenta de los rumores que corrían. Los conocía, tal vez hasta les daba crédito. Quizá no existe una persona, por grande que sea su virtud, que no pueda ser llevada por la complejidad de las circunstancias a vivir un día en familiaridad con el vicio que condena del modo más formal— sin que por lo demás lo reconozca del todo bajo el disfraz de hechos particulares que reviste para entrar en contacto con esa persona y hacerla sufrir: palabras extrañas, actitudes inexplicables, cierta noche, de tal criatura a la que por otra parte tantas razones tiene para amar. Pero para un hombre como el señor Vinteuil debía entrañar más sufrimiento que para cualquier otro la resignación ante una de esas situaciones que erróneamente creemos patrimonio exclusivo del mundo de la

bohemia: se producen cada vez que un vicio, que la naturaleza misma desarrolla en un niño, a veces con solo mezclar las virtudes de su padre y de su madre, como el color de los ojos, necesita reservarse el lugar y la seguridad que precisa. Pero que el señor Vinteuil conociese acaso la conducta de su hija no significa que su culto por ella hubiera disminuido. Los hechos no penetran en el mundo donde viven nuestras creencias, no las han hecho nacer, ni las destruyen; pueden infligirles los desmentidos más constantes sin debilitarlas, y una avalancha de desgracias o de enfermedades sucediéndose ininterrumpidamente en una familia, no la hará dudar de la bondad de su Dios o del talento de su médico. Pero cuando el señor Vinteuil pensaba en su hija y en sí mismo desde el punto de vista de la gente, desde el punto de vista de su reputación, cuando trataba de situarse con ella en el rango que ocupaban en la estima general, entonces ese juicio de orden social, lo llevaba exactamente como lo hubiera hecho el vecino de Combray más hostil, se veía junto a su hija caído en el último de los bajos fondos, y sus modales habían asumido desde hacía poco esa humildad, ese respeto por quienes se encontraban por encima de él y a los que veía desde abajo (aunque hasta entonces hubieran sido muy inferiores a él), esta tendencia a tratar de subir hasta ellos, que es una resultante casi mecánica de todas las decadencias. Un día que caminábamos con Swann por una calle de Combray, el señor Vinteuil, que salía de otra, se había topado con nosotros de forma tan brusca que no tuvo tiempo de evitarnos; y, con esa altanera caridad del hombre de mundo que, en medio de la disolución de todos sus prejuicios morales, no ve en la infamia ajena sino una razón para ejercer con él una benevolencia cuyos testimonios halagan más el amor propio de quien los da porque parecen de mayor valor a quien los recibe, Swann había hablado largo rato con el señor Vinteuil, a quien hasta entonces no dirigía la palabra, y antes de despedirse le había preguntado por qué no mandaba un día a su hija a jugar a Tansonville. Dos años antes, esa invitación hubiera indignado al señor Vinteuil, mientras que ahora lo colmaba de sentimientos tan agradecidos que se creía obligado por ellos a no cometer la indiscreción de aceptarla. La amabilidad de Swann con su hija le parecía en sí misma un apoyo tan honorable y tan delicioso que pensaba que tal vez fuera mejor no utilizarlo, para tener la dulzura

totalmente platónica de conservarlo.

«¡Qué hombre tan exquisito!», nos dijo cuando Swann se hubo despedido, con la misma veneración entusiasta que sienten espirituales y graciosas burguesas que respetan y admiran fascinadas a una duquesa, por fea y tonta que sea. «¡Qué hombre tan exquisito! ¡Lástima que haya hecho una boda tan inconveniente!».

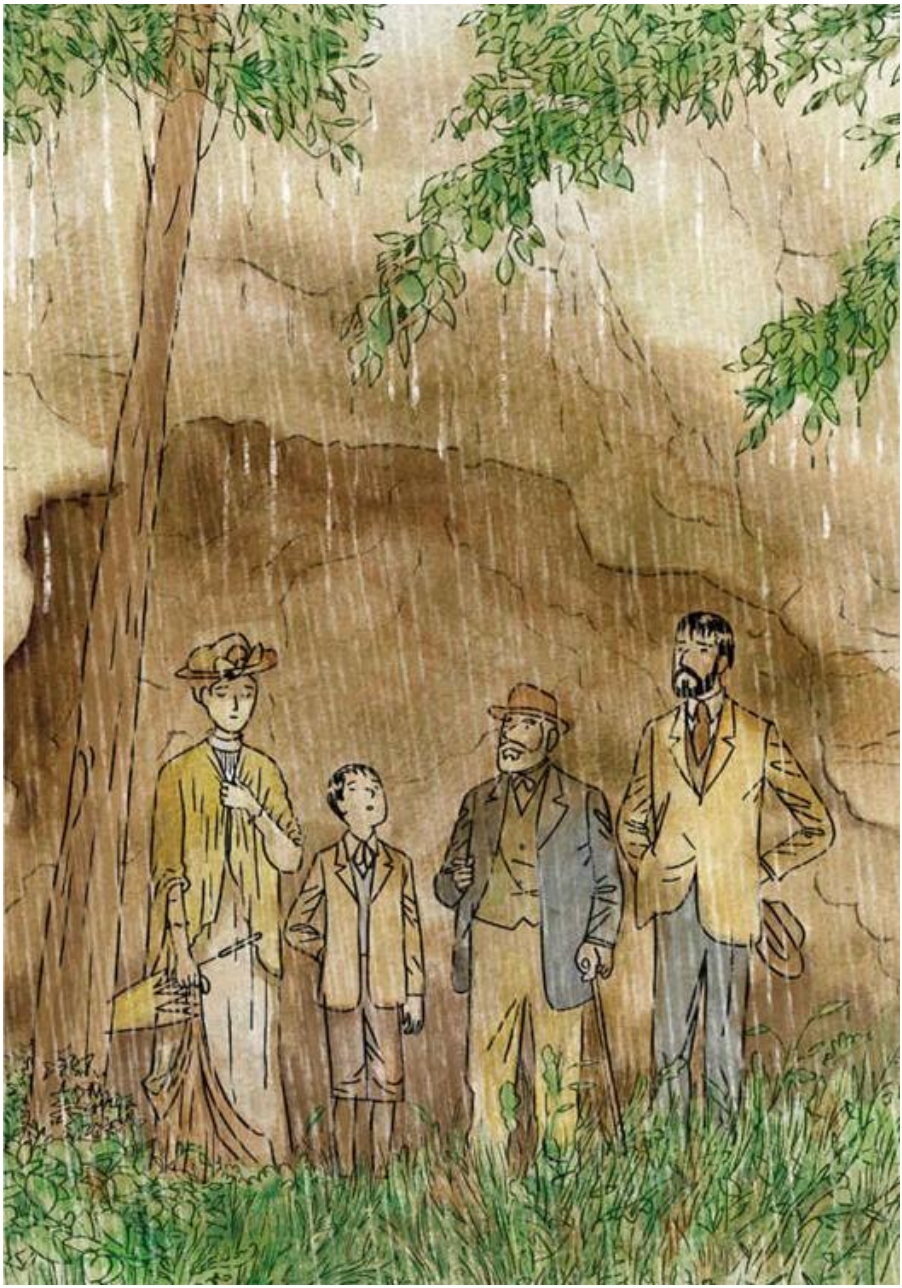
Y entonces, ejemplo de que hasta los seres más sinceros tienen su punto de hipocresía y prescinden cuando hablan con una persona de la opinión en que la tienen y la expresan en cuanto se ha ido, mis padres deploraron junto al señor Vinteuil el matrimonio de Swann en nombre de principios y conveniencias que (por el solo hecho de invocarlos en común con él, como buenas gentes del mismo ambiente) parecían dar a entender que en Montjouvain no se transgredían. El señor Vinteuil no envió a su hija a casa de Swann. Y este fue el primero en lamentarlo. Porque cada vez que se despedía de Vinteuil, recordaba que desde hacía algún tiempo quería pedirle información sobre una persona de su mismo apellido, pariente suyo, según creía. Y aquella vez se había prometido no olvidar lo que tenía que decirle, cuando el señor Vinteuil enviase a su hija a Tansonville.

Como el paseo por la parte de Méséglise era el menos largo de los dos que dábamos alrededor de Combray y por eso lo reservábamos para los días de tiempo incierto, el clima por la parte de Méséglise era bastante lluvioso y nunca perdíamos de vista la linde de los bosques de Roussainville en cuya espesura podríamos ponernos a cubierto.

A menudo el sol se ocultaba detrás de una nube que deformaba su óvalo y amarilleaba su borde. El brillo, pero no la claridad, era retirado del campo donde toda vida parecía suspendida, mientras el pueblecillo de Roussainville esculpía sobre el cielo el relieve de sus aristas blancas con una precisión y un acabado abrumadores. Un poco de viento hacía levantar el vuelo a un cuervo que volvía a caer allá lejos, y, contra el cielo blancuzco, la lejanía de los bosques parecía más azul, como pintada en esos camafeos que decoran los entrepaños de las antiguas mansiones.

Pero otras veces empezaba a caer la lluvia con que nos había amenazado el capuchino que el óptico tenía en su escaparate; como aves migratorias que alzan el vuelo todas juntas, las gotas de agua bajaban del cielo en apretadas filas. No se separan nunca, no van a la

aventura durante la rápida travesía, sino que cada una mantiene su posición, atrae hacia sí a la que la sigue y el cielo se vuelve más oscuro que cuando parten las golondrinas. Nos refugiábamos en el bosque. Cuando su viaje parecía acabado, algunas llegaban todavía, más débiles, más lentas. Pero salíamos de nuestro refugio, porque a las gotas les gusta el follaje, y ya estaba la tierra casi seca cuando más de una se demoraba jugando en las nervaduras de una hoja, y suspendida en la punta, tranquila, brillando al sol, se dejaba resbalar de improviso desde toda la altura de la rama y nos caía en la nariz.



También con frecuencia íbamos a refugiarnos, mezclados con los santos y los patriarcas de piedra bajo el pórtico de Saint-André-des-Champs. ¡Qué francesa era aquella iglesia! Sobre la puerta, los santos, los reyes-caballeros con una flor de lis en la mano, las escenas de bodas y funerales estaban representados como podían estarlo en el alma de Françoise. El escultor también había narrado ciertas anécdotas sobre Aristóteles y Virgilio[116] del mismo modo que

Françoise hablaba en la cocina de buena gana de san Luis como si lo hubiera conocido personalmente, y por lo general para avergonzar con la comparación a mis abuelos, que eran menos «justos». Se notaba que las nociones que el artista medieval y la campesina medieval (superviviente en el siglo xix) tenían de la historia antigua o cristiana, y que se distinguían tanto por la inexactitud como por la bondad, no procedían de los libros, sino de una tradición al mismo tiempo antigua y directa, ininterrumpida, oral, deformada, irreconocible y viva. Otra personalidad de Combray a la que también yo reconocía, virtual y profetizada, en la escultura gótica de Saint-André-des-Champs, era el joven Théodore, el dependiente de la tienda de Camus. Por otra parte, Françoise percibía tan bien en él un país y un contemporáneo que, cuando mi tía Léonie estaba demasiado enferma para que Françoise pudiera darle sola la vuelta en la cama, llevarla al sillón, antes de permitir a la chica de cocina subir a «dejarse ver» por mi tía, llamaba a Théodore. Pero el muchacho, que pasaba y con razón por un mal sujeto, estaba tan invadido por el alma que había decorado Saint-André-des-Champs y en particular por los sentimientos de respeto que Françoise creía debidos a los «pobres enfermos», a «su pobre ama», que para levantar la cabeza de mi tía sobre su almohada tenía la cara ingenua y solícita de los angelitos que, en los bajorrelieves, se afanan, con un cirio en la mano, alrededor de la Virgen desfalleciente, como si las caras de piedra esculpida, grisáceas y desnudas como lo están los bosques en invierno, no fueran más que un adormecimiento, una reserva, pronta a florecer de nuevo en la vida en innumerables rostros populares, reverendos y taimados como el de Théodore, coloreados con la rojez de una manzana madura. No ya aplicada a la piedra como esos angelitos, sino separada del pórtico, de una estatura más que humana, de pie sobre una peana como sobre un taburete que le evitara posar los pies sobre el húmedo suelo, una santa tenía las mejillas llenas, el seno firme que henchía el paño como un racimo maduro en un saco de crin, la frente estrecha, la nariz corta y traviesa, las pupilas hundidas, el aspecto sano, insensible y animoso de las aldeanas de la comarca. Esta semejanza que insinuaba en la estatua una ternura que yo no había buscado en ella, quedaba confirmada a menudo por alguna muchacha de los campos, llegada como nosotros a guarecerse y cuya presencia, parecida a la de esos follajes de

parietaria que han crecido al lado de los follajes esculpidos, parecía destinada a permitir juzgar la verdad de la obra de arte por confrontación con la naturaleza. Delante de nosotros, en la distancia, tierra prometida o maldita, Roussainville, en cuyos muros nunca he penetrado, Roussainville, a veces, cuando la lluvia ya había escampado para nosotros, seguía siendo castigado como un pueblo bíblico por todas las lanzas de la tormenta que flagelaban oblicuamente las moradas de sus habitantes, o bien ya estaba perdonado por Dios Padre, que mandaba descender hacia él, desigualmente largos, como los rayos de una custodia de altar, los tallos de oro desflecados de su sol reaparecido.

Algunas veces, el tiempo se estropeaba por completo, había que volver y quedarnos encerrados en casa. Aquí y allá en el fondo del campo que la oscuridad y la humedad hacían parecerse al mar, unas casas aisladas, colgadas en la ladera de una colina sumida en la oscuridad y en el agua, brillaban como barquitas que han replegado sus velas y permanecen inmóviles mar adentro toda la noche. Pero ¡qué importaba la lluvia, qué importaba la tormenta! En verano, el mal tiempo solo es un humor pasajero, superficial, del buen tiempo subyacente y fijo, muy distinto del buen tiempo inestable y fluido del invierno y que, al contrario, instalado en la tierra donde se ha solidificado en densos follajes sobre los que puede escurrirse la lluvia sin comprometer la resistencia de su permanente alegría, ha izado para toda la estación, hasta en las calles del pueblo, en los muros de las casas y los jardines, sus pabellones de seda violeta o blanca. Sentado en el saloncito, donde esperaba leyendo la hora de la cena, oía al agua escurrirse de nuestros castaños, pero sabía que el chaparrón no hacía otra cosa que barnizar sus hojas y que ellos prometían permanecer allí, como garantías del verano, durante toda la lluviosa noche, asegurando la continuidad del buen tiempo; que por más que lloviese, mañana, por encima de la barrera blanca de Tansonville, seguirían ondulando, igual de numerosas, unas pequeñas hojas en forma de corazón; y sin tristeza veía al chopo de la calle des Perchamps dirigir a la tormenta súplicas y saludos desesperados; y sin tristeza oía al final del jardín el arrullo de los últimos fragores del trueno entre los lilos.

Si el tiempo era malo desde por la mañana, mis padres renunciaban

al paseo y yo no salía. Pero luego tomé la costumbre de ir, esos días, a caminar solo por la parte de Méséglise-la-Vineuse, en el otoño en que tuvimos que ir a Combray por la herencia de mi tía Léonie, pues al fin había muerto, haciendo triunfar a la vez a quienes pretendían que su régimen debilitante acabaría por matarla, y también a los otros que siempre habían sostenido que padecía una enfermedad nada imaginaria sino orgánica, a cuya evidencia tendrían que rendirse los escépticos cuando hubiera sucumbido a ella; y su muerte no causó gran dolor más que a un solo ser, pero fue un dolor salvaje. Durante los quince días que duró la última enfermedad de mi tía, Françoise no se apartó de ella un instante, no se desvistió, no permitió que nadie más la cuidase, y solo se separó de su cuerpo cuando fue enterrado. Entonces comprendimos que aquella especie de temor a las malas palabras, sospechas y arrebatos de cólera de mi tía en que Françoise había vivido había desarrollado en ella un sentimiento que nosotros habíamos tomado por odio y que tenía mucho de veneración y de amor. Su ama verdadera, la de las decisiones imposibles de prever, la de las argucias difíciles de desbaratar, la de buen corazón fácil de ablandar, su soberana, su misterioso y omnipotente monarca, ya no existía. Comparados con ella, nosotros contábamos bien poco. Estaba lejos el tiempo en que, cuando habíamos empezado a ir a pasar las vacaciones a Combray, poseíamos tanto prestigio como mi tía a los ojos de Françoise. Ese otoño, totalmente absorbidos por las formalidades que cumplir, por las entrevistas con notarios y los aparceros, como mis padres apenas tenían tiempo para hacer salidas que además el tiempo contrariaba, tomaban la costumbre de dejarme ir a pasear sin ellos por la parte de Méséglise, envuelto en un gran gabán de viaje que me protegía de la lluvia y que me echaba sobre los hombros de mejor gana al notar que sus rayas escocesas escandalizaban a Françoise, en cuya cabeza nadie habría podido hacer entrar la idea de que el color de la ropa nada tiene que ver con el luto y a quien, por otra parte, la pena que sentíamos por la muerte de mi tía agradaba poco, porque no habíamos dado un gran banquete fúnebre, porque no adoptábamos un tono de voz especial para hablar de ella, porque yo hasta canturreaba a veces. Estoy seguro de que en un libro —y en esto yo mismo me parecía a Françoise—, semejante concepción del luto derivada de la *Chanson de Roland*[117] y del

pórtico de Saint-André-des-Champs, me hubiera resultado simpática. Pero en cuanto Françoise estaba a mi lado, un demonio me impulsaba a desear que montase en cólera, aprovechaba el menor pretexto para decirle que sentía la pérdida de mi tía porque era una buena mujer, a pesar de sus ridiculeces, pero no porque fuese mi tía, que hubiera podido ser mi tía y resultarme odiosa y su muerte no darme pena alguna, palabras que en un libro me hubieran parecido inapropiadas.

Si entonces Françoise, colmada como un poeta por una oleada de confusos pensamientos sobre el dolor, sobre los recuerdos familiares, se excusaba por no saber responder a mis teorías y decía: «No sé expresarme», yo triunfaba ante aquella confesión con un sentido común irónico y brutal digno del doctor Percepied; y si ella añadía: «Pues a pesar de todo era de la paréntesis, y sigue quedando el respeto debido a la paréntesis», yo me encogía de hombros y pensaba: «Soy demasiado bueno por discutir con una analfabeta que dice semejantes disparates», adoptando de este modo para juzgar a Françoise el mezquino punto de vista de hombres que más los desprecian en la imparcialidad de la reflexión, y son muy capaces de asumir ese papel cuando representan una de las escenas vulgares de la vida.

Mis paseos de aquel otoño fueron más agradables todavía porque los daba tras largas horas pasadas sobre un libro. Cuando estaba cansado de haber leído toda la mañana en la sala, me echaba mi gabán sobre los hombros y salía: mi cuerpo, obligado desde hacía mucho a guardar la inmovilidad, pero que se había cargado durante ese rato de animación y de velocidad acumuladas, necesitaba luego, como una peonza que soltamos, prodigarlas en todas direcciones. Las paredes de las casas, el seto de Tansonville, los árboles del bosque de Roussainville, los matorrales a los que se adosa Montjouvain, recibían golpes de paraguas o de bastón, oían gritos joviales, que no eran, ni unos ni otros, sino ideas confusas que me exaltaban y que no habían alcanzado el reposo en la luz, por haber preferido a un lento y difícil esclarecimiento el placer de una derivación más cómoda hacia una salida inmediata. La mayoría de las presuntas traducciones de lo que hemos sentido no hacen otra cosa que liberarnos haciéndolo salir de nosotros bajo una forma indistinta que no nos enseña a conocerlo. Cuando trato de hacer el inventario de lo que debo a la parte de Méséglise, de los humildes descubrimientos a los que sirvió de marco

fortuito o de inspirador necesario, recuerdo que fue ese otoño, en uno de aquellos paseos, junto al talud cubierto de maleza que protege Montjouvain, cuando me sorprendió por vez primera ese desacuerdo entre nuestras impresiones y su expresión habitual. Después de una hora de lluvia y viento contra los que había luchado lleno de entusiasmo, al llegar a orillas de la charca de Montjouvain, delante de una casilla recubierta de tejas donde el jardinero del señor Vinteuil guardaba sus aperos de jardinería, acababa de aparecer el sol, y sus oros lavados por el chaparrón relucían de nuevo en el cielo, sobre los árboles, sobre la pared de la choza, sobre su techo de tejas todavía mojado, por cuya cresta se paseaba una gallina. El soplo del viento estiraba horizontalmente los hierbajos que habían crecido en la pared del muro, y las plumas vellosas de la gallina; unos y otras se dejaban llevar a capricho del viento hasta la extremidad de su longitud, con el abandono de las cosas inertes y ligeras. El techo de tejas creaba en la charca, que el sol llenaba de nuevo de reflejos, un jaspeado rosa en el que nunca hasta entonces me había fijado. Y al ver sobre el agua y en la cara del muro una pálida sonrisa respondiendo a la sonrisa del cielo, exclamé entusiasmado blandiendo mi paraguas cerrado: «¡Vaya! ¡Vaya!». Pero al mismo tiempo sentí que mi deber hubiera sido no limitarme a esas palabras opacas e intentar ver más claro mi arrobamiento.

Y fue también en ese momento —gracias a un aldeano que pasaba, con aire de estar ya de bastante malhumor, que empeoró cuando estuve a punto de darle con el paraguas en la cara, y que respondió fríamente a mi «buen tiempo, ¿no le parece?, da gusto caminar»— cuando supe que no se producen simultáneamente, según un orden preestablecido, las mismas emociones en todos los hombres. Más tarde, cada vez que una lectura algo prolongada me daba ganas de charlar, el compañero a quien ardía en deseos de dirigir la palabra acababa precisamente de entregarse al placer de la conversación y en ese momento deseaba que lo dejasen leer tranquilo. Si yo acababa de pensar en mis padres con cariño y de adoptar las decisiones más prudentes y más adecuadas para complacerlos, ellos habían dedicado ese mismo tiempo a enterarse de un pecadillo que yo había olvidado y que me reprochaban severamente en el momento en que me lanzaba hacia ellos para darles un beso.

A veces, a la exaltación que me daba la soledad se añadía otra que yo no sabía aislar con nitidez, causada por el deseo de ver surgir ante mí una campesina a la que podría estrechar entre mis brazos. Nacido bruscamente, y sin que yo tuviera tiempo de relacionarlo exactamente con su causa, en medio de pensamientos muy diversos, el placer que lo acompañaba solo me parecía un grado superior al que me daban esos mismos pensamientos. Atribuía un mérito suplementario a todo lo que en ese momento ocupaba mi espíritu, al reflejo rosa del techo de teja, a los hierbajos, al pueblo de Roussainville adonde hacía mucho deseaba ir, a los árboles de su bosque, al campanario de su iglesia, por aquella emoción nueva que me los hacía parecer más deseables solo por creer que eran ellos los que la provocaban, y que parecía no querer otra cosa que empujarme hacia ellos con mayor rapidez cuando inflaba mi vela con una brisa potente, desconocida y propicia. Pero si ese deseo de ver aparecer una mujer añadía para mí a los encantos de la naturaleza algo más exaltante, los encantos de la naturaleza dilataban a su vez lo que el encanto de la mujer había tenido de demasiado estrecho. Me parecía que la belleza de los árboles era también la suya y que su beso me entregaría el alma de aquellos horizontes, del pueblo de Roussainville, de los libros que leía aquel año; y como mi imaginación recobraba fuerza al contacto de la sensualidad, como mi sensualidad se derramaba por todos los terrenos de mi imaginación, ya no había límites para mi deseo. También porque —como ocurre en esos momentos de soñación en medio de la naturaleza, cuando, en suspenso la acción del hábito, y dejadas de lado nuestras nociones abstractas de las cosas, creemos con fe profunda en la originalidad, en la vida individual del lugar en que estamos— la mujer que pasaba invocada por mi deseo no me parecía un ejemplar cualquiera del tipo general de la mujer, sino un producto necesario y natural de ese suelo. Pues en ese tiempo, todo lo que no era yo, la tierra y las criaturas, me parecía más precioso, más importante, dotado de una existencia más real de lo que parecía a los hombres adultos. Y no hacía distinción entre la tierra y los seres. Tenía el deseo de una campesina de Méséglise o de Roussainville, de una pescadora de Balbec, lo mismo que sentía el deseo de Méséglise y de Balbec. El placer que podían darme me habría parecido menos verdadero, no habría conseguido creer en él, si hubiera modificado a

mi arbitrio sus condiciones. Conocer en París a una pescadora de Balbec o a una campesina de Méséglise hubiera sido recibir unas conchas que yo no habría visto en la playa, un helecho que no habría encontrado en los bosques, hubiera sido sustraer al placer que la mujer había de darme todos aquellos en medio de los cuales la había envuelto mi imaginación. Pero vagar de aquel modo por los bosques de Roussainville sin una campesina que abrazar, era no conocer el tesoro escondido de aquellos bosques, su belleza profunda. Aquella muchacha que yo solo veía cernida de follajes, era para mí como una planta local de una especie más elevada solo que las otras, y cuya estructura permite acercarse más que las demás al sabor profundo de la comarca. Podía creerlo con tanta mayor facilidad (y que las caricias con que ella me haría alcanzarlo serían también de una clase particular cuyo placer ninguna otra habría podido procurarme) cuanto que me hallaba por mucho tiempo todavía en esa edad en que aún no hemos abstraído ese placer de la posesión de las diferentes mujeres con las que lo hemos saboreado, en que aún no lo hemos reducido a una noción general que nos las hace considerar desde ese momento como los instrumentos intercambiables de un placer siempre idéntico. Aislado, separado y formulado en la mente, no existe siquiera como el blanco que perseguimos al acercarnos a una mujer, como la causa de la turbación previa que se siente. Apenas si pensamos en él como en un placer que tendremos; lo llamamos, más bien, su encanto propio; pues no se piensa en uno mismo, sino solo en salir de sí. Oscuramente esperado, inmanente y oculto, en el momento en que se cumple lleva únicamente a tal paroxismo los demás placeres que nos causan las miradas cariñosas, los besos de aquella que está a nuestro lado, que sobre todo a nosotros mismos nos parece una especie de transporte de nuestra gratitud por la bondad de corazón de nuestra compañera y por esa conmovedora predilección que nos otorga y que medimos por las delicias, por la dicha con que nos colma.

En vano, ay, imploraba yo al torreón de Roussainville, en vano le rogaba que hiciese llegar hasta mí alguna criatura de su pueblo, como al solo confidente que yo había tenido de mis primeros deseos, cuando desde lo alto de nuestra casa de Combray, en el pequeño gabinete que olía a lirios, no veía más que su torre en medio del marco de la ventana entreabierta, mientras con las vacilaciones heroicas del

viajero que emprende una exploración o del desesperado que se suicida desfalleciente, iba abriendo dentro de mí una ruta desconocida y que creía mortal, hasta el momento en que un rastro natural como el de un caracol venía a unirse a las hojas del grosellero silvestre que se inclinaban hasta mí. En vano le suplicaba ahora. En vano drenaba la extensión que abarcaba el campo de mi visión con mis ojos, que hubieran querido traer una mujer. Podía ir hasta el pórtico de Saint-André-des-Champs: nunca se encontraba allí la campesina que no hubiera dejado de encontrar de haber ido con mi abuelo, ya en la imposibilidad de trabar conversación con ella. Miraba indefinidamente el tronco de un árbol lejano, tras del cual surgiría la mujer para venir hacia mí; el horizonte escrutado permanecía desierto, caía la noche, y sin esperanza mi atención se aferraba, como para aspirar las criaturas que podían ocultar, a aquel terreno estéril, a aquella tierra agotada; y no era de alegría, era de rabia como golpeaba los árboles del bosque de Roussainville entre los que no salían más seres vivos que si hubieran sido árboles pintados sobre la tela de un panorama, cuando, incapaz de resignarme a regresar a casa antes de haber estrechado entre mis brazos a la mujer que tanto había deseado, me veía obligado a tomar el camino de vuelta de Combray confesándome a mí mismo que se hacía cada vez menos probable el azar que hubiera podido ponerla en mi camino. Además, de haberla encontrado, ¿me hubiera atrevido a dirigirle la palabra? Pensaba que me habría tomado por loco; dejaba de creer compartidos por otros seres, de creer verdaderos fuera de mí los deseos que formaba durante aquellos paseos y que no se cumplían. Ya no me parecían otra cosa que las creaciones puramente subjetivas, impotentes, ilusorias, de mi temperamento. Carecían de cualquier lazo con la naturaleza, con la realidad que, desde entonces, perdía todo encanto y cualquier significación y solo era para mi vida un marco convencional como para la ficción de una novela lo es el vagón en cuyo banco va leyéndola el viajero para matar el tiempo.

Quizá de una impresión también sentida cerca de Montjouvain, unos años más tarde, impresión que entonces quedó oscura, haya salido, mucho después, la idea que me he hecho del sadismo[118]. Más adelante se verá que, por razones completamente distintas, el recuerdo de esa impresión estaba destinado a jugar un papel importante en mi

vida. Hacía un tiempo muy caluroso; mis padres, que habían debido ausentarse todo el día, me habían dicho que volviese tan tarde como quisiera; y, habiéndome ido hasta la charca de Montjouvain donde me gustaba ver los reflejos del techo de teja, me había tumbado a la sombra y dormido entre los matorrales del talud que domina la casa, en el mismo lugar donde había esperado a mi padre en el pasado un día que él había ido a visitar al señor Vinteuil. Era casi de noche cuando me desperté, e iba a levantarme cuando vi a Mlle. Vinteuil (tanto como pude reconocerla, porque la había visto muy pocas veces en Combray, y solo cuando todavía era una niña, mientras que ahora empezaba a ser adolescente), que con toda probabilidad acababa de entrar, frente a mí, a unos pocos centímetros, en aquella habitación donde su padre había recibido al mío y que ella había transformado en su saloncito. Estaba entreabierta la ventana, encendida la lámpara, yo veía todos sus movimientos sin que ella me viese, pero, de haberme marchado, habría hecho crujir los matorrales, ella me habría oído y habría podido pensar que me había escondido allí para espiarla.

Estaba de riguroso luto, porque su padre había muerto hacía poco. Nosotros no habíamos ido a visitarla, mi madre no lo había querido en nombre de una virtud que era lo único que en ella limitaba los efectos de la bondad: el pudor; pero la compadecía profundamente. Mi madre recordaba el triste final de vida del señor Vinteuil, totalmente absorbida, en primer lugar, por los cuidados de madre y niñera que prodigaba a su hija, luego por los sufrimientos que esta le había causado; volvía a ver el rostro torturado que el viejo había tenido en los últimos tiempos; sabía que había renunciado por siempre a terminar de transcribir toda su obra de los últimos años, pobres fragmentos de un viejo profesor de piano, de un antiguo organista de pueblo, de los que suponíamos desde luego que apenas tenían valor en sí mismos, pero que no despreciábamos porque para él significaban tanto, porque habían sido su razón de vivir antes de sacrificarlos a su hija, y porque en su mayoría ni siquiera transcritos, conservados solo en su memoria, algunos anotados en hojas sueltas, ilegibles, permanecerían ignorados; mi madre pensaba en aquella otra renuncia más cruel todavía a la que el señor Vinteuil se vio forzado, la renuncia a un futuro de felicidad honesta y respetada para su hija; cuando evocaba toda aquella angustia suprema del antiguo maestro de piano

de mis tías, sentía auténtica pena y pensaba aterrada en aquella otra mucho más amarga que debía de sufrir Mlle. Vinteuil, entreverada por el remordimiento de haber ido matando poco a poco a su padre. «Pobre señor Vinteuil, decía mi madre, ha vivido y ha muerto por su hija, sin haber recibido su paga. ¿La recibirá después de su muerte, y en qué forma? Solo podría venirle de ella».

En el fondo del salón de Mlle. Vinteuil, sobre la chimenea, reposaba un pequeño retrato de su padre que ella se apresuró a buscar cuando sonó el rodar de un coche procedente de la carretera, luego se echó sobre un sofá, y acercó una mesita sobre la que colocó el retrato, lo mismo que en ocasión distinta el señor Vinteuil había puesto a su lado la partitura que había deseado tocar para mis padres. No tardó en entrar su amiga. Mlle. Vinteuil la recibió sin levantarse, con las dos manos detrás de la cabeza y se corrió hacia el lado opuesto del sofá como para hacerle sitio. Pero inmediatamente se dio cuenta de que, de ese modo, parecía querer imponerle una actitud que acaso le resultara importuna. Pensó que tal vez su amiga preferiría estar lejos de ella en una silla, se consideró indiscreta, la delicadeza de su corazón se alarmó por ello; volviendo a ocupar todo el sitio en el sofá cerró los ojos y se puso a bostezar dando a entender que la única razón por la que se había tumbado de aquel modo era su deseo de dormir. A pesar de la familiaridad ruda e imperiosa que mantenía con su compañera, yo reconocía los gestos obsequiosos y reticentes, los bruscos escrúpulos de su padre. Se levantó enseguida, fingió que quería cerrar los postigos y que no lo conseguía.

«Deja todo abierto, tengo calor, dijo su amiga.

—Pero es un fastidio, nos verían», respondió Mlle. Vinteuil.

Pero adivinó sin duda que su amiga pensaría que solo había dicho aquellas palabras para provocar su respuesta con otras que de hecho deseaba oír, pero que por discreción quería dejarle pronunciar por propia iniciativa. Por eso su mirada, que yo no podía distinguir, debió de adoptar la expresión que tanto agradaba a mi abuela, cuando añadió con vivacidad:

«Cuando digo vernos, quiero decir que nos vean leer; por insignificante que sea lo que hagamos, es un fastidio pensar que hay ojos que nos ven».

Por una generosidad instintiva y una cortesía involuntaria callaba

las palabras premeditadas que había juzgado indispensables para la plena realización de su deseo. Y en el fondo de sí misma, en todo momento, una virgen tímida y suplicante imploraba y hacía retroceder a un soldadote zafio y vencedor.

«Sí, es probable que alguien nos esté mirando a esta hora, en este campo tan frecuentado, dijo irónicamente su amiga. ¿Y qué?», añadió (creyendo que debía acompañar con un guiño malicioso y tierno estas palabras que recitó por bondad, como un texto que sabía agradable para Mlle. Vinteuil, en un tono que se esforzaba por volver cínico), «además, si nos viesen, tanto mejor».

Mlle. Vinteuil se estremeció y se levantó. Su corazón escrupuloso y sensible desconocía las palabras que espontáneamente deberían adaptarse a la escena reclamada por sus sentidos. Trataba de encontrar lo más lejos posible de su verdadera naturaleza moral el lenguaje propio de la chica viciosa que deseaba ser, pero las palabras que esta, según pensaba, hubiera pronunciado sinceramente le parecían falsas en su boca. Y lo poco que se permitía era dicho en un tono enfático en el que sus hábitos de timidez paralizaban sus veleidades de audacia, y se mezclaba a: «¿no tienes frío, no tienes demasiado calor, no tienes ganas de estar sola y de leer?».

«Me parece que la señorita tiene esta noche unas ideas muy lúbricas», acabó por decir, repitiendo sin duda una frase oída alguna otra vez en boca de su amiga.

En el escote de su blusa de gasa Mlle. Vinteuil sintió que su amiga ponía un beso; soltó un gritito, escapó, y las dos se persiguieron saltando, haciendo revolotear como alas sus amplias mangas y cloqueando y piando como pájaros enamorados. Luego, Mlle. Vinteuil terminó por caer en el sofá, cubierta por el cuerpo de la amiga. Pero esta daba la espalda a la mesita sobre la que estaba colocado el retrato del viejo profesor de piano. Comprendió Mlle. Vinteuil que su amiga no lo vería si ella no atraía su atención hacia él, y le dijo, como si acabara de fijarse:

«Oh, ese retrato de mi padre que nos mira, no sé quién ha podido ponerlo ahí; he dicho mil veces que ese no era su sitio».

Recordé que eran las mismas palabras que el señor Vinteuil le había dicho a mi padre sobre su partitura. Sin duda aquel retrato les servía habitualmente para profanaciones rituales, porque su amiga le

respondió con estas palabras que debían de formar parte de sus respuestas litúrgicas:

«¡Déjalo donde está, ya no puede darnos la lata! ¿Te imaginas sus lloriqueos, y cómo se empeñaría ese maldito mono en que te pusieses el mantón si te viese así, con la ventana abierta?».

Mlle. Vinteuil respondió con palabras de dulce reproche: «Déjalo, déjalo», que demostraban la bondad de su carácter, no porque fuesen dictadas por la indignación que aquella forma de referirse a su padre pudiera causarle (evidentemente ese era un sentimiento que se había acostumbrado, y quién sabe con ayuda de qué sofismas, a sofocar en su interior en esos instantes), sino porque eran una especie de freno que para no mostrarse egoísta ella misma imponía al placer que su amiga trataba de procurarle. Además, aquella moderación risueña para responder a tales blasfemias, aquel reproche hipócrita y tierno, tal vez parecían a su carácter franco y bueno una forma particularmente infame, una forma dulzarrona de aquella perversidad que trataba de asimilar. Pero no pudo resistir al atractivo del placer que sentiría de ser tratada con cariño por una persona tan implacable con un muerto indefenso; saltó sobre las rodillas de su amiga y ofreció castamente su frente a besar como habría podido hacerlo si hubiera sido su hija, sintiendo con delicia que ambas llegaban así al extremo de crueldad arrebatando al señor Vinteuil, hasta en la tumba, su paternidad. La amiga le cogió la cabeza entre las manos y depositó en su frente un beso con una docilidad que le volvía fácil el gran cariño que sentía por Mlle. Vinteuil y el deseo de ofrecer alguna distracción a la vida tan triste ahora de la huérfana.

«¿Sabes lo que me dan ganas de hacerle a ese viejo monstruo?», dijo ella cogiendo el retrato.

Y murmuró al oído de Mlle. Vinteuil algo que no pude oír.

«¡Oh, no! No te atreverías.

—¿Que no me atrevería a escupir encima? ¿Sobre *esto*?», dijo la amiga con deliberada brutalidad.

No oí nada más, porque Mlle. Vinteuil, con una expresión cansada, torpe, afanosa, honesta y triste fue a cerrar los postigos y la ventana, pero ahora yo sabía, por todos los sufrimientos que durante su vida había soportado el señor Vinteuil a causa de su hija, cuál era el pago que de ella había recibido tras la muerte.

Y sin embargo después he pensado que si el señor Vinteuil hubiera podido asistir a esta escena, tal vez no habría perdido su fe en el buen corazón de su hija, y acaso no anduviese en esto totalmente equivocado. Cierto, en los hábitos de Mlle. Vinteuil la apariencia del mal era tan completa que habría costado trabajo encontrarla realizada en tal grado de perfección salvo en una sádica; es a la luz de las

candilejas de los teatros de bulevar antes que bajo la lámpara de una verdadera casa de campo donde se puede ver a una muchacha obligar a una amiga a escupir sobre el retrato de un padre que solo vivió para ella; y solo el sadismo da un fundamento en la vida a la estética del melodrama. En la realidad, y aparte de los casos de sadismo, una joven tal vez podría cometer faltas no menos crueles que las de Mlle. Vinteuil contra la memoria y las voluntades del padre muerto, pero no las resumiría expresamente en un acto de un simbolismo tan rudimentario y tan ingenuo; lo que de criminal hubiera en su conducta quedaría más velado a ojos de la gente e incluso a sus propios ojos porque haría el mal sin confesárselo. Pero, más allá de la apariencia, en el corazón de Mlle. Vinteuil, el mal, cuando menos al principio, no fue sin duda puro. Una sádica como ella es la artista del mal, cosa que una criatura completamente malvada no podría ser porque el mal ya no le sería exterior, le parecería totalmente natural, no se distinguiría siquiera de ella; y, al no rendir culto a la virtud, a la memoria de los muertos y a la ternura filial no encontraría ningún placer sacrílego en profanarlas. Los sádicos de la especie de Mlle. Vinteuil son seres tan puramente sentimentales, tan naturalmente virtuosos que hasta el placer sensual les parece algo malo, el privilegio de los malvados. Y cuando a sí mismos se permiten entregarse por un momento a ellos, es en la piel de los malvados donde tratan de entrar y hacer entrar a su cómplice, para haber tenido por un instante la ilusión de haberse evadido de su alma escrupulosa y tierna en el mundo inhumano del placer. Y yo comprendía cuánto lo hubiera deseado al ver lo imposible que le resultaba conseguirlo. En el momento en que pretendía ser tan distinta de su padre, lo que me recordaba eran las formas de pensar, de decir, del viejo profesor de piano. Mucho más que su fotografía, lo que profanaba, lo que ponía al servicio de sus placeres pero que seguía estando entre ellos y ella y le impedía saborearlos directamente, era la semejanza de su cara, los ojos azules de su propia madre que él le había transmitido como una joya de familia, aquellos gestos de amabilidad que interponían entre el vicio de Mlle. Vinteuil y ella una fraseología, una mentalidad que no estaba hecha para el vicio y le impedía conocerlo como algo sustancialmente distinto de los numerosos deberes de cortesía a los que se consagraba de ordinario. No era el mal lo que le daba la idea

del placer, que le parecía agradable; era el placer lo que le parecía maligno. Y como siempre que se entregaba a él venía acompañado para ella de esos pensamientos malos que el resto del tiempo estaban ausentes de su alma virtuosa, terminaba por encontrar en el placer algo diabólico, por identificarlo con el Mal. Tal vez sintiese Mlle. Vinteuil que su amiga no era malvada en el fondo, y que no era sincera cuando le decía aquellas palabras blasfemas. Al menos tenía el placer de besar en su rostro sonrisas, miradas, quizá fingidas, pero análogas en su expresión viciosa y rastrera a las que habría podido encontrar no en una criatura de bondad y de sufrimiento, sino en una criatura de crueldad y de placer. Por un instante podía imaginar que se entregaba realmente a juegos que hubiera podido jugar con una cómplice igual de desnaturalizada, con una muchacha que habría tenido de hecho aquellos sentimientos bárbaros hacia la memoria de su padre. Quizá no hubiera pensado que el mal fuese un estado tan raro, tan extraordinario, tan vertiginoso, adonde tan reparador era emigrar, si hubiera sabido discernir en sí misma como en todo el mundo esa indiferencia a los sufrimientos que provocamos y que, como quiera que se la llame, es la forma terrible y permanente de la crueldad.

Si era bastante sencillo ir por la parte de Méséglise, cosa muy distinta era ir por la parte de Guermantes, porque el paseo era largo y queríamos estar seguros del tiempo que haría. Cuando parecía que empezaba una serie de días buenos; cuando Françoise, desesperada de que no cayese ni una gota de agua para las «pobres cosechas», y al no ver más que raras nubes blancas nadando en la superficie calma y azul del cielo exclamaba gimiendo: «¿No se diría que no se ven ni más ni menos que cazones que juegan enseñando allá arriba sus hocicos? ¡Ah!, piensan en cualquier cosa menos en hacer llover para los pobres labradores! Y luego, cuando el trigo haya brotado, entonces la lluvia se pondrá a caer a cántaros, sin parar, sin saber siquiera sobre qué cae como si fuese sobre el mar»; cuando mi padre había recibido invariablemente las mismas respuestas favorables del jardinero y del barómetro, entonces en la cena se decía: «Mañana si hace el mismo tiempo, iremos por la parte de Guermantes». Salíamos nada más desayunar por la puertecilla del jardín y nos encontrábamos en la calle des Perchamps, estrecha y en ángulo agudo, llena de gramíneas entre

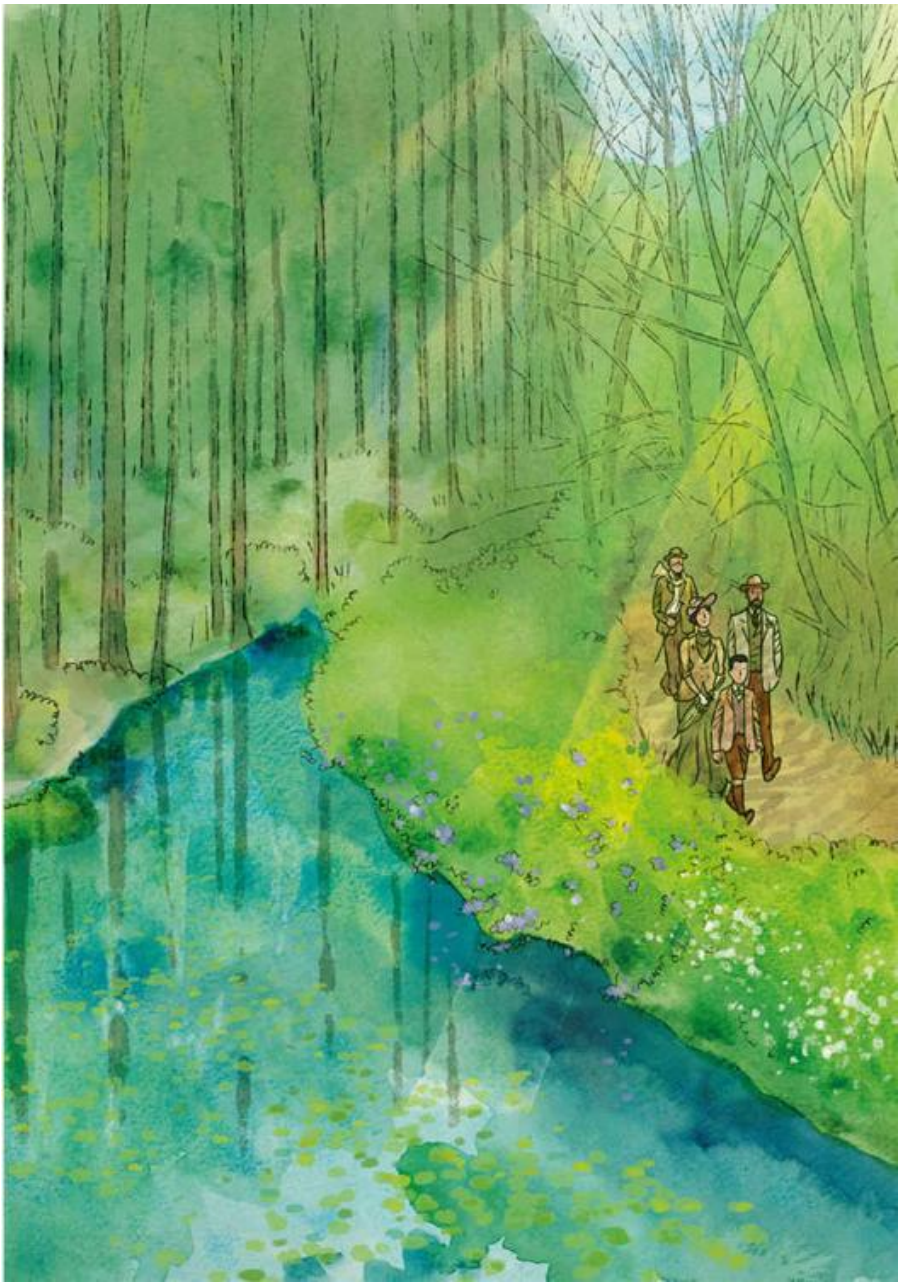
las que dos o tres avispas pasaban el día herborizando, tan extraña como su nombre del que en mi opinión derivaban sus curiosas particularidades y su personalidad huraña, y que en vano buscaríamos en el Combray de hoy donde sobre su antiguo trazado se alza la escuela. Pero mi ensoñación (semejante a esos arquitectos discípulos de Viollet-le-Duc[119] que, creyendo encontrar bajo una galería del trascoro del Renacimiento y un altar del siglo XVII las huellas de un coro románico, devuelven todo el edificio al estado en que debía de estar en el siglo XII) no deja una sola piedra de la nueva construcción, perfora y «restituye» la calle des Perchamps. Para estas reconstrucciones dispone, además, de datos más precisos de los que suelen poseer los restauradores: algunas imágenes conservadas por mi memoria, las últimas tal vez que aún persisten en la actualidad, y destinadas a ser pronto aniquiladas, de lo que era el Combray de la época de mi infancia; y porque fue el mismo Combray el que las trazó en mí antes de desaparecer, emotivas —si es que puede compararse un oscuro retrato con aquellas efigies gloriosas cuyas reproducciones le gustaba regalarme a mi abuela— como esos grabados antiguos de la Cena o de ese cuadro de Gentile Bellini[120] en los que se ve en un estado hoy inexistente la obra maestra de Leonardo da Vinci y el pórtico de San Marcos.

En la calle de l'Oiseau pasábamos por delante de la vieja hostería de l'Oiseau Flesché, en cuyo gran patio entraron algunas veces en el siglo xvii las carrozas de las duquesas de Montpensier, de Guermantes y de Montmorency[121] cuando tenían que venir a Combray por algún litigio con sus aparceros o por una cuestión de homenaje. Llegábamos al mallo entre cuyos árboles aparecía el campanario de Saint-Hilaire. Y me habría gustado poder sentarme allí y quedarme todo el día leyendo mientras escuchaba las campanas; porque era tan bello y tan tranquilo que, cuando daban las horas, se hubiera dicho no que rompían la calma del día sino que lo liberaban de lo que contenía y que, con la exactitud indolente y solícita de alguien que no tiene otra cosa que hacer, el campanario solo se limitaba —para exprimir y dejar caer las pocas gotas de oro que el calor había amasado dentro lenta y naturalmente— a prensar, en el momento justo, la plenitud del silencio.

El mayor encanto de la parte de Guermantes era tener casi todo el

tiempo a nuestro lado el curso del Vivonne. Diez minutos después de haber salido de casa lo cruzábamos una primera vez, por una pasarela llamada el Puente Viejo. Al día siguiente de nuestra llegada, el día de Pascua, después del sermón si hacía buen tiempo, corría yo hasta allí para ver, en aquel desorden de una mañana de fiesta mayor en la que algunos preparativos suntuosos hacen parecer más sórdidos los utensilios domésticos que todavía andan rodando, el río que ya se paseaba de azul cielo entre las tierras todavía negras y desnudas, sin más compañía que una bandada de cucos llegados demasiado pronto y de prímulas tempraneras, mientras aquí y allá una violeta de azulado pico dejaba doblar su tallo bajo el peso de la gota de aroma que tenía en su cucurucho. El Puente Viejo desembocaba en un camino de sirga que, en aquel punto, se tapizaba en verano con el azulado follaje de un avellano bajo el que había echado raíces un pescador con sombrero de paja. En Combray, donde yo sabía qué individualidad de herrero o de mozo de ultramarinos se ocultaba bajo el uniforme del pertiguero o la sobrepelliz del monaguillo, ese pescador fue la única persona cuya identidad nunca he descubierto. Debía de conocer a mis padres, porque alzaba el sombrero cuando pasábamos; quería yo entonces preguntar su nombre, pero me hacían señas de que me callara para no espantar a los peces. Nos adentrábamos por el camino de sirga que dominaba la corriente desde un talud de varios pies; en el otro lado la orilla era baja, y se extendía en amplios prados hasta el pueblo y hasta la estación que quedaba más lejos. Había restos diseminados, semihundidos en la hierba, del castillo de los antiguos condes de Combray que en la Edad Media tenía por ese lado el curso del Vivonne como defensa contra los ataques de los señores de Guermantes y de los abades de Martinville. Solo eran algunos fragmentos de torres salpicando la pradera, apenas aparentes, algunas almenas desde donde antaño lanzaba piedras el ballestero, desde donde el atalaya vigilaba Novepont, Clairefontaine, Martinville-le-Sec y Bailleau-l'Exempt, tierras todas vasallas de Guermantes entre las que estaba enclavado Combray, hoy a ras de la hierba, dominadas por los chiquillos de la escuela de los frailes que iban allí a estudiar sus lecciones o a jugar en los recreos —pasado casi descendido en la tierra, echado a orillas del agua como un paseante que toma el fresco, pero capaz de hacerme fantasear, de hacerme añadir al nombre de Combray una ciudad muy

distinta del pequeño pueblo de hoy, de retener mis pensamientos por su rostro incomprensible y de otros tiempos que ocultaba a medias bajo los botones de oro. Eran muy abundantes en aquel sitio que habían elegido para sus juegos sobre la hierba, aislados, por parejas, por grupos, amarillos como una yema de huevo, tanto más brillantes, a mi parecer, porque como no podía desviar hacia ninguna veleidad de degustación el placer que su vista me causaba, lo acumulaba en su superficie dorada, hasta que adquirió fuerza suficiente para producir un poco de la inútil belleza; y eso desde mi más tierna infancia, cuando desde el camino de sirga tendía los brazos hacia ellos sin poder deletrear del todo su bonito nombre de Príncipes de cuentos de hadas franceses, llegados acaso hace muchos siglos de Asia pero radicados para siempre en el pueblo, contentos con el modesto horizonte, enamorados del sol y de la orilla del río, fieles a la pequeña vista de la estación, y conservando sin embargo todavía como algunas de nuestras viejas telas pintadas, en su simplicidad popular, un poético fulgor de Oriente.



Me divertía mirando las garrafas que metían los chiquillos en el Vivonne para coger los pececillos, y que, llevadas por el río, en el que a su vez están encerradas, a un tiempo «continente» de paredes transparentes como agua endurecida, y «contenido» inmerso en un continente más grande de cristal líquido y corriente, evocaban la imagen del frescor de un modo más delicioso y más irritante que si hubieran estado sobre una mesa servida, dejándola aparecer

únicamente en fuga en esa perpetua aliteración entre el agua sin consistencia donde las manos no podían cogerla y el cristal sin fluidez donde el paladar no podría disfrutarla. Me prometía volver más adelante con cañas de pescar; conseguía que tirasen un poco de pan de las provisiones de la merienda; arrojaba al Vivonne algunas bolitas que parecían suficientes para provocar un fenómeno de sobresaturación, pues el agua no tardaba en solidificarse a su alrededor en racimos ovoides de hambrientos renacuajos que sin duda tenía hasta entonces en disolución, invisibles, y a punto de estar en vías de cristalización.

No tardaron las plantas acuáticas en obstruir el curso del Vivonne. Empezaba por haberlas aisladas como cierto nenúfar al que la corriente, donde se había atravesado de una forma desdichada, dejaba tan poco reposo que como una barca accionada mecánicamente solo alcanzaba una orilla para volver a la otra de donde había venido, rehaciendo eternamente la doble travesía. Impulsado hacia la orilla, su pedúnculo se desplegaba, se alargaba, corría, alcanzaba el límite de su tensión hasta el borde donde lo recogía de nuevo la corriente, el verde cordaje se replegaba sobre sí mismo y devolvía la pobre planta a lo que con más razón podríamos llamar su punto de partida, dado que se quedaba allí solo un segundo sin zarpar para repetir de nuevo la misma maniobra. Lo encontraba paseo tras paseo, siempre en la misma situación, haciendo pensar en ciertos neurasténicos entre cuyo número incluía mi abuelo a mi tía Léonie, que en el curso de los años nos ofrecen sin cambio el espectáculo de unos hábitos extravagantes de los que siempre creen que están a punto de librarse y que siempre conservan; presos en el engranaje de sus enfermedades y de sus manías, los esfuerzos con que en vano se debaten para escapar no hacen más que asegurar el funcionamiento y poner en marcha el disparador de su extraña, ineluctable y funesta dietética. Así era aquel nenúfar, también parecido a uno de esos desgraciados cuyo singular tormento, indefinidamente repetido durante toda la eternidad, excitaba la curiosidad de Dante, y cuyas particularidades y su causa se habría hecho contar con todo detalle por el supliciado mismo, si Virgilio, alejándose a grandes pasos, no lo hubiera obligado a alcanzarle cuanto antes, como yo a mí mis padres[122].

Pero más lejos la corriente modera su marcha, atraviesa una

propiedad de acceso abierto al público por su propietario, que en ella se había complacido en trabajos de horticultura acuática, haciendo florecer, en los pequeños estanques que forma el Vivonne, verdaderos jardines de ninfeas[123]. Como en aquel punto las orillas estaban muy arboladas, las anchas sombras de los árboles daban al agua un fondo que habitualmente era de un verde oscuro pero que a veces, cuando regresábamos en ciertos atardeceres despejados después de tardes tormentosas, llegué a verlo de un azul claro y crudo, tirando a violeta, de apariencia acabada y gusto japonés. Aquí y allá, en la superficie, enrojecía como una fresa una flor de ninfea de corazón escarlata, blanco en los bordes. Más lejos, las flores más abundantes eran más pálidas, menos lisas, más granulosas, más fruncidas, y dispuestas por el azar en volutas tan graciosas que se creía ver flotar a la deriva, como tras el deshojamiento melancólico de una fiesta galante, destrenzadas guirnaldas de rosas musgosas. En otro lado, un rincón parecía reservado a las especies comunes que mostraban el límpido blanco y rosa de la juliana, lavados como porcelana con meticulosidad doméstica, mientras algo más lejos, apretados unos contra otros en un verdadero arriate flotante, se hubiera dicho que unos pensamientos de los jardines habían ido a posar como mariposas sus alas azuladas y frías sobre la oblicuidad transparente de ese arriate de agua; de ese arriate también celeste: porque daba a las flores un suelo de un color más precioso, más emotivo que el color de las flores mismas; y, sea que hiciese centellear por la tarde bajo las ninfeas el caleidoscopio de una felicidad atenta, silenciosa y móvil, o que se colmase al atardecer, como algún puerto lejano, con el rosa y el ensueño del crepúsculo, cambiando sin cesar para permanecer siempre de acuerdo, alrededor de las corolas de tintes más fijos, con lo que hay de más profundo, de más fugitivo, de más misterioso —con lo que hay de infinito— en la hora, parecía que las hubiera hecho florecer en pleno cielo.

Al salir de ese parque, el Vivonne volvía a cobrar impulso. ¡Cuántas veces vi, y deseé imitar cuando fuera libre de vivir a mi antojo, a un remero que, después de soltar el remo, se había tumbado boca arriba, con la cabeza baja en el fondo de su barca, y dejándola flotar a la deriva, sin poder ver otra cosa que el cielo que corría lentamente por encima de él, mostraba en el rostro el sabor anticipado de la felicidad y la paz!

Nos sentábamos entre los lirios a la orilla del agua. En el cielo feriado, vagaba despacio una nube ociosa. De vez en cuando, abrumada por el hastío, una carpa se erguía fuera del agua en una aspiración ansiosa. Era la hora de la merienda. Antes de ponernos de nuevo en camino, permanecíamos largo rato comiendo fruta, pan y chocolate, en la hierba hasta donde nos llegaban, horizontales, debilitados, pero todavía densos y metálicos, los sonidos de la campana de Saint-Hilaire que no se habían diluido en el aire que atravesaban hacía tanto tiempo, y que, estriados por la palpitación sucesiva de todas sus líneas sonoras, vibraban rozando las flores, a nuestros pies.

A veces, al borde del agua rodeada de bosques, encontrábamos una casa de las llamadas de recreo, aislada, perdida, que no veía del mundo otra cosa que el río que bañaba sus pies. Una mujer joven cuyo rostro pensativo y velos elegantes no eran de esa región y que indudablemente había ido, según la expresión popular, a «enterrarse», a saborear el amargo placer de sentir que allí nadie conocía su nombre, el nombre sobre todo de aquel cuyo corazón no había sabido conservar, aparecía enmarcada en la ventana que no le permitía ver más allá de la barca amarrada junto a la puerta. Alzaba distraída los ojos al oír detrás de los árboles de la orilla las voces de algunos paseantes de quienes podía estar segura, antes de verles la cara, de que nunca habían conocido ni conocerían al infiel, de que nada en su pasado conservaba la marca de aquel hombre, ni nada en su futuro tendría ocasión de recibirla. Se intuía que, en su renuncia, había dejado voluntariamente unos lugares donde al menos habría podido ver de lejos a quien amaba, por estos otros que no lo habían visto nunca. Y cuando volvía de algún paseo por caminos por donde ella sabía que él no había de pasar, yo la miraba quitarse de sus manos resignadas los largos guantes de una gracia inútil[124].

Nunca en el paseo por la parte de Guermantes conseguimos remontar hasta las fuentes del Vivonne[125], en las que había pensado a menudo y que tenían para mí una existencia tan abstracta, tan ideal, que no había quedado menos sorprendido cuando me dijeron que se encontraban en el mismo departamento, a cierta distancia kilométrica de Combray, que el día en que me había enterado de que había un punto preciso de la tierra donde, en la Antigüedad, se abría la entrada

de los Infiernos[126]. Tampoco nunca pudimos llegar hasta el término que tanto hubiera deseado yo alcanzar, hasta Guermantes. Sabía que allí moraban los dueños del castillo, el duque y la duquesa de Guermantes, sabía que eran personajes reales y existentes en la actualidad, pero cada vez que pensaba en ellos, me los representaba unas veces en un tapiz, como estaba la condesa de Guermantes en la «Coronación de Ester» de nuestra iglesia, otras con matices tornasolados como estaba Gilberto el Malo en el vitral donde pasaba del verde berza al azul ciruela según que aún yo estuviera cogiendo el agua bendita o llegase a nuestras sillas, otras completamente impalpables como la imagen de Genoveva de Brabante, antepasada de la familia de Guermantes, que la linterna mágica paseaba por las cortinas de mi cuarto o hacía subir al techo —siempre envueltos, en fin, en el misterio de los tiempos merovingios e inmersos como en una puesta de sol en la luz anaranjada que emana de esta sílaba, «antes». Pero, si a pesar de esto, eran para mí en su condición de duque y duquesa seres reales, aunque extraños, en cambio su persona ducal se dilataba desmesuradamente, se inmaterializaba, para poder contener en ellas a este Guermantes del que eran duque y duquesa, toda aquella «parte de Guermantes» soleada, el curso del Vivonne, sus ninfeas y sus grandes árboles, y tantas hermosas tardes. Y sabía que no llevaban solo el título de duque y de duquesa de Guermantes, sino que desde el siglo xiv, cuando, después de haber intentado inútilmente vencer a sus antiguos señores del lugar se habían aliado con ellos mediante matrimonios, eran condes de Combray, los primeros de los ciudadanos de Combray por consiguiente y sin embargo los únicos que no residían allí. Condes de Combray, con Combray en medio de su apellido, de su persona, y efectivamente había en ellos aquella extraña y piadosa tristeza peculiar de Combray; propietarios de la ciudad, pero no de una casa particular, viviendo indudablemente fuera, en la calle, entre cielo y tierra, como aquel Gilberto de Guermantes de quien yo solo veía en las vidrieras del ábside de Saint-Hilaire su reverso de laca negra, si alzaba la cabeza, cuando iba a buscar sal a la tienda de Camus.

Luego ocurrió que por la parte de Guermantes pasé a veces delante de pequeños cercados húmedos por los que trepaban racimos de flores oscuras. Me detenía, convencido de adquirir una noción preciosa,

porque creía tener ante los ojos un fragmento de aquella región fluviatil que tanto anhelaba conocer desde que la había visto descrita por uno de mis autores preferidos. Y fue con ella, con su suelo imaginario atravesado por cursos de agua hirvientes, con la que se identificó Guermantes, mudando de aspecto en mi mente, después de oír al doctor Percepied hablarnos de flores y de bellas aguas vivas que había visto en el parque del castillo. Soñaba que Mme. de Guermantes me invitaba a ir, presa de un repentino capricho por mí, para pescar truchas conmigo todo el día. Y al anochecer, llevándome de la mano, pasando delante de los jardincillos de sus vasallos, iba mostrándome a lo largo de las tapias bajas las flores que apoyaban en ellas sus tallos violetas y rojos y me enseñaba sus nombres. Me hacía decirle el asunto de los poemas que tenía intención de escribir. Y esos sueños me advertían que, si un día quería ser escritor, había llegado el momento de saber lo que pensaba escribir. Pero en cuanto yo me lo preguntaba, tratando de encontrar un argumento en el que poder introducir una significación filosófica infinita, mi mente dejaba de funcionar, solo veía el vacío enfrente de mi atención, me daba cuenta de que carecía de talento o que acaso una enfermedad cerebral lo impedía nacer. A veces contaba con mi padre para arreglarlo. Era tan poderoso, tan estimado por los personajes importantes que llegaba a hacernos transgredir las leyes que Françoise me había enseñado a considerar más ineluctables que las de la vida y de la muerte, conseguir retrasar un año para nuestra casa, la única de todo el barrio, las obras de «revoque», obtener del ministro, para el hijo de Mme. Sazerat que deseaba ir a tomar las aguas, autorización para examinarse de bachillerato dos meses antes, junto a la serie de candidatos cuyo nombre empezaba por A, en vez de esperar el turno de la S. Si yo hubiera caído gravemente enfermo, si hubiera sido secuestrado por bandidos, convencido de que mi padre tenía suficientes relaciones con las potencias supremas, cartas de recomendación demasiado irresistibles dirigidas a Dios, como para que mi enfermedad o mi cautiverio fueran otra cosa que vanos simulacros sin peligro para mí, habría esperado tranquilo la hora inevitable del retorno a la realidad normal, la hora de la liberación o de la curación; quizás aquella ausencia de talento, aquel agujero negro que se abría en mi mente cuando buscaba el tema de mis escritos futuros, no era también más

que una ilusión sin consistencia, y desaparecería gracias a la intervención de mi padre, quien seguramente había pactado con el Gobierno y con la Providencia que yo sería el escritor más importante de la época. Pero otras veces, mientras mis padres se impacientaban viendo que me quedaba atrás y no los seguía, mi vida actual, en vez de parecerme una creación artificial de mi padre que él podía modificar a su gusto, se presentaba en cambio a mis ojos comprendida en una realidad que no estaba hecha para mí, contra la que no había posibilidad de recurso, en cuyo seno no tenía ningún aliado, que no ocultaba nada más allá de sí misma. En esos momentos me parecía que yo existía igual que el resto de los hombres, que envejecería, que moriría como ellos, y que entre ellos yo solo era uno de tantos que carecen de aptitudes para escribir. Por eso, desanimado, renunciaba por siempre a la literatura, a pesar de los ánimos que me había dado Bloch. Esa sensación íntima, inmediata, que tenía de la nulidad de mi pensamiento, prevalecía frente a todas las palabras halagüeñas que podían prodigarme, como prevalecen en un malvado por más que la gente alabe sus buenas obras, los remordimientos de conciencia.

Un día mi madre me dijo: «Ya que siempre estás hablando de Mme. de Guermantes, has de saber que, como el doctor Percepied la curó muy bien hace cuatro años, vendrá a Combray para asistir a la boda de su hija. Podrás verla en la ceremonia». Era además al doctor Percepied a quien más había oído hablar de Mme. de Guermantes, y hasta nos había enseñado el número de una revista ilustrada donde está representada con el vestido que llevaba en un baile de disfraces en casa de la princesa de Léon.

De pronto, durante la misa de boda, un movimiento que hizo el pertiguero al desplazarse me permitió ver sentada en una capilla, a una dama rubia de nariz grande, ojos azules y penetrantes, una chalina de seda malva, lisa, nueva y brillante, y un granito en el ángulo de la nariz. Y porque en la superficie de su cara encarnada, como si hubiera tenido mucho calor, yo distinguía, diluidas y apenas perceptibles, unas parcelas de analogía con el retrato que me habían enseñado, y sobre todo porque los rasgos particulares que descubría en ella, si trataba de enunciarlos, se formulaban precisamente en los mismos términos: una nariz grande, unos ojos azules, que había utilizado el doctor Percepied cuando había descrito en mi presencia a

la duquesa de Guermantes, me dije: «Esta dama se parece a Mme. de Guermantes»; pero la capilla desde donde seguía la misa era la de Gilberto el Malo, bajo cuyas tumbas lisas, doradas y sueltas como alveolos de miel, descansaban los antiguos condes de Brabante, capilla que, según recordaba por lo que me habían dicho, estaba reservada a la familia de Guermantes cuando alguno de sus miembros acudía a Combray para una ceremonia; verosímilmente no podía haber más que una sola mujer parecida al retrato de Mme. de Guermantes que estuviese aquel día, día en el que precisamente debía ir, en aquella capilla: ¡era ella! Mi decepción era grande. Provenía de no haberme dado cuenta nunca de que, cuando pensaba en Mme. de Guermantes, me la imaginaba con los colores de un tapiz o de un vitral, en otro siglo, de otra materia que el resto de las personas vivas. Nunca se me había ocurrido que pudiera tener un rostro colorado, una chalina como Mme. Sazerat, y el óvalo de sus mejillas me hizo acordarme tanto de personas vistas en mi casa que me rozó la sospecha, disipada por lo demás de inmediato, de que aquella dama, en su principio generador, en todas sus moléculas, acaso no fuera sustancialmente la duquesa de Guermantes, sino que su cuerpo, ignorante del nombre que le aplicaban, pertenecía a cierto tipo femenino que también comprendía a mujeres de médicos y de comerciantes. «¡Y esto, solo esto, es Mme. de Guermantes!», decía la cara atenta y atónita con la que yo contemplaba aquella imagen que, naturalmente, nada tenía que ver con aquellas que tantas veces habían aparecido en mis sueños bajo el mismo nombre de Mme. de Guermantes, porque a ella, a ella no la había formado arbitrariamente como a las otras, sino que me había saltado a los ojos por primera vez hacía apenas un momento, en la iglesia; que no era de la misma naturaleza, no era coloreable a voluntad como las que se dejaban impregnar del tinte anaranjado de una sílaba, sino que era tan real que todo, hasta aquel pequeño grano que se inflamaba en el ángulo de la nariz, certificaba su sometimiento a las leyes de la vida, como, en una apoteosis de teatro, un pliegue del vestido del hada, un temblor de su dedo meñique, delatan la presencia material de una actriz viva allí donde casi estábamos seguros de tener delante de los ojos una simple proyección luminosa.

Pero al mismo tiempo, sobre aquella imagen que la nariz prominente y los ojos penetrantes prendían en mi visión (quizá porque eran ellos los primeros en haberla alcanzado, los que habían hecho en ella la primera muesca, cuando aún no había tenido tiempo de pensar que la mujer que aparecía delante de mí pudiera ser Mme. de Guermantes), sobre aquella imagen tan reciente e inmutable, trataba de aplicar la idea: «Es Mme. de Guermantes» sin lograr otra cosa que

hacerla maniobrar frente a la imagen, como dos discos separados por un intervalo. Pero aquella Mme. de Guermantes con la que tantas veces había soñado, ahora que la veía existir efectivamente fuera de mí, adquirió mayor poder todavía sobre mi imaginación que, paralizada un instante al contacto de una realidad tan distinta de la que esperaba, empezó a reaccionar y a decirme: «Gloriosos desde antes de Carlomagno, los Guermantes tenían derecho de vida y de muerte sobre sus vasallos; la duquesa de Guermantes desciende de Genoveva de Brabante. No conoce ni consentiría conocer a ninguna de las personas que están aquí».

Y —oh maravillosa independencia de las miradas humanas, sujetas al rostro por una cuerda tan floja, tan larga, tan extensible que pueden pasearse solas lejos de él— mientras Mme. de Guermantes estaba sentada en la capilla por encima de las tumbas de sus muertos, sus miradas vagaban aquí y allá, ascendían a lo largo de los pilares, se detenían incluso en mí, como un rayo de sol errante por la nave, pero un rayo de sol que, en el momento en que recibí su caricia, me pareció consciente. En cuanto a Mme. de Guermantes, como seguía inmóvil, sentada como una madre que parece no ver las audaces travesuras y las indiscretas maniobras de sus hijos que juegan e interpelan a personas que ella no conoce, me fue imposible saber si aprobaba o censuraba, en la desocupación de su alma, el vagabundeo de sus miradas.

Me parecía importante que no se marchara antes de haber podido contemplarla lo suficiente, porque recordaba que desde hacía años yo consideraba su vista como eminentemente deseable, y no apartaba los ojos de ella, como si cada una de mis miradas hubiera podido extraer materialmente y poner en reserva dentro de mí el recuerdo de su nariz prominente, de las mejillas rojas, de todas aquellas particularidades que me parecían otras tantas informaciones preciosas, auténticas y singulares sobre su rostro. Ahora que me lo hacían encontrar bello todos los pensamientos que le atribuía —y quizá, sobre todo, forma del instinto de conservación de las mejores partes de nosotros mismos, ese deseo que siempre se tiene de no quedar decepcionados— situándola de nuevo (puesto que ella y aquella duquesa de Guermantes que hasta entonces yo había evocado eran una sola persona) al margen del resto de la humanidad en la que la vista pura y

simple de su cuerpo me la había hecho confundir por un instante, me irritaba oyendo decir a mi alrededor: «Es mejor que Mme. Sazerat y que Mlle. Vinteuil», como si fuera posible compararlas con ella. Y mientras mis miradas se detenían en sus cabellos rubios, en sus ojos azules, en el entronque de su cuello y omitían los rasgos que hubieran podido recordarme otros rostros, exclamé ante aquel croquis voluntariamente incompleto: «¡Qué bella es! ¡Qué nobleza! ¡Cómo se nota que delante de mí tengo a una orgullosa Guermantes, a la descendiente de Genoveva de Brabante!». Y la atención con que yo iluminaba su rostro la aislaba de tal modo que, si hoy vuelvo a pensar en aquella ceremonia, me resulta imposible ver de nuevo a uno solo de los asistentes salvo a ella y al pertiguero que respondió afirmativamente cuando le pregunté si aquella dama era Mme. de Guermantes. Pero a ella, vuelvo a verla, sobre todo en el momento de la procesión en la sacristía iluminada por el sol intermitente y cálido de un día de viento y de tormenta, y en el que Mme. de Guermantes se encontraba en medio de todas aquellas gentes de Combray cuyos nombres ni siquiera sabía, pero cuya inferioridad proclamaba demasiado su supremacía para que no sintiese una sincera benevolencia hacia *ellas,* y a las que por otro lado esperaba imponerse más aún a fuerza de sencillez y simpatía. Por eso, como no podía emitir esas miradas voluntarias, cargadas de una significación precisa, que se dirigen a alguien conocido, sino solo dejar que sus pensamientos distraídos fluyesen sin cesar delante de ella en un torrente de luz azul que no podía contener, no quería que ese torrente pudiera molestar o dar la impresión de despreciar a aquellas buenas gentes que encontraba a su paso, que continuamente alcanzaba. Todavía estoy viendo, encima de su chalina malva, sedosa y ahuecada, el dulce asombro de sus ojos a los que había añadido, sin atreverse a destinarla a nadie en concreto, sino para que todos pudiesen participar de ella, una sonrisa algo tímida de soberana que parece disculparse ante sus vasallos y amarlos. Aquella sonrisa cayó sobre mí, que no dejaba de mirarla. Recordando entonces la mirada que había dejado posarse en mi persona, durante la misa, azul como un rayo de sol que hubiera atravesado la vidriera de Gilberto el Malo, me dije: «No hay duda de que se fija en mí». Creí que le agradaba, que volvería a pensar en mí cuando hubiera salido de la iglesia, que acaso por mi culpa

estaría triste aquella noche en Guermantes. E inmediatamente la amé, porque si a veces para amar a una mujer puede bastar que nos mire con desprecio como había creído que había hecho Mlle. Swann, y que pensemos que nunca podrá pertenecernos, también a veces puede bastar que nos mire con bondad como hacía Mme. de Guermantes y que pensemos que podrá pertenecernos. Sus ojos azuleaban como una pervinca imposible de coger y que, sin embargo, ella me hubiese dedicado; y el sol amenazado por una nube, pero irradiando aún con toda su fuerza sobre la plaza y en la sacristía, daba un encarnado de geranio a las alfombras rojas extendidas sobre el pavimento para la solemnidad y por las que avanzaba sonriendo Mme. de Guermantes, y añadía a su lanosidad un aterciopelado rosa, una epidermis de luz, esa clase de ternura, de severa dulzura en la pompa y en la alegría que caracterizan ciertas páginas de *Lohengrin[127]*, ciertas pinturas de Carpaccio[128], y que explican por qué Baudelaire pudo aplicar al sonido de la trompeta el epíteto de delicioso[129].

Desde ese día, en mis paseos por la parte de Guermantes, cuán desolador me pareció, más todavía que antes, carecer de aptitudes para las letras, y deber renunciar por siempre a ser un escritor célebre. La pesadumbre que sentía, cuando me quedaba solo soñando un poco aparte, me hacía sufrir tanto que, para no padecerla más, mi mente, por sí misma, por una especie de inhibición ante el dolor, dejaba enteramente de pensar en los versos, en las novelas, en un futuro poético con el que mi falta de talento me prohibía contar. Entonces, y completamente al margen de todas estas preocupaciones literarias y sin nada que ver con ellas, de repente un tejado, un reflejo de sol sobre una piedra, el olor de un camino me hacían detenerme por un placer particular que me daban, y también porque parecían ocultar, más allá de lo que yo veía, algo que invitaba a ir acoger y que yo, a pesar de mis esfuerzos, no lograba descubrir. Como me daba cuenta de que eso se encontraba en ellos, me quedaba allí, inmóvil, mirando, respirando, tratando de ir con mi pensamiento más allá de la imagen o del olor. Y si tenía que alcanzar a mi abuelo, proseguir mi camino, me esforzaba por volver a encontrarlos cerrando los ojos; me concentraba para recordar exactamente la línea del tejado, el matiz de la piedra que, sin que lograse comprender la razón, me habían parecido plenos, dispuestos a entreabrirse, a entregarme aquello de lo que solo eran

una envoltura. Claro que no eran impresiones de este género las que podían devolverme la esperanza que había perdido de poder ser un día escritor y poeta, porque siempre estaban vinculadas a un objeto específico desprovisto de valor intelectual y sin relación con ninguna verdad abstracta. Pero al menos me daban un placer inmotivado, la ilusión de una especie de fecundidad, distrayéndome así del aburrimiento, del sentimiento de mi impotencia que había sentido cada vez que había buscado un tema filosófico para una gran obra literaria. Pero era tan arduo el deber de conciencia que me imponían esas impresiones de forma, de aroma o de color — de intentar percibir lo que se escondía tras ellas, que no tardaba en buscar en mí mismo excusas que me permitieran sustraerme a esos esfuerzos y ahorrarme aquella fatiga. Por suerte mis padres me llamaban, me daba cuenta de que por el momento carecía de la tranquilidad necesaria para proseguir de forma útil mi búsqueda, y que más valía no pensar en ello hasta que hubiera vuelto a casa, y no cansarme de antemano sin resultado. Entonces dejaba de ocuparme de aquella cosa desconocida que se envolvía en una forma o en un aroma, muy tranquilo porque la llevaba a casa, protegida por el revestimiento de imágenes bajo las que volvería a encontrarla viva, como los peces que los días que me dejaban ir de pesca traía en mi cesta, cubiertos por una capa de hierba que preservaba su frescura. Una vez en casa pensaba en otra cosa y así se amontonaban en mi mente (como en mi cuarto las flores recogidas en mis paseos o los objetos que me habían regalado), una piedra en la que bailaba un reflejo, un tejado, un sonido de campana, un olor de hojas, tantas imágenes distintas bajo las que hace mucho yace muerta la realidad presentida que no tuve suficiente voluntad para llegar a descubrir. Una vez, sin embargo —nuestro paseo se había prolongado mucho más allá de su duración habitual, y nos habíamos sentido felices al encontrar a medio camino de vuelta, cuando la tarde declinaba, al doctor Percepied que pasaba en coche a rienda suelta, y que, tras reconocernos, nos había hecho montar con él—, tuve una sensación de ese tipo y no la abandoné sin profundizarla un poco. Me habían hecho montar al lado del cochero, íbamos como el viento porque el doctor, antes de regresar a Combray, aún debía detenerse en Martinville-le-Sec, en casa de un enfermo en cuya puerta habíamos acordado que lo esperaríamos. En el recodo de un camino sentí de

repente ese placer especial que no se parecía a ningún otro, al divisar los dos campanarios de Martinville, sobre los que daba el sol poniente y a los que el movimiento de nuestro vehículo y las revueltas del camino daban la impresión de hacer cambiar de sitio, luego el de Vieuxvicq que, separado de los otros dos por una colina y un valle, y situado a lo lejos en una meseta más elevada, parecía sin embargo estar muy cercano a ellos.

Al comprobar, al observar la forma de su aguja, el desplazamiento de sus líneas, lo soleado de su superficie, sentía que no llegaba al fondo de mi impresión, que detrás de aquel movimiento, detrás de aquella claridad, había algo, que parecían contener y ocultar al mismo tiempo.

Los campanarios parecían tan lejanos y teníamos la impresión de aproximarnos a ellos tan despacio que, cuando pocos instantes después nos detuvimos delante de la iglesia de Martinville, quedé atónito. Desconocía la razón del placer que había sentido al divisarlos en el horizonte y la obligación de intentar descubrir esa razón me resultaba muy penosa; sentía ganas de guardar en reserva en mi cabeza aquellas líneas que se desplazaban bajo el sol y no pensar en ellas por el momento. Y es probable que, de haberlo hecho, los dos campanarios hubieran ido a reunirse para siempre con todos aquellos árboles, tejados, perfumes, sonidos que yo había distinguido de los demás por aquel placer oscuro que me habían procurado y en el que nunca he profundizado. Mientras esperábamos al doctor, bajé a hablar con mis padres. Luego nos pusimos en marcha de nuevo, ocupé mi sitio en el pescante, volví la cabeza para ver otra vez los campanarios que un poco más tarde divisé por última vez desde el recodo de un camino. Como el cochero no parecía dispuesto a hablar y apenas había respondido a mis palabras, me vi obligado, a falta de otra compañía, a replegarme sobre la mía y tratar de recordarme mis campanarios. Pronto sus líneas y sus soleadas superficies, como si hubieran sido una especie de corteza, se desgarraron, algo de lo que dentro de ellas se me ocultaba se me apareció, tuve una idea que un momento antes no existía para mí, que se articuló en palabras en mi cabeza, y el placer que hacía un instante su vista me había hecho sentir se vio tan acrecentado que, dominado por una especie de ebriedad, ya no pude pensar en otra cosa. En ese momento y cuando ya estábamos lejos de

Martinville, al volver la cabeza los divisé de nuevo, completamente negros esta vez, porque el sol ya se había puesto. Las vueltas del camino me los ocultaban por momentos, luego se mostraron una última vez y al final no volví a verlos.

Sin confesarme que lo que se ocultaba tras los campanarios de Martinville debía ser algo análogo a una frase bonita, pues se me había aparecido en forma de palabras que me daban placer, pidiendo papel y lápiz al doctor, escribí a pesar de los tumbos del coche, para aliviar mi conciencia y obedecer a mi entusiasmo, el breve trozo siguiente que más tarde encontré y al que solo he tenido que hacer sufrir unos pocos cambios[130]:

«Solos, elevándose del nivel de la llanura y como perdidos en campo raso, subían hacia el cielo los dos campanarios de Martinville. Enseguida vimos tres: volviendo a situarse frente a ellos con un atrevido volteo, un campanario rezagado, el de Vieuxvicq, los había alcanzado. Pasaban los minutos, íbamos deprisa y sin embargo los tres campanarios seguían estando a lo lejos delante de nosotros, como tres pájaros posados en la llanura, inmóviles y bien visibles al sol. Luego el campanario de Vieuxvicq se apartó, se distanció, y los campanarios de Martinville quedaron solos, iluminados por la luz del crepúsculo que, incluso a aquella distancia, yo veía jugar y sonreír en sus pendientes. Habíamos tardado tanto en acercarnos a ellos que iba pensando en el tiempo que todavía necesitaríamos para alcanzarlos cuando, de pronto, tras doblar una curva, el coche nos depositó a sus pies; y se habían lanzado con tanta brusquedad hacia él que apenas tuvimos el tiempo justo de frenar para no chocar con el pórtico. Pero seguimos nuestra ruta; hacía un rato que habíamos salido de Martinville y el pueblo, después de habernos acompañado unos segundos, había desaparecido cuando, solos en el horizonte mirándonos huir, sus campanarios y el de Vieuxvicq seguían agitando sus cimas soleadas en señal de despedida. Uno de ellos se borraba a veces para que los otros dos pudieran divisarnos un instante todavía; pero la carretera cambió de dirección, ellos viraron en la luz como tres pivotes de oro y desaparecieron de mi vista. Pero algo más tarde, cuando ya estábamos cerca de Combray, con el sol ahora puesto, los divisé una última vez desde muy lejos, y ya solo parecían tres flores pintadas en el cielo por encima de la línea baja de los campos. También me hacían pensar en

las tres niñas de una leyenda, abandonadas en una soledad cuando ya caía la noche; y mientras nos alejábamos al galope, los vi buscar tímidamente su camino y, tras algunos torpes traspiés de sus nobles siluetas apretarse unos contra otros, resbalar uno tras otro, hasta formar únicamente en el cielo todavía rosa una sola forma negra, encantadora y resignada, y diluirse en la noche». Nunca volví a pensar en esta página, pero en aquel momento, cuando, en el rincón del pescante donde el cochero del doctor solía colocar en una cesta las aves que había comprado en el mercado de Martinville, acabé de escribirla, me sentí tan feliz, pensaba que me había liberado tan completamente de aquellos campanarios y de lo que ocultaban tras de sí que, como si yo mismo hubiera sido una gallina y acabara de poner un huevo, me puse a cantar a grito pelado.

Durante todo el día, en aquellos paseos, había podido soñar en el placer que supondría ser amigo de la duquesa de Guermantes, pescar truchas, pasear en barca por el Vivonne, y, ávido de felicidad, no pedir a la vida en esos momentos otra cosa que seguir siendo siempre una serie de tardes felices. Pero, cuando en el camino de vuelta, había divisado a la izquierda una alquería, bastante distante de otras dos que por el contrario estaban muy juntas, y desde la que para entrar en Combray bastaba con seguir una alameda de robles bordeada a un lado por prados perteneciente cada uno de ellos a un pequeño cercado, y plantados a intervalos iguales de manzanos que aportaban, cuando los iluminaba el sol poniente, el dibujo japonés de sus sombras, mi corazón se ponía bruscamente a palpitar, sabía que antes de media hora estaríamos de vuelta en casa, y que, según norma de los días que habíamos ido por la parte de Guermantes y en que la cena se servía más tarde, me mandarían a acostarme nada más tomar la sopa, de modo que mi madre, retenida en la mesa como si hubiera invitados a cenar, no subiría a darme las buenas noches en mi cama. La zona de tristeza en la que acababa de entrar era tan distinta de la zona a la que hacía apenas un momento me lanzaba lleno de alegría, como en ciertos cielos una banda rosa está separada como por una línea de una banda verde o de una banda negra. Vemos un pájaro volando en el rosa, va a alcanzar su confín, está a punto de tocar el negro y termina entrando en él. Ahora estaba tan lejos de los deseos que hacía un rato me rodeaban, ir a Guermantes, viajar, ser feliz, que

su realización no me hubiera dado ningún placer. ¡Con qué gusto habría cambiado todo aquello por poder llorar toda la noche en brazos de mamá! Sentía escalofríos, no despegaba mis ojos angustiados del rostro de mi madre, que aquella noche no aparecería en el cuarto donde ya estaba viéndome con el pensamiento, habría querido morir. Y ese estado permanecería hasta el día siguiente, cuando los rayos de la mañana apoyasen, como el jardinero, sus barrotes en la pared cubierta de capuchinas que trepaban hasta mi ventana, y yo saltase de la cama para bajar corriendo al jardín, sin volver a recordarme que la noche traería siempre consigo la hora de separarme de mi madre. Y de este modo, gracias a la parte de Guermantes aprendí a distinguir esos estados que, en ciertos períodos, se suceden dentro de mí, y llegan hasta el punto de repartirse mis días, expulsándose unos a otros, con la puntualidad de la fiebre; contiguos, pero tan exteriores unos a otros, tan faltos de medios de comunicación entre sí, que ya no puedo comprender, ni siquiera imaginar en uno, lo que he deseado, o temido, o realizado en el otro.

Tanto la parte de Méséglise como la parte de Guermantes siguen estando unidas para mí a muchos menudos acontecimientos de aquella que entre todas las diversas vidas paralelas que vivimos es la más abundante en peripecias, la más rica en episodios, me refiero a la vida intelectual. No hay duda de que progresa en nosotros de forma insensible y de que preparábamos desde hacía mucho el descubrimiento de las verdades que han cambiado para nosotros su sentido y su aspecto, que nos han abierto nuevos caminos; pero era sin saberlo; y por eso solo datan para nosotros desde el día y el minuto en que se nos han vuelto visibles. Las flores que entonces jugaban en la hierba, el agua que corría bajo el sol, todo el paisaje que rodeó su aparición sigue acompañando el recuerdo de su rostro inconsciente o distraído; y, desde luego, cuando eran largo rato contempladas por aquel humilde paseante, por aquel niño soñador —como lo es un rey por un memorialista perdido en medio de la multitud—, aquel rincón de naturaleza, aquel trozo de jardín nunca hubieran podido pensar que gracias a él serían llamados a sobrevivir en sus particularidades más efímeras; y sin embargo, ese perfume de espino blanco que invade la longitud del seto donde pronto los escaramujos lo sustituirán, un rumor de pasos sin eco sobre la grava de una alameda, una burbuja

formada contra una planta acuática por el agua del río y que enseguida estalla, mi exaltación los ha llevado consigo y ha logrado transportarlos a través de la sucesión de muchos años, mientras alrededor los caminos se han ido borrando y están muertos quienes los hollaron y el recuerdo de quienes los hollaron. A veces esa porción de paisaje así traído hasta hoy se separa tan aislada de todo que flota incierta en mi pensamiento como una Delos florida, sin que pueda decir de qué país, de qué tiempo —quizá simplemente de qué sueño— proviene. Pero es sobre todo como en yacimientos profundos de mi suelo mental, como en los resistentes terrenos sobre los que todavía me apoyo, como debo pensar en la parte de Méséglise y en la parte de Guermantes. Porque creía en las cosas, en los seres, mientras los recorría, las cosas y los seres que ellas me hicieron conocer son los únicos que todavía tomo en serio y que aún me dan alegría. Sea que esté agotada en mí la fe que crea, sea que la realidad solo se forme en la memoria, las flores que alguien me enseña hoy por primera vez no me parecen verdaderas flores. La parte de Méséglise con sus lilos, sus espinos blancos, sus acianos, sus amapolas, sus manzanos, la parte de Guermantes con su río de renacuajos, sus ninfeas y sus botones de oro, han formado por siempre jamás para mí la figura de las tierras donde me gustaría vivir, en las que ante todo exijo que se pueda ir de pesca, pasear en barca, ver ruinas de fortificaciones góticas y encontrar en medio de los trigos, como estaba Saint-André-des-Champs, una iglesia monumental, rústica y dorada como un almiar; y los acianos, los espinos blancos, los manzanos que a veces cuando viajo encuentro todavía en los campos, se ponen inmediatamente en comunicación con mi corazón porque están situados a la misma profundidad, en el mismo nivel de mi pasado. Y sin embargo, porque hay algo individual en los sitios, cuando me asalta el deseo de ver otra vez la parte de Guermantes, nadie podría satisfacerlo llevándome a la orilla de un río donde hubiera ninfeas igual de bellas, más bellas que en el Vivonne, del mismo modo que por la noche, al volver a casa —a la hora en que dentro de mí se despertaba esa angustia que más tarde emigra en el amor, y puede volverse inseparable de ese sentimiento para toda la vida—, no habría deseado que viniese a darme las buenas noches una madre más bella y más inteligente que la mía. No; así como lo que necesitaba para poder dormir feliz, con esa paz sin turbación que

ninguna amante ha podido darme luego porque dudamos de ellas incluso en el momento mismo en que creemos en ellas, y porque nunca se posee su corazón como yo recibía en un beso el de mi madre, todo entero, sin la reserva de un pensamiento oculto, sin el residuo de una intención que no fuese para mí — es que fuera ella, es que ella inclinase hacia mí aquel rostro en el que debajo del ojo había algo que, al parecer, era un defecto, y que yo amaba tanto como el resto, del mismo modo lo que quiero volver a ver es la parte de Guermantes que conocí, con la granja algo alejada de las otras dos siguientes apretadas una contra otra, al comienzo de la alameda de robles; son esos prados donde, cuando el sol los vuelve reflectantes como una charca, se dibujan las hojas de los manzanos, es ese paisaje cuya individualidad, a veces, por la noche, en mis sueños, me oprime con una fuerza casi fantástica que no puedo encontrar cuando despierto. Sin duda, por haber unido indisolublemente en mí y para siempre impresiones distintas solo porque me las hicieron sentir al mismo tiempo, la parte de Méséglise y la parte de Guermantes me expusieron, para el futuro, a muchas decepciones e incluso a muchos errores. Porque a menudo he querido ver de nuevo a una persona sin darme cuenta de que era simplemente porque me recordaba un seto de espinos blancos, y he sido inducido a creer, a hacer creer en un renuevo de cariño, por un simple deseo de viaje. Pero también por eso, y por seguir presentes en aquellas impresiones mías de hoy a las que pueden relacionarse, les dan un fundamento, profundidad, una dimensión más que a las otras. También les añaden un encanto, una significación que solo tiene valor para mí. Cuando en las noches de estío gruñe el cielo armonioso como una fiera salvaje y todos ponen mala cara a la tormenta, es a la parte de Méséglise a la que debo el permanecer solo y en éxtasis, respirando, a través del ruido de la lluvia que cae, el olor de unas invisibles y persistentes lilas.

Así me quedaba a menudo hasta que amanecía pensando en la época de Combray, en mis tristes noches sin sueño, en tantos días cuya imagen me había devuelto más recientemente el sabor —lo que en Combray se hubiera llamado el «perfume»— de una taza de té, y por asociación de recuerdos en algo que había sabido, muchos años después de haber dejado esa pequeña ciudad, sobre un amor que

Swann había tenido antes de que yo naciera, con esa precisión de detalles más fácil de obtener a veces para la vida de personas muertas hace siglos que para la existencia de nuestros mejores amigos, y que parece imposible como parecía imposible hablar de una ciudad a otra —porque ignoramos el atajo empleado para salvar esa imposibilidad —. Todos estos recuerdos añadidos unos a otros no formaban otra cosa que una masa, pero esto no sin que se pudiera distinguir entre ellos —entre los más antiguos, y los más recientes, nacidos de un perfume, luego aquellos otros que solo eran los recuerdos de otra persona que me los había comunicado—, ya que no fisuras, fallas auténticas, al menos esos veteados, esos abigarramientos de coloración que, en ciertas rocas, en ciertos mármoles, revelan diferencias de origen, de edad, de «formación».

Verdad es que cuando se acercaba la mañana, hacía mucho rato que se había disipado la breve incertidumbre de mi despertar. Sabía en qué cuarto me encontraba realmente, lo había reconstruido a mi alrededor en la oscuridad, y —sea orientándome exclusivamente por la memoria, sea ayudándome, como indicación, de un débil resplandor percibido, a cuyo pie situaba yo las cortinas de la ventana— lo había reconstruido por completo y amueblado como un arquitecto y un tapicero que respetan su abertura primitiva a las ventanas y a las puertas, había vuelto a poner los espejos y colocado la cómoda en su sitio habitual. Pero apenas el día —y no el reflejo de una última brasa sobre una moldura de cobre que yo había confundido con él— trazaba en la oscuridad, y como con la tiza, su primera raya blanca y rectificativa, la ventana con sus cortinas abandonaba el marco de la puerta donde por error yo la había situado, mientras para dejarle sitio el escritorio que mi memoria había instalado torpemente allí escapaba a toda velocidad, llevándose delante de él la chimenea y apartando la pared medianera del corredor; un patinillo reinaba donde hacía un instante todavía se extendía el cuarto de baño, y la morada que yo había reconstruido en las tinieblas había ido a reunirse con las moradas entrevistas en el torbellino del despertar, ahuyentada por aquel pálido signo que había trazado por encima de las cortinas el dedo alzado del día.

[44] Combray es un lugar de ficción, creado a partir de distintos

lugares: la casa del tío abuelo materno de Proust, Louis Weil, en Auteuil, donde nació el novelista, y la casa que en Illiers tenían Jules y Élisabeth Amiot —uno de los modelos de tía Léonie y hermana del padre de Proust—, en la que pasó sus vacaciones infantiles. Si en la edición de 1913 de *A la busca del tiempo perdido* Combray se situaba en la región de Illiers, no lejos de Chartres, al año siguiente Proust decidió que esa ciudad imaginaria había sido destruida durante la Primera Guerra Mundial, desplazándola hacia el este, entre Reims y Laon; sin embargo, en el texto han quedado numerosos topónimos de la región de la Beauce.

[45] Esas dos calles, así como la calle de L'Oiseau y la hostería de L'Oiseau Flesché, existían en Illiers, mientras que la de Sainte-Hildegarde pertenece a la ficción; la casa de la tía Élisabeth Amiot en Illiers tenía su entrada principal por la calle du Saint-Esprit.

[46] «La mala suerte quiso que mi atención cayese enseguida en la taza de camomila de la página 62, y luego tropezase en la página 64 con la frase […] donde se habla de unas vértebras que se transparentaban», así excusaba André Gide, lector de la NRF, su rechazo en 1912 del manuscrito del primer volumen de la novela; ese fragmento pertenece al borrador de la carta de justificación, no a la carta fechada en enero de 1914 que Proust recibió, y de la que fue eliminado por Gide. Proust mantuvo el texto inicial, y habría añadido una «y» para dar coherencia a la difícil concordancia sintáctica en francés: tía Léonie utiliza un tipo de peluca en la que los mechones se montaban sobre una especie de casquete; como no había tenido tiempo de peinarse, se podía ver la armadura de los postizos; es decir, metafóricamente las vértebras.

[47] Los rayos X fueron descubiertos por Wilhelm Conrad Roentgen (1845-1923) en 1895; resulta poco verosímil que fueran utilizados en un medio provinciano en vida de tía Léonie.

[48] Carlos VI el Bienamado, o el Loco, nacido en 1368, fue rey de Francia desde 1380 a su muerte, en 1422. En 1392 empezó a dar muestras de pérdida de la razón y entregó el país a luchas intestinas; internado, para distraerse habría encargado la confección de un tarot que en el siglo pasado se atribuía a Jacquemin Gringonneur, que lo habría hecho en 1392; trabajos más recientes han precisado y corregido esta historia que llegó a

convertirse en libreto de una ópera de Fromenthal Halévy, conocida por Proust: las diecisiete cartas de un tarot italiano que conserva la Bibliothèque Nationale francesa, pintadas a mano sin duda en el norte de Italia, datan probablemente de finales del siglo XV.

[49] Los soberanos franceses que reinaron en la segunda mitad del siglo XIII y en el XIV.

[50] El tesoro de la catedral de Sens contiene tapicerías de los siglos XV y XVI a las que más adelante se referirá el cura de Combray; en una de ellas el rey Asuero extiende su cetro sobre la reina Ester en la ceremonia de su coronación..

[51] Luis II, el Germánico (804/805-876), hijo de Luis el Piadoso y nieto de Carlomagno, reinó desde 843 en la parte oriental del imperio carolingio; de los tres hijos que tuvo, los dos menores se rebelaron contra él porque el reparto del reino favorecía al hijo mayor.

[52] El milagro, que Proust cita siguiendo el libro de Augustin Thierry *Récits des temps mérovingiens,* se habría producido durante el entierro de Galsuinda, hija de Atanagildo, rey de los visigodos españoles, y esposa de Chilperico, que mandó estrangularla cuando exigió a su esposo que repudiara a la concubina Fredegunda. Era cuñada, y no nieta, de Sigeberto (535-575), casado con Brunilda, hija de Atanagildo; Sigeberto, hijo menor de Clotario I, fue rey de Austrasia.

[53] Giambattista Piranesi (1720-1778), grabador y arquitecto italiano; dejó más de mil planchas en cobre, algunas de gran tamaño con *vedute* de las construcciones y monumentos de la antigua y nueva ciudad de Roma.

[54] Especie de chalina ancha y flotante que se anudaba alrededor del cuello, formando sobre la camisa dos cocas. Su nombre procede de la duquesa Françoise Louise de La Vallière (1644-1710), favorita de Luis XIV.

[55] En la Epístola a los Hebreo*s,* 6, 4-6, san Pablo asegura que el pecado sin remisión es la apostasía: «Porque es imposible que los que una vez recibieron la luz y que gustaron aquel don celestial y que fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y que asimismo gustaron la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo venidero,

y recayeron, sean renovados de nuevo por penitencia crucificando otra vez para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a vituperio».

[56] Alusión a Mlle. Legrandin, casada con el señor Cambremer, que aparecerá en *Sodoma y Gomorra.*

[57] «El mismo Viollet-le-Duc llama “quatre-feuille” a un miembro de arquitectura formado por cuatro lóbulos circulares», explica el propio Proust en una nota de su prólogo a *La Biblia de Amiens* de Ruskin.

[58] Soporte vertical redondeado en forma de columna que en París servía y sirve para anunciar los espectáculos teatrales, de *music-hall,* cine, etc. Un impresor apellidado Morris fue el primero en conseguir la concesión de este sistema publicitario.

[59] *Le Testament de César Girodot,* comedia de Adolphe Belot (1829-1890) y Edmond Villetard (1828-1889), se estrenó en 1859 en el Odéon y se repuso en la Comédie-Française en 1873, con gran éxito debido a la interpretación de Sarah Bernhardt, entonces en los inicios de su carrera. *Edipo Rey,* de Sófocles, en versión de Jules Lacroix, figuraba en el repertorio del Théâtre-Français en los años ochenta, con Jean Mounet-Sully (1841-1916) en una de sus grandes interpretaciones. *Les Diamants de la Couronne* (1841) y *Le Domino noir* (1837) son óperas cómicas con libreto de Eugène Scribe (1791-1861) y música de Daniel Auber (1782-1871) que se representaron hasta finales de siglo. Los cuatro títulos citados en el párrafo se repusieron en París de 1881 a 1884 y en 1888.

[60] Arroz con leche, mezclado con nata inglesa y servido con chantilly.

[61] Grandes actores de la Comédie-Française de la segunda mitad del siglo XIX; Edmond Got (1822-1901) sobresalió en los papeles cómicos; Louis-Arsène Delaunay (1826-1903) se especializó en los de joven galán; Alexandre-Frédéric Febvre (1833-1916) interpretaba papeles de composición en piezas clásicas y modernas, mientras Charles-Joseph Thiron (1830-1891) hacía los papeles cómicos y barbas del repertorio moderno. El más famoso de todos, Benoît-Constant Coquelin (1841-1909), gran intérprete de Molière, especialmente en *El misántropo,* logró la celebridad con *Cyrano de Bergerac,* cuyo triunfo, según reconoció el propio

Edmond Rostand en la dedicatoria de esa pieza, se debió a su interpretación.

[62] Sobre Maubant, véase la nota 25 de la pág. 46.

[63] Sarah Bernhardt (1844-1923) fue la gran trágica de la escena europea de finales del XIX y principios del XX. En los inicios de su carrera, un clamoroso éxito en el papel de la reina de *Ruy Blas,* de Victor Hugo, la llevó a la Comédie-Française (1872), donde, con Mounet-Sully como protagonista masculino, hizo el repertorio clásico y romántico. Creó en 1899 su propia compañía, el Théâtre de Sarah Bernhardt, con la que recorrió el mundo entero; además de *Fedra,* sus mayores éxitos los obtuvo con las heroínas de *La dama de las camelias* (Dumas hijo), *Théodora* (Sardou), *Lucrecia Borgia* (Hugo), *Hamlet, La Samaritaine* (Rostand), *Lorenzaccio* de Musset y, sobre todo, con *L' Aiglon,* también de Rostand. Debió su popularidad sobre todo a la calidad cristalina de su «voz de oro» y a la pureza musical de su dicción.

Julia Bartet (1854-1941) encarnó los papeles trágicos y cómicos del repertorio clásico, sobresaliendo en la Andrómaca y la Berenice de Racine; Madeleine Brohan (1883-1900), que destacó en los papeles de coqueta, interpretó a Molière antes de retirarse en 1885; Jeanne Samary (1857-1890), sobrina de la anterior, debutó en la Dorina del *Tartufo* de Molière y se encargaba de los papeles de doncella. Entre todas estas actrices reales, Proust incluye una ficticia, la Berma, cuya decadencia física y moral será narrada en *El tiempo recobrado.*

[64] En París, carta postal que se escribía sobre papel azul *(bleu)*, destinada a un sistema de correo de la época, el pneumático: consistía en un tubo por el que circulaba aire comprimido, que propulsaba una caja cilíndrica en la que iban metidos cartas o documentos.

[65] Achille Tenaille de Vaulabelle (1799-1879), periodista, historiador y político que pasó brevemente en 1848 por el Ministerio de Instrucción Pública. Escribió una *Histoire d' Égypte depuis le départ des Français* (1836) y una *Histoire des deux Restaurations jusqu'à l'avènement de Louis-Philippe* (1844).

[66] Esta dama de rosa es Odette de Crécy, futura Mme. Swann, como le dirá Morel al Narrador en *La parte de Guermantes I.*

[67] En la capilla de los Scrovegni de la antigua Arena romana de Padua, que Proust visitó en la primavera de 1900, además de conocer a la doncella de la baronesa de Putbus *(Sodoma y Gomorra)* pudo ver los frescos de Giotto con escenas de la vida de la Virgen y de Cristo, que incluyen alegorías de siete vicios y siete virtudes, entre las que figuran la Caridad y la Envidia.

[68] Proust ha leído este término, sinónimo de fluvial, en *Le Lys dans la vallée* (1836), de Balzac, obra, igual que *La Femme abandonnée,* del mismo autor que le sirve para esbozar la mujer inconsolable de Mirougrain.

[69] Esta encarnación del novelista-tipo de *A la busca del tiempo perdido* tiene numerosos modelos reales: Ruskin, Jean Levaillant, Anna de Noailles, Renan, Jules Lemaitre, Edmond de Polignac, Paul Bourget, Bergson, Barrès, etc. Pero es Anatole France, a quien Proust había conocido en el salón de Mme. de Caillavet, y que le había servido para *Jean Santeuil,* el que deja mayor huella —estilo literario, físico— en Bergotte.

[70] La primera cita pertenece al v. 79 de la *Nuit de mai,* de Alfred de Musset; exactamente es: «La blanche Oloossone à la blanche Camyre». La segunda a Jean Racine, *Phèdre,* I, I, v. En 1921, contestando a una encuesta sobre clasicismo y romanticismo, Proust escribe: «No hay nada más estúpido que decir como Théophile Gautier, quien por lo demás era un poeta de tercer orden, que el verso más hermoso de Racine es: “La fille de Minos et de Pasiphaé”».

[71] Charles-Marie Leconte, conocido como Leconte de Lisle (1818-1894), a quien la escuela parnasiana consideró uno de sus maestros, fue poeta muy admirado por el joven Proust. Tradujo a los clásicos griegos y latinos —desde Teócrito a Homero y Horacio —, y trató de poner un antídoto al frenesí romántico mediante la nostalgia serena del pasado. Se encerró en un sueño estético y en la «contemplación serena de las formas divinas», que le había enseñado su acercamiento al budismo. «Bhagavat» figura entre las composiciones de sus *Poèmes antiques* (1852); este término hindú, que significa «beato», se reserva para muy pocas divinidades: Visnú, Krisna y las encarnaciones de Buda. «Le Lévrier de Magnus» pertenece al volumen *Poèmes tragiques* (1884), del mismo poeta.

[72] Según los *Souvenirs littéraires* de Maxime Du Camp, para Flaubert, que lo recitaba poniéndose de pie y con su voz más sonora, también el verso «La blanche Oloossone…» era el más hermoso de la lengua francesa; según Du Camp, Flaubert repetía a menudo: «Un verso bello que no significa nada es superior a un verso menos bello que significa algo: fuera de la forma no hay salvación».

[73] *La judía* es una ópera en cinco actos de Jacques Fromental Halévy (1799-1862) sobre libreto de Scribe, estrenada en 1835. En el acto I, escena II, aparece el «¡Oh Dios de nuestros padres, / tú que nos iluminas, /desciende entre nosotros!» que tararea el abuelo del Narrador.

[74] Aria de la escena II del acto I de *Sansón y Dalila,* ópera de Saint-Saëns sobre libreto de Ferdinand Lemaire, estrenada en Weimar por Liszt en diciembre de 1877; en París se montó por vez primera en 1892.

(*) «¡Arqueros, haced buena guardia! / Vigilad sin tregua ni ruido».

[75] Aria cantada (I, I) por el protagonista de *Joseph,* ópera de Étienne-Nicolas Méhul (1763-1817), estrenada en 1807; en 1899, en París se montó una versión con recitativos y libreto —de Armand Sylvestre— nuevos. Las dos melodías citadas antes de «*Champs paternels*…» no han sido localizadas; cabe la posibilidad de que sean ficticias.

(**) «¡Cómo! ¿De ese tímido israelita / aquí guiáis los pasos?».

(***) «Paternos campos, Hebrón, dulce valle».

(****) «Sí, soy de la raza elegida».

[76] La primera y las dos últimas citas rehacen líneas de *El crimen de Sylvestre Bonnard* (1881), del *Libro de mi amigo* y de *Pierre Nozière* de Anatole France, mientras el «inagotable de bellas palabras» recuerda los últimos versos de «La Maya», poema de Leconte de Lisle incluido en *Poèmes tragiques:* «La vida antigua está hecha inagotablemente/ del torbellino sin fin de las apariencias vanas».

[77] El pintor veneciano Gentile Bellini (1429-1507) hizo el retrato de Mahomet II, o Mehmed II el Conquistador (1432-1481), durante una estancia en Constantinopla en 1480; el retrato permaneció hasta 1916 en el palacio veneciano del coleccionista inglés Austen Henry Layard (1817-1894), embajador británico ante la Sublime Puerta y descubridor del yacimiento arqueológico de Nínive. En la

actualidad figura en la National Gallery de Londres.

[78] Las estatuas de los reyes y las reinas de la Biblia, antepasados de Cristo, figuran en el pórtico occidental de la catedral de Chartres. Durante mucho tiempo se tomaron por representaciones de reyes y reinas franceses.

[79] En 1875, Anatole France escribió una noticia para las *Œuvres de Racine,* en cinco tomos, que en 1913 recogió en el volumen *Le Génie latin.*

[80] Procesiones que se hacían durante los tres días anteriores a la Ascensión, para pedir a Dios su bendición sobre los frutos del campo y los animales.

[81] Es lo que afirma la principal fuente de Proust para las páginas que siguen: *De la formation française des anciens noms de lieux* (1867), de Jules Quicherat, calificándolo de nombre germánico prefijado o sufijado, entre los que pueden «haber sido deformados por la pronunciación o la ortografía: *«Castrum Radulfi,* Châteauroux, en lugar de Châteauraoul», situando ese topónimo en el Indre.

[82] Gilberto el Malo, al que Proust también llama en los borradores Carlos, hace pensar en Carlos II el Malo (1332-1387), rey de Navarra y conde de Évreux; mereció ese apelativo por sus intrigas contra su cuñado Carlos V; durante la guerra de los Cien Años destruyó la abadía de Jumièges, quemó la catedral de Chartres en 1020 y asoló la región de Illiers. En un vitral de la catedral de Évreux, Carlos el Malo está representado de rodillas en actitud orante. En el vitral derecho del ábside de la iglesia de Saint-Jacques de Illiers es el vizconde Geoffroy de Châteaudun quien repite esa postura orante de Carlos el Malo: el vizconde, tras enfrentarse a Fulberto, obispo de Chartres, y al rey Roberto II el Piadoso, fue excomulgado. Con el compuesto de estos dos personajes históricos, el navarro y el vizconde, Proust crea la figura ficticia de Gilberto el Malo.

[83] Como ejemplos de topónimos que han resultado desfigurados, Quicherat da: «Saint-Illiers (Seine-et-Oise) y Saint-Ylie (Jura)», derivándolos de «Sanctus Hilarius».

[84] Quicherat: «Hay ejemplos de santos que se han convertido en santas, o a la recíproca, por la forma en que su nombre ha flexionado en francés: *Sancta Eulalia,* Saint-Éloi (Ain)».

[85] Tanto Carlos el Tartamudo como Pipino el Insensato son nombres ficticios que sirven para evocar personajes históricos de la genealogía carolingia: existieron un Pipino el Breve (714-768), un Carlos II el Calvo (823-877), padre de un Luis II el Tartamudo (846-879), y un Carlos el Simple (879-929), rey de Francia Occidental de 896 a 923, que podrían haber servido de modelos para el juego de la ficción narrativa.

[86] Dos reyes merovingios de Austrasia llevaron ese nombre: Teodeberto I (504-548), nieto de Clodoveo y sobrino de Childeberto I y de Clotario II; y Teodeberto II (586-612). Por la referencia, la cita alude al primero, generoso con las iglesias y gran constructor; pero la alusión es imaginaria; en los borradores y versiones anteriores de Proust aquí figuraba Childeberto, sustituido probablemente por su relación con la etimología de Thiberzy, en la que el cura de Illiers sigue a Quicherat. Childeberto I (h. 495-558) repite la figura del rebelde: tercer hijo de Clodoveo, se unió a sus hermanos Clodomiro y Clotario I contra Segismundo, rey de Borgoña, al que mataron junto a toda su familia para luego repartirse los estados. La saga sangrienta continuó a la muerte de Clodomiro en 524: Clotario y Childeberto degollaron a sus sobrinos para apoderarse de la herencia. Más tarde, Childeberto trató de matar a su socio, provocando la rebelión contra el padre de uno de los hijos de Clotario, Chramne.

[87] Guillermo I el Conquistador (1027-1087), duque de Normandía (1035-1087) y rey de Inglaterra (1066-1087) —país que le había prometido Eduardo el Confesor— tras la victoria en la primera de esas fechas sobre Haroldo II en Hastings.

[88] La catedral gótica de Milán (llamada, en italiano, *il duomo*) no fue concluida hasta el siglo XIX, aunque sus obras comenzaron a finales del XIV.

[89] Quicherat explica las etimologías: *«Gaudiacus,* Jouy», localizando un ejemplo en la región Eure-et-Loir; y *«Casa vicecomitis,* La Chaize-le-Vicomte», en La Vendée.

[90] El Eclesiastés fue escrito probablemente en el siglo III antes de la era cristiana, y durante mucho tiempo se atribuyó a Salomón; ese libro bíblico presta voz a Qohelet, hijo de David, rey de Jerusalén; el segundo versículo sirve de leitmotiv a todo el libro con frases

que subrayan la precariedad del destino humano: «Vanidad de vanidades: todo vanidad». La literalidad del texto hebreo dice: «Humo de humos, todo es humo».

[91] Racine, *Athalie* (I, VII. v. 688). Según la Biblia (2 Reyes, 2, y 2 Crónicas, 22, 9, 23, 21), Atalía, hija de Ajab, rey de Israel, y de Jezabel, se casó con Jorán y encarnó la crueldad y la impiedad; hizo perecer a sus propios nietos para hacerse con el trono; solo se salvó uno, Joás, ocultado en el templo por una de sus tías. Al cumplir los siete años el niño, una conjuración dirigida por el sumo sacerdote Joiada le hace subir al trono y acaba con la vida de Atalía.

(*) «La felicidad de los malvados como un torrente se despeña».

[92] Primer hilo que fabrica la araña en otoño con la esperanza de que el sol provoque las corrientes térmicas (vuelo de las arañas) que le permitan alejarse del punto en que ha nacido. En español también reciben el nombre de «babas del diablo».

[93] Vehículo ligero y descubierto, de varales largos y delgados y montado sobre dos ruedas.

[94] Sobre Hubert Robert, véase la nota 39 de la página 67.

[95] Alusión a un volumen de versos y a dos piezas dramáticas (1833 y 1834) de Alfred de Musset, editados con el mismo título: *Un spectacle dans un fauteuil.*

[96] Héroe de una novela heroico-galante de G. de La Calprenède (1610-1663), *Cléopâtre,* que había hecho proverbial su altanería y orgullo.

[97] El término «mecánica» tiene para Saint-Simon el sentido de disposición de los lugares y horario del monarca y su entorno, regulado con la precisión de un mecanismo de relojería: «esas naderías que hacen la historia», los detalles necesarios para comprender la vida de corte.

[98] «¡Silencio!… Esta es la hora inefable y serena./ La Noche posa su pie sobre el césped friolento./ Las almas y las flores confunden sus alientos./ Los bosques ya están negros; y todavía están azules los cielos»: versos de «La voix du soir», del volumen *Celui qu'on oublie* (1883), de Paul Desjardins (1859-1940), poeta y pensador francés, cuyos cursos en la Escuela de Ciencias Políticas siguió Proust. A partir de 1910, Desjardins organizó en la abadía medieval de

Pontigny, cerca de Auxerre, unas «décadas» estivales, encuentros de diez días de intelectuales franceses y europeos para discutir temas sobre arte, filosofía y moral.

[99] Proust hace un pastiche burlesco, en la descripción de los espárragos, del canto que Michelet entona en honor de las medusas en *La mer:* el historiador las convierte en esa novela en «diosas de la mitología… orquídeas del mar… reinas de la historia».

[100] Jean-Henri Fabre (1823-1915), entomólogo francés conocido como «el Virgilio de los insectos» y autor de unos *Souvenirs entomologiques (1879-1907),* que Proust conocía a través de Élie y sus *Études sur la nature humaine. Essai de philosophie optimiste* (1903); fue el microbiólogo ruso Iliá Metchnikoff (1845-1916) quien empleó los términos de «guêpe fouisseur» (avispa excavadora), no el entomólogo.

[101] Tarta adornada con *petits choux* helados y con crema chantilly.

[102] Legrandin alude al capítulo segundo de la novela de Balzac *El lirio en el valle,* donde el protagonista, Félix de Vandenesse, utiliza, para declarar su pasión a Mme. de Mortsauf, el lenguaje de las flores, entre las que figura el *sedum;* otro pasaje de Balzac, esta vez de *Ilusiones perdidas,* muestra al abate Carlos Herrera —Lucien de Rubempré— a punto de suicidarse con «un gran ramillete de *sedum,* una flor amarilla que viene en la piedra de los viñedos». Vautrin impide que Rubempré ponga en práctica su decisión. En *Sodoma y Gomorra,* Proust aludirá a esa escena y a la parada que poco después hacen delante de la casa de Rastignac.

[103] Mateo, 6, 28-29: «Y por el vestido, ¿por qué os acongojáis? Aprended de los lirios del campo cómo crecen: no trabajan ni hilan; mas dígoos que ni aun Salomón con toda su gloria fue vestido ansí como uno de ellos».

[104] En los borradores, Proust escribió «rosa de Jericó»; en botánica no existe; ninguna «rosa de Jerusalén»; en esta expresión la crítica proustiana ha visto la posibilidad de que aluda a la «rosa del desierto»; o que Jerusalén sea aquí sinécdoque de Palestina.

[105] Como epígrafe a su novela *Le Médecin de campagne,* Balzac escribió: «A los corazones heridos, la sombra y el silencio».

[106] San Sebastián, oficial romano que abrazó el cristianismo, fue martirizado y muerto, traspasado por flechas; la historia de la

pintura tiene en este personaje y su martirio uno de sus temas preferidos desde la Edad Media; en *La prisionera* Proust aludirá al *San Sebastián* de Mantegna que se encuentra en el Louvre.

[107] Andrómeda, hija de Cefeo, rey de Etiopía, y de Casiopea, se había jactado de ser más hermosa que todas las Nereidas juntas. Estas pidieron a Posidón-Neptuno que las vengara, y para ello el dios inundó el país y envió un monstruo marino. Para salvar a Etiopía, el oráculo predijo que la única solución era que Andrómeda fuese expuesta al monstruo como víctima expiatoria. Andrómeda fue atada a una roca, donde la vio Perseo, que volvía de su expedición contra la Gorgona y se enamoró de ella; a cambio de su mano, Perseo mató al monstruo.

[108] Ar-mor («sobre el mar») es el nombre céltico de Bretaña; de él deriva el nombre de una de sus regiones, la Armórica: «tierra vecina al mar».

[109] En su novela *Pierre Nozière* (libro III, capítulo V), Anatole France muestra al protagonista leyendo el pasaje de la *Odisea* (libro XI, versos 12-19) en que Ulises encuentra a los cimerios, pueblo indoeuropeo nómada, que se instaló en la actual Crimea e invadió Asia Menor en el siglo VIII antes de nuestra era; doscientos años más tarde fueron derrotados por los lidios; para el héroe de France, los cimerios solo conocían la noche perpetua, y compara su tierra con la isla de Sein.

[110] Proust alude al estafador Denis Vrain-Lucas (1818-1882), que entre 1861 y 1869 vendió al matemático Michel Chasles (1793-1880) unos veintisiete mil autógrafos falsos, en una especie de francés antiguo, consistentes en cartas de Pitágoras y Alejandro a Aristóteles, de Lázaro resucitado a san Pedro, de Cleopatra a Julio César, de Rabelais, Pascal, Juana de Arco, etc.

[111] «En una iglesia católica, altar muy adornado en que se coloca el arca de la eucaristía el día de Jueves Santo» (DRAE).

[112] Estilo rococó, que toma su nombre de Mme. de Pompadour (1721-1764) y que floreció durante el reinado de Luis XV.

[113] Paráfrasis de la *Phèdre* (I, III) de Racine… «¡Cuánto estos vanos adornos y estos velos me pesan!/ ¿Qué importuna mano, haciendo todos estos nudos,/ se ha cuidado de reunir sobre mi frente mis cabellos?».

[114] Joseph-Xavier-Boniface, llamado Saintine (1798-1865), novelista y dramaturgo de abundante producción, célebre por una novela sentimental, *Picciola,* de inmenso éxito popular; para Proust *(Contre Sainte-Beuve)* es un ejemplo de mala literatura, más fácil de apreciar por niños carentes de juicio estético que por adultos.

[115] Charles-Gabriel Gleyre (1806-1874), pintor suizo de tradición académica en el paisaje. En *Contre Sainte-Beuve,* Proust relaciona con frecuencia a Gleyre con Saintine, destacando del pintor sus «formas admirables, lunas como un creciente de plata sobre un cielo sembrado de estrellas».

[116] Proust se basa en un grabado del bajorrelieve de la catedral de Lyon en el que «Aristóteles camina a cuatro patas llevando a su lomo a la cortesana Campaspe», del libro de Émile Mâle *L' Art religieux du* XIIIe *siècle en France;* el historiador lo cita como ejemplo de la escasa representación de las grandes figuras de la Antigüedad en las catedrales, pues solo encuentra a Aristóteles y a Virgilio; este figura en un capitel de la iglesia de San Pedro de Caen; tras acudir a la cita de una cortesana romana que vivía en lo alto de una torre, el poeta es izado por esta en un cesto, pero, para burlarse de él antes de abandonarlo, la dama «se para a mitad de camino y deja a Virgilio suspendido entre cielo y tierra», adonde al día siguiente va a contemplarlo toda la ciudad.

[117] Al encontrar muerto a Roldán en el campo de batalla, Carlomagno y el resto de su ejército entonan un largo lamento por su pérdida *(La Chanson de Roland,* v. 2397-2442).

[118] Proust anuncia aquí los desarrollos sobre el sadismo que escribirá en *La prisionera*, tras la audición del septeto de Vinteuil. La prolepsis «Más adelante se verá…», que el novelista incorpora en agosto de 1913, después de las terceras y últimas pruebas del libro, sirve para anunciar ese futuro relato. La escena de Montjouvain no dejó de sorprender a cualificados lectores, como Francis Jammes, que llegó a pedir al novelista su supresión: «Me habría gustado satisfacerle —escribe Proust a François Mauriac en septiembre de 1919—. Pero he construido con tanto cuidado esta obra que ese episodio del primer volumen es la explicación de los celos de mi joven héroe en el cuarto y el quinto volúmenes, de suerte que, arrancando la columna al capitel obsceno, habría hecho caerse la

bóveda». (*Corr.,* t. XVIII, págs. 404-405).

[119] Eran frecuentes estas críticas al trabajo del arquitecto francés Eugène Emmanuel Viollet-le-Duc (1814-1879), especialista en la Edad Media y autor de un *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du* XIe *au* XVIe *siècle.* En *Pierre Nozière,* Anatole France ataca sus trabajos de restauración en importantes monumentos franceses, desde Notre-Dame a la abadía de Saint-Denis: «Viollet-le-Duc obedecía a una idea realmente inhumana cuando se proponía devolver un castillo o una catedral a un plano primitivo que había sido modificado en el transcurso de las edades o que, la mayoría de las veces, no había sido seguido». Proust se hará eco de esta idea de France en «Un amor de Swann» y por boca de Albertine en *La prisionera.*

[120] El cuadro aludido es la *Procesión de las reliquias de la Cruz por la plaza de San Marcos,* en la actualidad en la Galería de la Academia de Venecia, donde Bellini (véase nota 77, pág. 145) pinta (1496) los mosaicos antiguos de la fachada de la Basílica, ya desaparecidos; de ahí que Ruskin pondere el cuadro por su valor testimonial. Sobre *La Cena* de Leonardo grabada por Morghen, véase nota 40 de la pág. 67.

[121] Proust introduce a su personaje ficticio de la duquesa de Guermantes entre dos figuras históricas: Anne-Marie-Louise d'Orléans (1627-1693), duquesa de Montpensier, sobrina de Luis XIV y una de las inspiradoras de la Fronda; tras la victoria de Mazarino, se retiró a sus propiedades de Saint-Fargeau, donde redactó unas memorias. En cuanto a la duquesa de Montmorency, parece tratarse de Marie-Félicie Orsini (1601-1666), esposa de Enrique II, duque de Montmorency, a cuya muerte se retiró al convento de Moulins. Según el canónigo Marquis en su monografía sobre *Illiers,* el 13 de noviembre de 1588 habría llegado a una hostería de esa población la duquesa Loyse de Laval, esposa de Pierre de Montmorency.

[122] En varios cantos de la *Comedia* de Dante (por ejemplo *Inferno* XXIX, 1-12, y XXX, 130-148), se repite esa situación; en el primero de los ejemplos, el trovador Bertrand de Born tiende su cabeza decapitada a Dante para hablarle, pero el poeta debe seguir a Virgilio.

[123] El referente real es el Pré-Catelan, el jardín del tío de Proust, Jules Amiot, en Illiers, que servirá de modelo al parque de Swann. Y el de las ninfeas son los cuadros dedicados a esas flores por Monet, uno de los pintores preferidos de Proust y uno de los modelos del personaje de Elstir.

[124] La alusión parece apuntar a Juliette Joinville d'Artois, que durante la infancia de Proust vivía, acompañada únicamente por un criado mudo, en Mirougrain, no lejos de Illiers, en una casa aislada. Pero su referente literario es Mme. de Beauséant, protagonista de *La femme abandonnée* de Balzac, que se retira a la soledad tras ser abandonada por el marqués d'Ajuda-Pinto.

[125] Es el Loira el que, según Marquis, el canónigo de Illiers, «tiene su fuente a poca distancia [de ese pueblo], delante de la iglesia de Saint-Éman», donde se alzaba el castillo de los Goussencourt, con banco en la iglesia de Illiers.

[126] Según Virgilio (*Eneida,* libro VI), esa entrada estaría cerca del lago Averno, junto al antro donde vivía la sibila de Cumas.

[127] Ópera de Richard Wagner estrenada en 1848.

[128] Vittore Carpaccio (h. 1465-1525), pintor italiano, autor de grandes ciclos narrativos sobre fondo de fiestas venecianas.

[129] *«Le son de la trompette est si delicieux / Dans ces soirs solennels de célestes vendanges / Qu'il s'infiltre comme une extase dans tous ceux / Dont elle chante les louanges»* (vv. 49-52, «L'Imprevu», *Les Fleurs du mal)*. «Tan delicioso es el sonido de la trompeta / en esas solemnes noches de celestes vendimias / que se filtra como un éxtasis en aquellos / cuyas alabanzas canta».

[130] Proust inserta en este punto, cambiando algunos nombres y suprimiendo algunas frases, un artículo publicado en *Le Figaro* el 19 de noviembre 1907: «Impresiones de ruta en automóvil», que pasaría a *Pastiches et mélanges* con el título de «Las Iglesias salvadas. Los campanarios de Caen. La catedral de Lisieux» *(Contre Sainte-Beuve,* págs. 64-65, donde promete dedicar a ese artículo todo un capítulo en el tomo IV de *A la busca del tiempo perdido;* la alusión figura en *La prisionera*).

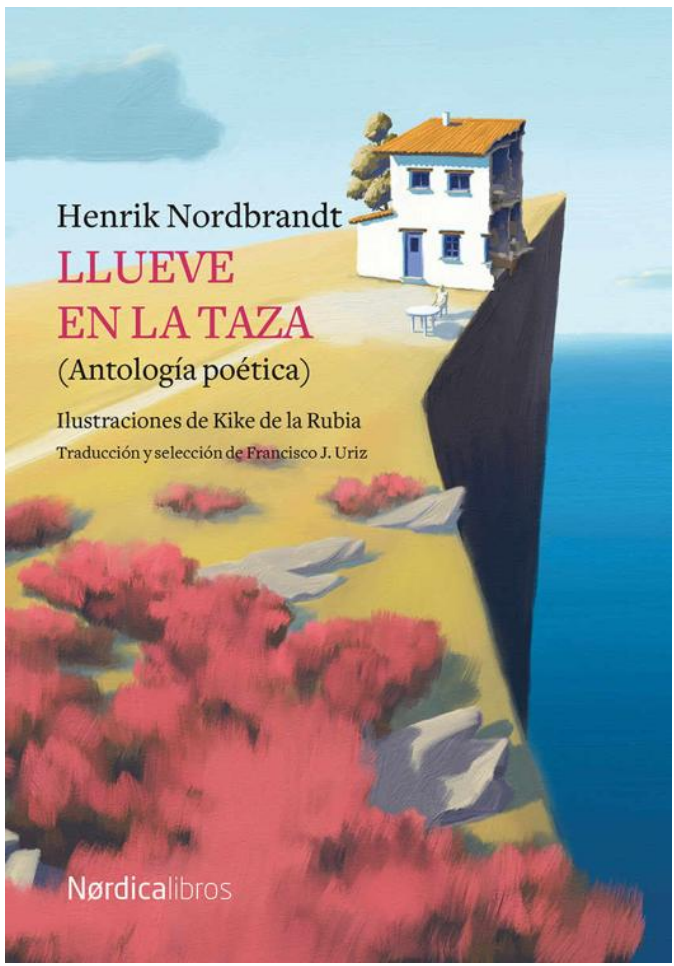
Si te ha gustado

Combray

te queremos recomendar

Llueve en la taza

de *Henrik Nordbrandt*



22

CHINA CONTEMPLADA A TRAVÉS DE UN AGUACERO GRIEGO EN UN CAFÉ TURCO

La llovizna
cae en mi café
hasta que se enfría
y se sobra
hasta que se sobra
y se aclara
de forma que se hace visible
la imagen del fondo.

La imagen de un hombre
con barba larga
en China, delante de un pabellón chino
bajo la lluvia, una lluvia torrencial
que ha cuajado
en rayas
sobre la fachada azotada por el viento
y en la cara del hombre.

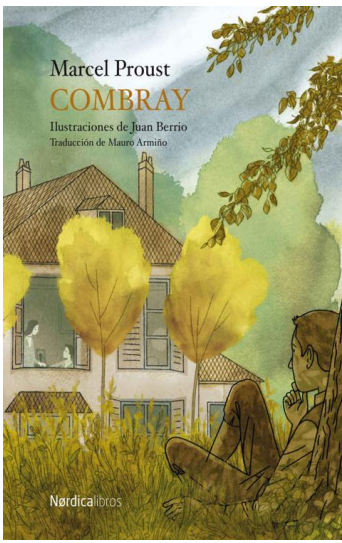
Debajo del café, la leche y el azúcar
que están a punto de separarse
bajo el gastado esmalte
los ojos parecen apagados
o vueltos hacia dentro
hacia China, en la porcelana de la taza
la taza que lentamente se vacía de café
y se llena de lluvia
lluvia clara. La lluvia de primavera

se pulveriza sobre la marquesina de la taberna
las fachadas del otro lado de la calle
semejan un gran
muro de porcelana muy gastado
cuyo resplandor atraviesa las hojas de la vid
hojas de vid que también están gastadas
como dentro de una taza. El chino

ve aparecer el sol a través de una hoja verde
que ha caído en la taza.

La taza cuyo contenido
ahora aparece completamente transparente.

Para conmemorar el centenario de la muerte de Marcel Proust ilustramos, en una cuidada edición, el comienzo de En busca del tiempo perdido. Traducción de Mauro Armiño



La pequeña localidad campestre, originalmente llamada Illiers, a unos cuarenta kilómetros de Chartres, quedó transformada con los recuerdos de infancia de Proust, que la glorificaba en su obra *En busca del tiempo perdido* bajo el nombre de *Combray*.

«Ese gusto era el del pequeño pedazo de magdalena que los domingos por la mañana en Combray […] mi tía Léonie me ofrecía tras haberla mojado en su infusión de té o tisana».

Combray es el inicio, la introducción al resto de los volúmenes que conforman *En busca del tiempo perdido*, y es una lectura imprescindible para todo apasionado de la literatura.

Marcel Proust (París, 1871-1922) Escritor francés. A los nueve años sufrió el primer ataque de asma, afección que ya no le abandonaría, por lo que creció entre los continuos cuidados y atenciones de su madre. Durante los años de su primera juventud llevó una vida mundana y aparentemente despreocupada, que ocultaba las terribles dudas que albergaba sobre su vocación literaria. Tras descartar la posibilidad de emprender la carrera diplomática, trabajó un tiempo en la Biblioteca Mazarino de París, decidiéndose finalmente por dedicarse a la literatura.

© De la edición, traducción y notas: Mauro Armiño
© De las ilustraciones: Juan Berrio
Edición en ebook: septiembre de 2022

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

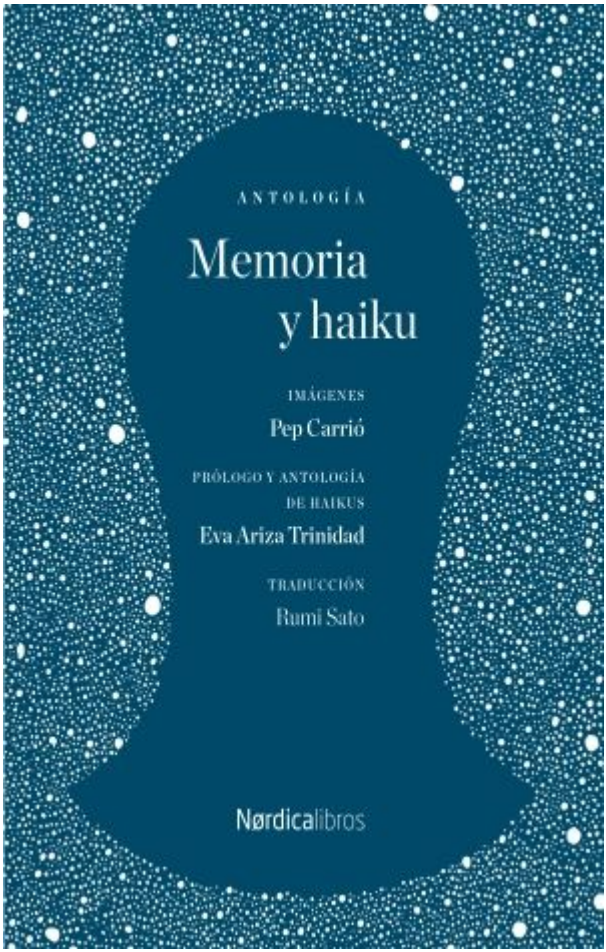
ISBN: 978-84-19320-34-6

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
Combray
A la busca del tiempo perdido
Por la parte de Swann
Primera parte. Combray
I
II
Promoción
Sobre este libro
Sobre Marcel Proust
Créditos


ANTOLOGÍA
Memoria y haiku
IMÁGENES
Pep Carrió
PRÓLOGO Y ANTOLOGÍA DE HAIKUS
Eva Ariza Trinidad
TRADUCCIÓN
Rami Sato
Nordicalibros

Memoria y Haiku

Basho, Matsuo
9788418930980
104 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Memoria y haiku se ha compuesto con el propósito de respetar la naturaleza de estos poemas y de preservar el sentido de la composición requerido por cualquier libro mediante el diálogo establecido entre los haikus y las imágenes de Pep Carrió, una serie de ilustraciones con la forma simplificada de la cabeza, convertida en un microcosmos por las imágenes que aloja y la rodean.
Los haikus seleccionados son de épocas distintas y, en cierto modo, constituyen una muestra alterada de la evolución de estas composiciones. Sin embargo, en este libro no se han ordenado cronológicamente, para así eludir precisamente los rasgos historicistas o biografistas de otras antologías.

Cómpralo y empieza a leer

Ali Smith
CHICA CONOCE CHICO
Traducción de Magdalena Palmer
Nørdicalibros

Chica conoce a chico

Smith, Ali
9788418930881
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Chica conoce chico fue publicado en 2007 y es uno de sus libros más apreciados por la crítica y los lectores. Una revisitación inolvidable de las Metamorfosis de Ovidio que nos habla sobre el poder transformador del amor.

«Y ahora os hablaré de cuando yo era una chica, dice nuestro abuelo». Así comienza esta novela en la que Ali Smith nos vuelve a sorprender, en esta ocasión revisitando las Metamorfosis de Ovidio.

La historia se centra en dos hermanas, Imogen y Anthea, que viven en una casa que les dejaron sus abuelos. Imogen está atada a la tierra, tratando de encajar en Pure, la compañía de agua embotellada en la que ambas trabajan, incluso cuando queda claro que la compañía está dirigida por personas sin escrúpulos.

Ali Smith nos cuenta una historia sobre chicos, chicas, amor y transformación; una historia de juegos de palabras, literatura y revelaciones. «[…] y nada perdura y nada se pierde y nada perece, y las cosas siempre pueden cambiar porque las cosas siempre cambiarán y siempre serán distintas, porque las cosas siempre pueden ser distintas».

Cómpralo y empieza a leer

Henrik Nordbrandt
LLUEVE
EN LA TAZA
(Antología poética)
Ilustraciones de Kike de la Rubia
Traducción y selección de Francisco J. Uriz
Nordicalibros

Llueve en la taza

Nordbrandt, Henrik
9788419320360
96 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Llueve en la taza reúne más de treinta poemas del gran escritor danés Henrik Nordbrandt publicados entre 1969 y 2007. Como señala Juan Marqués en el prólogo a esta edición: «Si hablamos de intimidad, ficción y talento, entramos ya de lleno en territorio de Henrik Nordbrandt, cuya estatura poética es tan inmensa como discreta: es un talento que no atropella, un talento que llega muy alto sin dejar de hacer sonreír. Uno se siente bien mientras lee a Nordbrandt, se tiene la sensación de estar siendo invitado a participar de un discurso civilizador y pacífico, de una poesía que resulta amable incluso cuando quiere ser dura, de unas palabras justas».

Cómpralo y empieza a leer

Ali Smith

OTOÑO

Traducción de Magdalena Palmer

Nórdicalibros

Otoño

Smith, Ali
9788418451072
256 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La primer novela del exitoso *Cuarteto Estacional* de Ali Smith es una meditación sobre un mundo cada vez más limitado y exclusivo, sobre la riqueza y el valor, sobre lo que significa la cosecha.

Es la primera entrega de su cuarteto estacional: cuatro libros independientes, separados pero interconectados y cíclicos (como son las estaciones); y nos hace reflexionar sobre el propio tiempo. ¿Quiénes somos? ¿De qué estamos hechos? Esta es una novela sobre el envejecimiento y el tiempo y el amor y las historias mismas.

Cómpralo y empieza a leer

Emilia Pardo Bazán
LA CITA
y otros cuentos de terror
Ilustraciones de Elena Ferrándiz
Edición y prólogo de Care Santos
Nórdicalibros

La cita

Pardo Bazán, Emilia
9788418451935
104 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"De modo que aquí la tienen. Una invitación a la sorpresa, a la admiración. Eso son, entre otras muchas cosas, los cuentos de doña Emilia Pardo Bazán. Si nunca la leyeron antes, les envidio. Están a punto de darse un auténtico festín de auténtica literatura.
Damas, caballeros: pasen y lean".
Así presenta Care Santos, en el prólogo de esta edición, el volumen que reúne diez cuentos de terror de Doña Emilia. Efectivamente, además de ensayos, libros de viajes, lírica, traducciones, su epistolario y, por supuesto, su más que famosa obra *Los pazos de Ulloa*, la escritora gallega fue también autora de una larga lista de historias cortas de terror que, como no podía ser de otra forma en alguien con el origen de Emilia Pardo Bazán, recopilan buena parte del imaginario fantástico gallego.

Cómpralo y empieza a leer